



LA DONCELLA DEL RÍO LUNA Y EL CABALLERO DEL RÍO LOBOS



Elena Bargues





La Biblioteca Digital de Elena Bargues

Contenido

La doncella del río Luna y el caballero del río Lobos

Elena Bargues Capa

Título: La doncella del río Luna y el caballero del río Lobos.

Autora: Elena Bargues

SINOPSIS.

Corre el año de 1880 y Alonso Martínez se desplaza a El Burgo de Osma la noche de Difuntos. Sorprendido por una tormenta, encuentra refugio en una casa de campo en la que vive extraños acontecimientos. Al día siguiente, junto a su padre, descubre que la resolución del enigma sobre las personas que lo acogieron reside en un antiguo manuscrito.

Siglo x. Reino asturleonés.

Íñigo Martínez, caballero castellano del río Lobos, vasallo de Fernán González y espía del rey Ramiro II en tierra califal, recibe el encargo de secuestrar a Xana Flaínez, una extraña mujer, tanto por su apariencia normanda como por el halo de misterio que la envuelve y que procede de la región del río Luna y viaja en compañía de un lobo.

Una historia llena de aventuras, gestas guerreras y pasiones irreconciliables en un mundo donde el honor y la deslealtad marcan la frontera entre la vida y la muerte, y en el que un amor imposible intenta florecer en medio de una naciente y convulsa Castilla azotada por las incursiones de los musulmanes.

Un romance épico digno de ser cantado por los juglares.

Las anjanas andan lentamente por los senderos más suaves y señeros del monte y se sientan a descansar a la orilla de los arroyos. Conversan con las aguas que rumorean más alegres, más retozonas, más cristalinas, cuando las mujeres de los milagros y de las limosnas reposan en sus riberas.

Mitos y Leyendas de
Cantabria. Manuel Llano.

Introducción

Soria, 1 de noviembre de 1880. Día de Todos los Santos.

Ensillé el caballo con ayuda del mozo en una venta de carreteros en Casarejos. Llevaba diez días de viaje desde que salí de Haro a instancia de mi padre, que había requerido mi presencia en El Burgo de Osma. Los días se habían acortado desde que se iniciara el otoño y, aunque fríos, imperaba el buen el tiempo, por lo que aproveché para solucionar, de paso, unos asuntos en Burgos. Me demoré dos días más de lo previsto, pero retomé el camino y llegué a la mencionada venta, que distaba tan sólo a una jornada de mi destino. Los carreteros habían madrugado más que yo, y el patio se hallaba despejado y silencioso, aunque sucio de los animales que habían pernoctado sueltos dentro del recinto. En tanto que el mozo apretaba la cincha, até las alforjas, en las que llevaba las mudas y algo de comer que me había facilitado el posadero. Me aprestaba a sujetar el herreruelo cuando el mozo me miró escéptico.

—Yo lo llevaría a mano. Aunque luce el sol, avanzado el día, lloverá. Los animales huelen la tormenta. ¿No se ha fijado en su montura? Está inquieta.

—Rezaré para se equivoque o, al menos, para que me dé tiempo de llegar a Osma. Ya sería mala suerte que en el último tramo del viaje me mojara.

—Las tormentas en los montes no son amables. En cuanto vea que el día se tuerce, le aconsejo que busque refugio. Por Ucero hay unas cuantas ermitas y algunas casas de labranza.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Monté y salí del recinto al trote. Con el sol en lo alto y el cielo despejado, nada auguraba la tormenta que vaticinaba el mozo. El caballo, descansado, ascendió airoso el macizo calizo y siguió el camino de herradura que conducía al nacimiento del río Ucero, cuyo curso me llevaría hasta el Burgo de Osma. Era la ruta más corta, según me aseguraron los carreteros, yendo a caballo. Ellos, con los carros cargados, evitaban los montes en la medida de lo posible, aunque el rodearlos les supusiera unas leguas más.

En cuanto alcancé la meseta, mi ánimo se enturbió como el día: la ligera brisa trajo el olor a humedad y en la lontananza se adivinaba una oscuridad creciente. El caballo relinchó y yo lo azucé con la esperanza de avanzar un trecho más, al menos hasta localizar algún refugio seguro en medio de aquel páramo, donde reinaba la naturaleza en estado salvaje. El viento aumentó a ráfagas inconstantes y empujaba las negras nubes que amenazaban desde el oeste, como un

oscuro manto que saliera a mi encuentro. El animal se inquietó, y yo sujeté las riendas con decisión y lo insté a abrirse paso entre los arbustos y la maleza. Había que descender hasta el valle del Ucero para localizar alguna casa o ermita, como me señaló el mozo de la venta, así que no permití que la montura retozara o perdiera el camino: cada minuto era importante.

A mi alrededor, los pinos y las sabinas se agitaban quejumbrosas y perdían las hojas y las piñas que les quedaban. Las rapaces, alborotadas, desafiaban a la tormenta y planeaban sobre la reseca campiña en busca de algún roedor despistado, antes de refugiarse en los rocosos nidos. El ulular admonitorio del viento se imponía y sobrecogía en el páramo.

De vez en cuando, algún rayo iluminaba el frente nuboso y el trueno retumbaba lejano. Sentí la tensión del animal y apreté las rodillas para infundirle ánimo y mostrarle mi dominio. Como pude, me envolví en el herreruelo y agradecí la previsión del mozo de cuadra. El viento arreció y la noche, en pleno día, me rodeó. Procuré mantener la calma en medio de mi desventura, pues no alcanzaba a vislumbrar el río y me preocupaba que lo más crudo de la tormenta me sorprendiera al raso. El caballo se encabritó y me sostuve en la silla a duras penas. Agucé la vista para descubrir la causa del susto: los ojos ambarinos de un lobo interceptaban el paso en el sendero. Cuando iba a echar mano de la escopeta, surgió de entre los arbustos una figura, más alta de lo usual y esbelta, que lo llamó. La capucha que lo protegía me impidió la visión del rostro, y el resto de la capa lo cubría hasta los pies. El arco cruzado a la espalda y el carcaj lleno de flechas pregonaban el oficio de cazador. La cercanía de la tormenta apremiaba, así que olvidé mi asombro por la hermandad del hombre y del lobo y me centré en resolver mi problema.

—¡Disculpe! —grité, para hacerme oír en medio del fragor—. ¿Podría indicarme un refugio?

El aire, a pesar de la fuerza con la que soplaba, resultaba pesado, costaba respirar y causaba angustia. El hombre levantó el brazo y señaló el camino que llevaba. Sin mediar palabra, se dio la vuelta y, con el lobo en los talones, se alejó a paso ligero entre los arbustos, como si la tormenta fuera algo habitual para él. Se le escapó una guedeja, tan larga y tan rubia que semejaba de plata en medio del oscuro manto. Nada más perderse de vista, la montura se tranquilizó y un poco más adelante localicé el río. Más que oírlo, me topé con él, negro y sinuoso. Comencé a descender hacia el valle y escuché la cercanía de la lluvia antes de que las primeras gotas me dieran en el rostro; los truenos resonaban más cercanos. Me costaba contener al animal para que no le invadiera el pánico y me derribara.

Seguí la corriente a la vez que buscaba, con manifiesta inquietud,

una luz que indicara vida humana. Un rayo iluminó la rota y ruinosa silueta de un castillo en lo alto de un cerro, y el trueno que lo secundó retumbó entre las paredes del cañón, cuya entrada vigilaban las vetustas piedras guerreras. Me aferré a las riendas y me eché sobre el cuello del animal para calmarlo. Desmonté para no romperme la crisma en el caso de que se encabritara. La lluvia arreciaba, me sentí abrumado por el esfuerzo de luchar contra los elementos. Arrastré detrás de mí al porfiado caballo y, cuando buscaba, en medio de mi desesperación, cualquier cueva o abrigo, vislumbré una luz a un costado, fuera del camino. Animado, me desvié sin dejar de palmearle el cuello a la bestia y de hablar para que avanzara, hasta que, en una revuelta del río, la ansiada luz, procedente una ventana, anunciaba el final de mis tribulaciones.

Redoblé mis esfuerzos y tiré de las riendas; sin embargo, en lugar de reconocer un refugio, el bruto se resistía, más inquieto y con ojos de loco. Maldije mi suerte, al límite de mis fuerzas por someter al asustadizo animal. Al comprobar que no lograba mi voluntad y con el temor de caer bajo sus cascos, sin soltar las riendas, con la mano libre me hice a duras penas con las alforjas. Luego, lo dejé libre y salió despavorido sendero adelante. Cargando con el equipaje, mojado, cansado y aterido por el frío, me encaminé hacia la acogedora luz.

El chasquido de un rayo iluminó por un instante la casa, grande y de piedra. Deduje que moraban personas de calidad y no labriegos. Me apresuré hasta alcanzar la pesada puerta de madera ennegrecida y tiré de la cuerda. Una campana sonó en el interior al tiempo que otro trueno. Olía a leña quemada y, si no fuera por la lluvia, hubiera temido que los rayos hubieran provocado un incendio entre los jarales y los pinos. Se abrió el ventanuco, protegido por una recia reja, y asomó una cara arrugada.

—Busco refugio. He perdido la montura…

No me dejó terminar. Cerró la ventana y oí el ruido al descorrer los cerrojos. La puerta se abrió lo imprescindible para que yo entrara y ayudé al anciano a cerrarla de nuevo a causa del empuje del viento. Fui consciente del charco de agua que dejaba sobre las losas de piedra que pavimentaban el suelo, pero, antes de que me disculpara, asomó un hombre de mediana edad de un aposento cercano. Vestía levita y calzones a la vieja usanza, embutidos en botas de montería: ropa campestre, aunque un poco trasnochada. En un pueblo no podía pretender encontrarme la última moda, razoné.

—Bienvenido, caballero, a nuestra humilde morada. Nuño se hará cargo de su capa mojada.

—Le agradezco su hospitalidad —dije, y al tiempo dejaba las alforjas en el suelo para desprenderme del herreruelo, que pesaba el doble a causa del agua—. Necesitaría pasar la noche si no es

demasiada molestia. Mi montura ha escapado aterrorizada.

El mentado Nuño tomó la prenda y recogió las alforjas del suelo. Hice ademán de ayudarlo y el terrateniente me lo impidió.

—No se preocupe. Él se hará cargo y lo dejará en una habitación. Pase a calentarse y a secarse un poco. Soy Diego Martínez.

Nos estrechamos las manos.

—Curioso. Alonso Martínez —me presenté.

—Un apellido muy común en España —reconoció sonriente, y me precedió al entrar en el salón. Constaté que el olor a leña quemada era persistente.

La estancia era amplia, con un techo elevado y cruzado por sólidas vigas de madera vista. Una gran chimenea de piedra presidía la sala ocupada por un anciano y una mujer que me fueron inmediatamente presentados. Más tranquilo, achaqué el olor a quemado al tiro de la chimenea. Seguramente, el viento huracanado entorpecía la salida plácida del humo.

—Mirad lo que nos ha traído la tormenta —anunció—. Mi padre, don Pedro Martínez, y mi esposa, doña Leonor. El señor Martínez.

—Encantado. Mejor lo dejamos en Alonso para evitar malentendidos.

—Es un honor, joven —saludó el anciano, sin dejar de escrutarme. La mujer se limitó a realizar una ligera venia con la cabeza, sin abandonar el bastidor con la labor que la entretenía.

Acostumbrado a evaluar a la gente en mi trabajo como comerciante de vinos, me decanté por considerarlos personas educadas y amables. No obstante, había algo peculiar en el ambiente que no lograba descifrar, además de unas costumbres antediluvianas, pues el vestido de la señora, aunque de seda, era de corte francés, de la época de Napoleón. No es que yo estuviera muy interesado en moda, pero con una esposa y dos hijas era imposible sustraerse a ese conocimiento. Las quejas de mis hijas por los apretados corsés, polisones y los drapeados y volantes de las faldas que gastaban, distaban mucho del sencillo vestido de mi anfitriona. Incluso el mobiliario, estilo imperio, contrastaba con lo abigarrado de la tendencia actual: paredes enteladas, pesados cortinones en las ventanas que oscurecían el interior y muebles con suntuosos tapizados de gobelinos. Era como si se hubieran quedado anclados en el pasado.

—Por favor, acérquese a la chimenea para secarse —me invitó don Diego.

No me hice de rogar. Frente a la chimenea extendí las manos rígidas y ateridas y observé la danza del fuego. Me sorprendió comprobar que el tiro funcionaba muy bien a pesar de la tormenta, que rugía en el exterior. Pensé en el estúpido caballo.

—No se preocupe por el animal. Son más sabios que nosotros y

hallará refugio. Hay bastantes cuevas y abrigos por el valle debido a las características de la roca —dijo don Diego, como si me hubiera leído la mente.

—Eso espero, si no tiene un mal tropiezo. Antes de llegar aquí, me crucé con un cazador al que le seguía un lobo. Extraña compañía —opiné, inquieto.

—¿Tuvo algún problema? —se preocupó el anciano.

—No, en absoluto. Fue quien me indicó la casa. Lo decía por el asunto de los lobos.

En ese instante alcé la cabeza del fuego y me encontré frente a un escudo de hierro con la cabeza de un lobo esculpida en altorrelieve. El animal abría las fauces con un gesto tan amenazador que conseguía sembrar la inquietud. Pendía del tiro de la chimenea y no había reparado en él. Aunque guardaba el perfil de un escudo nobiliario, no lo era, pues no figuraban cuarteles ni campos.

—¡Oh! —exclamé, aturdido.

Escuché la risita de la dama cuando se percató de que lo había visto.

—Está usted en el cañón del río Lobos —anunció con voz cantarina —. Llegó al nacimiento del río Ucero, pero tomó la confluencia, al pie del castillo, del río Lobos.

—Afortunadamente —declaró el señor de la casa—. Le hubiera costado llegar a la aldea que queda más allá del castillo, camino de Uxama.

Me asombró escuchar el antiguo nombre de la ciudad, pero no lo manifesté.

—Ese escudo tiene mucha historia —intervino el anciano—. Se remonta su origen a los convulsos tiempos del excelente conde, cuando Castilla era una mera frontera del reino de León.

Me di la vuelta para que se me secara la espalda y para participar de la agradable tertulia que trataban de entablar mis anfitriones. Aunque había tenido disculpa, no me pareció apropiado permanecer más tiempo de lo necesario de espaldas.

—La historia de Castilla siempre ha sido convulsa, por desgracia. Ahora han terminado las guerras carlistas y rezo para que no surjan más desavenencias políticas. Sólo en la paz se asienta la prosperidad de los pueblos.

—Gran verdad —coincidió don Diego.

—No obstante, se trata de un inquietante escudo. ¿Qué se esconde tras él? —indagué, curioso.

—Una leyenda —contestó el anciano satisfecho, como si le agradara el giro de la conversación. En algún lugar de la casa se escuchó un golpe.

—Hay que podar ese árbol —comentó la señora—. Cualquier día

nos rompe una contraventana.

Nadie contestó, como si fuera un tema manido y de escaso interés, por lo que seguí con la conversación.

—Las leyendas están de moda —confirmé, con la esperanza de que me relatase la historia del extraño escudo.

—¡Umm! Ésta no se inicia aquí, sino muy lejos, en las estribaciones de la cordillera Cantábrica, allá por León —situó el anciano, pero con la mirada perdida en las llamas que me secaban.

—¿A qué siglo se remonta? —me interesé. Desde niño me solazaba con la historia.

—Al siglo x —contestó don Pedro—, cuando reinaba Ramiro II y nuestro conde, Fernán González, defendía las fronteras de las aceifas musulmanas. Se ha conservado un cantar sobre el excelente conde.

El sirviente entró y anunció la cena.

—Se ha perdido el oficio de juglar o de contador de historias —aseveró don Diego mientras ayudaba a su padre a ponerse de pie—. Confieso que la literatura me atrae, especialmente el nuevo género, la novela.

Pasamos a otra habitación más pequeña ocupada por una mesa maciza rodeada de sillas. En un extremo, un aparador; y en el otro, una puerta que conducía a la cocina. El aroma a humo, a hoguera, permanecía flotando en el ambiente. La señora me indicó su vera y quedé frente al marido. Don Pedro se sentó a la cabecera.

—¿Viven solos? —Era una forma educada de preguntar por los hijos, si los había.

—Desde hace dos años —contestó don Diego, dedicado a trinchar el cochinillo. El sirviente se ocupaba de llenar las copas de vino. Lo olí y lo acerqué a la luz del candelabro. Era muy bueno.

—De Haro —informó doña Leonor.

—Me dedico al comercio. Desde hace un par de generaciones la familia posee viñedos —comuniqué con orgullo.

—Bodegas Martínez, por supuesto que las conocemos —reconoció el anciano con una sonrisa—. Uno de mis nietos se ha casado con la hija de un terrateniente del río Oja.

—Igual lo conozco —me animé, no éramos muchas las familias que residíamos en Haro; sin embargo, la conversación discurrió por otro derrotero.

—Mis hijos viven su propia vida, lejos del terruño que los vio nacer —prosiguió don Diego, y me indicó que le acercara el plato para servirme un costillar del cochinillo. El olor me despertó el apetito—. El mayor es el que vive por tierras del río Oja; el segundo anda en ultramar, según las últimas noticias; y el pequeño…

Se hizo un pesado silencio y observé los rostros graves que no presagiaban nada bueno.

—No sabemos nada de él —replicó el anciano—. Mi hijo lo da por muerto, pero el carecer de noticias no implica su fallecimiento. Quién sabe… —Se encogió de hombros.

—Nuestra mayor preocupación es que la familia siga presente en el valle —explicó don Diego, y me pasó un plato ya servido—. Que no olvide sus raíces. Son siglos de permanencia en estas tierras. Leonor, por favor, bendice la mesa —pidió don Diego en cuanto terminó de servir.

La cena discurrió plácida en contraste con la furia desatada en el exterior, que lejos de amainar, arreciaba implacable. El cañón y las elevaciones cercanas amplificaban la sensación desapacible y, en mi interior, agradecía la suerte que había tenido, al fin y al cabo. Terminada la colación, regresamos al salón principal para degustar un vino dulce de Málaga. Intenté conducir la conversación hacia los recientes acontecimientos políticos; sin embargo, fueron vanos mis esfuerzos, pues se inclinaron por el tema de la agricultura y mostraron especial interés por mi familia.

Consciente de la gratitud que les debía por su acogida, no me atreví a desagradarlos y hablé largamente sobre las penurias, las alegrías y los planes futuros de mis hijos varones. Me impresionó la atención con la que me escucharon y llegué a la conclusión de que la vida por aquellos parajes era muy solitaria.

Nos retiramos y me mostraron la habitación. Recuerdo que la tormenta seguía rugiendo en el exterior y poco más, pues me quedé dormido, y hasta que la luz del amanecer no se filtró por las contraventanas, no desperté. Don Diego me acompañó en el desayuno y disculpó al resto de la familia.

—El mozo ha localizado su caballo no lejos de aquí. Lo ha dejado amarrado a media legua andando porque le fue imposible traerlo. Lamento la molestia. Afortunadamente, ha dejado de llover a pesar de las nubes grises.

—Me vendrá bien caminar para despejarme. Todavía estoy bajo el influjo del sueño, con la cabeza cargada. ¡Qué animal tan testarudo! Nunca se había comportado así.

—La tormenta de anoche no fue una bagatela —adujo don Diego —. Conténtese con que no ha sufrido daño. El chico lo encontró en una oquedad del terreno. Son abundantes en este macizo calizo.

—Muchas gracias por las molestias que se ha tomado. En justa correspondencia le enviaré vino de la bodega familiar.

—Será un agradable cambio en nuestras costumbres —aceptó don Diego.

Me puse el herreruelo, ya seco, y cargué con las alforjas. Al salir al exterior, el aire puro y frío me pinchó los pulmones y me percaté de que me había acostumbrado al persistente olor a leña que anegada la

casa. Arranqué por el breve jardín, me volví antes de abandonarlo y levanté la mano para despedirme, de nuevo, de mi anfitrión, quien permanecía bajo el dintel de la puerta, observando mi partida. En cuanto llegué al camino, una helada niebla me rodeó y me ocultó la casa. Imprimí un paso vivo a mis andares para mantener el calor y me encomendé a los cielos para que no perdiera el sendero hollado por carretas y animales.

Y así, centrada la vista en el irregular suelo y con los oídos atentos para escuchar la presencia de mi montura, me tropecé la silenciosa presencia del cazador de estatura inusual. Fue más la intuición que la ausencia de ruido la razón por la que alcé la mirada. Cazador y lobo me observaban desde un altozano al lado de la pedregosa senda. La mirada azul y las guedejas albinas que asomaban bajo la capucha me impactaron, pero lo que me dejó sin resuello y sin palabras fue descubrir que se trataba de una mujer de belleza singular. Un minuto, quizás unos segundos, igual ni siquiera eso… El tiempo se detuvo. Cuando recuperé el dominio del pensamiento y del habla, la mujer de rostro de porcelana se dio la media vuelta y, con paso elástico y ágil, se desvaneció entre los jirones de niebla seguida por el lobo. Los celajes lechosos me rodearon silentes y húmedos e impidieron que la siguiera con la vista.

Entonces percibí que me ahogaba. Bajo la impresión, me había olvidado de respirar. Abrí la boca para tomar aire a puñados al tiempo que el corazón me golpeaba el pecho con fuerza. ¿Cómo era posible? Allí, en medio de un páramo agreste, escoltada por un lobo y con una vestimenta estrafalaria, vivía una extraña mujer, joven y extranjera, a juzgar por su apariencia física, y de una belleza inolvidable.

El relincho de mi caballo me devolvió a la realidad y me apresuré a localizarlo. Tal y como me indicó don Diego, aguardaba impaciente, enredada la rienda en una jara. Lo acaricié, le hablé para que me reconociera y eché las alforjas al lomo. Monté y, a los pocos metros, la neblina se abrió y me obsequió con la vista de una pequeña aldea a la ribera del Ucero.

En cuanto mi mente y mi corazón se serenaron, en cuanto me sentí a salvo sobre el camino conocido, analicé mi encuentro y no hallé explicación. Cuando lo mencioné la noche anterior en la casa, nadie me sacó de mi error. Ellos la conocían, pues a nadie se le escapa lo peculiar de su personalidad salvaje, así como la belleza de alabastro, para no añadir alguna explicación. Con la extraña imagen de la mujer grabada en la mente, llegué al Burgo de Osma.

La población se extendía al pie del castillo de Osma y a orillas del río Ucero. En un principio, la aldea se ordenó alrededor de la Iglesia Mayor, románica en un inicio y catedral posteriormente, un tanto ecléctica, pues acogía el gótico y ampliaciones renacentistas, barrocas

y neoclásicas. Todavía se conservaban las murallas en esa parte de la villa.

Sin embargo, entré por lado más moderno, donde se ubicaba la Universidad de Santa Catalina. El Burgo de Osma se trataba de un asentamiento lo suficientemente importante como para contar con educación, un hospital, un hospicio real, un seminario diocesano y palacio episcopal. La calle Mayor, paralela al río, era el eje que unía los dos extremos de la villa. Mi padre vivía en la plaza Mayor, junto al ayuntamiento y al Hospital de San Agustín, con los que compartía plaza, y hacia allí dirigí la montura. Caía la tarde y los vecinos se recogían temprano; aun así, descabalgué y avancé a pie para evitar arrollar a algún transeúnte despistado.

La diáspora familiar se desató a la muerte de mi madre. Dos de mis hermanos siguieron los pasos del príncipe Carlos y ahora se hallaban exiliados en Francia y sin intenciones de regresar. Dos hermanas se hallaban desperdigadas por Burgos, casadas y junto a sus familias. Sólo Marta y yo continuábamos con el negocio de las bodegas. Por ser el mayor, heredé las milenarias vides familiares y ella se casó con un bodeguero de Fuenmayor. Mi padre, sumido en la melancolía, optó por trasladarse a Osma, en donde la familia conservaba una casa en el centro de la villa. La adquirió el abuelo como inversión y por querencia de la zona de la que procedía. No recuerdo que hablara mucho de la familia, excepto que murieron todos al poco tiempo de trasladarse él a Haro. Imagino que fue un episodio doloroso que no necesitaba rememorar. Falleció mi abuelo al poco de ocupar la casa, según mis recuerdos. La propiedad se conservó vacía hasta que mi padre decidió dejar más espacio a mi familia y optó por habitarla. Marta y yo intentamos disuadirlo y alegamos la lejanía. Sugerimos que la vendiera y comprara algo en el mismo Haro. Se mostró obcecado en su idea y se justificó con que deseaba estudiar la genealogía de la familia.

Lo dejamos por imposible y los primeros años se reunió con nosotros en las fiestas de la vendimia; luego, las visitas se fueron distanciando. El año que nos ocupa no se presentó; por el contrario, me escribió requiriendo mi presencia, y aquí llegaba yo a la plaza Mayor en respuesta a su llamada. La plaza era porticada y se abrían numerosos negocios en los bajos de las casas. Constaban de dos alturas y algunas tenían buhardillas: la de mi padre contaba con un ventanuco que sobresalía del tejado. Las cuatro ventanas frontales, dos en el primer piso y dos en la segunda planta, eran generosas y con un balcón de hierro forjado. Llamé a la puerta y aguardé.

Abrió la mujer que cuidaba de la casa y esbozó una sonrisa en cuanto me reconoció.

—Su padre estaba preocupado. Le diré al aprendiz del zapatero

que lleve el caballo a los establos.

—Gracias. Me sorprendió una tormenta. —Pero le hablaba a la espalda de la eficiente mujer, que se dirigía a la zapatería, dos portales más allá.

Me dediqué a liberar al animal de las alforjas y de la vejiga de agua. Un muchacho desgarbado se acercó.

—Mañana te doy una propina por el servicio.

—No hace falta —rechazó Elodia a mi espalda—. Tenemos un acuerdo. Usted sígame, le mostraré la habitación. Estábamos a punto de cenar.

—Eso es llegar a tiempo —sonreí, hambriento.

Entró y gritó un par de órdenes a la cocina. Se recogió la falda para ascender la escalera y yo la seguí hasta una habitación en la segunda planta, con ventana a la plaza.

—Su padre tiene el dormitorio en el primer piso, junto al salón. Es más cómodo para él. La jarra tiene agua —dijo, aguardó en el umbral y cerró la puerta en cuanto entré.

Dejé las alforjas en el suelo, saqué una muda y un estuche con lo necesario para el aseo. Me despojé de la levita de montar, me remangué y me enjuagué las manos y la cara. Después me despojé de las botas y busqué mis zapatos en una de las alforjas. Por el momento, podía servir para una cena informal. Aunque no pegaba mucho, me puse la chaqueta de paseo.

Bajé al salón y encontré a mi padre impaciente, ya advertido de mi llegada. Nos abrazamos antes de saludarnos. Y, en cuanto nos separamos, nos observamos.

—¿Qué llevas puesto? ¿Es una nueva moda? —indagó, divertido.

—Elodia me dijo que ya estaba la cena. Lo que hallé a mano. Por mi gusto, me hubiera bañado.

—Y yo me hubiera muerto de hambre —replicó mi padre, y realizó un aspaviento dramatizado.

—Pues ahí lo tiene —corroboré por explicación.

—Mi vida se rige por el sol —comentó, a la vez que me conducía hacia el comedor—. Me levanto al alba. Doy una vuelta por la villa y presencio cómo se despierta. Desayuno y me pongo a trabajar. —Lo ayudé a tomar asiento e hice lo propio—. Después de la comida y de la siesta, quedo con los amigos. Si hace bueno, en la plaza; si hace malo o mucho frío, en la taberna, a jugar al dominó o a las cartas.

—Una vida fascinante —me atreví a ironizar. Elodia entró con la sopa y comenzó a servir.

—Ríete todo lo que quieras, pero estoy muy entretenido.

—No me río, pero déjeme decirle que no lo imagino inactivo. Pensé que, superada la pérdida de mi madre, me pediría un hueco en la bodega. Sabe que lo recibiré con los brazos abiertos.

—No. La bodega se terminó para mí. Estoy orgulloso de tu labor y de la de tu hermana, aunque sea en otras bodegas.

—Ahora son de la familia también. Me llevo bien con mi cuñado, nos entendemos —puntualicé.

—Lo sé. Todavía no chocheo, pero no deja de ser una competidora. —Lo dejé pasar entre cuchara y cuchara y sirvió para que siguiera contando—: Te comenté que estaba muy involucrado con el asunto de la genealogía. Es a lo que he dedicado mi tiempo, lo que considero mi trabajo. Y ésa es la razón por la que te he llamado.

—¿La genealogía? —Mi cara de asombro le hizo sonreír, pero a mí no me hizo ninguna gracia—. ¿He viajado en medio del invierno para que me cuente cuál es mi ascendencia? —Me debatí entre la incredulidad y el enfado.

—Tal y como tú lo planteas, no. No estoy loco para incitarte a arriesgar tu vida por un capricho. Me ha dicho Elodia que una tormenta te ha retrasado. Por casualidad, ¿no habrá sido por la zona del cañón del río Lobos?

—Pues sí. ¿Es algo habitual?

Elodia volvió a entrar y mi padre se distrajo con el cambio de plato.

—¡Truchas con jamón! —exclamó, satisfecho. Serví más vino en las copas medio vacías.

—Lo habitual que pueda ser una tormenta —prosiguió el hombre en cuanto se fue Elodia—. Pero, teniendo en cuenta la fecha y que a las doce comienza el Día de los Fieles Difuntos, no es habitual. ¿Dónde te refugiaste? ¿En casa de Diego Martínez?

—Pues sí. ¿Lo conoce? No me comentó nada —respondí, aplicado en la disección de la trucha.

—No, por supuesto que no. A mí tampoco me contaron nada. Y los conocí en las mismas circunstancias que tú: un día de tormenta y en la noche del uno al dos de noviembre. Eran mis abuelos, tus bisabuelos.

Levanté la cabeza del plato de golpe, con la sorpresa grabada en la mirada.

—¿Cómo dice?

—Terminemos de cenar. Es una larga historia que te dará la oportunidad de llamarme loco.

—Con ese anuncio, la cena me va a sentar mal —vaticiné, preocupado. Hasta la fecha, ignorábamos que hubiera familia por la zona. Según el abuelo, habían muerto en no sé qué guerra. De pronto, mi mente se iluminó con el recuerdo del nombre de mi anfitrión en el cañón: Diego Martínez, como el abuelo. ¿Cómo era posible? Era un hombre joven quien me recibió y el abuelo falleció en 1857, con sesenta años. Yo tenía por aquel entonces quince.

—Oigo cómo tu mente repasa los años. No te esfuerces, no

cuadran. —Dirigió la mirada a la entrada—. Doña Elodia, magnífica cena, como siempre.

—Es usted muy amable, don Pablo —agradeció la mujer con la bandeja en la mano, dispuesta a recoger la mesa—. Da gusto servir a un caballero.

—Nos retiramos de nuevo al salón. ¿Un vino dulce? —me ofreció.

Hasta que no estuvimos sentados junto al fuego, cerrada la puerta y con una copa en la mano, no retomó la conversación.

—No sé si lo recuerdas, pero fue por estas fechas cuando falleció mi padre.

—Recuerdo que estaba aquí, en Osma. Por primera vez en muchos años regresó a su tierra. Usted tuvo que venir porque le avisaron de que se encontraba muy enfermo.

—Cierto. Siempre se mostró renuente a acercarse, pero no lo culpo. Había que arreglar el tejado de la casa. Corría el año de 1857 y el ocho de noviembre falleció —detalló mi padre, con la mirada perdida en la danza de las llamas—. El Día de Difuntos me sorprendió en Ucero, como a ti. Se desató una tormenta y una mujer extravagante me indicó el refugio.

—¿La acompañaba un lobo? —me interesé.

—Por supuesto, no podía ser de otra manera. —No reparó en mi asombro y siguió—: En cuanto vi la casa la reconocí por las descripciones de mi padre. Cuando me abrieron la puerta, deseé salir corriendo, pero la curiosidad es muy poderosa y me quedé. Fue un reencuentro extraño, tanto para mí como, imagino, para ellos.

—¿Me está diciendo que era la casa de la familia del abuelo? ¿Nos mintió? —inquirí, confuso.

—No, no mintió. Y sí, eran mis abuelos y mi bisabuelo. —Negué con la cabeza, incrédulo—. Ya, ya sé que no es lógico —se impacientó mi padre—. Pero tú mismo has estado allí, así que no es tan difícil de comprender.

—Pero el abuelo contó que habían muerto —insistí.

—Y así fue. ¿No notaste cierto olor a quemado? —Recordé el olor persistente a leña quemada y arrugué la nariz.

—También lo oliste —constató mi padre, con una mueca de triunfo—. Durante la guerra de la Independencia, se negaron a admitir a un grupo de soldados franceses, y prendieron fuego a la casa con ellos dentro como venganza. Eso fue lo que averiguó mi padre cuando le comunicaron la muerte de sus padres y el estado de la casa.

—¡Es imposible! —exclamé, horrorizado—. ¿Me está diciendo que hemos hablado con fantasmas? Es absurdo. Eran personas de carne y hueso, se lo puedo asegurar.

—No importa las veces que lo niegues ni el tiempo que malgastes en busca de una lógica. Has vivido lo mismo que viví yo.

—Por sus palabras, deduzco que usted tampoco lo aceptó de buenas a primeras.

—No. Es más —se sonrió—, llegué a dudar entre aceptar lo inexplicable o admitir que había perdido el juicio. Sin embargo, mientras me debatía sobre mi claridad de juicio, ellos decidieron por mí. Mantuvimos una charla distendida sobre la familia, la mía, ya que ellos no revelaron nada sobre su vida. Me despedí al día siguiente como si fuera lo más natural, seguro de que allí no iba a obtener las respuestas que buscaba. También me encontré con ella y el lobo. Algo todavía más extraño, pues es mucho más antigua que nuestros abuelos. Por eso no la vimos junto a ellos, sino por el campo, a sus anchas. Si no hubiera sido porque hallé un manuscrito del que me habían hablado y que se había salvado de la hoguera francesa, me habría considerado un orate.

—¡Santo Dios! —exclamé, con el vello erizado—. ¿Ha vuelto por allí? ¿Qué dice la gente del lugar?

Me interesé en la absurda historia, pero sin ceder la razón a mi padre. Yo había estado en aquella casa, había dormido, cenado, hablado con ellos. ¿Quién me aseguraba que mi padre no había perdido el juicio realmente?

—Claro que he vuelto, pero no queda nada después de tantos años. Ni rastro de la casa ni de sus habitantes. No se salvó nadie. Los labriegos de la aldea al pie del castillo ignoran lo que sucedió allí. Por eso me he dedicado a investigar en los archivos parroquiales y he consultado a los eruditos de la zona.

—¿Me está diciendo que en mi viaje de regreso no encontraré de nuevo la casa? —pregunté, perplejo.

—Confieso que lo intenté, incluso he regresado la misma Noche de Difuntos. Ya sabes lo que se dice: la noche en la que la línea entre la realidad y el más allá se adelgaza. Pero resultaron infructuosos mis esfuerzos.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué yo?

—Eso es lo que me tiene desorientado y la razón por la que estudio la genealogía y la historia del lugar. ¿Qué han dejado pendiente en la tierra? Mi teoría es que deseaban asegurarse de que el linaje seguía adelante, y de que yo encontrara la historia de la familia, como así ha sido.

Expiré con fuerza, atónito y, a pesar de las evidencias, escéptico. La mente humana no está preparada para creer en fantasmas ni en mensajes subliminales del más allá. La lógica se esforzaba en levantar un muro defensivo. Pero, como había expuesto mi padre, no cabía lógica, sino una mera aceptación de lo increíble.

—¿Y de qué trata ese manuscrito tan importante? —Me centré en lo tangible.

—El original, escrito sobre vitela y en latín, se remonta a finales del siglo x. Te haré entrega de la copia que he realizado yo. Ante los imprevistos de la vida, es mejor que haya dos manuscritos. Es importante que lo conserves y se lo entregues a tu hijo. Es el legado familiar; la historia de nuestros orígenes.

—El anciano…

—Tu tatarabuelo —precisó mi padre.

—Mi tatarabuelo me contó que parte de la familia provenía de los montes de León.

—Xana, según la pronunciación asturleonesa, o Jana, como decimos los castellanos. Era la extraña mujer con el lobo que nos indicó el camino, y con ella empieza nuestro linaje. Pero será mejor que lo leas.

—Reconozco que ha despertado mi curiosidad. ¿Dónde lo guarda?

—No tan deprisa. Debes descansar del largo viaje y prepararte mentalmente para lo que se te va a desvelar. Cuando yo lo leí, me pasé la noche leyendo a la escasa luz de un quinqué. No te lo recomiendo, acabé con los ojos enrojecidos por el esfuerzo. Mejor con la luz del día. Mañana, después del desayuno, te lo entregaré.

El cansancio, olvidado ante la inusitada revelación, regresó de golpe. Una vez en mi habitación, repasé la inexplicable aventura. Mi viaje había sido planeado por unos ascendientes fantasmas que deseaban conocerme. Como no podía escribir eso a mi esposa, sólo me quedaba tranquilizarla en cuanto al estado de salud de mi padre, e inventarme alguna excusa más creíble. A vueltas con la redacción de la carta, me quedé dormido y mis sueños no se vieron importunados por seres del más allá. Mi pobre mente se había agotado en el esfuerzo de hallar un razonamiento a los fantásticos sucesos vividos.

A la mañana siguiente, mi padre cumplió su promesa y, antes de ausentarse, me entregó el manuscrito. Observé que estaba encuadernado y bien protegido por unas tapas de cuero curtido. Repasé las hojas.

—No busques lo que no hay. El papel es actual. Durante generaciones se ha ido renovando y puliendo el lenguaje para que no resultara incomprensible, ilegible o borroso por el paso de los siglos. Están las copias perfectamente catalogadas. Curioso.

—Ni siquiera el texto es original —objeté.

—La historia es lo que importa —recalcó mi padre—. Y nuestra experiencia. Yo la vi, y tú la viste —me recordó, mirándome a los ojos, como si me retara a que lo desmintiera.

Suspiré y asentí para no defraudarlo. Para él, era importante. Para mí, la esperanza de hallar una explicación a la absurda situación, porque mi mente, ya descansada, no había abandonado el esfuerzo de encontrar una lógica.

Me retiré a mi habitación, que ya había arreglado Elodia, abrí las contraventanas para dejar entrar la luz invernal, situé la poltrona junto a la ventana, acerqué un velador con un vaso y una jarra de barro con agua, y, con un escabel para reposar los pies y una manta, me dispuse a pasar la mañana sumido en la lectura.

Ahora sí, ya en la intimidad, observé a placer el manuscrito. Constaba del título, limpio de polvo y paja, sin autor ni editor: *Tratado sobre las jornadas de la doncella del río Luna y de cómo conoció al caballero del río Lobos y su establecimiento en Ucero*. Largo y farragoso, como se estilaba. Un prefacio firmado por un juglar, una somera introducción y, finalmente, entraba en el cuerpo de la obra con el primer capítulo. Ninguna indicación acerca de su transmisión, autor o de la genealogía familiar. Si aquel era el legado para recordar los orígenes de la familia, no dejaba de resultar insólita la carencia.

Sin pensármelo más, me apliqué en su lectura.

Romance de la doncella del río Luna y del caballero del río Lobos.

¡Atended! ¡Escuchad la prodigiosa historia que os voy a relatar! Se cuenta que en tiempos antiguos hubo dos anjanas en el río Luna. La una, pálida y rubia, benefactora de los bosques, que habitaba en los ríos con los que conversaba y donde retozaba alegre. Limpiaba las fuentes y bendecía los bienes de los hombres buenos. Dicen que recompensaba las buenas obras de los caballeros con caudales infinitos en arcas de hierro y bronce, a las casamenteras con galas, a los labriegos con cántaras y cuencos. No había súplica sin merced, ni virtud sin premio, ni pena sin remedio, ni amargura sin alivio cuando la anjana se asomaba entre las flores.

La otra, de cara amarilla con verrugas, vestía capa negra, cojeaba al andar, plantaba ortigas en los bosques, maldecía e iba seguida de cuervos y murciélagos y llevaba la desgracia a su paso.

Cuentan que la anjana mala desterró del río Luna a la anjana buena, y los cielos lloraron amargamente, los ríos se desbordaron en lágrimas, las aves callaron el canto y los bosques se revistieron de duelo. Dicen que la anjana buena lanzó una terrible maldición y que la carne de la anjana mala se pudrió antes de recibir la tierra.

La que en buena hora nació viajó muy lejos, con la luna y el lobo prendidos en el vuelo de la capa, derramó sus dones entre gente sencilla y de fuerte corazón. Los ríos, a su paso, se reconocieron en sus ojos verdes y saltaron en espumosas alegrías. De las sus bocas todos susurraban un misterio: que el lobo enamorado se transformó en hombre y la llevó a su feudo, a orillas del río Lobos, ¿o era el hombre quien se transformaba en lobo para adorarla a la luz de la luna? Dicen que hasta los moros evitaban en las aceifas la Sierra de la Demanda, ante el temor que despertaban las lenguas de las gentes sobre lo que de ella hablaban.

Dicen. Dicen tantas cosas que yo, como humilde juglar, os cuento lo que me transmiten desde el más allá quienes la conocieron. Dicen…, y así surgen las leyendas.

Diego Martínez
Castillo de Ucero, cañón del río Lobos, año 974.

Castillo del río Luna

Xana permanecía sentada sobre la cálida piedra del hogar, de espaldas al fuego que la calentaba y al vacío trébede instalado sobre éste. Abrazaba sus piernas y observaba a las mujeres de la cocina que se afanaban en limpiar con la promesa del jergón esperándolas al otro lado de la pared. Sus ojos destilaban tristeza por la muerte de su madre y angustia por un incierto futuro sin su amparo. Nadie había reparado durante el entierro en un insignificante ser de cinco años, o eso creyó ella. Su padre se había encerrado en un silencio doloroso y sus hermanos mayores, Abieno y Munio, correteaban por los alrededores del castillo junto a los demás muchachos.

Gotina restregaba la gran mesa de madera que llenaba el centro de la estancia al tiempo que daba órdenes a Óneca y Sinda, quienes se apresuraban a cumplir las demandas de la oronda cocinera. Óneca se quedaría de guardia junto a la lumbre para que no se apagase durante la noche.

—¿Y ahora quién me va a querer? —Lanzó Xana la pregunta al aire, impelida tanto por la necesidad de saber como por el sentimiento de orfandad y la falta de caricias en la que se encontraba en el castillo sumido en el luto.

Gotina dejó de frotar la mesa y la miró con pesar. De un costado del lar en penumbra, emergió la enjuta figura de la vieja buhonera, que trapicheaba por el lugar con los sobrantes de las villas y de los lugareños que vivían apartados. En el castillo de Las Torres, sobre el río Luna, siempre encontraba un lugar donde dormir y una escudilla de legumbres a cambio de noticias.

El fuego crepitaba y creaba claroscuros que tergiversaban el tamaño de los objetos y de las personas en la mente de la niña. La vieja buhonera se le antojó una bruja del bosque a medida que se aproximaba. Los ojos pequeños y oscuros la escrutaron interrogantes; avanzó una mano sarmentosa hasta coger la suya, pálida, fina y muy pequeña; se agachó frente a ella y las grasientas guedejas grisáceas se le adelantaron a la cara; abrió una boca desdentada con aliento de cebollas en un esbozo de sonrisa que arrugó aún más la curtida piel, a causa de la intemperie y el inclemente paso de los años; y vaticinó lo que sería su vida en adelante.

—El día que nacisteis una luna enorme iluminaba la noche, tan cercana, tan sonrosada por los últimos rayos del sol, y su luz rielaba sobre las aguas del río. La luna de verano. Vuestro padre os dio nombre de hada, Xana, por vuestra piel tan blanca, por vuestro cabello tan rubio que se confunde con la nieve, por vuestros ojos del color que recuerdan el lecho del arroyo. Sois la luna a la que los hombres desean y los lobos veneran.

—Los lobos me dan miedo —dijo Xana, y retiró la mano que retenía la vieja—. Matan el ganado y se enfrentan a los cazadores.

—También nosotros comemos animales. Los lobos matan para sobrevivir, son fuertes, valientes, leales a su pareja, defienden la manada. Protegeos de los hombres falsos, débiles y traicioneros, y seguid la senda de los lobos, que aúllan cuando más brilla la luna.

—Dejad de llenar la cabeza de la niña con supersticiones tontas —interrumpió Gotina—. Su mente es tierna y se impresiona con lo que no entiende.

La cocinera se interpuso entre la buhonera y Xana, no sin que antes la vieja repitiera su admonición.

—Nacisteis bajo el signo de la luna, confiad en los lobos.

Xana no volvió a verla. Falleció en una revuelta del camino, sorprendida por el crudo invierno que cubrió de nieve los montes y los caminos. Nadie la echó de menos, excepto los que dependían de ella para el intercambio de mercancías y noticias, y no por mucho tiempo, pues enseguida alguien tomó el relevo para aventurarse por los puertos asturleoneses.

1

Castillo de Simancas. 6 de agosto, año 939.

Íñigo cabalgaba en silencio al lado del conde Fernán González, su señor y compañero de armas. Siendo un niño, acompañó a su padre, el caballero Martín Muñoz, a una cacería por la Sierra de la Demanda. Allí conoció al señor de Lara, el conde Gonzalo Fernández, y a su hijo Fernán González, quien tan sólo lo aventajaba en cinco años. Desde entonces, no sólo coincidieron en cacerías, sino también en algaradas, defensas de fortalezas y otros hechos de armas, acompañando ambos a sus progenitores.

Fue la casualidad la que llevó, como rehén, a una niña de origen árabe a la fortificación del río Lobos. Todavía no podía llamarse castillo, pues era de troncos y tablones. En los años siguientes, durante las treguas que concedía el invierno, fueron sustituyendo los tablones por mampostería y sillarejo, más sólidos y resistentes para hacer frente a un ataque. La niña se llamaba Hamida y, a los pocos años, se bautizó con el nombre de Mencía, cuando decidió vivir entre los cristianos por amor. Íñigo aprendió a hablar la lengua infiel con fluidez.

Desde que Abderramán III era califa en Córdoba, la presión musulmana sobre los intentos cristianos de expansión había aumentado. Las aceifas, con la finalidad de frustrar los avances sobre el río Duero, eran cada vez más sanguinarias y destructivas, y complicaban la supervivencia de la población al dificultar la alimentación a causa de los campos devastados e incendiados.

El señor de Lara, como conde de Burgos y de Castilla, mostró su arrojo al convertirse en adalid de la defensa de la orilla norte del Duero. A su muerte, le sucedió su hijo, Fernán González, más bravo y tenaz en la lucha contra los seguidores de Mahoma. Fue él quien, conocedor de las habilidades de Íñigo, le propuso ser los ojos y los oídos de Castilla en tierras agarenas.

Disfrazado de comerciante, recorría, desde entonces, las fronteras y se internaba en territorio enemigo hasta la fortaleza de Magerit, aunque el viaje más largo que había realizado lo había llevado a Córdoba, donde quedó maravillado de la cultura tan sofisticada que poseían los andalusíes. Hacía un mes había regresado de la capital califal, apremiado por las terribles noticias que debía anunciar a su señor: Abderramán III había organizado un poderoso ejército y había iniciado la campaña de la Omnipotencia: era la guerra santa, la yihad.

El conde, de facciones amables, ocultas bajo la espesa barba negra, salió del mutismo propio de los castellanos, gente seria y adusta, acostumbrada a economizar incluso las palabras.

—Habéis sido muy hábil al adelantaros a fray Ambrosio en la explicación del eclipse solar. Reconozco que a mí me sobrecogió.

—Pensad que el enemigo también es supersticioso y el problema de sus líderes habrá sido el mismo. Si hay algo que nunca he comprendido sobre los augurios es que si todos lo presencian, ¿por qué la parte negativa se inclina del lado de uno? El eclipse ha sido visto desde cualquier parte. ¿Por qué debe ser funesto para los cristianos?

—Vuestra lógica y vuestra clarividencia os convierten en un amigo muy valioso para mí. Cuidaos, Íñigo, en esta campaña, aunque hayáis asegurado que Dios ha escondido el sol y ha dejado a oscuras a los infieles a mitad del camino para retrasarlos, y que, así, los cristianos dispusiéramos de tiempo para reagruparnos y hacerlos frente.

Sonrieron ambos ante la argucia y animaron a las monturas a continuar la senda que los conducía al castillo de Simancas, donde habían sido convocados por el rey Ramiro II.

El corcel de Íñigo, resistente y dócil al mando, procedía de la recua que criaba su familia en el cañón del río Lobos. La silla con estribos le permitía mantener la estabilidad y el equilibrio necesarios cuando luchaba desde la montura. Los arzones, tanto delanteros como zagueros, eran adornos que distinguían a los caballeros importantes. La espada que pendía del arzón, larga para matar con eficacia desde la grupa, era un regalo de su padre.

—¡Simancas! —gritó uno de los exploradores que abrían la marcha.

Dejaron la orilla del río Duero y se adentraron en la llanura que separaba los ríos Pisuerga y Duero, poco antes de confluir el que llegaba del norte con el que venía del este. Íñigo, al igual que el conde, escudriñaba el horizonte en busca del ejército del rey Ramiro. Lo descubrió sobre la planicie que se extendía cerca del castillo. Ramiro había tomado la mejor disposición, quedando el río Pisuerga como obstáculo frente al poderoso ejército del califa. Íñigo meneó la cabeza al calcular las fuerzas del rey, y las encontró escasas para lo que había observado en Córdoba.

—Seguidme al castillo —ordenó Fernán González a Íñigo—. ¡Manrique! Conducid a los hombres a lo alto del cerro y estableced el campamento. Voy a presentarme ante el rey.

Como cualquier castillo fronterizo, destacaba más por las murallas defensivas que por las comodidades con las que contaban los moradores. Ramiro II, acostumbrado a las campañas para contener los ataques enemigos, no era un rey exigente. Los recibió en una estancia amplia, en cuyo centro había una mesa alargada y maciza sobre la que se inclinaban un par de escribanos, atentos a los dictados de su señor. Sentados en escabeles o de pie, se agrupaban los caballeros más relevantes de las fuerzas reunidas en la vecina llanura.

—¡Bienvenidos! —Los recibió la voz profunda de Ramiro en cuanto

los vio. Los demás caballeros callaron la conversación y se volvieron curiosos—. Ya sólo faltan los navarros y las huestes de Coímbra.

—Y las de Castilla —matizó Fernán González—. Me he adelantado con un puñado de hombres ante la premura de la situación, pero llegarán refuerzos.

—A mi vera, Fernán —llamó Ramiro a su cuñado, pues ambos estaban casados con dos hermanas e hijas, a su vez, de la reina Toda de Pamplona—. Y vos también, Íñigo, el verdadero artífice de que nos hallemos sobre aviso. Ya conocéis a los señores que me acompañan: Diego Nuño, conde de Saldaña; Ansur Fernández, procedente de Monzón; Flaín Bermúdez, señor de Luna…

Y así siguió presentando a tan aguerridos guerreros antes de entrar en detalles. Informó de dónde se encontraba el enemigo y pasaron a discutir las estrategias a seguir y las posiciones de cada uno.

Cerraba la noche cuando abandonaron la fortaleza para llegarse cada cual a su campamento. Íñigo se encontró caminando junto al señor de Luna, a quien acompañaba su primogénito, Abieno, cuyo carácter reservado contrastaba con el de su padre, abierto e inclinado al diálogo.

—Nuestra casa se encuentra colgada sobre un pico, controla el paso entre León y Oviedo y a sus pies discurre el río Luna. Anteriormente, fue una fortificación romana, por lo que gozamos de las comodidades ya olvidadas de un pueblo en otro tiempo poderoso, como de un suelo que irradia calor. Grandes constructores de los que no hemos sabido conservar su forma de vivir. Se trata de un paraje con abundante y diversa caza: además del jabalí y del corzo, que también habitan en las tierras de Castilla, contamos con osos, urogallos y ciervos. Os invito a que descanséis en nuestra morada en alguno de esos viajes que soléis realizar a lo largo del reino.

—Quedo agradecido, aunque la ruta de León a Oviedo no figura entre mis obligaciones.

Traspasaron el puente levadizo y Abieno se quedó atrás, retenido por otro caballero, y los dejó solos de camino a los campamentos.

—Cierto. Sois un hombre de frontera. ¿Tenéis familia?

—Sí, aunque intuyo que me preguntáis por una esposa.

—Conozco la necesidad de aumentar la demografía para la repoblación y la atención de las numerosas fortalezas que se yerguen a lo largo del Duero. Es un problema serio, pues los infieles, con traer beréberes del norte de África, reponen sus fuerzas. Somos pocos para tanto cuidado.

—La vida de nómada que llevo no es la ideal para formar una familia. No podría cuidarla como es debido.

—Sois muy joven para condenaros a la soledad. Yo mismo, a pesar de mis obligaciones con el rey, me he casado en tres ocasiones para

cumplir con el reino, aunque reconozco que sólo una vez lo hice enamorado. ¿Habéis conocido el amor?

—No he tenido la fortuna de cruzarme con ese dios que vuelve imbéciles a los hombres más valientes.

—No, no lo habéis conocido si habláis así de él. El verdadero amor vuelve sensatos a los imbéciles. Fueron los mejores años de mi vida. Me dejó una hija, una copia de ella. Mi suegra, gallega, fue violada durante el asalto de unos piratas normandos. Mi esposa fue el fruto de aquella violación: una mujer alta, de fuertes huesos, más rubia que el trigo y dulce como el vino andalusí. Al principio, resultó chocante un físico tan distinto al nuestro, pero la gente se acostumbró y, por su carácter amable y caritativo, se ganó a los siervos. No sucedió lo mismo con mis hijos, quienes vieron en ella una rival en mi estima hacia ellos. Los celos son malos consejeros.

—¿Y vuestra hija? —Íñigo consideró correcto interesarse por la que preveía ser parte importante en el corazón del caballero.

—Muy parecida a mí en el talante. Ya lo hubiera deseado para alguno de mis hijos. Me preocupa su futuro. Los hermanos no son amables con ella, no ven lo mismo que yo. Y con respecto a mi actual esposa..., mejor no hablar de ella. Busco audiencia en privado con el rey, pero no soy lo suficientemente importante para que atienda a mi ruego. Por eso me preguntaba... Vos que gozáis de su amistad por vuestros irremplazables servicios, si me proporcionaríais esa breve entrevista antes de la batalla... Dejarla en buenas manos es mi prioridad en caso de que me sucediera lo peor. Nuestra vida es de Dios.

A Íñigo le conmovió la preocupación del caballero por su hija. Recordó a su padre y los desvelos por sus hermanas. Cuántas veces le había pedido que, si Dios o el infiel se lo llevaban, velara por ellas, las más débiles y las más necesarias para formar un hogar.

—Contad con ello —se comprometió Íñigo bajo el influjo del recuerdo.

Íñigo cumplió con la promesa y el rey recibió al señor de Luna en presencia del conde Fernán González. Íñigo, una vez cumplida su parte, se desentendió sobre lo que allí se hablara y regresó con la tropa, que andaba inquieta ante la noticia del avistamiento del ejército de Abderramán. Se decía que eran miles, como las espigas de trigo cargadas de granos.

Se paseó entre los castellanos con la tranquilidad de un día de asueto, sin mostrar preocupación ante el evidente desequilibrio de fuerzas. Bromeó con unos y con otros e infundió valor y fuerza de espíritu. Había una diferencia entre los dos bandos y no era precisamente la desigualdad del número, sino la razón por la que luchaban: los cristianos defendían sus hogares; los musulmanes, por la

vacua promesa de un cielo lleno de huríes. Muchos de ellos, por lo que había comprobado en Córdoba, eran mercenarios, más hechos a las armas que los campesinos castellanos y leoneses, pero también más prestos a darse la vuelta si la batalla no era de su gusto. La motivación era un elemento muy importante a la hora de decidir una empresa.

El seis de agosto, día de la festividad de los santos Justo y Pastor, la hueste cristiana formó frente al río Pisuerga, de donde esperaban el ataque, ya que las tropas musulmanas se encontraban al otro lado. No obstante, la caballería musulmana, tras vadear el Pisuerga más al sur, sorprendió a las huestes cristianas por el oeste. Asustados los castellanoleoneses, volvieron grupa en busca del refugio de los muros de Simancas. A medio camino, Fernán González rehízo a sus hombres agitando la espada en alto; Íñigo lo secundó gritando: *¡San Millán!* Y entre ambos organizaron el contraataque, que cogió desprevenida a la caballería mora, que ya cargaba contra ellos con la alegría del vencedor.

El encuentro entre las dos fuerzas a caballo fue brutal: las lanzas se hundían en los cuerpos desprevenidos, las espadas segaban vidas y las adargas sufrían las melladuras de los filos que desviaban para salvar el corazón de sus dueños. Los lamentos de los heridos se mezclaban con los gritos de los vivos y el relincho de los caballos, asustados por el olor de la sangre que se derramaba.

Íñigo repartía mandobles a diestra y siniestra sobre un escudo o sobre carne, de la que brotaba el cálido líquido que salpicaba a los contendientes. Reparó en que, durante el fragor del combate, se hallaba cerca del señor de Zaragoza, quien comandaba la carga musulmana. Seguido de Galindo y de Nuño, sus amigos incondicionales, rodearon al adalid árabe y lo aislaron de los suyos cuando el señor de Zaragoza se inclinaba para asestar un golpe mortal. Íñigo empujó su montura, consiguió desequilibrarlo y cayó irremediablemente del corcel de guerra. Galindo se aprestó a protegerlo con su caballo y su cuerpo para que él pudiera apresarlo antes de que se dieran cuenta los musulmanes. Descabalgó y lo amenazó con la punta de la espada cuando se ponía de pie. Vencido, el señor de Zaragoza entregó el arma al caballero del río Lobos.

Los musulmanes los vieron retroceder con su adalid preso e intentaron socorrerlo, pero ya era tarde: los castellanos cerraron filas con Fernán González al frente. Desalentados los infieles por la pérdida de su comandante, se retiraron del campo de batalla.

La euforia en el lado cristiano se dejó sentir, mientras que el ejército califal se lamía el orgullo. Abderramán, desanimado por el resultado del primer enfrentamiento, no presentó batalla al día siguiente. Este descanso permitió a los leoneses recibir a las huestes navarras, que llegaban con la reina Toda al frente, vestida con la cota

de malla y la espada al cinto. Por la tarde, se unieron las de Coímbra y el resto de las castellanas.

Animados los cristianos por el buen augurio del comienzo y por los refuerzos recibidos, el jueves y el viernes soportaron el empeño y el empuje del ejército contrario. Cada vez que los musulmanes conseguían romper las filas, los cristianos las rehacían con una entereza encomiable. Si los hombres desmayaban, Fernán González y los otros condes los exhortaban a seguir en la brecha. Infatigables en el esfuerzo, herían y mataban como uno más.

Al amparo de la noche, los hermanos de armas acudían al sangriento campo a buscar los cuerpos de los compañeros para darles cristiana sepultura y para recuperar las armas necesarias y costosas mallas y cascos. Cuando Íñigo regresaba con algunos hombres y la carga de los cuerpos de varios castellanos, presenció el momento en que Abieno Flaínez halló el cuerpo de su padre, el señor de Luna. Se acercó para rendir homenaje a tan esclarecido guerrero que había caído tan próximo a la retaguardia. Una flecha arrojada por un arquero diestro, pensó Íñigo, pero le sorprendió que la herida se encontrara en la espalda y no hubiera flecha o dardo que extraer. Acuciado por los suyos que lo aguardaban, presentó las condolencias al nuevo señor de Luna y se retiró. Cayó en el olvido lo que había observado.

Tras dos días de enconada lucha y con un alto número de bajas, Abderramán III desistió de su empresa de conquistar el castillo de Simancas y levantó el campamento.

—El enemigo se retira —constató Fernán González, observando el campo contrario.

—No os confiéis —rebatió Íñigo—. Le ha costado un año organizar la campaña para retirarse sin un triunfo. No ha logrado su objetivo de hacer retroceder a Ramiro y despejar la frontera del Duero. No, no puede regresar con las manos vacías.

—Los seguiremos. Escoge un buen grupo para azuzarlos desde la retaguardia y envía a los demás a defender las fortalezas del Duero que han quedado desatendidas. Si yo estuviera en su lugar, allí dirigiría mis esfuerzos. Su afán siempre ha sido hacer el mayor daño posible para evitar el avance de la repoblación: arrasar campos y segar vidas.

A las pocas horas, los negros presagios del conde castellano se vieron cumplidos: el ejército del califa emprendía la marcha hacia el este, siguiendo en paralelo la corriente del Duero.

De Simancas partieron veloces jinetes para levantar en armas a Castilla. El grueso del ejército salía detrás a marchas forzadas, mientras que Fernán González e Íñigo, con un numeroso contingente de hombres castellanos y leoneses, se disponían a pisar los talones de

Abderramán.

Asoló las tierras de Monzón y se detuvo en Roa para descansar antes de internarse en las duras tierras castellanas. Hasta ese momento, el ejército musulmán luchó contra los campos agrestes y los cultivados, pues no encontró vida en ellos porque las gentes ya habían sido advertidas.

Íñigo sonsacó a los prisioneros la información sobre los planes de Abderramán y avisó al conde castellano.

—La intención, como sospechábamos, era llegar a San Esteban de Gormaz, pero Abderramán ha recibido a un emisario de Guadalajara, quien solicita que ataque las pequeñas fortalezas del río Haza, al sur del Duero, porque los acosan con constantes incursiones y les impiden rehacerse y mejorar las fortificaciones —contó Íñigo, sentado frente a la hoguera.

—El río Haza, ¿eh? —murmuró, pensativo, el conde a su lado.

—¿Envío hombres de refuerzo? —preguntó Íñigo.

No recibió respuesta. Fernán González se había perdido en sus cavilaciones y se mesaba la negra barba distraídamente. Sus ojos brillaban por el resplandor del fuego que miraba sin verlo. Suspiró e irguió la espalda.

—No. Conocéis bien estas tierras. El río Haza es muy sinuoso y cerca de Castroboda se encaja formando un profundo cañón. Os adelantaréis con una buena selección de guerreros y los dispondréis como creáis conveniente. Deberéis guardar las alturas y dejar el valle a los musulmanes.

—¿Y si no toman ese camino? Yo no lo haría.

—Extenderé a mis hombres por las partes altas del valle y perseguiré la zaga. Los de detrás empujarán a los de delante. El ejército acosado tomará el camino más directo hacia Atienza y Guadalajara, bastiones amigos. El resto queda en manos de Dios.

Íñigo confiaba plenamente en Fernán, quien, en otras ocasiones, ya había dado muestras de ser un gran estratega.

—Partiréis al amanecer. Os doy un día de ventaja antes de iniciar el acoso —advirtió el conde.

Además de castellanos, Íñigo contó con navarros y alaveses para llevar a cabo la emboscada. Dos días tardaron en alcanzar su destino, marchando por las zonas altas para que no los divisaran y dieran la alarma los pastores. En las zonas de caída vertical sobre el río, dejó a los arqueros y, donde las laderas permitían el acceso al cañón, colocó a la infantería. La caballería reforzaba la retaguardia de la infantería para detener cualquier intento de escapada del enemigo. Reunió a los jefes de tropa y así les habló:

—Nuestro esfuerzo es causar desconcierto y el mayor número de muertos sin presentar batalla abiertamente. Cada hombre es valioso y

no debemos arriesgar su vida. La ventaja estará de nuestra parte si conseguimos contenerlos en el fondo del cañón. Dejaremos pasar a la vanguardia y atacaremos cuando se encuentre el grueso de la tropa atrapado, sin posibilidad de retroceso ni de avance.

Varios días aguardaron inquietos hasta que los espías regresaron con la noticia de la llegada del ejército califal. Hostigados por la fuerza que comandaba Fernán González y obligados a hacer frente a las constantes escaramuzas, dejaban un reguero de muerte a su espalda. Íñigo reconoció en la vanguardia al propio Abderramán, rodeado de su guardia personal, los hasam, mercenarios aguerridos y fieles al estar lejos de las intrigas palaciegas de las familias aristócratas. Íñigo permitió que saliera del cañón y que, confiado, lo siguiera el grueso de la tropa. Luego, tensó el arco y disparó al emir que encabezaba la caballería.

El cielo se oscureció por la lluvia de flechas que buscaron blanco en el fondo del barranco. El grito de los cristianos retumbó en las paredes rocosas y cundió el pánico entre las fuerzas musulmanas que, en lugar de presentar batalla, sólo pensaron en abandonar el encajonado río, empujando y pisando a los caídos, cada cual se preocupaba por su pellejo y olvidaba al compañero. Los navarros, más exaltados, descendieron entre las rocas para acabar con la vida de los más cercanos. Los gritos de los emires y adalides, los cuales intentaban coordinar la defensa, se perdieron en medio del horror. El hacinamiento, al que se vieron sometidos al formar tapón los muertos, facilitó la labor a los cristianos, quienes, deseosos de vengar las afrentas de las aceifas y el hambre de los suyos, no mostraron piedad y hendían cascos, partían escudos, mellaban cotas y hundían espadas acá y acullá, tiñendo el río con sangre infiel.

Íñigo, pendiente de lo que sucedía, tanto dentro como fuera del cañón, comprobó que el califa, en lugar de socorrer a la tropa, siguió adelante hasta Castroboda, en donde acampó todo el día en espera de los escasos contendientes que lograran escapar de la mortal trampa. Tranquilizado por ese lado, regresó para unirse al remate de los heridos y al saqueo de armas y de vestimentas moras como de cualquier objeto de valor que llevasen encima.

—¡Seguidme! —gritó a Galindo y a Nuño.

Antes de que se produjera el pánico, se había fijado en una carreta de buena hechura que seguía de cerca a la comitiva califal y que había quedado atrapada en la salida del cañón, un poco apartada por la muerte del conductor. Era tanto el botín que los demás no habían reparado todavía en ella. Corrieron y la tomaron como quien conquista un castillo.

—¡No dejéis que nadie se acerque! —advirtió con los ojos brillantes.

Se asomó dentro y halló el auténtico tesoro: los enseres personales de Abderramán. Desde su tienda hasta la cota de malla tejida con hilo de oro, además de un valioso ejemplar del Corán. Salió y se encontró con los rostros expectantes de sus amigos.

—Si no queréis perder la vida a manos de los avariciosos, no permitáis que nadie vea el interior. Colocad algunos muertos en la parte de atrás y que piensen que sólo trasladamos cuerpos. ¡Eh, Yago! —llamó a otro de sus hombres que se hallaba cerca—. Reúne los caballos que puedas y cargadlos de armas.

El resto del día se pasó en medio del saqueo, y luego se retiraron sin descansar por la noche en busca de refugio hacia el Duero.

2

Castillo de Las Torres del río Luna, año 944.

Cinco años habían pasado desde que llegara la noticia de la muerte de su padre en el campo de batalla, delante del castillo de Simancas. Cinco años de sufrir continuas afrentas por parte de su madrastra, doña Justa, una hispanorromana tiesa y engreída, y de sus hermanastros, hijos de la primera esposa de su padre. Cinco años sola, pues ni el consuelo de tener a Suero a su lado le había quedado. Era un muchacho que había crecido en el castillo y al que su padre le encomendó su cuidado hasta que lo nombró escudero personal. Ufano, partió con su señor como portador de armas y no volvió. Preguntó a los hombres que lo habían acompañado y lo habían dado por muerto, aunque no habían encontrado el cuerpo. Pero eso no era tan raro en un campo de batalla, donde muchos quedaban irreconocibles.

Un tenue roce la alertó. Un ciervo astado asomaba en la linde del bosque, receloso a abandonar el cobijo que le ofrecía la espesura y cruzar la explanada en busca de pasto. Venía siguiendo su pista desde hacía un rato: excrementos amontonados todavía tibios, las huellas de las pezuñas y el estropicio en un árbol a causa de la cuerna.

Tensó el arco, preparada por si acaso decidiera aventurarse. Calculó el paso y la velocidad para anticiparse y no fallar. En el amanecer, a no ser que fuera un día particularmente ventoso, había encalmada. El silencio era absoluto, roto exclusivamente por el gorjeo de las aves, ajenas al drama que se desarrollaría a ras de suelo. El espíritu del bosque venció la desconfianza y entró en la pradera. Quiso la suerte que se dirigiera hacia ella, se detuvo y bajó la cabeza coronada con la enorme cuerna hasta la incipiente hierba primaveral. Xana aguardó inmóvil. El astado elevó la cabeza y dejó al descubierto el pecho. La flecha silbó y, certera, atravesó el corazón. Dobló las patas delanteras y cayó de costado. Un lobo gris salió disparado de entre los arbustos para declarar la pieza como suya. Xana rio satisfecha y, en absoluto asustada, se acercó al trofeo.

—Vamos, glotón, déjame los cuartos traseros.

El lobo, mientras desgarraba el vientre, la dejó manejar el machete para separar las poderosas ancas del animal. La primavera había llegado y con ella la apertura del paso entre León y Oviedo. Eso significaba noticias del exterior y también la próxima marcha de los hombres hacia los puestos de la frontera. Eran las estaciones de mayor felicidad para Xana después del martirio de soportar bajo el mismo techo a las personas que más detestaba y que la odiaban a su vez.

Sin la protección de su padre, doña Justa se abatió como un gavilán al acecho sobre la presa. La apartó del servicio del castillo y de la administración de los quehaceres, aunque lo que más molestó a

Xana fue enterarse de las frecuentes visitas de la viuda a los aposentos de Abieno en horas poco adecuadas. Sinda le había informado de que, en vida de don Flaín, ya era habitual. Ahora comprendía la razón por la que su hermano se excusó de las nupcias concertadas por su padre con una muchacha de un señor de Galicia. Así que tampoco podía confiar en Abieno. Y de Munio, mejor no hablar. La envidia y el odio emergieron con la fuerza salvaje que lo caracterizaba, ya que el cerebro se lo llevó todo el mayor. Con el paso de los años, se había convertido en la doncella personal de doña Justa, quien no perdía ocasión para humillarla. Y una de esas formas de herir consistía en repetirle que no se casaría, que no buscaría un buen partido y que, en cuanto se cansase de su presencia, instigaría a Abieno para que la ingresara en un convento.

Si en algún momento había dudado de su palabra, en esos cinco años había dejado constancia de la veracidad de su amenaza: ese verano cumpliría los dieciocho años. Ya era demasiado mayor para que algún caballero se fijara en ella, cuando las mujeres se casaban entre los catorce y dieciséis años. No era algo que le molestase particularmente, siempre había pensado que Abieno no le buscaría un marido complaciente, como habría hecho su padre; pero a lo que no estaba dispuesta era a tomar los hábitos y a pasar el resto de su vida de rodillas. De ahí que dedicara tanto tiempo a endurecer el cuerpo, a cazar y a aprender a vivir sobre el terreno. No era tonta. Sabía que, si escapaba, darían con ella enseguida. No era difícil descubrir el paradero de una mujer que sacaba la cabeza a la mayor parte de los hombres, con un cabello más pálido que el trigo y unos ojos verdes, herencia de un abuelo normando. No obstante, había oído hablar de la zona fronteriza a los viajeros que paraban en el castillo.

Describían el Duero como un lugar terrible, en el que el peligro de morir acechaba día tras día. Nadie preguntaba la procedencia de los brazos que llegaban a ayudar y nadie se preocupaba por la vida del vecino. Le atraía y le repelía a la vez la idea de buscar refugio allí. Imaginaba la frontera como un territorio de salvajes, personas como Munio, por eso a su hermano le encantaba ir en verano. Sus hermanos formaban parte del ejército de Ramiro y ella había pensado en huir a Pamplona, en el otro confín del territorio cristiano. Cuanto más lejos, mejor. No temía a la violación. Hacía dos años que un amigo de Munio, Tello Ansúrez, hijo del conde de Monzón, lo había intentado. En ningún momento pidió auxilio, consciente de que no iba a llegar, pues su intuición le decía que Munio había preparado la celada; por el contrario, con la fuerza de su altura y fisonomía, lo empujó y empuñó el cuchillo. Él la infravaloró y volvió a arremeter. Recibió un tajo alargado en el brazo que lo obligó a retroceder furioso.

—¿Os habéis atrevido a herirme? Destrozaré vuestra reputación,

zorra.

—Puede que Munio os aliente en vuestras locuras, pero no olvidéis a Abieno. Igual tiene en mente algún enlace importante y no le gustaría que le privaseis de él —mintió con coraje, pero surtió efecto porque Tello no abrió la boca.

Había comprobado que todos temían a Abieno, incluso doña Justa. Era ancho y fuerte, de pelo negro y piel cetrina. Xana lo conocía bien: inteligente, egoísta hasta límites insospechados, cruel en la medida de lo necesario. Las personas del castillo tenían el valor de la eficacia; a los viejos y a los tullidos los despachaba a las cabañas, en el campo. Por esta razón, estaba segura de que el próximo invierno ingresaría en un convento; a su edad ya había perdido utilidad.

Cargó con las piernas del ciervo y un lomo y dejó atrás al lobo, que daba cuenta del resto del animal. De camino al castillo, se detuvo en una choza.

—Mi señora —saludó una joven con un niño en los brazos.

—La paz del Señor sea con vosotros, Alodia. Os traigo carne. Haced con parte de ella un caldo sustancioso y hacédselo llegar…

—Como siempre, mi señora. No hace falta siquiera que lo mencionéis; se hará como siempre.

—Gracias, Alodia. ¿Todos bien?

—Gracias a su generosidad, hemos soportado el invierno. ¿Qué sería de nosotros sin su ayuda?

Xana se despidió de la viuda de un soldado del castillo que perdió la vida en la campaña del año anterior. La dejó con tres retoños y nadie se acordó de ellos. Ni siquiera Abieno tuvo a bien entregarles las armas que había pagado el hombre de su bolsillo. Esos gestos definían a las personas, y había notado cómo, en esos cinco años, algunas familias los habían abandonado por señores más complacientes o en busca de su libertad en zonas fronterizas, donde se ofrecían tierras si podían defenderlas.

Miró la imponente presencia del castillo de Las Torres del río Luna y sintió que ya nada la ligaba a aquel lugar. Se había vuelto extraño sin el amor y la protección de su padre. La oscura fábrica de piedra se elevaba sobre el río Luna y destacaban las torres cuadradas, que se alzaban enhiestas y vigilantes. Desde allí, se controlaba el paso hacia los puertos de Ventana, la Cubilla y la Mesa; y se custodiaba el acceso a Asturias desde la nueva capital, León. Había sido construido por Alfonso II el Casto, en el siglo anterior, sobre una defensa romana que ya existía y que había servido de sede del Tesoro Real con Bermudo II.

Ahora encontraba consuelo en los bosques y en la antigua celda, mohosa y olvidada, en la profundidad del castillo, donde fabricaba, con grasa fundida, jabones y esencias de manzanilla, laurel, romero, azucenas y flores silvestres que recogía en sus paseos.

Había viajeros en el castillo, así que entró por uno de los pasadizos secretos que horadaban el roquedal sobre el que se asentaba, excavados por los ingenieros romanos. Dejó la carne en la cocina y, ávida de noticias, se dirigió a sus aposentos para adecentarse antes de la cena.

—Todavía no hay nuevas de tierras musulmanas —decía uno de los mercaderes de azabache, mineral que obtenían de las minas asturianas y vendían a los azabacheros leoneses—, pero no nos hacemos ilusiones. No recuerdo ninguna tregua que durara más de un año.

Xana se aproximó al estrado sobre el que departían los tres mercaderes con Abieno y Justa. La presentaron y se apropió del único escabel que quedaba libre ante la enorme chimenea, pues por las noches descendía bastante la temperatura.

—Lo que ignoramos es qué sucederá sin la ayuda castellana —prosiguió el que se llamaba Osorio.

—¿Cómo es eso? —se interesó Abieno.

—¡Ah! ¿Pero no saben? —se extrañó Osorio, el mayor de los tres y quien llevaba la voz cantante—. El conde de Castilla, Fernán González, y el conde de Saldaña, Diego Nuño, han sido encarcelados. El castellano se halla en León; y el de Saldaña, en Gordón.

—¡Qué decís! —exclamó Abieno, asombrado—. ¿Qué hicieron tan importantes señores para provocar semejante ira en Ramiro?

—La razón la hallaréis en el premio desproporcionado con el que favoreció al señor Ansur Fernández, a quien otorgó el nuevo condado de Monzón a costa de los desvelos de los condes de Saldaña y de Castilla, que lucharon por obtenerlo.

—Comprendo el enfado de los condes ante tan arbitraria decisión —se solidarizó Abieno—, pero son dos personas claves en la defensa de la frontera.

—No he terminado de relataros las desdichas de estos preclaros condes. El rey ha requisado los bienes alodiales y ha nombrado al propio conde de Monzón, conde de Castilla también.

—¡Voto a bríos! —exclamó Abieno, lívido—. ¿Quién lo iba a imaginar? El cuñado del rey, su mano derecha, desposeído y cargado de hierros.

—Por eso los leoneses se preguntan qué sucederá esta campaña. Como los castellanos no han admitido al conde de Monzón, el rey ha enviado a su propio hijo, Sancho, a vivir en Burgos. Ramiro pretende doblegar a los orgullosos castellanos, pero nosotros, que recorremos los caminos y oímos aquí y allá lo que se rumorea, no lo creemos posible.

—Os equivocáis —rebatió Abieno—. Lo conseguirá mal que les pese. El rey es tozudo y no permite que nadie se alce por encima de

sus decisiones, y estos condes han rebasado los límites, han perdido el beneplácito de su señor, y éste los ha castigado. Así que ahora el conde de Monzón y de Castilla es el nuevo adalid del rey —constató Abieno pensativo.

Entraron las criadas, con las fuentes y las jarras de sidra, y la conversación quedó suspendida por una más ligera y banal. Xana comió en silencio, analizando lo que había escuchado. Su padre apoyó a Ramiro cuando le disputó el trono su hermano Alfonso, porque era inteligente y con la fuerza necesaria para mantener las fronteras, incluso para llevarlas más allá del Duero. Y así sucedió a partir de la victoria de Simancas: Ramiro avanzó hacia Salamanca, Fernán González conquistó Sepúlveda y, para repoblar la plaza, el conde de Castilla concedió un fuero especial a sus habitantes.

No comprendía muy bien la política; pero, si al rey no le cegaba la ira, aquello quedaría en un pequeño escarmiento. El conde castellano era demasiado importante y contaba con la lealtad de los suyos, como habían dejado entrever los comerciantes en la conversación. ¿Cómo terminaría la desavenencia?

Las semanas pasaron y los días templaron, aunque se tornaron lluviosos. Los prados se vistieron de verde y de vívidos colores de las flores silvestres. Los mensajeros iban y venían de León, y los viajeros traían noticias inquietantes sobre la reacción de los castellanos al encarcelamiento de su conde, pues seguían sin reconocer la autoridad del conde de Monzón, pese a la presencia de Sancho, segundo hijo de Ramiro, quien tan sólo contaba diez años.

Munio regresó acompañado de Tello Ansúrez, el hijo del nuevo brazo de poder, el conde de Monzón y Castilla. Xana, desprevenida, no pudo esquivarlos el primer día de su llegada, así que apretó la mandíbula y se armó de paciencia. Al caer la tarde, durante la comida principal del día en la que se reunían señores, servidores y viajeros del castillo, Xana tomó asiento entre los viajeros, con quienes conversó sin hacer caso de las lujuriosas miradas de don Tello. Munio charló por los codos ayudado por el vino, que bebía sin moderación. Ebrio, discutió todas las decisiones de su hermano, como acostumbraba a hacer, aunque no servía de nada, pues Abieno tomaba sus propias resoluciones y hacía caso omiso de Munio.

En un momento dado, dirigió la vista hacia Justa y la sorprendió observándola con atención. Molesta, regresó la atención al comerciante de lana, que le contaba algo acerca de un lobo.

—La matanza exigió medidas contundentes y se organizó una batida, aunque sin resultados. Son muy inteligentes esos cánidos.

—No creo que haya sido obra de un lobo, ni siquiera de una manda de lobos —rebatió Xana, con una sonrisa para no ofender al hombre—. Son animales que matan lo que van a comer y, por lo que

habéis contado, había ovejas muertas intactas. No es la primera vez que escucho algo así y, al final, se descubre que es obra de un vecino envidioso. Sólo el hombre es capaz de matar y desperdiciar. La naturaleza es sabia.

—¡Hum! Ahora que lo decís, me parecen muy cabales vuestras palabras, pues fue nuestro vecino quien puso empeño en perseguir a los lobos. Litigamos por unas tierras que habrá que pagar.

—¿Veis? Os quiere arruinar.

—Ha sido muy provechosa la charla con vos. Había oído hablar de la doncella del río Luna, pero compruebo con satisfacción que no son ciertos los rumores que corren.

—¿Se habla de mí fuera de estos muros? ¿Qué se dice? —se interesó Xana.

—Tonterías de viejas. Vuestro aspecto normando levanta recelos entre la gente ignorante, y el que permanezcáis soltera no ayuda.

—¿Sois padre? —El comerciante asintió—. Seguro que cuidáis de vuestros hijos y de su futuro. Soy huérfana y mis hermanastros no velan por mis intereses.

—Una lástima. Yo me muevo por los caminos y los castillos. Os buscaré un buen pretendiente, aunque será un viudo. Por la edad, no os puedo asegurar otra opción.

—Os lo agradezco. Un viudo me interesa —aceptó Xana, siguiendo el buen humor del hombre.

Esa misma noche, Xana llenó un morral con los restos del ágape y dejó preparadas las prendas que vestía para moverse por el monte: unas calzas de hombre realizadas a su medida y atadas con cintas alrededor de las piernas; una camisa de lino larga sobre la que llevaba una túnica hasta el medio muslo, de tela gruesa y resistente, de color pardo, ceñida por un cinturón del que pendían un machete y una vaina con el cuchillo. Encima, como llegaba el buen tiempo, se pondría la capa romana, sujetada al pecho por una fíbula. Llenó la aljaba de flechas y engrasó la cuerda del arco para que la tripa, con la que estaba fabricada, conservara la elasticidad.

De madrugada, abandonó el castillo con el pelo trenzado y recogido bajo una crespina. De lejos, era un hombre más. Alargó el paso y se perdió en la espesura de los bosques, como solía hacer siempre que aparecía Munio. Físicamente, era un poco más agraciado que Abieno, aunque con la misma complexión, propia de los guerreros que se ejercitaban con las armas: se desarrollaban los brazos, fuertes y musculosos, mientras que el cuerpo se mantenía magro. Sin embargo, el exceso de bebida le había vuelto la mirada turbia y el genio vivo y cruel. ¿O la crueldad formó parte de su carácter desde que nació? Había aprendido a no presentarse ante él para ser objeto de sus burlas o pesadas bromas, y su amigo Tello era un aliciente más para no

regresar en una semana. A doña Justa no le gustaban esas salidas, pero a Abieno no le molestaban. Xana estaba convencida de que si no regresaba, tampoco se inmutaría. El problema era decidir adónde podría ir una mujer como ella.

Al cabo de una semana, se cruzó con uno de los escuderos de Abieno cuando descendía de la Peña Ubiña. Sudoroso, le informó de que su presencia era requerida con urgencia en el castillo.

—¿Ha sucedido algo? —se inquietó Xana.

—No, que yo sepa, aunque hay mucho revuelo. Se marchan a León.

—¡Ah! Ya llegaron noticias del rey y de la campaña militar de verano. ¿Para qué precisan mi presencia?

—He oído que, en esta ocasión, los acompañará doña Justa —arriesgó el joven escudero.

—¿Doña Justa? ¡Qué sorpresa! Por fin Abieno ha cedido a su ruego de hacerlo oficial.

—Ignoro de qué habláis. No son temas en los que uno deba inmiscuirse —convino, discreto, el escudero.

Xana llegó al castillo, expectante ante los cambios que se avecinaban. Tomó un baño para quitarse el olor montuno y se vistió para la comida principal del día. Previamente, Sinda le había informado de la partida de Munio y de Tello.

—¡Os encontraron! —exclamó su madrastra cuando la vio entrar en el salón—. Sentaos a nuestro lado —ordenó—. Hemos de hablar.

La amplia sonrisa que llenaba el delgado rostro de la hispanorromana, otrora, la habría llenado de aprensión; sin embargo, en esta ocasión, lo atribuyó a la alegría de que Abieno se hubiera plegado a sus deseos.

—Xana —empezó Abieno en cuanto tomó asiento a la mesa—, espero que apreciéis mi desvelo por buscaros esposo, a pesar de la dificultad de vuestra edad.

—El asunto de la edad ha sido a causa de vuestra desidia, no de la mía —replicó con el corazón en un puño ante la sorpresa.

—Pues ya está solucionado. Vendréis a León para desposaros. Doña Justa os acompañará hasta que yo os entregue en el altar.

—Muy bien —respondió Xana. Alargó la mano hacia una pata de conejo.

—¿No vais a interesaros por la identidad de vuestro futuro esposo? —preguntó doña Justa, disgustada.

—Por vuestra pregunta, deduzco que a vos os complace —replicó con descaro, sin dejar de servirse en el plato de barro.

—Pues sí. —Se removió insegura en la silla—. Habéis tenido suerte, se trata de un hombre más joven que vos y con un gran futuro por delante. Su padre es la mano derecha de Ramiro.

—¿Y cuál es el defecto?

—¿Por qué ha de tener un defecto? —disimuló doña Justa.

En ese instante, Xana supo que llegaba la puñalada. Sentía cómo se relamía su madrastra, después de jugar al gato y al ratón. Se preparó para no sentir nada, para no pestañear siquiera y negarle la satisfacción al enemigo. Como no contestaba, la impaciente doña Justa lo soltó como si fuera miel en los labios:

—Tello Fernández.

Aunque el interior de Xana se heló, siguió mordisqueando con gran entusiasmo el hueso de conejo. Con la indiferencia de cualquier otro día, continuó con una perdiz mechada con tocino. Por el rabillo del ojo vislumbró cómo torcía el gesto su madrastra. No obstante, la mujer era porfiada cuando se trataba de hacer daño.

—Entre nosotras —bajó el tono y se aproximó confidencial—, dicen que su trato no es muy amable en la cama; pero claro, de eso sabréis mucho, ya que vuestra madre fue fruto de una violación.

—Ya que estáis tan perceptiva —susurró Xana—, os recuerdo que vais a León por mis esponsales, no por los vuestros, y que Abieno concertará su matrimonio con una mujer más joven que os expulsará del castillo.

—A las ingenuas no les temo —replicó altiva doña Justa.

—Si son de buena familia y con influencia, deberíais. Y Abieno no creo que se conforme con menos.

—¿Qué susurráis? —inquirió Abieno.

—¿Cuándo partimos? —indagó Xana a su vez.

—En una semana. Hay que preparar las carretas, el ajuar…

—¿Ajuar? Tello dejó claro que no le importaban los detalles —interrumpió doña Justa, con una falsa sonrisa.

—Aportará el colchón, como es costumbre —aclaró Abieno, molesto.

—¡Si no usa! —exclamó con una carcajada doña Justa.

La mirada que le dirigió su hermano a la amante habría dejado congelado a un hombre en pleno agosto. Doña Justa respiró hondo cuando se dio cuenta de la situación tan delicada en la que le habían colocado el odio y la imperturbabilidad de Xana, a la que no había conseguido siquiera inquietar y que estaba lejos de llorar y suplicar, como había imaginado en su perversa mente. Xana se había permitido un pequeño triunfo dentro del infierno en el que acababa de convertirse su vida.

—Munio se ha adelantado con algunos de los hombres para conseguir alojamiento. Es harto difícil durante el verano, ya que todos los señores acuden a la convocatoria del rey.

—Pero este año no ha habido —recordó Xana con despreocupación, como si no le hubieran dado la peor noticia de su vida.

—Finaliza mayo. Es extraño que no sepamos nada de nuestros enemigos. —Se encogió de hombros y se volvió a uno de sus hombres con instrucciones sobre las guardias del castillo cuando partieran.

En los días siguientes, Xana dejó en manos de la madrastra los preparativos. Ella tenía suficiente con un hatillo para los objetos de aseo y un pequeño baúl, que deslizaría a última hora, con los jabones y perfumes, la ropa de caza y las armas. De su padre, conservaba un cuchillo de caza; y de su madre, un escapulario de la Virgen. Nada dejaba atrás. Recorrió los bosques para despedirse de aquellos que la apreciaban y, en el adiós, fue consciente de la inquietud que generaba su partida entre las gentes. ¿Qué sería de ellos? Ya no era su problema, debía mirar por sí misma. El desasosiego ante el futuro incierto fue enraizando en ella. Sinda las acompañaría, pues era la más joven para soportar el viaje. Abieno, más consciente que doña Justa, velada por el odio, le regaló un brial con el cinto bordado y una camisa de lino. No por generosidad, sino por orgullo de familia. No iba a dejar que su hermana se moviera por León como una pordiosera. Gotina, entre lágrimas, le obsequió una escarcela la noche anterior a la partida.

El viaje fue lento y pesado hasta llegar a orillas del río Bernesga, en Gordón. Xana recordó que en el castillo se hallaba preso el conde de Saldaña por rebeldía. ¿Qué la esperaba a ella cuando se escapase? No había trazado ningún plan porque desconocía el terreno. Era la primera vez que abandonaba las tierras en las que había crecido, y el mundo le había llegado a través de los relatos y de las noticias de los viajeros. Se encomendó a la Virgen y a su madre, que velaba por ella allá donde se encontrara, y se mantuvo alerta por si le surgía la ocasión de huida.

En Gordón, tomaron la calzada romana, que llamaban de la Plata y que los conducía directamente a la ciudad. Por esa misma razón, se encontraba muy transitada y, en lugar de avanzar rápido, fueron lentos, aunque más seguros. Acostumbrada a andar, escogió caminar a ir sentada en el carro junto a su madrastra. Atenta a todo lo que veía, entablaba conversación con otras mujeres, familias y comerciantes que se les unían en la marcha. Abieno la reconvenía de vez en cuando, pero, como se había mostrado dócil desde el anuncio de los esponsales, no le importaba mucho si su comportamiento era el adecuado a su condición social, al menos hasta que estuvieran en la ciudad.

De vez en cuando, Xana vislumbraba al lobo durante el día y, por la noche, cuando se alejaba a hacer sus necesidades, llevaba carne para ofrecérsela. Intentó disuadirlo de su persecución, pero fue en vano. Guardó la esperanza de que, cuando se alejaran demasiado de las estribaciones de la cordillera, desistiera en el empeño de seguirla,

pero no fue así, tal era la fidelidad del animal.

La calzada seguía el cauce del río Bernesga hasta la confluencia con el Torio, en la capital cristiana. Xana contempló extasiada las murallas del antiguo campamento romano. La plaza conservaba el trazado ortogonal en las calles; las casas, unas reconstruidas y otras nuevas con piedras y sillares aprovechados de las ruinosas, se sucedían en un número difícil de calcular para su mente, acostumbrada a chozas y aldeas. El camino hacia la entrada se ralentizó todavía más por el continuo trasiego de gentes y mercancías. ¿Cómo conseguían encontrarse en un recinto tan abigarrado?

Abieno envió a uno de los hombres a una taberna conocida por ellos en busca de noticias de Munio, saludó al oficial que guardaba la puerta y siguieron por la vía principal hasta que les salió al encuentro el propio Munio, quien los condujo hasta una casa particular.

—Es de una viuda que necesita buenos dineros. Ha resultado un poco cara, pero dispone de cuadra, que es una ventaja, como ya sabéis —comentaba a su hermano.

Les dejaron la habitación más amplia a cambio de compartirla las tres mujeres. El resto de la casa quedaba para los hombres, y el jardín, para los soldados del castillo. Xana cayó en el jergón agotada por las nuevas sensaciones; sin embargo, los ruidos nocturnos de la calle, a los que no estaba acostumbrada, no le permitieron conciliar el sueño. Sería fácil perderse y desaparecer en semejante ciudad. Xana pensó antes de quedarse dormida que si se vestía de hombre, los guardias de las puertas no recordarían por cuál había salido.

3

León, capital del reino, verano, año 944.

Íñigo llegó a León junto con sus tres compañeros, Galindo, Nuño y Yago, tras cabalgar largas jornadas. En el palacete de Ramiro, en la plaza central de León, lo reconocieron y le franquearon el acceso a la cámara del rey.

—¡Ya era hora, caballero Martínez! —exclamó Ramiro, en cuanto le advirtieron de su llegada—. Las plazas fronterizas permanecen mudas, y nosotros, sin noticias vuestras.

—Se prepara una incursión por el territorio salmantino. Debéis reforzar las plazas entre Zamora y Salamanca antes de agosto.

—¡Bien! Un poco de acción nos distraerá de nuestras preocupaciones —admitió Ramiro, y miró a los caballeros que lo rodeaban y que guardaban un silencio inusual al parecer de Íñigo—. Vos, ¿qué haréis? Os puedo ofrecer el mando de mi guardia.

Íñigo abrió los ojos por la sorpresa de tan singular oferta.

—Mi señor, me favorecéis sin razón y aprecio el gesto, pero de sobra es conocida mi lealtad hacia el conde Fernán González.

—Cierto. Habéis estado ausente muchos meses e ignoráis que los asuntos en Castilla han variado. Fernán González ya no es conde y ha sido desposeído de sus privilegios y bienes. Está preso aquí, en León.

Íñigo acusó el golpe. La expresión se volvió pétrea y la tensión de la mandíbula y la forma de aferrar el puño de la espada reflejaron el agravio recibido. Ramiro no era tonto y no insistió en la oferta si no quería verse obligado a encerrar a un hombre tan valioso como Íñigo Martínez, castellano y cliente de la familia Lara desde la cuna.

—Espero que, en su lugar, aceptéis mi generosidad —dijo, a la vez que alargaba un trozo de vitela con el lacre real—. Os permitirá visitarlo.

Íñigo lo tomó, inclinó levemente la cabeza, sin exagerar la sumisión, con el gesto serio, y, sin mediar palabra, se dio la vuelta y abandonó la estancia, que quedó envuelta en un inquietante silencio. Algo comprendió Íñigo en ese instante: Ramiro llevaría a cabo la defensa de Salamanca sin la ayuda de los castellanos.

Fuera, lo aguardaban nerviosos los hombres. En cuanto asomó por el portón, se aproximaron con los caballos cogidos por las riendas.

—Un comerciante castellano nos ha contado que el conde está preso —informó Galindo, visiblemente preocupado.

—Cierto. El propio rey me lo ha comunicado. Vamos a la venta del astur y, allí, nos organizaremos.

La venta del astur se hallaba en la salida norte de la ciudad, un poco retirada de la calzada romana, por lo que ofrecía un descanso aceptable a los viajeros. Semejaba la planta de una villa hispana: el

edificio familiar, otro más amplio para los viajeros con taberna incluida, establos, caballos de reemplazo y un pozo en el amplio patio, todo ello rodeado de un buen muro de mampostería que lo protegía del exterior.

El dueño era un viejo guerrero que procedía de las montañas astures. Empleaba a soldados retirados para vigilar el recinto y mantener la paz entre los huéspedes, por lo que tenía fama de ser un lugar seguro y serio. Las cocinas y la limpieza las llevaban las mujeres, mientras que los hombres se encargaban de las tareas más pesadas, como el acarreo del agua, la limpieza y manutención de las cabalgaduras y el asegurar leña y carne para el largo invierno.

Ante los problemas de alojamiento que había en León, los castellanos habían llegado a un acuerdo con el viejo Favila: le pagaban la habitación del final del pasillo durante seis meses, la ocuparan o no. A cambio, debía estar siempre dispuesta para ellos. Durante cuatro años habían cumplido ambas partes con el acuerdo, y esperaba que el encarcelamiento de Fernán González no hubiera supuesto la ruptura de tan ventajoso arreglo.

—¡A la paz de Dios, don Íñigo! —saludó Favila, que salió a su encuentro en cuanto oyó el resuello de las cabalgaduras.

—¡La paz sea con vosotros! ¿Contamos todavía con vuestro crédito? —indagó Íñigo.

—Siempre —respondió categórico, con la mano en el corazón—. No es la primera vez que nuestro rey se muestra injusto con sus leales servidores. Os aguardaba. Mucho habéis tardado este año.

Los hombres de Favila se hicieron cargo de los animales, y los de Íñigo cargaron con el equipaje y se encaminaron hacia la habitación. Íñigo acompañó al viejo astur para intercambiar noticias frente a una jarra de vino rebajado con agua.

—Vuestro conde y el de Saldaña se encorajinaron ante la decisión de Ramiro, y éste cortó por lo sano con las pretensiones de ambos encarcelándolos. No creo que hayan sufrido afrenta en el encierro. Bastante grave es ya de por sí la determinación y ya le está costando a Ramiro. Se encuentra solo frente la aceifa musulmana de este verano.

—¿Y el conde de Monzón?

—Las huestes de Monzón son muy inferiores en número a las castellanas. Aunque ostenta el título de conde de Burgos y de Castilla, los castellanos no le permiten ejercer como señor. —Rio por lo bajo el viejo Favila—. No sólo lo desobedecen; sino que tampoco lo mencionan en los contratos y documentos oficiales, en los que sigue figurando como conde vuestro Fernán González.

Íñigo lo acompañó con una orgullosa sonrisa ante la ironía.

—Cada cual obtiene lo que merece —sentenció Íñigo—. No creí capaz a Ramiro, después de tantos años luchando codo con codo, de

tamaño desplante.

—Se vuelve viejo y teme a los que acumulan demasiado poder. Fernán González está muy bien considerado en Castilla, mejor relacionado por matrimonio: cuñado de Ramiro y yerno de Toda de Pamplona. El rey tiene dos hijos demasiado jóvenes para luchar contra un señor de la categoría y de la inteligencia de Fernán González. Por eso lo teme.

—Pues ha equivocado el camino —dijo sencillamente Íñigo—. El pueblo adora a los señores que se preocupan de su bienestar y que no dudan en protegerlos de los enemigos. Ésa fue la razón por la que los leoneses apoyaron a Ramiro frente a Alfonso, su hermano. Lo que deberían hacer esos infantes es mostrar su valía y no encarcelar a aquellos que les hacen sombra.

—Sabias palabras. Pero ¿cuándo los gobernantes han sido de juicio claro?

—Necesito tijeras, jabón y lienzos. —Ante la mirada interrogativa de Favila, aclaró—: El rey me ha dado permiso para visitar al conde.

—Visitarlo, pero ¿asearlo?

—Para que un hombre se mantenga fuerte, no debe perder su dignidad. Añadid un buen asado. Ya veremos quién anda de guardia.

A la mañana siguiente, entraron en la ciudad por la puerta norte, que llamaban del Postigo, y llegaron hasta la puerta del edificio que habían destinado a servir de cárcel. Al de Saldaña lo habían enviado a Gordón, pero Ramiro temía a los castellanos y había dejado a Fernán González a buen recaudo en el interior de la capital. Íñigo consiguió entrevistarse con el alcaide, a quien conocía de vista.

—A vos no puedo negaros la entrada, pero a los demás y la comida…

—Escuchad antes de negaros —interrumpió Íñigo pacientemente —. Nos debemos a nuestros señores, pero éstos cambian como las estaciones del año. ¿Quién reinará mañana? Nos conviene estar a bien con todos. Además, hoy os pido un favor; otro día puedo ser yo quien os lo haga. Hemos luchado juntos en más de una batalla.

—En eso habéis razón. —Se rascó la barba, pensativo—. El caso es que el conde me cae bien. Hombre valiente donde los haya. Es triste encontrarlo en semejante situación. Pasad, me debéis una, pero sed discreto.

—Y dos, si fuera necesario —agradeció Íñigo, satisfecho.

Condujo a Íñigo y al barbero a una de las celdas y abrió la pesada puerta de madera. El conde se había levantado al oír la llave y aguardaba ansioso la visita.

—¡Íñigo!

—¡Mi señor!

Se fundieron en un estrecho abrazo por el que el caballero del río

Lobos apreció la delgadez del conde.

—Debemos darnos prisa —acució Íñigo—. Os he traído agua y ropa limpia. Un sayón, que nos proporciona el alcaide, os recortará el pelo y las barbas. No nos confiaba las tijeras.

Fernán González rio con la alegría recién recuperada tras los meses de aislamiento.

—Sois único, mi querido amigo.

—Mientras tanto, contadme.

Ayudaron al conde a quitarse los vestidos convertidos en harapos. La celda estaba seca y limpia. Íñigo se fijó en que no habían herrado al prisionero a la pared, lo que ya consideraba una deferencia, y tampoco había signos de tortura o de otro castigo corporal. Su señor estaba bien, aunque hubiera perdido carnes.

—No hay mucho que contar —dijo, ya bajo las tijeras del barbero —. Mostramos nuestro desacuerdo y Ramiro aprovechó la ocasión: lo consideró una rebelión.

—Y así ha sido, por lo que me han dicho. ¿Qué sabéis sobre lo que acontece en Castilla?

—Nada. No hablan conmigo y me mantienen incomunicado. Vuestra presencia me hace pensar que Ramiro intentará congraciarse conmigo de alguna forma.

—Castilla no apoya al nuevo conde, quien no ha conseguido que secunden al rey en la defensa de Salamanca. El descontento de los castellanos se ha dejado sentir a lo largo y ancho del reino y no andan los ánimos muy tranquilos por lo que eso significa. Somos la fuerza fronteriza más numerosa y preparada.

—Bien. Deduzco que mi estancia no será muy larga.

—Mucho fiais en Ramiro.

—No le sirvo muerto y ahora se dará cuenta de lo acertado que ha estado en mantenerme con vida, pues los castellanos se hubieran levantado en armas ante tal afrenta. Una guerra civil, con Abderramán asolando la frontera, no es lo más conveniente para nadie. Pero… si hubiera desavenencias entre los señores… Divide y vencerás.

—¿En qué estáis pensando?

—¿Recordáis al anterior señor de Luna?

—¡Cómo olvidarlo!

—¿Por qué? Yo lo había olvidado —aseveró el conde.

—Su muerte fue extraña —recordó Íñigo.

—Nada dijisteis entonces.

—Cayó en retaguardia, por lo que supuse que una flecha lo había alcanzado; sin embargo, el cuerpo presentaba una herida de arma blanca en la espalda.

—No sería la primera vez que en el campo de batalla se comete un crimen al amparo del caos, aunque éste nos interesa particularmente.

¿Sabéis lo que nos pidió?

—Yo no estuve en la reunión con Ramiro, sólo actué como intermediario.

—El señor de Luna estaba preocupado por el futuro de su hija, una joven que llama la atención por su apariencia normanda, según tengo entendido. Le pidió a Ramiro que se ocupara de su enlace con un hombre castellano que estuviera bien considerado en virtud y en valor. Ramiro aceptó y firmó un documento en el que aseguraba el cumplimiento de su voluntad, y la joven quedó bajo la protección real. Cuando el caballero abandonó la tienda, el rey me pasó el documento y me encomendó el cuidado.

—¿Y a qué viene el recordar aquello?

—Lo olvidé porque no volví a oír hablar de la muchacha. Ramiro envió un aviso de la última voluntad del señor al castillo, pero desconozco el resultado. Sin embargo, he escuchado a los carceleros, y no dejan de mencionar a una mujer muy alta y muy rubia que se pasea por la ciudad y que va a contraer matrimonio con Tello Ansúrez, el hijo del conde de Monzón. Ahora bien, ¿quién asesinó al padre? ¿Por qué aparece ahora esa mujer? ¿Por qué se casa con un hombre más joven que ella? Eso debéis averiguarlo y descubriréis al asesino del anterior señor de Luna. Si se cumplen mis sospechas, nos será muy provechoso.

—A mí tampoco me caen bien los hermanos: Abieno, por frío y calculador; y el otro, por fanfarrón y pendenciero.

—Perfecto. Así disfrutaréis cuando les arrebatéis a la novia.

Concluyó el barbero y el conde se dispuso a asearse con el agua de la palangana.

—¿Cómo decís? —Se volvió Íñigo, con el estupor reflejado en el gesto.

—Está claro que los hermanos casan a la chica sin permiso del rey, ya que conservo el documento, con el que ellos consideran el nuevo poder en el reino: el hijo del conde de Monzón y de Castilla. Ahora bien, ¿y si desaparece la novia? ¿Imagináis las ofensas y los agravios entre las dos casas?

—Es decir, que, si secuestro a la hermana del joven señor de Luna, algo complicado por el físico que describís, y la llevo a Castilla, las familias discutirán y se enemistarán en lugar de aliarse. Cuando se descubra el secuestro, vos mostraréis el documento que me librará de que me desuellen vivo.

El conde se volvió hacia Íñigo, ya con el pelo cortado, bien peinado, ropas nuevas y el aire gallardo que lo caracterizaba, y lo miró a los ojos.

—Yo no lo diría con esas palabras, pero confío en vos. Sois un hombre de recursos y mente abierta. Haced todo lo que consideréis

oportuno para mantener a salvo a la muchacha y «no olvidéis el deseo del padre» —enfatizó.

Íñigo no comprendía bien adónde conducía el plan, pero el conde no se mostraba más elocuente, por lo que suspiró y asintió con la cabeza. Fernán González no era ningún loco y algo le rondaba en la cabeza para ordenar semejante disparate. Entraron la fuente con el guisado y el alcaide le mostró la puerta.

—Hasta cuando Dios quiera —se despidió con una inclinación.

—Dios no media en este altercado, sólo el rey Ramiro —replicó el conde con una sonrisa—. Buena suerte, amigo.

Regresaron a la venta y, después de la comida, el astur Favila se sentó con ellos.

—¿Cómo lo encontrasteis? —se interesó.

—Bien de ánimo, sucio de aspecto y un poco falto de carnes —matizó Íñigo.

—Intentaré hacerle llegar buenos guisos, aunque saldrá caro. Tendrán que ser dos: uno, de soborno a los guardias.

—Hacedlo. ¿Cuándo el dinero ha sido problema para el conde?

—Lo han despojado de sus bienes —recordó Favila, meneando la cabeza.

—No os preocupéis por eso. Antes de irme, os dejaré pagado el alquiler de este año y os adelantaré algo de las comidas. Ahora, decidme, ¿qué sabéis de la doncella del río Luna?

—¡Puf! Se habla mucho e ignoro qué hay de cierto en ello. Se comenta que es una joven extraña, que acostumbra a vagar por los bosques cercanos al castillo de Las Torres y a vestir de hombre. Es tan alta, tan pálida, con el pelo tan blanco que nadie se atreve a cruzarse con ella, y se desconoce que haya habido algún pretendiente. ¿Quién desea una mujer que llama la atención por doquier? Por otro lado, viajeros que bajan de allí y la han tratado hablan de su carácter amable, de su voz suave, del cuidado que dispensa a los más desfavorecidos. Una mujer con esas prendas, ¿cómo puede seguir soltera? Como veis, es difícil atender a los rumores cuando se contradicen.

—¿Y ese matrimonio con un hombre más joven?

—No gusta a nadie y es lo que más murmuraciones ha suscitado. ¿Conocéis a los hermanos? —Íñigo asintió—. El mayor es comedido, aunque una serpiente a quien no fiaría mi hacienda, pero el pequeño, Munio —meneó la cabeza con desaprobación—, impetuoso en la acción, imprudente con las palabras, soberbio y voluble, además de brutal con las mujeres. Desde hace años es muy amigo de Tello Fernández, el hijo del conde de Monzón, con quien comparte carácter y gusto en la crueldad de las orgías.

—¿Por qué deciden el matrimonio de la hermana ahora?

—A ella se le ha pasado la edad, de ahí los chismorreos. Personalmente, creo que el mayor aspira a emparentar con una familia importante para medrar en el favor del rey. En cuanto al cachorro del conde de Monzón…, compadezco a la mujer que se convierta en su esposa. No tendrá buena vida. ¿A qué viene el interés? ¿La habéis visto?

—Sí —mintió para no desvelar la intención de Fernán González—. Conocí a su padre en Simancas.

—Un buen señor. Lástima que los hijos no hayan heredado su carácter. A veces pienso que no son de su sangre. ¿Quién nos asegura la fidelidad de las mujeres durante nuestra ausencia al servicio del rey?

Íñigo se retiró maldiciendo su fortuna. Ocuparse de los asuntos de una mujer a su edad, no le hacía gracia. Aparte de sus hermanas, mayores que él, carecía de experiencia en el trato con las mujeres. No era ajeno a los rumores que corrían respecto a él en Castilla. Dos veces había arreglado matrimonio con doncellas y no llegaron a celebrarse. La primera, porque falleció a consecuencia de unas fiebres; la segunda, porque perdió la vida en un ataque musulmán. Cuando lo intentó una tercera, lo alejaron con excusas. Se había difundido que estaba maldito y que la doncella que quisiera desposarlo, moriría antes de lograrlo. Por esa razón, un hombre tan deseable por su posición no se había casado. Se había resignado a permanecer soltero y se había convencido de que la vida que llevaba no era para compartirla con una familia.

No obstante, Fernán González le había confiado esa misión. Era importante que estallaran las discordias entre las dos familias, romper la alianza, pero primero había que localizar a la mujer, descubrir dónde residía, quién la custodiaba, cuándo se dejaba ver por la ciudad. El mercado era la opción más probable, necesitaría completar el ajuar.

Durante una semana, recorrió los barrios de los azabacheros, donde adquirió algunos regalos para sus hermanas, el de los olleros y el de los tiraceros, sin éxito. Dejó caer algunas indicaciones sobre la doncella y las lenguas se desataron generosas, pero ignoraban el paradero de tan inquietante mujer.

Galindo investigó en los dos monasterios intramuros, y en ninguno había constancia de un enlace. El revuelo que se había levantado en la ciudad, a causa de la convocatoria del rey para partir hacia el sur con la intención de defender las plazas amenazadas, dificultaba las pesquisas.

Mediaba agosto y el ejército se aprestaba a marchar. Cansados, Íñigo y sus compañeros entraron en una taberna a apagar la sed. Como todas, se encontraba llena, pero Yago anduvo vivo en ocupar

una mesa que quedaba libre en ese momento y tomaron asiento. Íñigo aguardó a que sus ojos se acomodaran a la escasa luz interior antes de recorrerla. Algunas caras le resultaban conocidas, de otras campañas en las que habían participado castellanos y leoneses conjuntamente, aunque nadie se acercó a saludarlo. El alejamiento entre el rey y el conde se reflejaba en los hombres, quienes sufrían las consecuencias. Aun así, se respetaban y nadie incitaba a la pelea, pues compartir las armas creaba un vínculo invisible. ¿Quién no debía la vida o un favor en un momento comprometido?

—¿A quién tenemos aquí? —Íñigo oyó una voz aguardentosa que provenía del fondo de la taberna—. Al siervo del castellano rebelde.

El agravio acalló las conversaciones de los parroquianos, quienes dejaron espacio para el autor de la ofensa. Íñigo no se inmutó en cuanto descubrió al imprudente ofensor: Munio, de las Torres del río Luna. Sus amigos lo observaron inquietos, pendientes de entrar en la pelea en cuanto fuera necesario.

—¿Calláis? ¿Qué clase de hombre no responde a una provocación? —Munio sonrió con la mueca tonta del bebedor, del inconsciente crecido por el calor del vino.

—Sólo un hombre puede ofender a otro hombre —replicó con la voz sosegada y lo miró con el desprecio que produce el bravucón.

La frase encendió a Munio, que hizo ademán de sacar el puñal; pero no llegó a más, porque uno de los oficiales leoneses lo dejó sin sentido y se volvió a Íñigo.

—Agradecemos vuestra mesura ante las palabras de un borracho. Por mi parte, valoro la información que nos habéis traído. En Salamanca se halla acuartelado un hermano.

—Os conozco. Habéis ascendido desde entonces; seréis un buen oficial —le auguró amable.

Un hombre hosco, que acompañaba al de Luna, retiró el cuerpo de Munio y las conversaciones se restablecieron como si nada hubiera sucedido; por el contrario, el incidente sirvió para romper la frialdad con los castellanos, a los que acosaron a preguntas sobre la aceifa que preparaban los musulmanes y a quienes, en breve, se enfrentarían.

Finalmente, el ejército partió hacia Zamora con Ramiro al frente y la ciudad se vació. Quedaron las mujeres y los mercaderes en una convivencia pacífica, sin los desmanes y el griterío de los soldados. Íñigo, perdida la esperanza, recorría por última vez las calles, cuando un mercader le señaló a una mujer de rasgos afilados y cercana a su edad: era la acompañante o la madrastra de la doncella del río Luna. La observó de lejos: seguía la moda romana y se movía con la confianza de una matrona que está por encima de todo. No le resultaron agradables el trato que dispensaba a la gente con la que trataba ni los modales de grandeza.

Procuró no perderla de vista y averiguar dónde se alojaba. Entraron en una calle estrecha y, al salir de ella, se la encontró esperándolo.

—¿Me seguís? ¿Qué pretendéis de mí? —Lo enfrentó en una calle más concurrida.

Habituado a la improvisación en sus viajes y a simular otras personalidades, no le costó responder con la suficiente rapidez como para no levantar sospechas.

—Me habéis intrigado. El comerciante con el que estaba tratando os conocía y me confió que sois viuda como yo. Veréis, busco esposa.

—Os conozco. No sois viudo, sino soltero —rebatió la mujer recelosa.

—¡Ah! Me habéis descubierto. Entonces, sospecháis la razón de mi mentira.

—No creo en las supersticiones. Me parecen unas damas muy tontas aquellas que desperdician la oportunidad de unirse a un esposo apuesto y favorecido por la fortuna como vos. ¿De verdad consideráis la posibilidad conmigo o estáis desesperado?

La vanidad perdía a las mujeres y a ésta le rezumaba por todos los costados.

—En poco os tenéis si me hacéis semejante pregunta. ¿Acaso no os ha requerido ningún hombre? No parecéis una mujer que se conforme con envejecer delante de una rueca en un castillo.

—Os habéis fijado bien, pero el defecto que os encuentro para llevar a buen término un compromiso es vuestra residencia. La frontera no me parece un lugar muy seguro para formar una familia.

—Ya lo siento, pues eso no puedo cambiarlo.

—Una lástima, aun así, —se quedó pensativa, repasándolo de arriba abajo— no me importaría compartir el lecho.

—Decidme dónde y cuándo.

—En la calle paralela a ésta, una casa de piedra con rejas en las ventanas. No tiene pérdida. Después de las campanadas de vísperas, dejaré la puerta principal abierta. A mano izquierda, hay un aposento discreto.

—Allí estaré.

No se presentó. Ya había reunido la información que deseaba: la muchacha salía poco. No se había casado porque el señor de Monzón, requerido por su padre, no había podido acercarse a contraer nupcias. Por otra parte, no era prudente secuestrarla en la ciudad, un lugar en el que hasta las paredes escuchaban y veían, como sabía muy bien. Así que se limitó a vigilar, algo a lo que estaba acostumbrado en las ciudades moras.

4

León, capital del reino, verano, año 944.

La ciudad le había provocado sentimientos encontrados a Xana. Le atraían el barullo, el mercado y las personas que había conocido con vidas tan variadas. No imaginaba un mundo tan amplio y tan complejo. Por otro lado, le repelían el ruido, los gritos desabridos, los codazos y la suciedad, que producía unos intensos olores muy desagradables a causa del calor. Como experiencia no estaba mal, pero comenzaba a cansarla una vez satisfecha la curiosidad.

En la calle, doña Justa no le permitía separase de su lado y, en la casa, compartían habitación, por lo que estaba un poco harta de soportar sus caprichos. Xana seguía con la idea de escapar a la primera oportunidad, pero se había dado cuenta de que, sin dinero, no iría muy lejos. En el castillo no le había hecho falta; sin embargo, en la ciudad, los sueldos cambiaban de mano con una rapidez asombrosa.

Doña Justa lucía, sin ningún pudor, las joyas que su madre había aportado al matrimonio y que deberían haber sido suyas. Le habían hablado de la picaresca de los mendigos y de que cuidara del bolsillo, de esta forma encontró la manera de cobrarse lo que en justicia le pertenecía. Había observado que a doña Justa le gustaba probarse capas o finos velos de seda y, en una de esas ocasiones, mientras la ayudaba, le desabrochó la cadena de la que pendía una esmeralda. Ni siquiera Sinda se percató. No fue hasta que regresó a casa cuando la mujer la echó en falta. Se lamentó amargamente y las culpó por no haber estado más atentas. Envalentonada con el triunfo, en otra ocasión aprovechó un pequeño tumulto para deslizar la mano por el corte de la falda y cortarle la escarcela llena de sueldos que colgaba del cinturón interior. Esa vez, cuando notó el robo, no gritó ni dijo nada, sino que disimuló diciendo que la había olvidado en casa. Xana aparentó ignorancia, aunque fue lo suficientemente inteligente para terminar con los hurtos, porque ya estaba sobre aviso la víctima.

Abieno, agobiado por el coste de la casa, comenzó a impacientarse por la tardanza del séquito de Monzón para celebrar la boda. Munio se perdía todas las tardes por las tabernas y en brazos de las mujeres que todavía ignoraban sus gustos, aunque no tardaron en experimentarlos y en cerrarle las puertas, por lo que se volvió más irascible. Por fin, para alivio de Xana, llegó un mensaje en el que el pretendiente se disculpaba por la ausencia obligada. En su lugar, enviaría un contingente de hombres para trasladar a la futura esposa a Monzón. El cambio de planes desató una violenta discusión entre los intrigantes.

—No pienso enviarla sin pasar por el altar. Os volvéis a Las Torres —decidió Abieno.

—Hemos empeñado nuestra palabra —objetó Munio.

—El primero en romperla ha sido él —alegó Abieno—. Y os recuerdo que los más interesados en este enlace erais vosotros dos. No comprendo cómo me dejé enredar en una empresa que no veo qué me puede reportar.

Doña Justa guardó silencio. Era difícil para Xana adivinar qué le pasaba por la cabeza a la mujer esos días. Se había transformado al pisar la ciudad. Gustaba de acercarse al mercado y gastar sin control, y eso molestaba a Abieno. La segunda discusión se generó cuando llegó el castellano al que aguardaban con impaciencia, sobre todo el rey. En una semana, el rey convocó a los hombres en edad de sostener un arma para formar parte del ejército que defendería las tierras entre Zamora y Salamanca, las plazas más al sur del reino.

—Regresáis a Las Torres, está decidido. Hemos aguardado y nadie ha aparecido en su nombre. Esto es un agravio. Además, cada día me supone una fortuna el mantenimiento en esta maldita ciudad —argumentó Abieno, furioso.

Pero el llamamiento de hombres, que llegaban desde los confines del reino, convirtió los caminos en intransitables e inseguros, así que debieron permanecer hasta que el ejército partiera. El humor de Xana había mejorado ante las buenas noticias. No hacía falta que se lanzara a un futuro incierto, regresaba a la paz de sus bosques y al cobijo de los muros del castillo que la vieron nacer. Nunca pensó, cuando partió, que los echaría tanto de menos.

El malhumor de Abieno fue a más, y el enfrentamiento entre los hermanos se agudizó. Xana se encerraba en la alcoba cuando comenzaban los gritos y las maldiciones. Ambos tenían un carácter fuerte: Abieno no toleraba sublevaciones y Munio no soportaba las imposiciones. Pero la gota que colmó el vaso fue un comportamiento de Munio que anduvo de boca en boca por la ciudad, al menos, en las tertulias del ejército. Y Abieno se enteró.

Xana se encontraba aburrida en la planta baja. Preparaba las verduras para la comida, como venía haciendo desde que doña Justa le prohibió la salida con la excusa de que la soldadesca borracha anegaba las calles. Xana intuía que era la envidia, ya que era ella quien atraía las miradas de los jóvenes y le robaba protagonismo a la hispanorromana. Había descubierto otra debilidad de su madrastra.

Abieno llegó de mal talante y se sentó cerca de la ventana. Xana lo vigiló de reojo. Por la concentración de su mirada y los labios apretados dedujo que la furia lo dominaba. La cuestión era qué la había causado. No tardó en averiguarlo. Munio, tras dos días de ausencia, cruzó el umbral con el semblante hosco.

—¿Adónde vais? —lo detuvo Abieno, cuyo tono de voz no presagiaba nada bueno.

—A descansar. En breve partiremos —lo enfrentó Munio,

entrecerrando los ojos y dispuesto para saltar.

—¿Me podéis explicar por qué demonios estáis en boca de la ciudad? ¿Por qué se cuestiona vuestra hombría? Sois el hazmerreír y la vergüenza de la familia.

Munio se revolvió rabioso.

—Me tomaré mi venganza. Conozco el nombre del oficial que me tumbó a traición. En caso contrario, hubiera dado su merecido a ese perro castellano, sayón de Fernán González.

—¿Estáis loco? ¿Qué se os pasó por la mente para que agraviarais al hombre que respeta todo el ejército por su arrojo, su clarividencia y su servicio a Ramiro? Sí, es un hombre de Fernán González, a quien también se respeta, aunque nos alegremos de su caída. Los hombres de armas reconocen el valor como una virtud, menos vos, que os atrevéis a ofender a quien acaba de llegar con noticias que media ciudad agradece.

Para entonces, los gritos de Abieno habían atraído a doña Justa y a Sinda. Las criadas se mantenían fuera de la vista, pero con los oídos atentos.

—Soy yo el injuriado. —La cara de Munio se transformó con el odio y la ira que rezumaba—. Por culpa de los castellanos, quienes no se pliegan a la exigencia del conde de Monzón, nos hallamos con una novia sin esponsales. Son soberbios, y Ramiro lo ha comprendido. Por eso ha encarcelado a su cuñado.

—Ignoro qué insania se ha apoderado de vos, hermano, pero, desde hoy, ya no pertenecéis a las huestes del castillo de Las Torres de los Luna —escupió Abieno, con fuerza y con furia contenida.

Munio desenvainó el cuchillo. Los gritos y el revuelo de las mujeres, que buscaban refugio, lo distrajeron lo suficiente para que Abieno se abalanzara sobre él y lo desarmara.

—Salid de aquí —susurró Abieno, sobre el cuerpo tumbado de Munio— y enviad a alguno de vuestros sayones a por vuestras cosas. No busquéis refugio en el castillo, la entrada os será negada, a vos y a quien os siga.

—Esto no quedará así —amenazó Munio, levantándose—. Sé demasiadas historias y me tomaré venganza.

—En las que participasteis, os recuerdo.

Munio abandonó la casa con una mueca desabrida. Por unos segundos, nadie se movió ni pronunció palabra a causa de la conmoción. Xana se preguntaba qué oscuras historias serían ésas que guardaban en secreto. La expulsión de Munio la alegraba, ya que significaba un enemigo menos y más tranquilidad para ella.

—¿Qué mal ha causado al nombre de la familia para llegar a esto?

La curiosidad de doña Justa se impuso a la prudencia. Abieno no contestó de inmediato, se tomó su tiempo antes de decidirse.

—Hace tiempo que Munio mancilla el honor de la familia con un comportamiento reprobable. La gota que ha colmado mi paciencia tuvo lugar en una taberna y bajo los efectos del alcohol, pero eso no lo exime de sus obligaciones ni de la prudencia. Agravió públicamente al caballero castellano Íñigo Martínez, la mano derecha de Fernán González y el hombre de confianza del rey Ramiro por su osadía y arrojo al recorrer la tierra musulmana para detectar las aceifas que se preparan contra los reinos cristianos. Todos los reyes lo conocen y es bien recibido en sus cortes. ¡Y al estúpido de mi hermano no se le ocurre otra cosa que insultarlo delante de testigos!

—¿Y lo mató? —se preocupó doña Justa.

Abieno la contempló como si le hubieran crecido cuernos.

—¡Qué decís, mujer! Un caballero así no se rebaja a cruzar la espada con un borracho. ¡Voto al diablo! —blasfemó, iracundo—. La frase vuela de boca en boca: «Sólo un hombre puede ofender a otro hombre». Es lo que contestó el castellano sin levantarse del asiento. ¡Qué vergüenza! —exclamó una vez más Abieno, mesándose la barba con desesperación—. Y el colofón llegó de mano de un oficial leonés, quien dejó sin sentido al insensato antes de que fuera más lejos. Que, por mí, hubiera sido mejor que lo atravesara como a un cerdo —resopló, agotado tras el acceso de furia.

—Munio nunca brilló por su inteligencia —sentenció doña Justa—. No hay mal que por bien no venga. Os habéis desembarazado de un lastre.

—Hubiera escogido otra forma menos escandalosa —afirmó Abieno, más calmado—. Ahora habré de cuidarme la espalda.

A Xana se le erizó el vello ante la abierta declaración de asesinato. ¿Tanto era el odio entre ellos? Desde la muerte de su padre, vivía rodeada de maldad. Echó de menos el refugio de los bosques, la celda llena de olores y perfumes de las hierbas que prensaba para obtener sus dones, a su silencioso compañero amante de la luna… ¿Qué hacía en esa ciudad tan inhóspita? ¿Cuándo partía el ejército hacia el sur y dejaba expeditas las calzadas?

Sus ruegos fueron atendidos en el Cielo, y llegó el día de la partida. Abieno vistió el gambesón acolchado sobre el que iba la cota de malla y, encima de ésta, la vesta con los colores del señorío de Luna. Era un detalle, este último, idea de doña Justa, quien se complacía con la fanfarria militar.

—Es mi deseo que regreséis enseguida a Las Torres —advirtió una vez más Abieno, receloso del cumplimiento por parte de doña Justa—. He dejado un retén de hombres que os acompañarán. La deuda con la casera ha sido saldada. Os queda una semana, como mucho. Más que suficiente para que emprendáis la partida.

Xana se hallaba en la gloria. El silencio de la ciudad la envolvió

como un buen augurio. Si no fuera por la presencia de doña Justa, sería feliz. El buen carácter de Xana rompió con la opresión que las broncas de los hermanos causaban en el ánimo de los sirvientes. Sin embargo, doña Justa cortó las alas del incipiente vuelo de Xana cuando le prohibió salir, a pesar de que ya no había peligro. Cada vez era más consciente de que su madrastra no deseaba testigos de sus requiebros con los lugareños y de que agotaría los días de estancia. Unas veces regresaba alegre; y otras, huraña, según le hubiera ido la aventura.

Una noche anduvo impaciente. Xana no concilió bien el sueño por el calor estival. Oyó cómo trajinaba abajo y, luego, cómo se revolvía inquieta. A la mañana siguiente, ojerosa y de mal humor, arremetió contra quien se puso delante y, sin dar explicaciones, salió a la calle y no regresó hasta la hora de la comida, sudorosa y agotada de tanto callejear por León.

Comieron en silencio hasta que lo rompió una enérgica llamada a la puerta. Con estupor, Xana presenció cómo doña Justa se recolocaba la toca y se alisaba el vestido en ademán coqueto antes de abrir. Por el ceño fruncido de la señora dedujo que no era quien esperaba, así que se levantó y ayudó a recoger a las criadas. Doña Justa cerró la puerta y se volvió pensativa.

—Por vuestra actitud, adivino que nos invitan amablemente a abandonar la casa —arriesgó Xana.

—¿Cómo? Sí, así es —contestó, entrecerrando los ojos.

—Iré a hacer el equipaje —se ofreció Xana. Intentó disimular su alegría, pero no lo consiguió.

—Sí, hacedlo, por favor —secundó doña Justa, con una sonrisa sesgada.

Xana llamó a Sinda y entre las dos llenaron los arcones de la madrastra. Ella sólo contaba con uno pequeño, suficiente para guardar la ropa de monte, el arco, la aljaba llena de flechas y el brial de bodas, que no había usado, por fortuna. En el fondo, entre los jabones y los perfumes, escondió la esmeralda y la escarcela con los sueldos que había recuperado y que no consideraba robo. No se puede robar lo que le pertenece a uno, se dijo. Y, con esa reflexión, tranquilizaba a su conciencia.

Fue Sinda quien percibió que algo no iba bien y quien informó a Xana.

—La señora está muy contenta y silenciosa. No ha dado aviso al carretero. Lo sé por una de las criadas. Se trae algo turbio entre manos.

Xana despertó de su feliz letargo cuando comprendió que, efectivamente, la mujer no había hecho nada que indicara que partían al día siguiente. Entonces, ¿quién era el hombre que llamó a la

puerta? ¿Por qué no le había sacado de su error?

—¿Habéis avisado al carretero? —preguntó Xana mientras bajaba la escalera.

—Claro —dijo doña Justa de pasada, sin prestar atención.

—¿Cómo si no habéis salido?

La mujer se volvió como un gato escaldado.

—¿A qué viene tanta pregunta?

—¿Qué os traéis entre manos? Abieno dejó bien claras sus instrucciones.

—Abieno es asunto mío. Y vos haréis lo yo os diga. Han llegado los hombres que ha enviado Tello Fernández para trasladaros a Monzón.

—Abieno dijo que no deseaba ya ese enlace; y, además, que no me dejaría marchar sin mediar los esponsales.

—Abieno está muy lejos, mi querida hija. Obedeceréis por las buenas o por las malas —amenazó doña Justa.

—Tendréis problemas cuando Abieno sepa que habéis quebrantado sus órdenes.

—En absoluto. La que las habréis roto seréis vos. Llegaron los hombres y corristeis a los brazos del hombre sin medir las consecuencias, cansada de permanecer soltera. Será muy real cuando yo lo cuente, querida. No sufráis por vuestro hermano.

—Estáis loca —concluyó Xana, asustada.

—Sí, loca de celos, de envidia, de la niña del castillo a la que todos adoran, pero pronto seréis una piltrafa de mujer en manos de ese hombre. Y yo seré, por fin, la castellana sin vuestra sombra.

—Si ésa era la razón de vuestros desvelos, os evitaré la preocupación. Me marcharé ahora mismo.

Se dio la media vuelta para ascender a la alcoba cuando sintió un dolor intenso que le nubló la vista. Nunca des la espalda al enemigo, fue lo último que recordó sobre las recomendaciones de su padre.

Oía llorar a alguien, a lo lejos. Sintió un dolor agudo y frío a la vez. Según regresaban los sentidos, percibía más sobre el entorno. El cuerpo cómodo, sobre el jergón, las paredes de la alcoba y la luz de la vela. Era de noche. El gimoteo continuaba a su espalda. Intentó moverse para averiguar qué ocurría y descubrió que le habían atado las manos.

—No os mováis, mi señora —advirtió Sinda, con la voz anegada por el llanto—. Os estoy curando del jarrazo de la señora Justa.

—¡Maldita mujer! Desatadme.

—No puede —dijo doña Justa—. Estoy presente y, cuando termine, no volverá a acercarse a vos. Os advertí de que sería por las buenas o por las malas. No me hizo falta mucho para deducir cuál sería vuestra preferencia, y estaba prevenida. Dejadlo ya. Vamos. Que paséis buena noche con sueños de miel o de hiel —añadió, irónica.

La rabia pudo con Xana al principio; luego, intentó desatarse con escasa fortuna y, por fin, se tranquilizó y discurrió la mejor forma de proceder. Por de pronto, le faltaba información por haberse comportado como una necia. ¿Había venido Tello en persona? No, no habría enviado a un hombre, sino que se hubiera presentado él mismo para recrearse en la suerte. Mostraba la misma capacidad de raciocinio que Munio: la fatuidad lo consumía. El viaje sería largo, así que sopesó las numerosas posibilidades que se le presentarían durante el trayecto. ¿A caballo o en carro? En carro, una novia viajaba con el ajuar. La seguridad de que dispondría de tiempo, le permitió dormir un rato, lo necesario para recuperar fuerzas y hacer frente a lo que se le venía encima.

A primera hora de la mañana, acudió la propia doña Justa con una criada para vigilar el aseo, la cura y el desayuno de la presa. No cruzaron una palabra en todo el tiempo, y Xana no se dignó mirarla.

—Así me gusta. Colaboración por tu parte —dijo antes de retirarse y de cerrar la puerta con llave.

Sentada en una silla y con las manos atadas a la espalda, aguardaba a que la fueran a recoger los hombres de Monzón. Éstos no se hicieron esperar. Doña Justa les abrió la puerta y les indicó el baúl de la futura esposa. Pasaron a su lado sin prestarle atención, y Xana se preguntó qué historia les habría contado. Cuando le tocó el turno, se levantó y bajó por su propio pie e, ignorando a su madrastra, salió a la luz del amanecer.

La calle estaba desierta a esas horas, a excepción de un borracho que dormía tirado junto a una pared. El señor de Monzón no se había estirado con la escolta que había enviado: cinco hombres y el carretero. Entonces recordó algo: la superstición y el daño que causaba en las mentes. Se decía que era tan grande que, incluso, llegaba a enfermar a las personas. Revistió el rostro de la seriedad que requería lo que se proponía, se dio la vuelta, lentamente, con la mirada fija en el cielo y, como si hubiera perdido la consciencia por un instante, exclamó:

—¡Luna pierde a la guardiana de sus bosques! ¡Menguará la caza y los siervos abandonarán las tierras, las cosechas se agostarán por falta de agua! ¡Oh, bosques olvidados! ¡Volved vuestra ira contra aquélla que la produce y haced que conozca el desamor de las criaturas y de los hombres! ¡Castigadla con la enfermedad que se alimenta de la carne y que viva repudiada, como una alimaña, por los males que ha originado a su paso!

La palidez de doña Justa fue una buena satisfacción en medio de sus tribulaciones. Los soldados de la escolta se santiguaron asustados. Con el mismo teatro, entró voluntariamente en la carreta mientras oía cómo se cerraba la puerta de la casa con violencia. Conocía los

temores de la hispanorromana y estaba segura de que no encontraría sosiego en muchos meses. En el interior del carro descubrió a la llorosa Sinda.

—¿Qué hacéis aquí?

—Me ha echado. Ha dicho que soy demasiado leal a vos y que no me necesita.

—No desea testigos de su infamia —masculló Xana, airada.

El traqueteo del carro las obligó a afianzase para no golpearse con lo que las rodeaba.

—Desatadme.

Sinda sorbió las lágrimas y rompió las ligaduras de su señora. Luego, se volvió para alcanzar unas mantas y unos cojines que había visto para hacer más placentero el viaje. Xana se echó. Necesitaba pensar en cómo iba salir adelante con Sinda a la zaga. Aquello era un imponderable muy serio a la hora de escapar, porque la muchacha carecía de fortaleza y de experiencia en el bosque.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué nos detenemos? —preguntó Xana.

Sinda asomó la cabeza.

—Estamos en la Puerta del Obispo. El jefe de nuestra escolta está hablando con alguien.

Volvió a meterse y se acomodó junto a ella. Al cabo de un rato, la carreta retomó la marcha. Escucharon la conversación con el carretero.

—Seguid la recua de mulas —ordenó el soldado—. Nos uniremos a la caravana de mercaderes que se dirige a Burgos. Cuantos más seamos, más seguridad y mejor dormiremos.

Xana sonrió. La información era importante para decidir lo más conveniente a la hora de escabullirse.

5

Camino de Calzada, verano, año 944.

Íñigo tiró de la rienda y el caballo se detuvo. Con una mano sombreó los ojos y forzó la vista en busca de la carreta con escolta en la columna que avanzaba a sus pies.

—Allí están —indicó Galindo a su vera.

—No hay prisa. Son como un caracol —añadió Yago.

—Lo que os ocurre es que seguís impresionado por la maldición de la mujer —acusó Nuño, divertido.

—No la escuchasteis. Me entró un escalofrío. Verla allí, amarrada, tan alta, tan blanca. —Se santiguó por enésima vez.

—Curioso. Nuestra misión era secuestrarla y otros se han adelantado —constató Galindo—. ¿Qué ha hecho esa mujer para ser tan perseguida?

—Convertirse en una pieza del juego de los señores —resumió Íñigo—. Nos uniremos a la comitiva y estaremos atentos a cualquier oportunidad que se nos ofrezca. Creo que serán muchas. Los guardianes se vuelven confiados cuando viajan en grupo.

De buena mañana, había regresado Yago dando la voz de alarma: se llevaban maniatada a la doncella del río Luna. La palabra clave fue «carreta». No avanzarían muy deprisa con dos mujeres y una carreta; tampoco había peligro de que los perdieran, ya que conocían el destino. Lo que los dejó sin palabras fue el relato de Yago sobre cómo maldijo a la madrastra antes de partir. Entre lo que le había contado Favila y lo que decía Yago, se había despertado la curiosidad de Íñigo, ansioso por echar un vistazo a tan peculiar mujer.

Cargaron las cotas de malla, los gambesones, las capas y los cascos con los demás enseres sobre una de las jacas, y se vistieron de forma más ligera, de acuerdo con los rigores del estío: calzas atadas a las piernas, camisa de lino y una túnica corta y abierta a los lados para montar con comodidad. En la otra jaca cargaban la ropa árabe, bien envuelta y fuera de la vista. Desayunaron y adquirieron viandas para el camino; luego, se despidieron del astur Favila, quien les aseguró que cuidaría del excelente conde, como lo llamaban ya por tierras castellanas: *egregius comes*.

La caravana había cruzado el río Torio y estaba a punto de hacer lo mismo con la corriente del Porma cuando el sol se hallaba en lo más alto. Descendieron de la loma sin prisa para unirse a la lenta comitiva. Era usual la adhesión a estas caravanas de mercaderes, de familias o de soldados que buscaban la seguridad en el viaje, como también lo era el abandono cuando llegaban al punto en que los caminos se separaban, así que variaban constantemente de volumen. A Íñigo se le antojó el mejor medio para llevarse a la muchacha sin que los

guardianes se apercibieran del secuestro. Además, por el hecho de que la llevaran maniatada, deducía que la mujer no aceptaba los esponsales con agrado.

Se agregaron sin acercarse a la carreta ni a la escolta de Monzón para no atraer su curiosidad y que se fijasen en ellos. Tras una jornada agotadora para las bestias de tiro, acamparon al llegar al río Esla, junto al monasterio de San Miguel de Escalada. Lo había erigido una comunidad de mozárabes huidos de Córdoba, presionados por los musulmanes para conseguir su conversión. Los viajeros, animados por el cercano descanso, encendían hogueras, almohazaban a los animales y charlaban alegremente con los compañeros de ruta. Íñigo escogió un lugar apartado y fácil de vigilar. En las caravanas también solían viajar ladrones que, al amparo de la confianza y de la noche, desvalijaban a los descuidados.

Mientras sus amigos preparaban la cena, Íñigo se dirigió a la orilla del río en busca de una zona donde remojarse y desprenderse del calor del día. Los árabes veneraban el agua y, en sus ciudades fortificadas, siempre encontraban baños muy reconfortantes. Lo echaba de menos en tierras cristianas, así que aprovechaba la oportunidad que le ofrecían los ríos. El Esla se ensanchaba por aquella parte, por lo que el puente se hallaba a un kilómetro corriente abajo. No obstante, descubrió un pequeño brazo que entraba en la tierra y formaba un remanso natural, rodeado de altos y frondosos arbustos que invitaban a un baño discreto. Se alejó de la corriente principal, adonde se acercaban las gentes a coger agua para sus necesidades, escogió un lugar entre dos grandes matas de espliego y se sentó a disfrutar de un momento de tranquilidad antes de meterse en el agua.

Recorrió el cielo, enrojecido por los postreros destellos de un galante sol que se ocultaba para dejar paso a la reina de la noche, la luna. El río, que bajaba rápido por aquel punto, se encrespaba y lanzaba brillos plateados a los amarillentos campos que lo ceñían, mientras que el murmullo continuo de sus aguas prometía frescor al caminante y sosiego al durmiente.

Un chapoteo lo puso en guardia. No se le había ocurrido coger el arco y se le escaparía el ave que, imprudente, se había aventurado a nadar. Asomó la cabeza entre el espliego, con cuidado de no hacer ruido ni de mover la mata más de lo necesario para no espantarla, y se quedó sin respiración ante la visión de una náyade. Gozaba del baño en perfecta comunión con el río. Se sumergió, emergió, se dejó mecer y se frotó con un jabón el largo cabello, casi blanco, y el pálido cuerpo. Desde donde estaba, no alcanzaba a perfilar los detalles, y la luz crepuscular tampoco ayudaba, pero se hacía una idea por la altura y la perfecta armonía de sus miembros. La oyó reír, y otra mujer se le acercó con un lienzo con el que la envolvió. Se sentó sobre una laja de

piedra y comenzó a peinarse la larga melena con movimientos repetitivos, lentos e hipnóticos para Íñigo, quien no conseguía apartar la mirada de la mujer. La brisa del río le trajo una melodía en el dulce idioma gallego. Cantaba a la luna, que se volvía más nítida cuanto más se retiraba el sol, derrotado por la belleza de la dama de la noche.

Oyó ruido y voces a su espalda, y la visión se evaporó, como si hubiera sido un sueño, a no ser porque la retina retenía, codiciosa, la subyugante imagen que había contemplado.

—¿Qué hacéis? Estábamos preocupados por vuestra tardanza —indagó Galindo, aliviado al encontrarlo bien.

—Lo siento. Me he dormido —mintió—. Me remojo rápido.

—Os acompaño. A mí también me apetece —se adhirió Nuño—. Si hay algo que me place de los infieles, son los baños y el olor que desprenden, por afeminado que parezca.

—Pues yo prefiero sus mujeres y los dulces de almendras que preparan. Saben vivir lujosamente —comentó Galindo—. Os dejo, voy a ayudar a Yago.

A Íñigo no le cabía ninguna duda sobre la identidad de la mujer que ocupaba su mente, una imagen difícil de olvidar. Regresaron al campamento y comieron alrededor de la pequeña fogata que había encendido Yago. Se dividieron las guardias y escogió la primera, pues la impresión lo mantenía desvelado.

El cielo oscuro y límpido rendía culto a la luna soberana. Suspiró. La superstición anidaba en su alma como en todo ser humano, fuera o no creyente, era inherente, arcana, instintiva. La intuición le gritaba que algo había cambiado en el entorno, que su vida no sería la misma, que había un antes y un después marcado con una línea de fuego. La idea le resultaba tan intangible que no conseguía aprehenderla; la sensación era tan fuerte que la daba por cierta. No era una coincidencia: él provenía del río Lobos y ella era la dama del río Luna. ¿Acaso había mayor alianza en la naturaleza?

Dio una vuelta más alrededor de las brasas mortecinas, perdido, caviloso, inquieto. Los romanos creían en el *fatum,* ¿qué diferencia había entre paganos, cristianos o musulmanes? Lo único real y tangible para Íñigo era la naturaleza, con la que convivía, en la que se movía, la que lo alimentaba y la que, en un futuro, lo acogería en su seno.

—Me toca. —La voz somnolienta de Galindo lo devolvió a esa realidad.

El alboroto de los estorninos anunció la cercanía del amanecer. Pronto se sumaron los rebuznos y relinchos de los animales junto con las imprecaciones y las órdenes de los hombres que los uncían a los yugos para iniciar la marcha.

—¿Qué hacemos? —preguntó Yago, envuelto en su capa.

—Lo que queráis —dijo Íñigo—. El día será caluroso, y el avance hacia el sur, lento. Propongo dormir un rato más, retozar en el río, desayunar y, a media mañana, salir en su busca.

—Me agrada el plan —contestó Galindo, y se tapó la cara para que no le molestase la luz.

Como había previsto, no les costó alcanzar la caravana con la ventaja de que iban más descansados. A ese ritmo, había dos jornadas de distancia hasta Calzada por tierras agostadas y polvorientas. Siguieron el Esla hacia el sur, se apartaron para cruzar las tierras y salvaron los arroyos que descendían de las peñas, que separaban las cuencas del Esla del río Cea, y se dirigían a unirse a un caudal mayor. Se detuvieron a la orilla de uno de ellos.

En esta ocasión, aburridos, optaron por relacionarse con la gente, en su mayor parte hombres, ya que las mujeres raramente se aventuraban ante el temor de topar con una razia y acabar en un serrallo. Conocieron a un cantero, un mercader de sólidos, como la harina y la sal, y de líquidos, como el aceite y el vino. Osorio y Atilio comerciaban con tejidos de lana, lino y seda, e intentaron venderles alguna pieza. Íñigo las rechazó amablemente porque eran géneros que, por razón de sus viajes por tierras infieles, abundaban en su casa. Las sederías granadinas eran famosas por la calidad de sus tejidos. Quien sí captó su atención fue Pelayo, un mercader de objetos de hierro. Lo acompañaba un chico de apariencia beréber, por lo oscuro de la piel, el cabello rizado y el blanco ribeteado de rojo de los ojos, tan característico de esa raza. Adquirieron dos azadas y algunas piezas para ensamblar las ruedas a los ejes de los carros, tan necesarias como difíciles de encontrar, por lo que acababan siendo de madera, con los problemas que conllevaban. Serían unas compras muy apreciadas en el castillo de Ucero.

La dama del río Luna se mantenía en un discreto aparte y la criada revoloteaba alrededor para servirla. La observó de lejos cuanto pudo, sin que resultara llamativo, aunque pronto descubrió que el campamento andaba pendiente de sus apariciones.

—A mí me parece una gran dama y no una bruja, como difunden esos necios —comentó Pelayo.

—¿Una bruja? —se interesó Íñigo.

—No hagáis caso. Es lo que cuenta uno de los soldados que la escoltan, pero creemos que es para disuadirnos de molestarla con la venta de nuestro género. Alguien tan bello no puede albergar a un ser maléfico.

—Un buen engaño, siempre y cuando no se vuelva contra ella —alabó con cierta reserva—. ¿Se sabe quién es?

—No. Se mantienen apartados. Ambrosio, el mercader de sólidos, dice que son hombres del castillo de Monzón, así que la señora será

principal, de ahí la distancia que mantiene.

De nuevo durmieron apartados del barullo de los carros y montaron guardia por turnos. Fue al alba cuando estalló el escándalo.

—¿Qué sucede? —Íñigo se despertó con la espada a mano.

—No parece un ataque, más bien un altercado entre comerciantes —opinó Nuño.

—Vamos a acercarnos —propuso Íñigo, intrigado.

Los comerciantes habían rodeado el carro de Pelayo, quien los mantenía a raya con una espada corta. Detrás de él, temblaba como una hoja el muchacho agareno, pues ignoraban si era cristiano o musulmán.

—Tenemos la prueba, ¿qué más necesitáis? —gritaba uno de los azabacheros, más para el público que para el hombre que lo enfrentaba.

—¡Eso! ¡Eso! —gritaban algunos—. ¡Al ladrón!

—¿No les cortan las manos? Pues aquí, los ahorcamos —gritó otro, perdido entre el grupo hostil.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Íñigo al hombre más cercano, que resultó ser el socio del azabachero que instigaba el linchamiento.

—Nos han robado esta noche. No sólo objetos de azabache, sino también dinero. Elacio se ha vuelto loco y ha rebuscado entre las cosas del muchacho, pero sólo ha encontrado un collar. Yo quiero hallar el resto, pero el chico niega que haya sido él y que lo tenga escondido. No lo veo claro. Esto será mi ruina, no es la primera vez que sufrimos un robo.

—¿En este mismo viaje? —se sorprendió Íñigo.

—En León. Los mendigos de la calle sustrajeron algunas piezas.

—¿Con dos personas a su cuidado? —se extrañó Íñigo. La estrecha vigilancia que los mercaderes ejercían sobre el producto que vendían era legendaria.

—No. Me ausenté para mis necesidades y, en ese intervalo, le robaron a Elacio.

Mientras el hombre hablaba, Íñigo observó cómo el tal Elacio entretenía a Pelayo para dar lugar a que uno de los soldados de la escolta de Monzón lo redujera por la espalda. Una vez conseguida la proeza, fue ovacionado. Los demás se echaron encima del muchacho, ya indefenso, que pataleaba y lloraba a la vez que negaba los hechos a gritos.

Una cuerda salió de la nada y buscaron un árbol lo suficientemente fuerte y alto. Por primera vez, Íñigo se cruzó con unos ojos verdes como el musgo del río, que, por unos instantes, lo miraron suplicantes tras seguir, angustiados, los acontecimientos. La capucha, que ocultaba a su dueña, le hurtó la visión cuando volvió la mirada al improvisado cadalso.

No supo qué fue lo que lo impulsó a intervenir, si los ojos exigentes o la mirada compasiva. Se volvió a Galindo y le susurró una orden.

—¡Alto!

Su voz restalló como un latigazo sobre la tierra seca, pero consiguió detener la barbarie y concentrar en él la atención. Se abrió paso hasta los dos hombres que sujetaban al muchacho.

—¿Quién sois para interrumpir un acto de justicia? —interpeló Elacio.

—Lo conozco —se adelantó uno de los soldados de la escolta—. Es la mano derecha de Fernán González, el caballero Martínez.

—¡Un castellano! —dijo con desprecio Elacio—. No tenéis jurisdicción en León.

—Ni vos para ajusticiar. En cuanto a la jurisdicción, ¿qué os parece ésta?

Desenvainó la espada y lo apuntó al pecho. La gente retrocedió y se amplió el círculo. Cuando los soldados de la escolta intentaron intervenir, se tropezaron con Yago y con Nuño, quienes les impidieron desenvainar.

—No va con nosotros. —Uno de ellos desistió, y los demás lo secundaron.

—¿Queréis justicia? —preguntó a Elacio—. Pues la vais a tener.

Los mercaderes guardaron silencio para oír lo que se hablaba.

—¿Dónde está la evidencia del robo?

El socio de Elacio se abrió paso y entregó a Íñigo la bolsa en la que habían hallado el collar.

—¿Es vuestra la bolsa? —preguntó Íñigo al chico, quien asintió entre lágrimas—. ¿Esto es todo lo que os robaron? —Miró a Elacio en busca de una respuesta.

—No, mucho más.

—¿Y dónde está?

—Lo ha escondido —replicó Elacio.

—¿Y vais a colgarlo sin averiguar dónde se encuentra el resto?

Un rumor de aprobación se extendió entre los mercaderes.

—¿De qué serviría? Lo niega todo a pesar de la evidencia.

—¡Señores! —Íñigo decidió recabar la opinión de los presentes—. Si os encontrarais en su situación, ¿qué preferiríais? ¿Recuperar la mercancía o colgar al ladrón?

—Recuperar la mercancía, por supuesto. ¿De qué iba a vivir mi familia? —respondió uno.

Los demás lo corearon de viva voz o asintiendo.

—¿Adónde nos conduce esto? —inquirió Elacio, desabrido.

—Eso intento averiguar: ¿qué interés os induce a ahorcarlo si no recuperáis el botín?

—¡Lo encontré! —gritó Galindo, y se abrió paso entre los curiosos.

Llegó junto a Íñigo y le entregó una bolsa de cuero al socio de Elacio. Este último intentó escurrirse entre la gente, pero Nuño lo detuvo y lo obligó a regresar al cerco.

—¡Está todo! —exclamó con júbilo el socio—. Incluso lo robado en León.

—¡He aquí por qué necesitaba un culpable! —proclamó Íñigo, señalando a Elacio—. Éste es el ladrón, y ésta, su bolsa. Prendedlo.

—¡Mentira! ¡Lo han puesto ellos ahí para inculparme! ¡Malditos castellanos! ¡Rebeldes y traidores! —acusó Elacio en un vano intento de soliviantar a los compañeros de oficio, quienes no lo escucharon y se volvieron a sus quehaceres, pues ya se ponían en marcha con retraso.

—Gracias, gracias, mi señor —lloraba Pelayo—. La sangre del chico le trae problemas constantemente. Es fruto de una brutal violación que sufrió una hermana mía, pero es cristiano y una buena alma de Dios.

—Quien más exige la sangre de otro hombre, debería revisar la suya —sentenció Íñigo.

Al cabo de un rato, la caravana inició la marcha para ascender la pequeña sierra que separaba las cuencas del Esla y del Cea. En el camino, recibió parabienes por su sensata intervención, que los había librado a todos de cometer un asesinato. Comentaban los hechos y se reprochaban la ceguera. El carro de los azabacheros avanzaba en el centro de la formación, con Elacio amarrado a la zaga. El socio denunciaría los robos al justicia de Calzada, y algunos compañeros de viaje se aprestaron a ofrecerse como testigos.

—¿Cómo lo supisteis? —preguntó Galindo, que cabalgaba a la par.

—No lo sabía, lo sospechaba. Nunca os fieis de quien arenga a las masas; siempre oculta una oscura intención en su beneficio.

Lo único que lamentaba Íñigo era haberse hecho notar con esa historia, cuando su intención era pasar desapercibido, Ahora todo el mundo conocía su identidad y complicaba el rapto de la doncella. A la imagen del río, añadía la de unos ojos verdes, una tez blanca y unos labios cereza. ¿Qué más podía suceder?

Calzada era una pequeña población a orillas del Cea. Yago se adelantó a la caravana para contratar las mejores habitaciones que hubiera en la venta del lugar. No había autoridades competentes para juzgar el caso de Elacio, y los mercaderes aconsejaron al socio que lo entregara en Burgos.

Íñigo anduvo pendiente de la carreta de la dama, con la esperanza de que buscaran alojamiento en la venta. En un lugar tan pequeño no había otra opción. Para su sorpresa, acamparon fuera. ¿Por decisión de ella o por cicatería de los soldados? Entraban en el condado de Saldaña y pronto llegarían al de reciente cuño, el de Monzón. Se

imponía el cruzar unas palabras con ella; al menos, para conocer de antemano qué pensaba de esos extraños esponsales a los que la conducían obligada.

6

Camino de Santa María, verano, año 944.

La primera jornada, según dejaron León, se hizo lenta y tediosa. La pasaron dormitando dentro del carro mecidas por el traqueteo del suelo, muy pisado por lo transitado. Cuando se detuvieron a orillas del Esla, Xana sintió que renacía por dentro.

—Sinda, coged la bolsa de aseo y unos lienzos para secarnos —ordenó mientras se hacía con el sedal de pesca—. Nos vamos al río.

—¿Qué dirán los soldados? —se inquietó la mujer.

—Ahora lo sabremos.

Xana se bajó de la carreta y se acercó al que parecía el jefe, quien la miró con recelo.

—Nos acercaremos al río. Cuando regrese, espero que esté todo preparado y la comida lista.

—Creo que eso no será posible. Nosotros somos soldados, no criadas.

—Muy bien. ¿Dónde están las viandas?

—Hay queso, vino y pan en la carreta —replicó, hosco.

—¿Sabéis cazar? —El soldado elevó una ceja con desconfianza—. Perfecto. Mañana haréis algo más que seguir perezosamente a la caravana.

Sinda salió de la carreta con las cosas, y Xana, sin aguardar la contestación del hombre, se dio media vuelta y se encaminaron juntas hacia el río. Encontraron un remanso que se apartaba de la corriente principal. Recorrieron la orilla en busca del paraje adecuado y recogió un par de insectos por el camino. Antes de entrar en el agua, observó que había truchas. Cogió el hilo con el anzuelo en el extremo, clavó un insecto y lo sumergió con cuidado. Al poco rato, había conseguido un par de truchas para la cena. Luego, se entregó a los brazos del río, al agua purificadora que devolvía la esencia al cuerpo fatigado. Se dejó mecer en la reparadora ingravidez y abrió los ojos al infinito cielo que se ofrecía, tenue y rojizo, a los últimos rayos del sol. Sinda mostraba inquietud y no dejaba de mirar a todos los lados, así que se jabonó y salió. Mientras Sinda se lavaba pudorosamente con la camisola puesta y sin perder pie, ella se desenredó la larga y espesa melena y la trenzó.

Oyeron risas y voces que se aproximaban, así que recogieron apresuradamente y se retiraron con discreción. El acento castellano, entre nasal y gutural, la retuvo y observó a los hombres. A pesar de su atuendo sencillo, no la engañaban: eran guerreros. La anchura de los cuerpos y la musculatura de los brazos delataban duros y largos entrenamientos. En casa había oído hablar de los castellanos a sus hermanos y a su madrastra con desprecio: carne de frontera, gentes

adustas, montaraces y poco refinadas, los consideraban. Ahora, de cerca, le parecieron agradables y varoniles. Pronto descubriría cuánto de verdad había en la apreciación de sus hermanos, pues la caravana iniciaba al día siguiente la ruta hacia el sureste. Cada vez más lejos de la civilización, del reino asturleonés, y más cerca de los condados fronterizos, del peligro y de la barbarie.

Noche de luna. Había dormido durante el día y se había desvelado. Sin ruido, para no despertar a los durmientes, se deslizó fuera de la carreta. La hoguera se había consumido y el soldado de guardia dormitaba. ¡Valiente vigilia! Aunque eso la favorecía. Recorrió la distancia hasta el pequeño monasterio con extraños arcos y de apariencia frágil como para sustentar el peso del techo. Los mercaderes comentaban que eran propios del arte musulmán, que no del cristiano. ¡Qué poco sabía ella del mundo! Sólo de oídas.

Un aullido largo y lastimero la sobrecogió; no de temor, sino de angustia por el compañero que la seguía por tierras extrañas, fiel a su tácita alianza. Volvió el rostro hacia la luna que reinaba entre las estrellas, y éstas palidecían ante su presencia; la misma luna que contemplaba el lobo, escondido a las miradas del hombre. Como una sombra, regresó a la carreta y se perdió en el interior, sin que sus guardianes hubieran notado la ausencia. Podía volar libre en cuanto estuviera preparada. La cuestión era ¿hacia dónde? Seguridad y quedar fuera del alcance de sus hermanos o de Tello no iban parejos.

Al día siguiente, antes de que emprendieran la marcha, encargó a Sinda que trabara conversación con algunos de los mercaderes y se informase sobre la ruta y los lugares en los que se detendrían. Necesitaba conocer el camino para decidir en qué momento escaparían. Los soldados que las escoltaban no las miraban de buen talente. No les gustó el olor de las truchas que asaron, mientras ellos daban cuenta del queso y de la cecina que llevaban. Incluso, sorprendió a uno de ellos observando con lascivia a Sinda.

El día fue caluroso, como el anterior, pero en esta ocasión se encontraban en medio de una llanura amarillenta que, ingrata, les devolvía el polvo que levantaban a su paso. Cada vez que atravesaban un arroyo, se bajaba para aliviar de peso la carreta y observar cómo los hombres manejaban los tablones que facilitaban el vado. Se dio cuenta de la preparación y experiencia de aquellas gentes, acostumbradas a los caminos y a salvar cualquier incidencia orográfica. Como todos, aprovechaba la frescura del arroyo para remojarse y refrescar los pies.

En uno de esos vados, divisó cómo se acercaban los castellanos. No los había echado de menos hasta que los vio, aunque era lógico, porque se pasaba la mayor parte del tiempo dentro del carro. Eran cuatro, de porte militar, ya no cabía duda, y los caballos, auténticos

corceles destreros. Los seguían, unidas por una cuerda, un par de jacas con las lorigas, las armas y los cascos, cubiertos por una manta para que no destellasen bajo el sol. Uno de ellos destacaba por ser el más alto. No pudo distinguir las facciones de ninguno porque se mantuvieron a distancia. En ese momento, le tocaba el turno a su carro y los escoltas se aprestaron a cruzarlo. Mientras tanto, Xana recolectó cuantas moras le dio tiempo de un zarzal que crecía próximo. En cuanto se restauró la marcha, volvió a subirse a la carreta y no bajó hasta que se detuvieron para acampar.

—¿Adónde vais? Aquí no hay río. —El jefe de la guardia la detuvo.

Xana había cogido el arco y un par de flechas y los había envuelto en el lienzo con el que se secaba, pues no quería que esos hombres supieran lo que poseía, y en una bolsa de cuero metió lo necesario para el aseo. Seguida de Sinda, se encaminaba hacia un bosquecillo de matorrales.

—Necesito privacidad. ¿Teméis que me escape en medio de este erial?

El hombre gruñó y Xana siguió adelante.

—Sinda, por la noche no os separéis de mí bajo ninguna circunstancia.

—¿Teméis que os ataquen? —susurró, asustada.

—A mí, no, a vos. Os echan unas miradas poco tranquilizadoras.

Sinda se santiguó angustiada y volvió la cabeza hacia el campamento que quedaba atrás. Xana ya había olvidado la advertencia que había lanzado a Sinda y se había concentrado en las huellas del suelo. Tal y como había sospechado, una liebre habitaba por aquel paraje.

—Sinda, sentaos ahí en medio y no os mováis, no respiréis hasta que yo os lo diga. ¿Entendido?

La mujer asintió y obedeció. Xana se escondió entre las retamas, con el arco preparado, inmóvil. Pasaron los minutos y la tranquilidad se restauró, solo rota por el confiado cantar de una cigarra, de un grillo o de algún ave que llamaba a la compañera. La paciencia era una virtud del cazador, y Xana la desprendía a raudales, por lo que solía ser premiada por ello. La liebre asomó la cabeza y olisqueó el aire. Xana debía esperar, pues, si el animal sospechaba, se adentraría en la profunda madriguera y la espera no habría servido de nada. Por fin, la liebre se decidió a sacar el cuerpo y a avanzar unos pasos, todavía recelosa. El disparo de Xana fue certero: la atravesó y la clavó al suelo. Con un ágil movimiento, Xana se levantó, se aproximó y la degolló para que no sufriera.

—Podéis moveros, Sinda, ya tenemos la comida.

Regresaron al campamento, y el jefe de la guardia las recibió con un gruñido.

—Mucho habéis tardado. A partir de mañana, vuestra criada cocinará para todos y hará las labores que le corresponden. Ya está bien de remilgos.

—Eso será cuando del cielo lluevan ranas —replicó Xana, con los ojos brillantes por el desafío.

—Ya veremos cuánto os dura ese orgullo en manos del señor —auguró el soldado con una mueca de satisfacción.

—Compruebo que conocéis muy bien las artes de vuestro señor, pero ¿deseáis probar las mías?

A Xana no le falló la intuición y el soldado dio un paso atrás, con la duda y el recelo asomados a las pupilas. Permanecía indeleble en las mentes de los sayones la maldición que echó a doña Justa.

Sin que las volvieran a molestar, encendieron su propia fogata y fabricaron un espetón para asar el animal desollado; mientras, los hombres habían hecho lo mismo con un par de perdices y otra liebre que habían cazado por el camino. Xana movió la cabeza disgustada entre bocado y bocado.

—No esperaba que surgiera tan pronto una hostilidad abierta. ¿Serán así todos los soldados? Mis hermanos se comportan con crueldad, y éstos tienen la delicadeza de un jabalí. Y nos dirigimos a la frontera. ¡Dios nos ampare! Ignoro qué encontraremos allí.

—Mañana llegaremos a Calzada, una villa a mitad de camino del castillo de Monzón, a orillas del río Cea. No será hasta el río Carrión cuando abandonemos el amparo de la caravana, que seguirá su camino hacia Burgos, mientras que nosotras, en dirección sur, no abandonaremos el curso del río. Parece ser que el castillo se halla a la ribera de ese río. Me han dicho que quedarán unas tres jornadas porque, cuando los dejemos, viajaremos más rápido. También he oído otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Sobre los castellanos que nos acompañan. Son guerreros y uno de ellos es alguien importante, aunque no he conseguido enterarme de su nombre. No me atreví a preguntar mucho para no parecer interesada. Les extraña que se hayan unido a la caravana. Dicen que rara vez los acompañan tantos soldados, aunque la presencia de nuestra escolta está justificada, pero la de ellos, no.

—¿Alguna población importante? Debemos escabullirnos antes de separarnos de la caravana. Más tarde, quedaremos a merced de estos asnos, y las relaciones no son buenas como para fiarnos.

—No. A la orilla del Duero se concentran las grandes fortificaciones y los núcleos más habitados. A excepción de Burgos, son aldeas y poblados de mayor o menor tamaño, pero no de la importancia suficiente que nos permita perdernos con discreción, como en León —informó Sinda, desalentada.

—Pues tendrá que ser de noche. Lo siento por vos, que no soléis vagar por el campo ni acostumbráis a caminar largas jornadas.

—No me dejéis atrás, os lo ruego, mi señora. Me enfrentaré a lo que sea con vos.

—Nunca ha sido ésa mi intención —tranquilizó Xana a la mujer.

Esa noche descansó en previsión de lo que pudiera suceder en Calzada. Sin embargo, el día no comenzó con la tranquilidad habitual. Una trifulca entre los mercaderes detuvo la actividad de levantar el campamento. Xana cogió una capa y se echó la capucha sobre la cabeza para acercarse al núcleo del alboroto.

Un pobre hombre defendía a un muchacho al que acusaban de robo. El denunciante instigaba a los demás contra el chico, que temblaba de miedo. De pronto, la furia y el odio la rodearon. Angustiada, miró en derredor: la violencia de los gestos y la ira de los rostros la acosaron hasta que reparó en unos ojos marrones y serenos, se ató a ellos en busca de la paz perdida y le devolvieron la confianza en los hombres. Rompieron el contacto, pero Xana se había tranquilizado. Siguió al dueño de esos ojos, que no era otro que el alto guerrero castellano. A una voz, detuvo la sinrazón que se había instalado entre los mercaderes. De la seguridad y de la resolución de sus movimientos emanaba la incuestionable autoridad que se impuso a las gentes sencillas y recondujo la investigación de forma inteligente y con un sorprendente final: el acusador, el incitador, se trocó en reo. El equilibrio se había restablecido y cada uno regresó a sus quehaceres.

Ella perdió de vista al hombre de los ojos serenos, de barba desacostumbradamente acicalada, de rasgos correctos que embellecían un enigmático rostro de forma triangular: ancho de frente y de mandíbula estilizada. El cabello, ligeramente ondulado, lo llevaba suelto, y la oscura melena le llegaba al hombro. Era una imagen que ya no la abandonaría.

Una vez reemprendida la marcha y a solas en el interior de la carreta, Sinda dio rienda suelta a su percepción sobre lo que había sucedido.

—¡Vaya hombre! No me lo figuraba así.

—No merece ni que nos acordemos de su persona. ¡Vaya cínico! Y pretendía ahorcar a un inocente.

—¡Ése, no! No merece ni un minuto de nuestro pensamiento; digo el otro, el castellano, a quien por fin he puesto nombre.

—¿Sabéis quién es?

—Por supuesto, se dijo a viva voz su nombre. ¿No lo recordáis?

—Debí de distraerme. ¿Cómo se llama? ¿Es tan importante como dicen?

—¡Dios nos asista, señora! Es el mismísimo Íñigo Martínez, el brazo derecho de Fernán González, el conde rebelde, y quien llevó la

noticia de la aceifa sobre Salamanca al rey Ramiro.

—¡Ah! ¿Al que ofendió Munio?

—¡Ése!

—Sólo un hombre puede ofender a otro hombre —repitió en voz alta, recordando la dureza y la sabiduría que encerraba la réplica del caballero.

El pecho se expandió con la fuerza de la floración de la naturaleza en primavera y, al mismo tiempo, quedó asfixiado por la vergüenza de compartir la sangre con Munio. Ahora comprendía el alcance de la furia de Abieno, cuando dijo que había arrastrado el nombre familiar por el barro, lo expulsó del castillo y lo despojó de los colores de la familia. Nada podía esperar de ese noble hombre que se había comportado con tanta sensatez. Él levantaba la cabeza con orgullo, mientras que ella habría de agacharla humildemente.

—Duerme, Sinda, seguramente sea esta noche —le recomendó, con un dejo de tristeza y de soledad.

Llegaron a Calzada y los mercaderes se apresuraron a buscar un sitio en la venta. Los que no lo consiguieron se acercaron al arroyo, como ellas. Xana lo prefirió, porque facilitaba la huida. No podrían competir en una carrera por la llanura con los caballos. El plan consistía en subir a las lomas por las que discurrían los arroyos que desembocaban en el Cea y, siguiendo las estrellas, llegar hasta la gran cordillera del norte, caminando por las noches y escondiéndose de día en algún abrigo que proporcionara el terreno. Buscar a dos personas que no frecuentaban los caminos ni las orillas de los ríos sería como buscar una aguja en un pajar en aquellos inmensos parajes. La única duda que la atenazaba era si Sinda lo soportaría.

Como no deseaba cambiar de costumbres para no despertar ningún recelo, se dirigieron al arroyo con la bolsa de aseo. Los dejaron ocupados con el fuego y la comida. La zona cercana a los carros era la más concurrida, así que remontaron el verde cauce en busca de un lugar retirado. Un grupo de pequeñas encinas les proporcionó el aislamiento deseado. El arroyo era demasiado pequeño para proporcionar pesca, así que procedieron a descalzarse.

—A la paz de Dios. No os asustéis, mi señora, sólo deseo que me concedáis unos minutos para explicar mi presencia. Soy el caballero Íñigo Martínez, para serviros.

Xana se irguió y comprobó que el castellano era casi tan alto como ella. ¿Qué hacía allí? Uno de sus hombres se mantenía alerta a la retaguardia del señor.

—Me habéis intrigado. ¿Cómo negároslo? ¿Sabéis quién soy?

—La doncella del río Luna, hija del señor Flaín Bermúdez, a quien tuve el placer de tratar en Simancas.

Xana se sorprendió de que recordara a su padre y hubiera evitado

citar a sus hermanos, sobre todo a Abieno, el nuevo señor de Luna. De nuevo, experimentó la calidez de la mirada marrón, como si fuera un bálsamo para sus tribulaciones.

—¿Conocisteis a mi padre? —El mundo se borró ante Xana con el recuerdo de Flaín.

—Sí —repitió—, por eso me ha extrañado encontraros camino de Monzón para contraer un matrimonio que vuestro padre no había dispuesto.

—A mi padre no le dio tiempo de arreglar mis asuntos —explicó Xana en guardia. ¿Qué le importaba a ese caballero lo que le sucediera?

—¡Qué extraño! —exclamó el caballero—. Flaín Bermúdez dejó vuestro destino en manos de Ramiro, incluso exigió un documento firmado por el rey y por Fernán González, como testigo de su deseo respecto a vuestro futuro. ¿No os lo ha participado el nuevo señor de Luna?

—¿Cómo decís? ¿Que el rey debe consentir mi matrimonio? ¿Que hay un documento? ¿Abieno lo sabía?

El pulso y la furia de Xana iban aumentando gradualmente según se hacía a la idea de lo que significaba aquella noticia, ya que cambiaba drásticamente su vida. Su padre había velado por ella hasta el último aliento. ¿Quién se había atrevido a torcer su voluntad? ¿La viuda o los hijos?

Una mano fuerte, grande y cálida se apoderó de la suya: una mano que transmitía tranquilidad, seguridad, comprensión, apoyo. Los ojos marrones la volvieron a arropar como en el momento del altercado. La intuición, ese espíritu ancestral que se cobija en lo más recóndito de nuestro ser, la impulsó a confiar en él.

—No me caso por voluntad. Mi intención es huir esta noche. Alguien de mi familia ha cometido la más vil traición a la memoria de mi padre y a mi persona. Sé que lo que os pido escapa a vuestra obligación, incluso puede malquistaros con algunos señores. Ayudadme, os lo suplico, a llegar hasta el rey para exigir mi derecho.

—No hace falta molestar al rey, que se halla en la defensa del reino. El propio Ramiro delegó en Fernán González el cumplimiento del deseo de vuestro padre.

—Pero ha caído en desgracia —se lamentó Xana.

—Lo sé. Lo entrevisté en la cárcel y me rogó que impidiera estos esponsales.

—¿Por mi causa os encontráis aquí? —se asombró Xana—. ¿Cómo un hombre encarcelado se preocupa por la suerte de una mujer?

—Porque dio su palabra, y eso es sagrado. Como no puede cumplirla en persona, me envía a mí. ¿Adónde pensabais huir esta noche? ¿Os aguarda alguien?

—No. Hacia el norte. Nos alejaríamos del cauce del río y de los caminos transitados.

—Os perderíais. ¿Y adónde pretendíais llegar?

—Yo no me pierdo, las estrellas son mi guía. A ningún sitio, mi idea era adentrarme en las montañas para que mis hermanos no me encontraran.

Los ojos marrones se abrieron en muda incredulidad. A Xana sólo se le ocurrió sonreír y la expresión del hombre cambió a curiosidad.

—Ahora estoy aquí para serviros. Esos hombres que os escoltan…

—Me custodian —corrigió Xana.

—Más a mi favor para evitar la confrontación con ellos. No debemos levantar rumores entre los mercaderes. Éstos viajan hasta los confines de los reinos y trasmiten las noticias.

—Lo sé muy bien. He crecido en un paso de montaña.

—No es un buen lugar para iniciar la huida. Será cuando os detengáis a orillas del Carrión.

—Habremos entrado en el condado de Monzón —objetó Xana.

—Conozco las tierras, los límites de condados y de reinos. El momento ideal será cuando os separéis de los mercaderes. Ellos partirán hacia Burgos y no se enterarán de vuestra escapada. Para que no nos relacionen y crean que estáis solas, nosotros dejaremos vuestra compañía el día antes de llegar al Carrión. Esa noche, seguiréis la corriente del río hacia el sur. Os estaremos esperando.

—Ésa es la dirección del castillo. Nos meteremos en su propia guarida —advirtió Xana, visiblemente alarmada.

—Decidme, ¿hacia dónde huye la persona que desea evitar un lugar?

Los ojos marrones la miraban intensamente, como si quisieran transferirle el secreto. Xana esbozó una sonrisa, que se tornó más abierta al comprender la osadía del caballero. Sintió la presión de su mano y recordó que no había evitado el contacto durante la conversación. Él debió de reparar en su confusión y la abandonó con una cálida promesa implícita que la turbó.

—Ignoro vuestro nombre —dijo el hombre casi en un susurro.

—Xana.

—Los castellanos decimos jana o anjana o ijana.

Xana sonrió al oír los apelativos que aplicaban a los espíritus benignos de los bosques. Perdía musicalidad con la nueva pronunciación, más gutural.

—Mi padre me dio ese nombre porque decía que lo llené de bendiciones con mi nacimiento.

—Un hombre sabio. Nos hemos entretenido y os echarán de menos. No nos hablaremos hasta que nos encontremos en el curso del Carrión. Confiad en mí.

El castellano deshizo el camino acompañado por su hombre. Cuando quedaron solas, Xana salió de una especie de letargo.

—¿Es cierto lo que ha sucedido o lo he soñado?

—Real y muy real, mi señora. ¡Qué suerte contar con la ayuda de tan discreto caballero! —Sinda no disimuló el alivio y la felicidad de haber encontrado aliados—. Aunque hablan muy tosco, son gentiles en el trato, no como las mulas que nos escoltan.

—Cierto. Ahora que empiezo a conocer el mundo, me doy cuenta de lo pequeño que es el castillo y de lo afectadas que están las opiniones de mis hermanos por la envidia. ¿Cómo ha podido ofender Munio a un hombre de honor?

—Os recuerdo que no lo ofendió, porque no lo consideró suficiente hombre.

Rieron ambas y, en la risa, liberaron la preocupación por un futuro incierto y la tensión que la angustia producía. Regresaron a la carreta en cuanto fueron capaces de recuperar el gesto serio y hosco. Ese día Xana olvidó la comida y se tuvieron que conformar con queso y cecina ante las muecas de satisfacción de los soldados, quienes asaban tocino y carne embutida que habían adquirido en el pueblo.

Finalizaba agosto y amaneció nublado, aunque no llovió y el calor persistía. Cruzaron el Cea y el Valderabuey para internarse en el páramo del Cueza. Xana lamentó no poder usar el arco y cazar alguna de las liebres que avistó. Había preferido caminar junto a la carreta para fortalecer las piernas y le recomendó lo mismo a Sinda. Los castellanos se mantenían a distancia y hablaban mucho con el tal Pelayo, el hombre que defendió al chico. Xana se percató de que la recua de jacas había aumentado con un rocín que debían de haber adquirido en Calzada. Se sonrió por lo previsores que habían sido.

Una idea traía a otra aparejada, y recordó el documento de su padre. Estaba segura de que doña Justa lo había destruido y había callado, pero de nada le habían valido las malas artes porque, al final, el destino había enderezado lo torcido.

Desde que había conversado con el caballero o desde que había cruzado la mirada con él; o bien, desde que le había cogido la mano, sentía que había crecido, que la naturaleza le sonreía, que la bondad había vuelto a la tierra. Las zozobras, las penas, el hambre y la sed habían quedado relegadas ante algo más fuerte e inocente.

Se detuvieron a la vera del Cueza. Oyeron cómo los castellanos, gentiles, se despedían de algunos mercaderes con los que habían trabado amistad y se deseaban toda clase de buenaventuras. Sólo una jornada les quedaba para volar libres.

Al amanecer, los castellanos habían desaparecido. Se dedicaron a sus quehaceres, como todos los días, y volvieron a caminar junto a la carreta. Llegaron al Carrión, y Xana descubrió que era más ancho que

los que habían cruzado anteriormente. Por suerte, la población de Santa María contaba con un puente. Xana, ante la perspectiva de una larga noche, decidió comprar la cena como hicieron los soldados, aunque éstos entraron en la taberna de la venta. Comieron tranquilas bajo la supervisión del que se había quedado de guardia.

Se retiraron pronto al interior del carro, y Xana sacó el atuendo de monte e indicó a Sinda que vistiera la ropa que habían preparado para ella. Luego, metió en el morral los jabones y ungüentos, el brial de seda, la pelliza invernal, la muda y la bolsa de aseo, donde escondía la esmeralda de su madre. Del cinto, se colgó la escarcela con los sueldos de doña Justa y el cuchillo. Dejó preparados el arco, la aljaba y la capa romana de entretiempo para el último momento. Terminaron y se tumbaron a esperar. Oyeron las despedidas de los mercaderes que se retiraban a dormir, el crepitar de las hogueras solitarias, los ronquidos que auguraban un sueño pesado de los soldados, embriagados en la taberna.

Al filo de la medianoche, Xana se levantó y asomó la cabeza. El soldado de guardia dormitaba, según su costumbre. Tocó a Sinda, quien se había quedado traspuesta, recogieron las bolsas y simularon sus cuerpos bajo las mantas para que no descubriesen su falta. Sigilosamente, descendieron de la carreta y se deslizaron hasta la orilla del río. Al principio, caminaron recelosas, observando los alrededores con el temor de ser sorprendidas y, según se alejaban de la población, apresuraron el paso lo máximo que les permitió la oscuridad reinante.

Xana sintió el aire de la noche, mientras la luna menguante, cómplice de la fuga, iluminaba sus pasos. La hierba bajo los pies le daba alas, el murmullo de las aguas ocultaba el resuello de la respiración, los pájaros guardaban silencio para no delatarlas. Los elementos de la naturaleza se confabularon para cubrir sus huellas.

—Señora, esperadme —susurró Sinda rezagada.

Aminoró el paso. Al cabo de un rato, oyó el resoplido de un caballo, inquieto porque las había olido. Una sombra surgió de la tierra y ella corrió a su encuentro, con la misma alegría que el arroyo ofrecía sus aguas a las tierras ribereñas.

—No os he reconocido con ropas de varón. —Xana escuchó con alborozo la voz grave del castellano, pues la luna se escondió, tímida, detrás de una nube—. Vamos. Las monturas aguardan.

7

Remontando el río Arlanza, septiembre, año 944.

Habían abandonado la caravana al amanecer en dirección norte, hacia el condado de Saldaña. Al cabo de una hora de marcha, se escondieron detrás de una loma y aguardaron dos horas para dar tiempo a que la columna de mercaderes se perdiera de vista y volver sobre sus pasos en dirección sureste, hacia el condado de Monzón, a medio camino entre el castillo y el lugar en el que los viajeros pasarían la noche antes de separarse.

Al atardecer, dieron con el sitio idóneo para esperar a las mujeres. Se refrescaron en el río y el color de las aguas le recordó a Íñigo el color de la mirada de Jana. Rememoró el momento que conversó con ella y lo que sintió cuando sus manos se enlazaron: el olor de la brisa en primavera, el frescor de las fuentes en verano, el regazo del hogar que lo esquivaba. En las dos ocasiones en las que se había comprometido, las elegidas fallecieron antes de los esponsales. Decían que no traía suerte y lo eludían las mujeres jóvenes. Sin embargo, la mano de Jana le había transmitido dulzura, la voz cantarina y silbante del oeste le había sugerido el sonido de las palabras de amor, y el cuerpo, cincelado por la naturaleza, prometía goces sin medida.

Cerró los ojos para recobrar la templanza que era habitual en él. Ninguno de los hermanos se parecía a ella, ni siquiera el padre. El viejo señor de Luna reconoció que sólo había amado una vez: a la madre de Jana y, si se parecía a ella, lo comprendía. Era imposible volver a amar si habías mecido en los brazos la esencia de la belleza.

—¿Adónde las conduciremos? —planteó Galindo.

—Al Pisuerga y, desde allí, seguiremos la corriente del Arlanza hacia su fuente, internándonos en el corazón de Castilla. En un principio, a nadie se le ocurrirá buscarla en tierras castellanas. La esconderemos hasta que nuestro conde quede en libertad y se haga cargo de ella —respondió Íñigo.

—Si no descubren que consiguió ayuda, ¿adónde puede dirigirse una mujer sola? A un monasterio o de regreso a casa —razonó Nuño —. Les llevará días la búsqueda.

La noche caía y se desplegaron para que no les pasara inadvertida la presencia de las mujeres. Estaban acostumbrados a velar en sus viajes por tierras infieles y a dormir con el sueño ligero del que se sabe en peligro. Eran hombres paridos en medio de un ataque, habían crecido entre aceifa y aceifa musulmana, habían pasado hambre y frío sobre la dura tierra castellana, que había esculpido sus cuerpos con la fortaleza del superviviente y sus espíritus con el valor del guerrero imbatible.

Una suave brisa rizó la superficie de las aguas del Carrión y lo sacó

del embeleso en el que había caído a tiempo de discernir dos sombras oscuras que se apresuraban por la orilla. Por la altura, no había lugar a equívoco, y se levantó entre los arbustos que lo protegían de miradas indiscretas.

Cuando llegaron a su vera, le sorprendió el atuendo de hombre, más apropiado para la aventura que el brial de una dama, y se preguntó si el arco y la aljaba pertenecerían a uno de los soldados que las custodiaban, aunque la cuestión era si sabría manejarlo. Las apremió y las condujo hasta los caballos, donde se reunieron con los demás. Las señoras amarraron las bolsas y montaron con la soltura del hábito. Él se puso a la cabeza para guiarlos hacia el sur. Al llegar cerca del castillo de Monzón, el que fuera el destino de Jana, se desviaron hacia el este. Desde la montura contemplaron cómo se despidió la luna y cómo saludó el sol y, sin detenerse, continuaron hasta entrada la mañana.

Íñigo se internó entre unos árboles solitarios en medio del páramo y descabalgaron para reponer fuerzas y dar de beber a las bestias.

—Tenéis una vejiga colgada del arzón de vuestro rocín con agua para vosotras y vuestras monturas —indicó Nuño.

Galindo sacó las viandas y las distribuyó mientras Yago acotaba un lugar apartado para las necesidades corporales. Nadie habló, se observaron discretamente en tanto daban cuenta de la comida. Íñigo evaluó el cansancio de las mujeres y las encontró tranquilas y sosegadas.

—Caminaremos un buen trecho para que las monturas descansen, beberemos de nuevo antes de montar. No nos detendremos hasta que lleguemos al Pisuerga. Es una distancia considerable y no imaginarán que hayáis sido capaces de avanzar tanto. Por otra parte, espero que os busquen más al norte, en algún lugar donde haya un monasterio.

El cielo se confabuló con los caminantes y ocultó el sol con masas de nubes. Íñigo, de vez en cuando, volvía la cabeza hacia las mujeres y, luego, hacia sus compañeros, quienes, con un encogimiento de hombros, contestaban su muda pregunta. Ni un lamento ni una queja salieron de los labios femeninos, sellados para ahorrar fuerzas y seguir adelante, concentradas en el camino y pendientes de sus animales. Sin embargo, la criada parecía al borde de sus posibilidades, aunque caería antes que resultar un estorbo a su señora. Compadecido, hizo una seña a Nuño, quien se acercó a ella, le susurró al oído y la ayudó a montar. Por el contrario, su señora no acusaba el cansancio y se hallaba cómoda con el ritmo de la marcha. Llegaron a un arroyuelo y aprovecharon para que los caballos abrevaran cómodamente mientras ellos bebían de las vejigas. El resto del trayecto hasta la orilla del río Pisuerga lo cubrieron montados.

Hallaron un paraje apartado y seco para establecer el campamento

y encendieron una discreta hoguera, pues nada había para asar.

—El deseo de recorrer la mayor distancia posible —se disculpó Íñigo— nos ha impedido dedicarnos a la caza. Mañana la marcha será más distendida y más corta.

—No os angustiéis por nuestra comodidad, nos adaptaremos a lo que sea sin una queja —aseguró Jana.

Íñigo siguió con la mirada a las mujeres, que, sin abandonar su costumbre, se dirigieron al río para retozar en las aguas. Ellos almohazaron a los caballos, sudorosos por la larga jornada, y, cuando las mujeres regresaron, marcharon a remojarse. Íñigo disfrutó con el baño, pero la inquietud lo embargaba cuando la perdía de vista, por lo que se apresuró a vestirse. Un halo de tristeza y fatalidad la rodeaba, y ella lo había atrapado en su misterio. Nunca una mujer había despertado tanto su interés como lo había logrado la doncella del río Luna.

Deseaba ardientemente tocar la larga cabellera para comprobar la textura y la fineza que auguraba, acariciar su piel de alabastro, descubrir la miel de su cuerpo. En lugar de eso, se entretuvo en sacar cecina, queso, pan y fruta para la comida, y así distraerse de esos pensamientos que le revolvían el cuerpo y le encendían el alma con anhelos que no eran para él.

Cenaron casi a oscuras, pues septiembre había entrado y los días se acortaban. Establecieron las guardias y a Íñigo le correspondió la primera. Cogió las armas y se alejó de los rescoldos para que no interfirieran en la agudeza visual. Se creyó solo en el páramo y observó el cielo cuajado de estrellas, que aprovechaban la ausencia de la luna para lucirse ante los hombres. El movimiento de una jara le avisó de un intruso, se puso alerta y sacó una flecha de la aljaba. Con gran sigilo se aproximó al lugar y, agazapados, distinguió dos ojos ambarinos que denunciaban a su dueño. Despacio, colocó la flecha y tensó el arco con movimientos suaves y precisos. Un olor a primavera llegó a su lado y una mano blanca se deslizó por el moreno brazo y empujó, enérgicamente, pero sin violencia, el arco hacia el suelo.

El cabello suelto la cubría como un manto. Caminó sin ruido hacia el arbusto, alargó la mano y dejó caer una manzana temprana. El lobo gris, delgado sin la borra que lo protege del frío y del agua en invierno, salió de su escondite con los caninos descubiertos y la cola alta. Ella cantó algo, y el lobo metió la cola entre las patas traseras, se aproximó, cogió entre las fuertes fauces el delicado manjar que le había ofrecido y desapareció en la oscuridad de la noche con el trofeo.

Íñigo no salía de su asombro. Todavía le sudaban las manos ante el peligro que habían corrido, aunque Jana no parecía compartir su percepción.

—¿Por qué no os ha atacado? —atinó a preguntar.

Jana se volvió con una sonrisa.

—Porque lo he visto crecer y lo he alimentado en muchas ocasiones. Hemos cazado juntos y no ha querido quedarse en Luna. Me sigue desde entonces.

—Puede venir con nosotros. Advertiré a los demás.

—Va solo, no se acerca a los hombres. Aunque me acompaña y me acepta, nunca lo he sometido a mi conveniencia. Es libre y es capaz de alimentarse.

—¿No lo habéis llevado con vos a León? ¿Y cómo os ha encontrado después de tanto tiempo?

—Los hombres hemos perdido el instinto y el lazo invisible que une las lealtades. Los lobos los conservan intactos. Se emparejan de por vida y son corredores infatigables. Lo único que no les puede faltar es agua, y ha habido abundante por el camino.

—Los conozco. Acompañadme, quiero enseñaros algo.

Se acercaron al bulto formado por las armas que cargaban las jacas y extrajo un escudo que mostró a Jana cerca del fuego. Sobre el cuero grueso y curtido que forraba la madera del escudo había grabada la cabeza de un lobo. Jana levantó la cabeza y lo miró en muda interrogación.

—Nací en el castillo de Ucero, que custodia la entrada al cañón del río Lobos. Es mi casa y mi emblema.

—¡Ah! —exclamó, asombrada.

—Aunque he de confesaros que allí los mantenemos alejados para salvaguardar el ganado. Nos dedicamos a la cría de caballos, tan necesarios para las batallas y para el transporte.

—¿Tenéis familia?

—Sí, aunque sea extraño, mi padre vive. Y dos hermanas casadas que lo llenan de nietos.

—¿Y propia? —insistió Jana.

—No. No me ha sido posible —reconoció con un velo de tristeza—. ¿No dormís?

Jana entendió que no le agradaba el tema y asintió. Íñigo se quedó envuelto por la soledad a la que estaba acostumbrado. La cercanía de Jana lo alteraba. Buscó consuelo en las estrellas, porque ignoraba qué era lo que tanto le desconcertaba de ella.

A la mañana siguiente, una nueva sorpresa lo aguardaba. Decidieron proveerse de carne y Jana mostró la misma alegría y disposición que si le hubiesen anunciado la visita de su amado. Desmontó y cogió el arco y la aljaba con la pericia de quien no es ajeno a esas armas. Galindo, Nuño y Yago elevaron una ceja y se miraron indecisos e incrédulos. Íñigo resolvió el dilema.

—Yo la acompañaré, y que Yago continúe adelante con la recua y la criada. —Galindo y Nuño suspiraron aliviados.

—La pareja que menos cace limpia las piezas de los vencedores —propuso Jana, con una sonrisa que representaba la inocencia personificada.

—Aceptamos —se apresuró Nuño, complacido—. Lo siento, Íñigo, otra vez será —dijo, con evidente ironía.

Sin embargo, a Íñigo le importó un rábano lo que tuviera que hacer si pasaba la mañana junto a ella. Se pusieron en marcha y pronto advirtió que la mujer no se quedaba a la zaga. Sus pasos eran largos e infatigables. Algunas guedejas se escapaban de la larga y gruesa trenza, y los ojos verdes escrutaban el horizonte con el conocimiento del ojeador experimentado. De pronto, Jana se detuvo y bajó la vista al suelo: las inconfundibles huellas de una liebre señalaban el camino por dónde había escapado. Antes de que Íñigo abriera la boca, Jana las siguió en dirección contraria. Impresionado, le dejó hacer y Jana dio con el animal, agazapado en uno de los muchos matojos de retamas y jaras que salpicaban la llanura. Cogió una flecha y tensó el arco. El silbido y el salto del animal casi fueron a la par.

—Se diría que la caza es una actividad habitual para vos.

—Y lo era, hasta que salí de la comarca del río Luna.

Metieron la liebre en el morral y Jana recuperó la flecha. Íñigo intentó lucirse cuando se apostaron a la sombra de una encina e, inmóviles, aguardaron a la desprevenida víctima que se paseara delante de ellos. Al cabo de un buen rato, cuando ya iban a desistir, avistaron un corzo que se acercaba saltando hacia ellos. Íñigo tensó su arco y le acertó entre las dos patas delanteras, en el pecho bajo, y le atravesó el corazón. Cayó muerto en el acto. Antes de que diera un paso adelante, la mano de Jana lo detuvo y, con el mentón, le señaló el horizonte. El lobo se aproximaba a la carrera hacia la pieza abatida y se detuvo ante el corzo, olisqueando el aire en su dirección.

—No os mováis —recomendó Jana—. Sólo yo puedo acercarme a compartirla.

—Pero es mía —objetó Íñigo.

—La trajo él para que la matáramos. Recordad que os dije que solemos cazar juntos.

Íñigo observó cómo se acercaba con precaución y recuperaba la flecha. El lobo no se apartó, pero tampoco gruñó. Jana se agachó esgrimiendo el cuchillo de caza y, con movimientos certeros, despiezó los cuartos traseros y dejó el resto a su compañero de cuatro patas.

—No me van a creer mis hombres —susurró Íñigo, atónito por lo que había presenciado.

—Pues no lo contéis —dijo Jana con una sonrisa—. Yo nunca hablo de mis asuntos. Cierto es que no tengo con quién, pero no encuentro la necesidad de hacerlo.

—Habéis crecido sola y sin nadie en quien confiar.

—Confío en mí y en la naturaleza —contestó con sencillez.

—La naturaleza es cruel —replicó Íñigo, caminando a su lado.

—Pero lógica por necesidad. Peor es el hombre, maligno por el placer de serlo. No lo comprendo y me asusta esa maldad.

—No me queda más remedio que inclinarme ante vos. ¿De dónde os viene tanta razón siendo tan joven?

—Es un halago cuando viene de un hombre que ha demostrado una sensatez fuera de lo común en el asunto del chico al que acusaban injustamente.

—Me huelgo de que compartáis la misma visión de la justicia que yo. En la frontera, cada vida vale mucho, y la de una comunidad más que una sola vida. Es otra forma de evaluar el coste humano.

—¿Adónde vamos? ¿Qué vais a hacer conmigo?

—Nadie os buscará en la frontera más alejada del reino. Tendréis un buen acomodo, no os preocupéis. El conde me ha confiado vuestra vida hasta que él sea liberado.

—¿Lo perdonará Ramiro?

—No os quepa duda. Castilla, a su manera, ya proclama su descontento al no acatar las disposiciones del conde de Monzón. Tanto es así, que ha creído conveniente enviar a su hijo Sancho a Burgos para hacer valer su poder, pero no ha tenido mucho éxito.

—Y a vos os satisface la postura castellana —resumió Jana, con una radiante sonrisa.

—El cinismo no es uno de mis defectos —sonrió a su vez Íñigo, subyugado por la belleza de la que él consideraba una anjana.

Alcanzaron la recua que avanzaba al paso de Yago y de Sinda, que caminaban al lado de los animales, y al poco se les unieron Galindo y Nuño. Ya habían rebasado el mediodía y, al llegar al Arlanzón, lo vadearon y decidieron acampar a su orilla, aunque faltaba un rato para que cayera el sol.

—Las carnes necesitan tiempo para asarse, y ya no hay temor a que nos persigan —planteó Íñigo—. Nos tomaremos un merecido descanso.

—Ya nos contaréis cómo es eso de que un corzo se dirija directamente hacia el cazador —gruñó Galindo mientras afilaba el cuchillo para desollar las liebres.

Íñigo se sonrió ante la desconfianza de su amigo, que había perdido el reto que había lanzado Jana. Las mujeres los dejaron solos y se perdieron entre los árboles.

—Lo han adquirido en alguna casa o a alguien que se han encontrado —abundó Nuño—. ¿Quién si no vendría con sólo una parte del animal?

—Si os cuento la verdad, me creeréis menos —advirtió Íñigo,

divertido.

—Luego hay gato encerrado, ya lo decía yo —confirmó Galindo, satisfecho.

—Gato no, lobo —corrigió Íñigo—. El que nos sigue suele ayudar a Jana en las cacerías. Batió el corzo hacia donde nos hallábamos, y yo lo maté de un flechazo en pleno corazón.

—¡Venga ya! —exclamó, mostrándose incrédulo Nuño—. Cada vez mentís peor. Lo vuestro no son las historias.

—Ella me lo advirtió —comentó resignado—: que no contara la verdad. Aunque sí os aviso de que, si durante vuestra guardia veis al lobo merodeando, no le disparéis ni lo ahuyentéis. Ignoradlo y seguid como si no existiera.

—¿Es cierta la historia del lobo? —Yago comenzó a ceder.

—Muy cierta. Y lo de no disparar también lo he dicho en serio.

Íñigo se encontró con que los tres rostros lo observaban muy seriamente.

—No, no he perdido el juicio. —Sonrió.

—Eso dicen los locos, que no están locos —confirmó Nuño, y espetó en un palo las patas del corzo.

La comida estaba en marcha cuando regresaron las damas.

—¡Hum! Huele a flores —comentó Galindo, alzando la nariz—. Este aroma me trae a la memoria los perfumes que emplean en los baños árabes, pero menos dulce, más natural.

—¿Cómo esconderemos a una mujer con unas características tan comunes? —ironizó Nuño, echando una larga mirada a Jana, que tanteaba la pata sobre el fuego, ajena a que era el centro del tema de los hombres.

—Para cuando lleguen noticias de ella a oídos interesados, ya será tarde. Por eso la llevamos lejos.

—Confiáis ciegamente en que Ramiro dé su brazo a torcer —censuró Yago.

—Es una cuestión política, no de mal entendimiento entre ellos. Y Ramiro nos necesita —recalcó Íñigo.

Degustaron el ciervo sin prisa. Bromearon, contaron historias de tierra infiel con las que entretuvieron a las mujeres y les hablaron de las ciudades y de las extrañas costumbres, algunas loables y otras despreciables, que se vieron obligados a practicar para no levantar sospechas entre los musulmanes.

Jana los cautivó con su conocimiento de los bosques y de las plantas, del comportamiento de los animales y de los cambios que experimentan con las diferentes estaciones.

—Entiendo, mi señora, que, si os dejáramos sola en medio de un bosque, no moriríais de inanición ni de hambre. Ahora no encuentro tan disparatado vuestro plan de huir sin ayuda —reconoció Galindo,

admirado.

—Vamos, que lo del lobo es verdad —concluyó Nuño.

—¿Se lo habéis revelado? —se admiró Jana, y sonrió.

—¿Qué crédito tendría entre mis hombres si los mintiera con tanto descaro?

Los hombres rieron y recordaron muchas ocasiones ya olvidadas.

Los días discurrieron plácidamente y llegaron a Lerma. La aldea fue fortificada cuando el Arlanza sirvió de frontera. Como todos los puntos estratégicos, conoció asentamientos desde la época celtíbera. Íñigo se presentó al alcaide, quien se desvivió por atenderlo. Les proporcionaron casa a las mujeres y habitación en la posada a los hombres. Lerma era un cruce de caminos de norte a sur, es decir, de Burgos al Duero; y de oeste a este, de León a tierras navarras o las fronterizas con el señor de Zaragoza.

Tras ponerse al corriente de las noticias que circulaban por Castilla, Íñigo dejó al alcaide y se paseó por el mercado. Se fijó en un revuelo de mujeres en un puesto de fruta, se acercó a curiosear y descubrió a Jana, vestida con el brial pardo del viaje. Concentrada en mostrar algo a la vez que ofrecía explicaciones, no se percató de su presencia. Intrigado, se abrió paso y encontró que, entre higos, ciruelas y peras, se había hecho un sitio para exhibir jabones y esencias en unos tubos de barro sellados con cera.

Una amable mujer le explicó que la extraña de pelo pálido había llegado a un acuerdo con la frutera para que las mujeres que adquirieran un jabón compraran fruta, así que la frutera se mostraba satisfecha con su compañera de venta. Se apartó y se apoyó en una pared, dispuesto a observar cómo se desenvolvía en el puesto. Era innegable que atraían la amabilidad en el trato y la suavidad de las palabras, que chocaba con la pronunciación áspera del castellano. Cuanto más la conocía, mayor era la inquietud que lo embargaba. Imágenes de lujuria lo acosaban, deseos de amor olvidados. Sinda rompió sus divagaciones al aparecer en escena con las compras que había realizado en otros puestos. Jana se apresuró a recoger los productos que habían quedado sin vender y los guardó en la bolsa de viaje.

Íñigo se adelantó y le alivió del peso de los perfumes. Ella sonrió en lugar de agradecer de palabra.

—Decidme, ¿qué jabón me aconsejaríais?

—Seríais el primer hombre al que vendería.

—Prefiero vuestros aromas a los fuertes y empalagosos que emplean en los baños del califato.

—Son más naturales. Os aconsejaría el de resina de cedro. Los árboles sugieren la fuerza varonil.

Le cogió la bolsa de las manos y rebuscó en el interior hasta que

dio con lo que buscaba y se lo ofreció.

—Es un obsequio. ¿Os atreveréis?

—¿Me retáis?

—Os respeto demasiado para eso.

Íñigo hubiera preferido otro sentimiento más profundo que el respeto, pero se contentaba con la amistad por el momento. Olió el pequeño trozo de jabón y le llegó el recuerdo de árboles caducifolios, propios de la alta montaña: cedros, fresnos, robles y hayas que se elevan al cielo, frondosos, rectos y orgullosos. En la Sierra de la Demanda crecían también, al amparo de los montes que los salvaguardaban de los incendios musulmanes. A ella le gustaría mi casa, pensó en un momento de enajenación.

—Me agrada —se limitó a decir, intimidado de pronto.

A sus veintiocho años era un hombre viejo para no haber estado casado nunca. ¿Cómo lo vería ella? Tampoco era joven, pero no parecía que le importara no serlo o que le preocupara quedarse soltera. Huía de un matrimonio no deseado y de una familia que no la quería. No compartía pensamientos, zozobras o alegrías con ningún ser humano, sino con un lobo y con los bosques, los únicos que no la traicionaban según sus palabras. Para cualquier mujer era una existencia triste; sin embargo, Jana irradiaba algo especial: alegría de vivir, amabilidad y una bondad innata, cualidades muy difíciles de encontrar en un mundo en el que la vida era muy dura. ¿Habría conocido el amor? Celoso, desechó la idea. No la imaginaba en brazos de un hombre, se le atragantaba.

—Ya hemos llegado. No he querido interrumpir vuestras reflexiones. ¿Ocurre algo grave? A juzgar por vuestro ceño fruncido, tenéis un problema. Espero no ser la causa de vuestro desvelo. Si otros menesteres os requieren, seguiremos solas adelante.

—Analizaba las noticias sobre la frontera. Mientras el conde se encuentre encarcelado, nadie requiere nada de mí —explicó, reacio a admitir que su preocupación era ella, aunque no de la forma que la mujer creía—. Quedad con Dios.

Se alejó de la casa camino de la posada con el corazón cargado de incertidumbres, de melancolías, de deseos insatisfechos, tales eran las cuitas del amor, aunque él se negaba a admitirlo, temeroso de lo imposible de semejante empresa.

8

Castillo de Monzón, septiembre, año 944.

Munio sombreó los ojos con una mano y vislumbró el castillo de Monzón desde lo alto de una loma. El sol castigaba la llanura amarillenta y secaba los arroyos. Sólo el ruido de las cigarras poblaba el campo. Se volvió y descendió hacia el grupo de árboles bajo los cuales sesteaban hombres y animales.

—No hay movimiento. Tendremos que arriesgarnos —dijo Munio.

—Más tarde. Cuando pase la hora de más calor —pospuso Edelberto, somnoliento.

—Si llegamos al atardecer, no podrán negarnos el asilo, en caso de que sospechen algo —arguyó Ranulfo.

Munio asintió y se tendió pensativo bajo la sombra de una encina. En el momento en que Abieno lo apartó de las huestes de Luna, buscó refugio en las de Monzón, bajo las órdenes de su amigo Tello Ansúrez. Cuatro hombres se ofrecieron a acompañarlo en el destierro, sus cuatro camaradas de orgías: Ranulfo, Gatón, Edelberto y Lotario.

El ejército partió de León hacia el sur: primero, Zamora; después, Salamanca. Avanzaban despacio, como era habitual cuando se reunían tantos hombres y bestias. Por las noches, se reunía en la tienda con su amigo, con quien compartía una frugal cena y abundante bebida. Sin embargo, ese trato de favor no se mantuvo mucho tiempo, y Tello comenzó a excusarse y, más adelante, a evitarlo.

Munio no destacaba por su paciencia, y abordó a Tello en cuanto se le presentó la ocasión. Fue tan brutal su sinceridad como su crueldad. El de Monzón no ocultó el placer que le produjo rebajar al de Luna. Lo llamó mercenario sin tierra y bufón del ejército; su amistad ya no le convenía y había obtenido todo lo que podía darle: su hermana.

El leonés se retiró con el resentimiento en la mirada. Conocía la inclinación de Tello, pero hacia Xana le movía una particular venganza por algún agravio pasado y no olvidado. Sin embargo, tras semejante desplante, no le permitiría poner las manos sobre la muchacha.

La expulsión de Luna, la falta de apoyo de Monzón y el comportamiento esquivo de los hombres de armas lo empujaron a tomar la determinación de desertar. No se le había perdido nada en aquella guerra que no le reportaba ningún beneficio. Lo habían acusado de mercenario y haría realidad aquella acusación. Sus compañeros se mostraron entusiasmados y lo siguieron sin dudar. Estaban hechos del mismo barro.

El siguiente paso consistía en restañar el orgullo y responder a la afrenta de Tello. Por esa razón se encontraban a las puertas de

Monzón. Había concebido un plan con el que saciaba su sed de venganza y le proporcionaría un futuro próspero. A sus compañeros de penalidades les contó parte: primero, raptarían a la doncella del río Luna y, después, se la ofrecerían al señor de Zaragoza a cambio de un puesto de oficial en las huestes musulmanas. Conocía de sobra el amor al placer y el refinamiento de los nómadas del desierto. Las mujeres eslavas, de piel y cabello tan diferente al de ellos, eran un lujo y resultaban atrayentes para aquellos hombres acostumbrados a las pieles oscuras. Lo que calló a sus compañeros fue que el trato sólo lo incluiría a él; una mujer no valía tanto como para ofrecer tantos puestos de oficial a extranjeros.

Aceptaron el plan, pues a ninguno le remordía la conciencia. Hacía tiempo que la habían perdido en beneficio propio. El mundo no pertenecía a los timoratos, sino a los fuertes y avispados. Lo importante era sobrevivir, el honor era asunto de necios que despreciaban la vida y los placeres.

El castillo de Monzón se elevaba sobre una pequeña meseta que dominaba la extensa llanura que lo rodeaba. Su construcción pétrea imponía por inexpugnable. Para Munio fue fácil franquear la puerta porque ya había estado allí con Tello. El oficial lo reconoció y avisó al alcaide.

Entraron en el patio de armas y descabalgaron. Sin embargo, el alcaide no era el vejete de siempre. Durante la ausencia de los señores, habían nombrado a un oficial de su confianza, ya entrado en años para seguir al frente de las huestes, pero lo suficientemente entrenado y ágil para comandar una fortificación.

—Sed bienvenidos, caballeros —saludó al tiempo que se aproximaba—. Soy Fadrique González, alcaide de esta plaza. Los hacía de camino a Salamanca.

Munio se alegró, mentalmente, de que no hubieran llegado noticias sobre ellos, aunque se mostraba receloso de su presencia.

—Y ése era nuestro destino —corroboró Munio con una sonrisa—, pero mi hermano, el señor de Luna, ha sido informado de que una escolta del conde acompaña a nuestra hermana en su desplazamiento a Monzón para contraer matrimonio con Tello Ansúrez. Nos ha parecido inusual y me ha enviado para recibirla y asegurarme de que todo se cumple según los acuerdos.

El alcaide no respondió, se tomó su tiempo para analizar la noticia y la situación en la que se veía enredado. Tal y como Munio había supuesto, nadie estaba enterado de los pérfidos planes de Tello para con Xana.

—He oído hablar de esos esponsales, pero no he sido informado de que fueran a tener lugar en plena campaña bélica —reconoció el alcaide—. Sí que es extraña la situación, y entiendo la preocupación

que mostráis por vuestra hermana. Enviaré un mensajero al encuentro del conde de Monzón; mientras tanto, podéis instalaros en el salón principal. Las monturas serán atendidas por los mozos.

A Munio no se le escapó que el alcaide se saltaba a Tello y recurría directamente al conde, de quien realmente emanaba la autoridad. Don Fadrique dio las órdenes oportunas y pronto se encontraron sentados a la mesa para dar cuenta de la comida principal del día. Antes de que cerraran la puerta del recinto, envuelta en la oscuridad, llegó la escolta con la carreta en la que debería viajar la doncella del río Luna.

—Algo sucede —advirtió Ranulfo—. ¿Nos habrán descubierto?

El alcaide se levantó y, tras una breve disculpa, salió del salón. Munio siguió comiendo tranquilo.

—No os alarméis —susurró a sus compañeros—. Es verano y son frecuentes las razias. Estas fortalezas viven en un constante sobresalto.

Las palabras de Munio relajaron a los hombres, que retornaron a ocuparse de las viandas. Al cabo de un rato, regresó el alcaide con el rostro demudado.

—Señor, debo darle una mala noticia: su hermana ha desaparecido.

Munio arqueó una ceja interrogativa.

—Los hombres de confianza del joven Ansúrez, de quienes no me fio por su confuso relato, creen que ha sido raptada; sin embargo, yo me inclino a pensar que la muchacha ha huido. No será la primera mujer que huye de un matrimonio no deseado.

—¿Por qué piensan sus hombres que la han raptado? —se interesó Munio, en absoluto alarmado por la suerte de Xana, aunque disgustado por el cambio de planes y por el aplazamiento de la venganza.

—Por una teoría absurda. Estas disensiones con los castellanos traen aparejadas falsas acusaciones. Es más fácil recelar del vecino que asumir la falta de diligencia en el encargo.

—Ahora sí que habéis despertado mi curiosidad. ¿Qué relación tiene la desaparición de mi hermana con los castellanos?

—Coincidieron en la caravana que salió de León con el caballero Íñigo Martínez y sus hombres, aunque la abandonaron antes de la desaparición de la muchacha. Está claro que estos miserables han urdido una disculpa para justificar su fracaso, pero es bastante burda e increíble. ¿Qué les puede importar a esos señores el enlace de una muchacha?

—Cierto —admitió Munio, entrecerrando los ojos, pensativo—. ¿La han buscado, al menos?

—Por supuesto. De hecho, la desaparición ha sucedido hace dos días, muy cerca ya del castillo. Se han acercado a los monasterios y han indagado en las poblaciones a su paso. Nadie les ha dado razón,

algo sorprendente, pues tengo entendido que no pasa fácilmente desapercibida.

—No. El que la ve no la olvida —aseguró Munio con resentimiento.

De su hermana todos se acordaban en detrimento de Abieno y de Munio. A Abieno nunca le importó, pero a él no le gustaba que lo dejaran en la sombra. En cuanto escuchó el nombre de Íñigo Martínez, la ira despertó con el recuerdo del agravio que lo había convertido en el hazmerreír de las tropas.

—Aun así, no puede quedarse vagando sola por los campos. Hay que encontrarla.

—Ya he preparado una batida que saldrá al amanecer hacia el norte —informó solícito—, aunque no dispongo de hombres.

—Perfecto. Nosotros mismos nos aprestaremos para la búsqueda. Iremos hacia el este.

—¿No sería mejor hacia León? —opinó el alcaide.

—No. Ha desobedecido al señor de Luna. No puede regresar: norte o este. No hay alternativa.

—¿Conoce a alguien en Castilla? —aventuró don Fadrique.

—No lo sé. Son muchos los comerciantes que pasan por Luna hacia Asturias. No sobreestiméis a una mujer, y mi hermana no es de las que menguan ante las dificultades; por el contrario, se crece.

—Pues así sea. Es vuestro familiar y la conocéis mejor.

Cuando se retiraron a dormir y el salón quedó a oscuras, Munio expuso su plan en voz baja.

—La búsqueda nos dará la ocasión para salir de aquí.

—¿Por qué habéis escogido el este? Vuestra hermana se desenvuelve mejor en los bosques que en estas yermas llanuras —argumentó Lotario.

—Me ha comentado el alcaide que la acompaña una sirvienta: Sinda. ¿Os imagináis a Sinda en medio de un bosque? Es un fardo para Xana que le impedirá tomar muchas decisiones sensatas. Me inclino por considerar la idea de los castellanos.

—Los habrá embaucado con sus encantos para que las ayuden en la fuga —apuntó Gatón.

Munio no se imaginaba a la renuente y frígida Xana vendiendo su cuerpo, pero, cuando las circunstancias aprietan, se desconoce hasta dónde alguien es capaz de llegar.

—Nos lo jugamos a una posibilidad: si se han ido con los castellanos, marcharán hacia el este. Íñigo Martínez es de la zona de Osma. Recorreremos las fortalezas castellanas del Duero.

—Me gusta el plan. Una mujer así no pasará desapercibida en las fortificaciones llenas de hombres —apoyó Lotario—. Y nos coge de paso hacia Zaragoza.

—¿Y por qué no ofrecemos nuestra espada en las plazas castellanas en lugar de a los infieles? —propuso Edelberto.

—Porque somos desertores —explicó Ranulfo—. Tarde o temprano, nos descubriría alguien.

—Cambiar de ejército no es desertar —le contradijo Gatón.

—Llámalo como quieras, pero hemos abandonado nuestro puesto en las líneas de Monzón sin decir adiós —constató Lotario, molesto.

—Hay tiempo por delante para decidir qué vamos a hacer. No me gustaría que me sorprendiera el invierno sin techo y sin comida —alegó Munio, quien se dio la media vuelta y se acostó.

Con las alforjas bien llenas, abandonaron el castillo hacia el este. En cuanto cruzaron el Pisuerga, comenzaron las primeras disensiones en el grupo. Lotario propuso seguir el cauce del Arlanza y llegar a Lerma, pero Munio consideró que sería una pérdida de tiempo, pues los aventajaban en días. Munio consiguió imponerse por la fuerza de la costumbre de ser el caudillo, a pesar de que Lotario intentó rebajarlo al recordarle que ya no era ningún señor ni había razón que justificase que hubieran de obedecerlo. Tomaron el camino hacia el sur hasta la corriente del Esgueva, que los guiaría en paralelo al Duero hasta casi Clunia. Era una distancia considerable que los ponía a salvo durante una temporada, ya que los castellanos no participaban en la campaña de Salamanca y, por lo tanto, ignoraban las últimas noticias sobre su expulsión de Luna y su defección.

Atravesar barrancos, cárcavas, quebradas y superar las suaves lomas les llevó unos días. Por el camino cazaron, robaron y holgazanearon. Munio no tenía ninguna seguridad sobre el paradero de Xana, pero el ofrecer un plan a esos hombres los mantenía junto a él, aunque Lotario empezaba a ser un estorbo, ya que cuestionaba todo lo que proponía.

Llegando a Clunia, elaboró otro plan que, para su sorpresa, Lotario aceptó sin protestar.

—Nos distribuiremos las plazas que vigilaremos. En alguna de ellas, si llegan con los castellanos, llamarán la atención. Otra posibilidad es que Íñigo Martínez las esconda en su solar. Averiguad dónde vive. En dos semanas nos reuniremos al otro lado del Duero. ¿Recordáis dónde murió Teodomiro? Es el lugar más apropiado.

Su hermana, poco a poco, pasaba a segundo plano ante la posibilidad de resarcirse de la ofensa del castellano. Era una tentación tan grande como la imprudencia que lo empujó a insultarlo en aquel malhadado día.

9

Fortificación de Lerma, septiembre, año 944.

Xana observó la sencillez de la casa que las había acogido: suelo de tierra pisada, dos alcobas con jergones de paja y separadas de la sala principal por unas cortinas. La estancia más importante constaba de una chimenea con gancho para la olla y los útiles de guisar colgados en el frente, un estante con tarros, una amplia mesa con bancos y una alacena. Pertenecía a una viuda que cedía, por unos sueldos, las alcobas a familias o mujeres de paso por la población.

Notó que los vecinos vestían ropas de lana menos refinadas y que las casas eran humildes, generalmente de una estancia para toda la familia. Sin embargo, la alegría era palpable en las calles por las que corrían los niños, mientras que los muchachos requebraban a las doncellas que se acercaban al pozo a por agua. En el mercado, por sus jabones y perfumes, no aceptó sueldos, casi inexistentes entre aquellas gentes, sino que recibió plantas curativas y alimentos, tan valiosos como la moneda.

No lo vio, pero sintió su presencia durante la venta en la plaza. Cuando se acercó, con una túnica verde de fina seda ribeteada en oro, sobre los calzones atados con cintas de cuero que partían del calzado de piel, le pareció un rey al lado de los demás. Los labios, escondidos tras la cuidada barba, le sonreían, y le contagió la sonrisa a ella. La cercanía la hacía flotar en una nube, como cuando se dejaba llevar por la corriente de un río, con la misma ingravidez y la misma paz.

La acompañó a la casa y descubrió que el caballero conocía las esencias de sus viajes por tierras del califato, perfumes muy costosos y delicados obtenidos de animales, como el almizcle y el ámbar; o de la tierra, como la mirra y el incienso.

La lluvia, torrencial al principio y más sosegada después, los obligó a prolongar la estancia en la villa fortificada y dio ocasión a que la viuda que las alojaba desatara su curiosidad.

—Sois una mujer hermosa y llamativa para viajar con tan poca escolta por estos difíciles e inseguros caminos, aunque sea el mismo Íñigo Martínez el que os acompaña.

—He oído hablar mucho de Castilla, pero hasta el momento no he sentido el peligro. El viaje discurre de forma apacible —soslayó Xana.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la viuda santiguándose—. No queráis conocer las penalidades de un ataque moro. Desde que el río Arlanza dejó de ser frontera y ésta se trasladó al Duero, son los castillos de allí los que soportan los castigos de las aceifas. Aun así, todavía queda en la memoria el paso del mismísimo diablo de Abderramán, que asoló campos, incendió bosques y arrasó villas. Sucedió hace mucho, ¡quién lo diría, tan vivo es el recuerdo! —La viuda fijó la mirada en la pared

vacía—. Llegó por el norte, por donde nadie lo esperaba. Venía de reconocer a García Sánchez, el hijo de su tía carnal, Toda, como rey de Pamplona. Nuestro conde confió en que se retiraría, pero no: atravesó Álava, entró en el condado y atacó Burgos, Oña y cuantas fortalezas encontró a su paso. Los hombres del *excelente* conde eran pocos y pidió ayuda a Ramiro de León y, mientras aguardaban, conocedores del terreno, se limitaron a hostigar el avance de los musulmanes y a refugiarse en lugares abruptos e inaccesibles. La peor parte la sufrieron los monjes del cenobio de San Pedro de Cardeña, ubicado en un lugar apartado, cerca de Burgos, frondoso en árboles y bien surtido de agua, rodeado de colinas que lo ocultan. Dios se durmió ese día y no cuidó de sus siervos: trescientos desdichados monjes fueron sacrificados. Una cruel y terrible matanza que aún se rememora al amor de la lumbre en los hogares. En Lerma nos libramos, pasaron de largo hasta Clunia, donde acamparon a aguardar las fuerzas de Ramiro que llegaban, tarde, a defender Castilla. Las huestes de nuestro conde Fernán González daban cuenta de los despistados y de las pequeñas patrullas que se encargaban del forrajeo. La batalla la soportó el castillo de Osma, aunque no hubo ganador. El califa, ahíto de sangre, se retiró. La siguiente nefasta aceifa fue en Simancas, donde sucumbieron mi marido y uno de mis hijos.

—La recuerdo porque mi padre también entregó la vida —se estremeció Xana, fascinada por el aterrador y cruento relato.

—Nos une la desgracia —concluyó la viuda—. Nadie es ajeno a ella; no en la vida que yo conozco. —La mujer se repuso, miró alrededor y retomó la idea inicial—: Íñigo Martínez sabe mucho de eso. ¿Qué os une a él? Tened cuidado, está maldito. Recorre la tierra pagana y no es pájaro de buen agüero, pues siempre llega con el horror a uña de caballo. Las dos mujeres que eligió para desposarlas fallecieron antes de cumplir el deseo. Vaga solo, seguido de esos tres, nacidos como él en río Lobos. Visten como los infieles y traen costumbres extrañas.

—Creí que era bien recibido por arriesgar la vida y avisar con tiempo a las plazas para hacer frente a la aceifa. Lo he presenciado en León, en donde lo recibió el rey y a quien faltó el aliento para partir hacia Salamanca con un ejército.

La viuda entrecerró los ojos.

—¿De tan lejos venís? ¿Adónde se dirige una mujer como vos? Ese mal rey ha encarcelado a nuestro *excelente* conde.

—Íñigo Martínez confía en que pronto se encuentre de regreso. Dice que es un asunto político. —Por segunda vez, evitó contestar; pero lejos de apagar la curiosidad, la avivó.

—Si lo dice él, así será. Es quien mejor lo sabe.

La viuda no volvió a insistir, pero Xana fue consciente del escrutinio al que la sometió durante los días que se quedaron. Por suerte, y con cierta tristeza por su parte, los caballeros que las acompañaban no asomaron por la casa hasta que apareció Nuño para dar aviso de la partida y saldar la deuda con la viuda.

Los campos se hallaban embarrados con las primeras lluvias y los caballos avanzaban con mayor dificultad. El sol había vuelto a ganar la batalla a las nubes, pero anochecía más temprano y refrescaba en cuanto asomaba la luna. Xana observó que se dirigían hacia el sur. Si alguna duda le quedaba, el atuendo de los hombres reveló que se internaban en la *extrematura* del condado. Cubrían las lorigas con una túnica marrón para evitar el deslumbramiento de las escamas de hierro, aunque prescindieron del almófar y del casco cónico con protector sobre la nariz a causa del calor del mediodía. La espada y el escudo pendían de la silla, rescatados del bagaje que cargaban las jacas.

Xana los imitó y llevaba la aljaba y el arco cruzados a la espalda. El cuchillo nunca faltaba de la cintura. El rostro serio de Sinda mostraba la preocupación que se había adueñado de su espíritu. Xana no se arredraba y afrontaba la nueva vida como venía. Después de todo, había tenido más suerte de la que esperaba.

Al segundo día de marcha, el lobo se dejó ver con la cola alzada y mostrando los dientes.

—Qué extraño —observó Nuño a Galindo—. Nunca se acerca tanto, al menos de día.

—Parece inquieto y amenazante —secundó Galindo—. ¡Eh! ¡Íñigo! ¡Mirad al lobo!

—¡Avisa del peligro! —gritó Xana antes de que contestara Íñigo.

Se encontraban en una llanura en la que no había nada tras lo que refugiarse, o eso le pareció a Xana. Los hombres, más habituados a esas tierras, se desviaron en dirección oeste hacia una pequeña quebrada del terreno, marcada por un corredor verde de matorrales. Se trataba de una cárcava, excavada por las lluvias de los días pasados, todavía húmeda. Dejaron a Nuño con ellas y marcharon a investigar la razón de la inquietud del animal. Xana aprovechó para beber de la vejiga que colgaba de la montura y así disimular el temor por la suerte de los compañeros, especialmente por el caballero Martínez. ¿Por qué había dicho aquella mujer que estaba maldito? Un hombre de su virtud estaba más cerca de Dios que del diablo. Ella sabía mucho al respecto, ya que había vivido rodeada de maldad. En lugar de alejarla de él las monsergas de la vieja, habían acrecentado en ella la admiración y el afecto por el caballero de trato afable.

El retumbar del galope de caballos que transmitía la tierra los puso en guardia. Sinda cuidaba de que los caballos no relinchasen, Nuño se

aprestó a hacer frente a lo que viniera sin dudarlo, Xana preparó el arco dispuesta a hacer uso de él. Tensos y sudorosos, aguardaron los acontecimientos.

Se perfilaron en el horizonte los beréberes encogullados, quienes dominaban con destreza las monturas. Bajo las capas ondeantes, mostraban las lorigas. Xana había oído a sus hermanos que sólo había una forma de matar de un flechazo a larga distancia, ya que el dardo perdía fuerza: la cara. Había que ser muy buen arquero para hacer blanco en una diana tan pequeña y en movimiento.

Se trataba de una partida de seis jinetes a la que tan sólo perseguían tres guerreros cristianos. Sus intenciones quedaron de manifiesto cuando los seis moros se dividieron por la mitad: unos giraron hacia la izquierda y otros hacia la derecha, para dejar a los castellanos acosadores en el centro. Xana se horrorizó cuando comprendió que no tendrían oportunidad. Pero los castellanos eran perros viejos y, sin arredrarse, siguieron la trayectoria de la columna de la derecha y arremetieron en igualdad de condiciones: tres contra tres. A causa de la maniobra envolvente, los otros tres quedaron lejos de sus compañeros para socorrerlos, y más cerca de la quebrada en la que se escondía Xana, quien decidió no dejar escapar la oportunidad de igualar las fuerzas. Tensó el arco y aguardó al último de la fila. Silbó la flecha y, certera, entró por un ojo del desgraciado. Nuño, avisado de la locura de la muchacha, se dispuso a salir al encuentro de los dos que quedaban. Sin embargo, la interpretación del enemigo fue muy distinta. Advertidos de que llegaban refuerzos, gritaron en su lengua y se alejaron, en solitario, por la llanura de regreso a la frontera.

Xana siguió a Nuño, que acudía en ayuda de sus compañeros enzarzados en una lucha a muerte con los tres sarracenos, quienes se defendían con la locura del fanático que quiere alcanzar la dicha prometida por el profeta. Hubo suerte y Alá se los llevó. Cuando Xana y Nuño llegaron, el que quedaba vivo exhalaba el último suspiro a manos de Íñigo. Galindo montó a caballo y persiguió a las monturas árabes que se habían alejado al perder a sus jinetes. Mientras tanto, Yago desarmaba a los muertos y revisaba las ropas en busca de algo de valor.

—¿Qué hacéis al descubierto?

Xana se encogió ante el recibimiento desabrido de los ojos marrones, inyectados en sangre y feroces, con el fragor del combate todavía reflejado en las pupilas.

—No os soliviantéis, Íñigo —intercedió Nuño, sudoroso por la carrera—. Aquel cuerpo de allí, derribado por una flecha, ha sido faena de nuestra arquera.

Xana reconoció la expresión atónita del castellano.

—No me complace la muerte —aclaró Xana—. Me vi obligada por la desigualdad de las fuerzas.

—Mala suerte. Tendréis que matar en más ocasiones —intervino Yago—, porque siempre estamos en minoría.

Los hombres la contemplaban entre curiosos y admirados.

—Apresurémonos. — Íñigo rompió el instante de calma—. En algún sitio han cometido la tropelía.

Reunieron los caballos, Galindo llegó con las monturas sarracenas y cargaron sobre ellas las armas recogidas. A la media hora, retomaban el camino hacia al sur y, tal como había vaticinado el castellano, se toparon con el cultivo que los musulmanes habían asolado y con la comitiva fúnebre. Aguardaron a que Íñigo se aproximara y se diera a conocer. Por los aspavientos, Xana dedujo que le relataban la desdicha. Íñigo hizo una seña a Galindo, quien se acercó con una de las monturas árabes. Xana presenció desde lejos cómo se la entregaban a los hombres, que asentían y agradecían el gesto.

—¿Dónde viven? No vislumbro la población —preguntó Xana a Nuño.

—Hay cerca un castillo. Aquí no se vive sin la defensa de unas murallas. Pero los campos hay que trabajarlos y no se pueden rodear de muros. Con las prisas, no han prendido fuego al cultivo, así que algo aprovecharán.

Xana guardó silencio y siguió observando la escena. Volvieron grupas y regresaron los dos castellanos. Nadie pronunció una palabra y, en silencio, buscaron refugio en otra quebrada. Xana aprendió a detectar las rupturas del terreno que ofrecían cobijo. No encendieron hoguera y se acostaron vestidos con las armas a mano. Por primera vez, Xana fue consciente de lo que significaba vivir en la frontera, donde la vida no valía nada y cada minuto se empleaba en el esfuerzo por sobrevivir hasta el amanecer.

Tras un ligero desayuno, se pusieron en marcha al alba. Íñigo emparejó su montura a la de Xana.

—Ayer estuve brusco con vos —se disculpó.

—Lo entendí perfectamente.

—Pero guardáis silencio. ¿Es la primera vez que habéis matado?

—¿A un hombre? Sí, pero la repulsa que hubiera podido sentir se evaporó ante la visión de aquellos labriegos. ¿Qué vale más que la vida para que soporten estas condiciones?

—El hambre, la necesidad y el ansia de libertad. En el norte, las tierras tienen dueño e impone unas duras condiciones a los campesinos, quienes emigran en busca de oportunidades mejores; por otra parte, hombres jóvenes que no encuentran su lugar. Aquí los labriegos son guerreros, cumplen ambas funciones. Aquellos hombres

saben a lo que se exponen cuando salen al campo. Los fanáticos, que desean reunirse con el profeta y penetran a muerte en tierra cristiana para hacer el mayor mal posible, son frecuentes. Es difícil comprender esa necesidad de suicidarse.

—Siempre resultan incomprensibles el mal y el ansia de derramar sangre. ¡Qué tierra tan agreste e inhóspita!

—Lamento vuestra apreciación. Ahora mayor será el trabajo de haceros cambiar de opinión sobre la tierra en la que nací y crecí.

Xana se quedó con aquella extraña reflexión, pues no admitió réplica, ya que Íñigo azuzó al caballo para alcanzar la cabeza de la comitiva. Sus palabras dejaron el regusto amargo de la desilusión en la boca. Palpó la tristeza del caballero en cuanto pronunció tan dura valoración. ¿Qué hubiera sentido ella si hubieran declarado algo semejante sobre los bosques donde había crecido? Era de bien nacidos ser agradecidos con la tierra que le ha acogido a una. Cabalgó con la vista clavada en la amplia espalda del hombre al que había decepcionado y se preguntaba cómo podría reparar el error. Según avanzaban, las precauciones eran mayores. Evitaron los lugares abiertos, dieron rodeos y aguardaron en más de una ocasión hasta que estuvieron seguros de que no había peligro. Acamparon y la tensión se reflejaba en los movimientos, en la falta de risas y de bromas, en la economía de víveres y en la presencia de las armas, siempre al alcance.

A pesar de las dificultades y de la seriedad de los hombres, Xana buscaba la mirada marrón que la evitaba, con la sonrisa preparada como una muda disculpa por su falta de tacto. El lobo rondaba y resaltaba su negra silueta sobre el fondo oscuro del cielo. Los castellanos ya no se alarmaban y hacían caso omiso de su presencia. En la siguiente jornada llegarían a Clunia, casi a tiro de piedra del temible Duero. Sinda se arrebujó junto a ella para conservar el poco calor que les dejaba la aurora, que escarchaba los campos y los plateaba de rocío.

Íñigo se arrepentía de las duras e injustas palabras en medio de la noche. No había sido amable por su parte recordarle que había nacido allí. ¿Qué esperaba? ¿A qué doncella le haría ilusión vivir en una tierra que era regada con sangre un día y otro también? No había dudado en matar al considerarlos en peligro, era noble y había expresado su opinión libremente. Sin embargo, esa sintonía con la naturaleza, esa valentía ante lo desconocido, la tenacidad con la que se aferraba a la vida, lo habían cautivado. Creyó, por un instante, ¡infeliz!, que había sido moldeada para él, para compartir su vida en los bellos parajes del río Lobos.

Se había castigado a no mirarla, se había obligado a no pensar en

ella, pero había hecho trampa. La presión de los ojos verdes, mendigando la atención que les era negada, vencieron; y los suyos, como rebaño sin pastor, se escabulleron a su encuentro. Varias veces chocaron y lo dejaron sin aliento. Tan hermosos, tan desvalidos, tan ingenuos, tan suplicantes. Eran tantos los sentimientos que despertaban que lo dejaban aturdido. No tenía derecho a soñar ni a exigir a una mujer que se encadenase a un hombre maldito. No ignoraba lo que se decía de él a su espalda. Y, en parte, estaba justificado, pues su presencia auguraba sangre, sufrimiento, con las malas noticias prendidas en los talones.

Contempló el cielo estrellado, inmaculado en su perfección. Era su rato de guardia, el momento más duro para el alma enamorada, ahíta de amor no correspondido, condenada a la soledad. El aullido del lobo se propagó por la vacía llanura. Hasta la luna era amada en su solitaria altura.

El día llegó, grisáceo por los nubarrones que amenazaban tormenta. Apresuraron el paso, deseosos de llegar al amparo de la fortaleza de Clunia. La lluvia los atrapó a media jornada, con la virulencia de las aguas que se han contenido durante el verano para caer con fuerza en la antesala del otoño. La oscuridad los envolvió en pleno día y los relámpagos rasgaron los nubarrones. Les costó trabajo mantener las monturas tranquilas a causa del retumbar de los truenos. Con la preocupación de que los caballos se desbocasen, avanzaron despacio bajo el aguacero, calados hasta la médula de los huesos y con escasa visibilidad. A duras penas alcanzaron la base de la meseta de Clunia Sulpicia por la zona norte, mientras que la fortaleza quedaba al otro lado, al sur.

Ante la posibilidad de que no les franquearan la entrada por ser muy tarde, decidieron ampararse en las ruinas romanas. Íñigo los condujo por un sendero que ascendía a la planicie sobre la que se extendían los restos de la gran ciudad. Perfectamente orientado, los condujo entre calles hasta una casa en la que las estancias eran subterráneas. Allí desmontó y los demás lo imitaron. En una de las oquedades, amarraron fuertemente las monturas y las jacas. Cargaron con las vejigas de agua, las bolsas con las mudas y los víveres y se internaron en otra estancia. Yago se encargó, con el pedernal y la yesca, de prender fuego a un haz de ramas secas y, además, encendió un candil romano en perfecto uso.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Jana, curioseando alrededor.

—Estamos en la ciudad romana de Clunia Sulpicia, hoy día abandonada. Éstas son las habitaciones subterráneas de una de las casas. Más allá, de día, se divisa el castillo.

Los caballos resollaron asustados y echaron mano a las espadas. Nuño se asomó con precaución. Todos se mantuvieron callados y en

tensión.

—Mi señora —llamó Nuño—, sólo vos podéis solucionarlo antes de que los animales mueran de terror.

Se precipitaron a la entrada y encontraron al lobo en actitud amenazante. Jana se abrió paso y se acercó.

—Arriba hay otra cámara para él —resolvió Galindo, divertido—. Ha salido fino este chucho.

Íñigo observó cómo la muchacha abría la marcha y el lobo la seguía. Desapareció por unos segundos y luego reapareció sola. Nunca había asistido a algo tan insólito como el hecho de que un animal viviera en libertad y se mantuviera fiel a una persona.

Indicó una pequeña estancia adyacente, al final de unos escalones tallados, para que se mudaran las mujeres. Ellos se quitaron las lorigas y se apresuraron a secarlas para que no se oxidasen. Improvisaron un tendal para dejar la ropa a secar y los hombres se quedaron con las túnicas y las piernas desnudas mientras que las mujeres se pusieron los elegantes briales a falta de otra cosa. Se sentaron apretujados en torno a la hoguera, a la que habían añadido un tronco para entrar en calor, y repartieron queso y cecina.

—Conocéis bien la zona —dijo Jana rompiendo el silencio, entre bocados.

—Se podría decir que estamos en casa. El cañón del río Lobos no queda lejos —explicó Íñigo—. Éste es un lugar bastante conocido, por eso hay siempre leña y agua. En más de una ocasión, ha servido de escondite a las mujeres durante una aceifa.

—En Lerma, la viuda que nos acogió en su casa nos contó hechos terribles que sucedieron por esta zona durante una aceifa de Abderramán, y creo recordar que mencionó este sitio.

—Cierto. Es un buen refugio para un ejército. Si amanece despejado, veréis que se divisa la llanura y que las piedras sirven de amparo. Es una pena que se haya perdido una civilización tan organizada como la romana. A juzgar por los vestigios que conocemos, disponían de grandes comodidades.

—Lo sé muy bien. Mi madrastra nos recuerda constantemente su origen hispanorromano y se considera superior al resto de los mortales. Absurdo, pues queda muy lejos en el tiempo.

—No tanto. Esta ciudad funcionó hasta el siglo viii. Su magnitud fue la causa del declive. Era demasiado grande para fortificarla y los habitantes quedaron indefensos frente a los musulmanes, así que, progresivamente, quedó abandonada. Muchas de las fortificaciones cercanas están construidas con sus piedras.

—Dos siglos llevamos luchando contra esos infieles —reflexionó Yago—. ¿Terminará esta guerra algún día?

—Habéis recorrido tierra infiel —razonó Jana—. ¿Cuánto queda?

—¡Puf! Mejor no pensarlo —resopló Nuño levantándose—. Nací luchando y moriré igual. Me voy a dormir, me toca la segunda guardia.

Todos lo imitaron. Íñigo sacó un albornoz árabe con cogulla y se lo puso antes de ir a echar un vistazo a los animales. Sin el olor a lobo cerca, los caballos y las jacas descansaban tranquilas. Al regresar, se tropezó con Jana.

—Le llevo un pedazo de cecina. Es importante que no sienta hambre.

—Os acompaño —se ofreció Íñigo.

Subieron a la oquedad que había un poco más alejada. Caía una fina lluvia y abrió el albornoz para tapar a Jana. Aquello era un abrazo para cualquiera que los viera de semejante guisa. Íñigo sólo distinguió los ojos ambarinos en el fondo. Jana dejó caer la cecina y se retiraron para no molestarlo.

Una vez alcanzado el resguardo, Íñigo se resistió a dejarla entrar. El roce, su cuerpo, su olor, la calidez… Se perdió en la mirada musgosa, y despacio, como si pidiera permiso, se aproximó a sus labios. El pulso, alocado, aceleraba la sangre y el deseo. Se besaron en silencio. La naturaleza era más fuerte que cualquier imposición social o racional. Se besaron con la misma necesidad que la tierra requiere agua. Íñigo bebía de las fuentes de Jana con la pasión del sediento, y Jana ofrecía sus dones con la generosidad que el cielo les había regalado la lluvia. Las manos resbalaron furtivas para recrearse en el cuerpo ajeno, para reconocer las formas tanto tiempo observadas, tan memorizadas. Lo intangible se había vuelto tangible, y ambos se resarcían de la continencia del deseo durante de días. Los labios repasaban lo soñado, lo codiciado. Íñigo se separó para observar el rostro de su devoción. Ella era la luna y él la noche a la que iluminaba, tan opuestos, tan cercanos, tan inalcanzables. Íñigo se inclinó de nuevo sobre los labios que lo atraían, que pronunciaban su nombre, y dejó huellas de besos como aleteos de un ave, como el roce de las hojas, con la suavidad sedosa de una pluma, con el ser en la boca.

—¿Sabéis a lo que os exponéis con un hombre como yo? —susurró, jadeando.

—Exponerse es salir al encuentro del peligro y vos sois mi refugio.

El hombre dejó de mirar la luna inalcanzable del cielo y la estrechó entre los brazos. El lobo aulló triste cuando una nube le privó de la luz.

10

Castillo de Clunia, septiembre, año 944.

Xana se entregó al beso con la inocencia de la mujer que no ha experimentado la pasión. La piel se le incendió con el contacto de sus labios, temerosos y exigentes al principio, suaves y tiernos en la segunda ocasión. Las manos, incrédulas y mudas, la recorrían con la paciencia del aprendiz, presionaban y liberaban, inconstantes, la carne cálida y ofrecida. Era la fuerza, la tierra, la realidad que le llegaba al corazón con cada beso oscuro, pues el claro de luna quedaba a la espalda del hombre. Pronunció su nombre y se abrazó a la noche que la envolvió amante.

Se separaron temerosos del camino iniciado, asustados por los sentimientos desatados, indecisos, perdidos en los convencionalismos sociales. Se miraron y las miradas cruzaron, de forma tácita, dudas y preguntas sin contestar, pero comprensibles para los que han unido las almas.

Cuando él le preguntó si sabía la clase de hombre que era, ella no dudó la réplica y confesó su fe en el castellano.

—Buenas noches —resolvió Íñigo, sin llegar más lejos de un último abrazo y de esos besos, los primeros de algo más profundo.

—Quedad con Dios. —Xana aceptó la tregua o lo que fuera aquello.

Cada uno se retiró por su lado, pero no durmieron, desvelados de amor y de húmedos y febriles besos.

Tras la tormenta, despejó y amaneció soleado y fresco a la vez. Los campos semejaban tendales puestos a secar. Abandonaron la casa subterránea, dispuestos a llegar a la cercana fortificación. Descendieron de la amplia meseta, en la que se asentaba la ciudad romana y desde la que se divisaban los campos hasta donde la vista alcanzaba, para seguir en dirección sur. Xana se asombró del pequeño reducto fortificado sobre un cerro aislado en comparación con la ciudad que habrían habitado unos miles de almas: la prosperidad de un territorio en paz se había trocado en la desolación de un campo de batalla. Se hallaban en las estribaciones del reino, a pocas leguas del Duero.

En cuanto la guardia los vislumbró, salió una ronda de reconocimiento. El caballero al frente, un tal Valerio, saludó afectuosamente a Íñigo y a sus hombres, miró largamente a Xana y apenas reparó en Sinda, anulada ante la insólita apariencia de su dueña. Ella, a su vez, se fijó en las ropas sencillas de lana, en las armas y lorigas de factura árabe que lucían los hombres.

—Os presento a Jana, hermana del señor de Luna, a quien guardo por orden de nuestro excelente conde.

—Bienvenida a este inhóspito rincón de Castilla. Procuraremos haceros placentera la estancia a pesar de ser un reducto militar.

—Agradezco vuestros deseos, y perded cuidado sobre mi comodidad. No soy exigente y me adapto bien.

—Nos quedaremos un par de días para descansar y ponernos al corriente sobre las noticias de la zona —aclaró Íñigo.

—Estamos de enhorabuena —comentó sonriente Valerio—. Excepto las intrusiones de fanáticos aislados, la frontera se mantiene tranquila. Pero Eutimio os contará; no me perdonaría si me adelanto. Os dejamos. Ya que hemos salido, vamos a vigilar los campos.

El caballero se despidió seguido de su pequeña hueste y ellos continuaron hacia la fortificación. Constaba de una primera muralla alrededor del cerro, situada más abajo del conjunto. El segundo recinto, más alto, presentaba dos torres cilíndricas en la parte sur y dos cuadradas y asimétricas en el norte, junto a la torre principal de la construcción defensiva. Sobre las torres almenadas había apostados hombres de guardia.

—Me resulta extraña la indumentaria de los soldados —se sinceró cuando Íñigo dejó que el caballo se pusiera al lado del de ella.

—Aquí no es importante vestir bien. Las buenas prendas pueden significar la muerte, son botín para el enemigo. La cota de malla de Valerio es de buena factura, seguramente de algún adalid musulmán caído en combate. Nosotros mismos nos quedamos con lo de valor de los hombres que abatimos. No lo consideramos robo, pues los muertos no pueden llevárselo; son bienes materiales que pertenecen a la tierra y en ella se quedan, así que los aprovechamos los vivos.

Xana asintió en silencio. Habían comenzado el ascenso hacia la puerta en la zona norte del castillo, que quedaba junto a la torre del homenaje y desembocaba en el patio de armas. El alcaide de la plaza, el caballero Eutimio, les dio la bienvenida y palmeó a Íñigo. Todos conocían al caballero del río Lobos y era bien recibido en la frontera, por mucho que dijeran entre susurros que estaba maldito y que era heraldo de funestas nuevas.

En torno al patio se apretaban los talleres: la herrería, el guarnicionero, los almacenes. Las casas de madera de los soldados y trabajadores se sostenían contra las murallas, bajo el adarve o paseo de ronda. Las pocas mujeres que habitaban entre los muros se hallaban junto al pozo, llenando las vasijas para las necesidades del día. Los desocupados los rodearon curiosos, y a Xana la observaron con recelo: resultaba insólita una mujer tan alta y tan rubia.

—No me acostumbro a la expectación que levantáis entre las gentes. —Íñigo acompañó la observación con una sonrisa.

—Yo tampoco —confesó Xana con complicidad—. Me considero una más hasta que las miradas me recuerdan mi apariencia.

Descabalgaron frente a la puerta del torreón principal y un par de mozos se ocuparon de las monturas. Xana y Sinda se hicieron cargo de sus bolsas y del arco con la aljaba. Los invitaron a entrar en la torre, al salón presidido por una chimenea y por una gran mesa central que flanqueaban dos largos bancos. Una escalera de madera adosada al muro conducía a los pisos superiores. Los hombres de Íñigo dejaron las pertenencias junto a una pared de la sala, se disculparon y los dejaron solos. Se sentaron en torno a la mesa mientras Eutimio impartía órdenes precisas sobre su alojamiento. Despejarían el último piso de la torre para ellas, para que tuvieran más intimidad. Los hombres se apañarían en el salón, como era costumbre.

—¿Traéis noticias importantes? —abordó Eutimio.

—No de las que os interesarían. La aceifa se mueve por Salamanca. Pero vengo de León y he hablado con Fernán González.

—¡Ah! ¿Y cómo está? ¿Lo ha mutilado el rey? —se intranquilizó el alcaide.

—No. Se encuentra bien de salud. Confía en que saldrá pronto por la oposición que presentan los castellanos.

Eutimio rio con ganas por la satisfacción que le producía el resultado de la velada rebeldía castellana.

—¿Y qué esperaba? Fernán González ha crecido entre nosotros, es uno de los nuestros. ¿Y quién es el conde de Monzón? ¿De dónde viene? Muchos participaron en la batalla de Simancas y no fueron distinguidos con un condado. No le resto valentía a Ramiro, que largamente la ha demostrado, pero sí cordura. Al ofender a nuestro conde, ofende a Castilla.

—Si no lo ayudamos, no recibiremos auxilio cuando lo necesitemos —razonó Íñigo.

—¡Bah! Valiente ayuda. Para cuando llega aquí, como en el verano que entró Abderramán por el norte desde Pamplona, ya han causado los musulmanes todo el daño que han deseado.

—El Duero es una frontera muy larga —constató Íñigo— y, si desconocemos de antemano el lugar por el que va a golpear ese año el califa, es imposible defenderla. Lo sabéis tan bien como yo.

—Tal y como yo lo veo: todos tenemos nuestros problemas para la defensa, pero Ramiro saca más provecho de nuestro apoyo que nosotros del suyo. León no sufre, somos los castellanos los que cargamos con la parte más dura. Somos sus fuerzas de harapientos desesperados. Tengo oídos y me llega lo que ésos opinan de nosotros.

Xana asistió al diálogo callada y lo encontró aleccionador. Por los términos en los que hablaban de los leoneses, no había lugar a dudas: se consideraban traicionados. Por otra parte, estaba de acuerdo con el alcaide. Sus hermanos siempre hablaban de los castellanos con desprecio; sin embargo, ahora que se alojaba en sus casas, se daba

cuenta de cuánto de mentira había en aquellas observaciones. Su castillo estaba a salvo y vestían bien porque el paso por Luna les dejaba buenos réditos. Era cómodo criticar a los demás cuando las posesiones de uno no corrían peligro, mientras que otros velaban por las fronteras. Llevaba poco tiempo en Castilla y ya había matado a un hombre, a un fanático que se adentraba en el territorio para hacer el mal sin importarle la vida. Y todavía no había llegado al Duero. ¡Qué fácil es hablar de lo que no se ha experimentado!

Durante la conversación de los hombres, Xana no pudo evitar fijarse en el rostro amado y llegó a la convicción de que él la esquivaba. No obstante, la entrevista no duró demasiado, ya que fue interrumpida.

—¡Señor! ¡Un mensajero de Osma! —anunció nervioso el hombre de guardia.

—¡Hacedlo pasar! —exclamó el alcaide ya puesto en pie.

Entró el mensajero con paso rápido y revuelo de capa, y se llegó hasta el alcaide. Antes de transmitir el mensaje, se retiró la cogulla que ocultaba sus facciones.

—¡Suero! —reconoció Xana, trastornada.

—¡Válgame el Cielo! —exclamó Sinda, pálida.

—¡Mi señora! —acertó a decir Suero, atónito.

—¿Os conocéis? —inquirió Íñigo, intrigado.

—Es el escudero de mi padre. Lo dimos por muerto en la batalla de Simancas —explicó Xana, todavía bajo los efectos de la conmoción.

—¿En la batalla de Simancas? —repitió Íñigo, con una ceja arqueada.

—¿Qué sucedió? ¿Cómo estáis aquí? ¿Por qué no volvisteis? Os he echado tanto de menos.

—Mi señora, estoy seguro de que en estos años habréis llevado una vida dichosa en brazos de vuestro esposo como para extrañar a un simple escudero.

—¿De mi esposo? ¿Qué sabéis de ello? No estoy casada. —Una premonición atenazó el pecho a Xana.

—¿No es el caballero vuestro esposo? —preguntó, refiriéndose a Íñigo—. ¿A vuestra edad seguís soltera? —se alarmó Suero—. Vuestro padre dejó en manos del rey Ramiro el concierto de vuestro desposorio ante testigos —se volvió hacia Íñigo—. ¿No sois vos el brazo derecho de Fernán González? Me consta que mi señor os pidió ayuda.

Todas las miradas se concentraron en Íñigo, quien aclaró la situación.

—Es cierto. Me pidió que le consiguiera una audiencia con el rey y así lo hice, pero no participé. No obstante, cuando he estado en León me entrevisté con el conde y me informó sobre la reunión. El señor de

Luna dejó en manos del rey los esponsales de su hija. Ramiro, agobiado ante los preliminares de la importante batalla que tenía entre manos, dejó la responsabilidad al cuidado del conde Fernán González, pues una de las premisas del señor de Luna consistía en que el afortunado caballero fuera un hombre reconocido por sus virtudes entre los castellanos. ¿Quién mejor que Fernán González para escoger al esposo? Pero no se mencionó mi nombre, así que no entiendo por qué me habéis relacionado con ella, a quien he conocido hace apenas unas semanas.

»El señor de Luna cayó en el campo de batalla —continuó— y, finalizada la campaña contra los musulmanes, el rey envió un mensaje al castillo de Las Torres de Luna sobre la última voluntad de su señor. Esto es todo lo que sé. En la entrevista que mantuve con el conde en la cárcel de León, así me lo confió y, además, me encargó que secuestrase a la doncella del río Luna por razón de unos esponsales no consentidos, por el rey ni por él, con el hijo del conde de Monzón, Tello Ansúrez. No hizo falta llegar a tanto, pues Jana Flaínez no deseaba el enlace y se acogió, de buen grado, a mi amparo. Dicho esto, ahora soy yo quien tiene una pregunta para el escudero. ¿Qué sucedió en el campo de batalla? Y luego, responded a las que os ha formulado la señora.

Suero, recuperado de la sorpresa, cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, visiblemente nervioso. Xana, al comprender que su amigo dudaba, acudió en su socorro.

—El caballero Íñigo Martínez es de confianza, Suero. Entiendo que vuestro reparo se deba a algo relacionado con la familia.

—Vuestros esponsales lo dicen todo, mi señora. ¿No lo adivináis?

Xana lo miraba fijamente, como si por la vista pudiera transmitirle aquello tan celosamente callado, pero no conseguía hilar una razón medianamente coherente. Fue Íñigo quien cortó la conjetura.

—Hablad claro si queréis libraros de la acusación de asesinato.

Las palabras del castellano restallaron como un látigo y levantaron túrdigas en las almas de los de Luna.

—¿Asesinato? ¿De qué habláis? —se alarmó Xana ante la disparatada acusación.

—¿Cómo sabéis? —se extrañó Suero, desconfiado.

—Vi el cadáver del señor de Luna —explicó Íñigo muy serio—. Se encontraba en retaguardia, en donde sólo una flecha podía alcanzarlo; sin embargo, presentaba la herida en la espalda.

—No sería la primera vez que un caballero huye… —sugirió Eutimio.

—¡Mi señor no era ningún cobarde! —defendió Suero, soliviantado ante las palabras del alcaide.

—No, no lo era —convino Íñigo—. La herida era de arma blanca.

Fue asesinado a traición y vos erais su escudero.

—¿Qué sugerís? —indagó Xana, indignada por la alusión.

—¿Acaso me acusáis? —preguntó Suero, blanco como la cal.

—¡Imposible! —gritó Xana, asustada—. Respondo de él.

Xana sintió que la mirada de Íñigo, llena de ira y de algo más profundo que no atinaba a discernir, la traspasaba.

—¡Tranquilidad! —Se impuso Eutimio—. ¡Calmad los ánimos! Así no conseguiremos averiguar la verdad. ¿Por qué no regresasteis a Luna? ¿Por qué permitisteis que os dieran por muerto?

—Porque sé quién es el asesino y mi palabra no hubiera valido nada frente a la suya. Me alegro de que me dieran por muerto, pues mi vida, en caso contrario, hubiera corrido peligro. Aun así, para mayor seguridad, me cambié de nombre: Ruy de Cangas.

—¿Y quién es? —exigió Íñigo, con voz que no admitía demora.

Suero se volvió a Xana y la miró con tristeza antes de pronunciar el nombre.

—El nuevo señor de Luna… Abieno.

—¡No! —gritó Xana desesperada, horrorizada de conocer hasta dónde era capaz de llegar la vileza de su hermano, al que creía mejor que Munio.

Mareada, se sentó, y Sinda la atendió para que no se desplomara. Le sirvió agua de un jarro que había sobre la mesa para servicio de los sedientos. En la sala, el silencio se había adueñado de todos, respetuosos con el dolor de la dama por la noticia.

—Es una zona de bárbaros —opinó Eutimio—. Allí se reunieron los visigodos que huyeron del azote musulmán y siguen igual de crueles en sus costumbres. Si alguien desea el poder, la mujer o los bienes del vecino, lo asesinan sin reparos, como hicieron anteriormente con los reyes. Hasta el rey Ramiro aplicó la pena más severa a sus sobrinos y a su hermano, Alfonso IV el Monje, al estilo visigodo: fuera ojos.

—Eso no ayuda, Eutimio —reconvino Íñigo, conmovido por la pena de Xana—. Pero tenéis razón, si acudimos ante Ramiro en demanda de justicia, seguramente el parricida acabe con una palmada en el hombro. Pesan más los asuntos políticos y las huestes; y las del actual señor de Luna son importantes para el rey.

—A todo esto, ¿cuál es el mensaje que traéis de Osma? —indagó el alcaide, que recuperaba sus funciones una vez resuelto el enigma del paradero del escudero del señor de Luna.

—Hay movimiento en Medinaceli. Van y vienen tropas, pero no atacan. Temen que estén preparando una aceifa tardía ahora que han concluido la de Salamanca.

—¿Habéis recibido noticias de León? —preguntó Íñigo, preocupado.

—Las de siempre: los han rechazado, pero los campos han sido

arrasados.

En realidad, ésa era la finalidad de las incursiones, asolar el territorio y rendir a la población por hambre, obligarlos a abandonar la tierra de nadie.

—Os agradecemos el aviso —respondió el alcaide— ¿Qué medidas habéis tomado? ¿Habéis enviado escuchas?

—No, que yo sepa, señor. Han salido emisarios a las fortalezas cercanas.

—Iré yo hasta Medinaceli. Saldré mañana al amanecer a Osma y luego a Gormaz y Berlanga, desde allí seguiré la corriente del Escalote hasta Medinaceli. ¿Vendréis conmigo?

—¿A Medinaceli? —preguntó, alarmado, Suero.

—No os exijo tanto. De regreso a Osma —puntualizó Íñigo.

—No, mi señor. Si me disculpáis, prefiero recibir las noticias de Luna.

Los hombres se despidieron para cumplir con sus obligaciones: el alcaide para dar las órdenes oportunas y que la guardia exterior diera aviso a los labriegos, e Íñigo para hablar con sus hombres y preparar la salida a tierras del califato.

A Xana se le había formado un nudo en el estómago. Se hallaba confusa ante la noticia del asesinato de su padre, de Suero resucitado, de la inminente separación y del riesgo que correría Íñigo.

—Aparte del disgusto que ha supuesto conocer el fin de vuestro padre, ¿cómo estáis? —se interesó Suero.

Xana le informó, con ayuda de Sinda, de su vida en los cinco años que habían transcurrido, de los cinco años que había sobrevivido a las humillaciones y amenazas de doña Justa y de Munio, de los cinco años que había vagado por su querido bosque, dejando pasar la vida, sin horizonte ni esperanza. Ante la noticia de la caída en desgracia del conde castellano, cómo se precipitaron los cambios y se acordaron los esponsales con el odiado Tello. Luego, el viaje a León, la traición de doña Justa y la huida con los castellanos.

El relato de Suero fue más breve. Le resultó fácil perderse de la vista de Abieno en medio del campo de batalla. Intuyó que él sería el siguiente si sospechaba que lo había visto; de todas formas, como cualquier sirviente del castillo, sabía demasiado y era afecto al viejo señor, por lo que no hubiera durado mucho tiempo al servicio del nuevo. Así que emprendió el peregrinaje por la zona fronteriza del Duero, se buscó la suerte unas veces como cetrero y otras como soldado. Había recorrido todas las fortificaciones hasta llegar a Osma, una de las más grandes y peligrosas por encontrarse avanzada en tierra califal.

—Sabía que doña Justa mantenía relaciones con Abieno en vida de mi padre —reflexionó Xana en voz alta.

—Pero ésa no fue la causa, no os engañéis. La paciencia no es una virtud de vuestro hermano. Ansiaba ser el señor de Luna y recabar para él los beneficios y el reconocimiento entre los caballeros, deseaba dejar de ser Flaínez.

Regresó Íñigo y tomó asiento a su lado. Xana lo observó antes de preguntar.

—No me contasteis lo que sabíais —reprochó al caballero.

—¿Lo del asesinato de vuestro padre? Sólo se lo mencioné a Fernán González y, sin el asesino, no se podía hacer mucho. Y, además del disgusto que os habría causado por el afecto tan estrecho que os unía a él, ¿de qué os habría servido el conocimiento? ¿De qué os sirve ahora mismo?

—La naturaleza de mis hermanos me horroriza —confesó Xana—. Abieno no es perfecto, pero no lo consideraba capaz de un acto tan ignominioso. No después de la defensa del honor que pronunció cuando Munio os ofendió públicamente y que significó su expulsión del seno familiar.

—Munio era un imprudente y Abieno sólo lo toleraba —explicó Suero, ya convertido en un hombre—. Tampoco lo habría mantenido mucho tiempo a su lado. ¿Qué hizo para conservar la vida? —Se volvió a Íñigo, quien trazó una mueca despectiva con la boca.

—Sólo ofende quien puede —resumió escuetamente.

—Fue mejor que eso —intervino Xana con una sonrisa—. Sólo un hombre puede ofender a otro hombre.

—La riña sería a muerte —manifestó Suero, curioso.

—No hubo riña. Un soldado leonés lo dejó sin sentido para evitar derramamiento de sangre —terminó Íñigo, sin dar mayor importancia al asunto.

—¿Vive? Mal bicho para dejarlo con vida y con semejante ofensa. Lo conozco bien. Su alma es igual de retorcida que un árbol reseco en medio de un páramo —vaticinó Suero—. Me alegro de hallaros en buenas manos y de que vuestras desdichas hayan llegado a su fin. Mi señora, habéis nacido para derramar vuestra bondad sobre los que os rodean y colmar de felicidad al hombre que os ama y guarda. Mis bendiciones.

Xana se quedó extrañada por las palabras de Suero, que no alcanzó a entender, pero se había puesto en pie y se despedía de Íñigo también, por lo que quedaron relegadas. Sinda se levantó bruscamente y lo siguió al exterior dejándolos solos.

—Han sido muchos y desagradables los descubrimientos sobre vuestra familia. ¿Qué deseáis hacer? —ofreció, amable, Íñigo.

—Lo que deseo no es factible en estas peligrosas tierras —replicó con un suspiro Xana.

—A ver si lo adivino: ¿Buscar al lobo y acercarle un apetitoso

bocado?

Xana sonrió y lo miró sesgadamente.

—¿Me estáis proponiendo salir de caza?

—Comienzo a conoceros y compruebo que no he errado en mi ofrecimiento. Deduzco que el lobo habrá ubicado la lobera en Clunia Sulpicia. Por el camino, quizá encontremos una liebre despistada. Vamos, se lo comunicaremos a Eutimio.

Al cabo de una hora, seguían la pista de una liebre al pie de la planicie de Clunia. El lobo no tardó en dejarse ver y seguir a su compañera en la cacería. Xana olvidó la tristeza, ocupada en complacer al lobo y al hombre, quien pronto marcharía a tierras enemigas.

—¿Por qué os habéis ofrecido a llegar hasta Medinaceli? ¿No puede hacerlo otro?

—Sí, pero no con la seguridad con la que nos adentramos nosotros.

Xana lo miró sin comprender.

—Hablo la algarabía como un nativo —explicó, sonriendo—. Mis amigos también la hablan, pero con torpeza, así que soy yo el que contesto y ellos actúan como mis siervos.

—Pero sois blanco —objetó Xana.

—Los damascenos son de raza árabe, blancos; los negros son beréberes del desierto africano. Hay una gran diferencia social entre ellos, lo que representa una ventaja para mí.

—¿Y no corréis peligro?

—¿Cuándo no lo hay? Confiarse en Castilla es cavar una tumba, pero cuento con más recursos que cualquier otro. ¿Os preocupáis por mí?

—¿Cómo no hacerlo? —preguntó Xana, angustiada—. La última vez que despedí a alguien que me importase fue a mi padre.

Xana se encontró entre los brazos del castellano, que la besó acariciando el cielo de la boca y se estremeció de placer. De pronto, la abandonó para volver el rostro hacia el campo.

—No se pueden hacer dos cosas a la vez —dijo sonriendo mientras contemplaba cómo la liebre se escabullía entre las retamas y era perseguida por el lobo—, aunque prefiero vuestros labios a la liebre.

Un alma, tan oscura como la sombra bajo la cual se amparaba, se quedó helada al reconocer a las mujeres que llegaban en compañía del caballero del río Lobos. Hurtó su cuerpo a las miradas de los recién llegados y observó, desde lejos, cómo desmontaban y cómo eran bien recibidos por el alcaide. Se deslizó entre las cabañas de madera, salvó la distancia entre las dos defensas y se escurrió por la puerta de acceso sin que la guardia se percatara, ocupada con la revisión de un carro. Confundido entre los hombres que iban y venían de los campos de

labranza, se encaminó hacia el Duero.

11

Castillo de Clunia, septiembre, año 944.

Xana no durmió bien. Cualquiera podría decir que las noticias sobre la muerte de su padre y el encontrar a Suero entre los vivos la habían alterado. Sin embargo, ésa no fue la causa, ya que era una mujer práctica y ambas razones pertenecían al pasado. Lo que la desvelaba era el futuro. Desde que había iniciado la peregrinación por tierras castellanas vivía el presente, pero algo había cambiado y su mente le enviaba confusas imágenes que acababan, inequívocamente, en una pasión desenfrenada con Íñigo Martínez. Su destino, por lo que había colegido, se hallaba en manos del conde Fernán González; sin embargo, su corazón se encontraba dondequiera se hallara el caballero del río Lobos.

Se levantó y se puso el brial de cualquier forma. Con la melena suelta y los pies descalzos bajó al salón, consciente de que su caballero estaría a punto de partir hacia tierra hostil, de que era probable que no lo volviera a ver, de que se quedaría sin corazón, de que ya nada sería igual después de él.

—En Gormaz, nos vestiremos como los musulmanes —decía Nuño, mientras doblaba el albornoz.

Había sido tan silenciosa que no percibieron su presencia. Xana buscó al ladrón de su esencia y lo halló agachado, cerrando la bolsa. Se acercó y le tocó el hombro. Íñigo se irguió al reconocerla.

—Es muy temprano, deberíais dormir —reprendió con suavidad y un brillo especial en los ojos.

—Volved. ¿Qué sería de mí si no regresáis?

Por un momento, sus miradas se engancharon, segundos que parecieron minutos, en los que se intercambiaron palabras silenciosas, que sólo los enamorados comprenden; caricias intangibles que siente el rostro adorado; pasión imposible que queda encerrada en el corazón; sueños voluptuosos que comparten en solitario; la única excepción son las almas incorpóreas que vuelan libres al encuentro con el amado.

—Está todo dispuesto, mi señora, no os preocupéis. He hablado con Eutimio y Ruy, vuestro Suero, partirá mañana hacia el castillo de Ucero, de camino a Osma. Desde allí enviarán una escolta para trasladaros. Se trata de un castillo más seguro y confortable que éste, fronterizo y militar —disimuló el caballero, consciente de los testigos que los rodeaban. El brillo verde de Xana se apagó ante la decepción —. Allí os iré a buscar a mi regreso —añadió, y el rostro de Xana se iluminó con una sonrisa. Era lo más cercano a una promesa.

Como si fuera su dama, lo ayudó a vestirse sobre el gambesón, una tela acolchada que protegía la piel del roce del hierro, la cota de

malla. Le ciñó el cinturón de cuero del que pendían el puñal y la espada corta. Ella le pasó el casco, aunque Íñigo prescindió de él por el calor. Llevaba recogido el cabello en una cola. Con aquellos sencillos movimientos, dijo mucho más a los compañeros de Íñigo de lo que hubiera expresado con palabras. Los vio partir sobre los corceles, perfectamente pertrechados para hacer frente al enemigo.

Xana se retiró a lo alto de la torre y desde allí contempló cómo se alejaban los que habían sido sus compañeros. Cerró los ojos y deseó con todas las fuerzas que la suerte los acompañase, que no sintieran frío, que no sufrieran hambre, que regresaran indemnes. Cuando los abrió, se habían convertido en puntos en la lejanía.

—Mi señora, ahora, ¿qué haremos? —indagó Sinda.

—Esperar.

Suero no se separó de ellas en todo el día. Se interesó hasta la saciedad por las gentes de Luna y contó sus aventuras sin olvidar detalle. Antes de partir hacia Ucero, le preguntó:

—¿No os inquieta ser la prometida de un hombre al que parece que le persigue una maldición, mi señora?

—No soy la prometida de Íñigo Martínez. ¿Cómo habéis llegado a esa conclusión? —respondió, intrigada.

—Hemos crecido juntos. Os conozco bien. Irradiáis un halo especial en cuanto él se acerca. Vuestros ojos os delatan.

Xana se ruborizó al comprender lo trasparente que resultaba para Suero. ¿Habría sido igual para los demás?

—Desearía saber qué impulsó a mi padre a dejar en manos del rey Ramiro mi matrimonio y por qué exigió con tanto ahínco que fuera castellano.

—Habéis heredado el carácter fuerte, leal y justo de vuestro padre. Vos erais muy chica, pero él era un hombre, casado tres veces y con mucha vida a las espaldas, como para ignorar el nido de víboras en que se había convertido el castillo. Su intención fue sacaros de allí y enviaros lo más lejos posible. Él siempre admiró la honradez y la seriedad de los castellanos.

—¿Conocéis el castillo de Ucero?

—No. Es la casa de vuestro caballero. Os lleva con los suyos. Me parece una declaración de intenciones. Sé que se encuentra a la entrada del cañón que ha excavado el río Lobos y que está bañado por el río Ucero, del cual recibe el nombre. Si os sirve de consuelo, el castillo de Osma, donde vivo, se encuentra a una jornada de distancia. Velaré por vos, aunque confío en que el caballero lo hará mucho mejor que un simple oficial, como yo.

—Siempre habéis sido muy efectivo. Si no hubiera sido así, mi padre no os habría encargado mi cuidado.

—No evité su asesinato —se lamentó Suero.

—¿Os quita el sueño? No debería. Es imposible discernir la traición, porque procede de alguien que cuenta con nuestra confianza. Hace un rato describisteis perfectamente la situación de mi padre y el nido de víboras. Fue, sorprendentemente, Abieno, pero podría haber sido cualquier otro.

—¿Por qué teníais en tan alta estima a Abieno? —se extrañó Suero.

—No lo sé. Me parecía más ecuánime, o quizá porque no se metía conmigo.

—Nunca supusisteis un obstáculo para él; en caso contrario, hubierais sentido su maldad. Munio os envidiaba hasta límites insospechados, por eso os atacaba constantemente. Ahora ambos ya no son relevantes para vuestra vida en Castilla. Tal y como deseaba vuestro padre, estáis fuera de su alcance y en buenas manos. Confiad en su previsión.

Suero abandonó el castillo. Pasaron un par de días sin noticias de Ucero, pero a nadie le extrañó. Era habitual que no se dispusiera de tropa suficiente para prescindir de parte de ella de la noche a la mañana. Xana echaba de menos la compañía de Íñigo, y cada vez más fantaseaba de día y más la acechaba el goce lujurioso de la noche. La fuerza y la calidez de los ojos marrones, bajo las largas y negras pestañas, la recorrían de una forma que daba vida propia a la piel; la barba, bien recortada, semejaba el marco de unos labios carnosos y sensuales nacidos para ser besados; el cabello, oscuro y ondulado, tan diferente del suyo, rubio pálido y lacio, requería el peinado de unos dedos amantes; los pómulos altos, aunque poco marcados, eran dignos de ser admirados; la frente, tras la que se refugiaban los pensamientos del caballero, ésos tan codiciados por ella de un tiempo a esta parte, surcada por profundas arrugas como simas, invitaba a descansar los labios. Así era el rostro de su amor.

—¡Mi señora! —exclamó Sinda—. ¿Os sucede algún mal? Varias veces os he hablado y no dais señales de vida.

—Estaba distraída, mi buena Sinda.

—¡Ay! Si ya venía rumiándolo yo. Habéis caído en las redes del amor. El caballero os ha sorbido el seso. Si no fuera por la maldición, os empujaría a ello.

—¡Sinda! ¿No creeréis en esa tontería? —reprendió Xana.

—Reconoced, por lo menos, que son muchas las casualidades. A ver si espabiláis un poco y dejáis de suspirar por los rincones. El bosque os sentaba bien. Esto no es igual, pero carecéis de otra opción.

—Me parece una buena idea. Obtendré el permiso de Eutimio para salir a explorar.

—Al mismo diablo convenceríais —murmuró Sinda para sí con una sonrisa.

Al cabo de una hora, cabalgaba junto a Valerio con la hueste que

realizaba la ronda por los alrededores del castillo. La dejaron al pie de la meseta de Clunia Sulpicia y, tras el reconocimiento por la llanura, regresarían a recogerla.

No perdió tiempo en la caza, el lobo estaba bien alimentado con la abundancia de liebres que había por el paraje. Sin embargo, la antigua y abandonada ciudad romana la atraía, la subyugaba.

Decían que las almas de los muertos quedaban atrapadas en los lugares en los que vivían, y así lo sentía. Avanzó por las calles adoquinadas, un poco combadas para que el agua se escurriera hacia los lados y se deslizara por los canales laterales. Pasaba la mano por las paredes de piedra y ladrillo, como si buscaran el calor de otras manos de hacía tres siglos. Valerio le contó que estuvo habitada hasta el siglo vii ¿o era el viii? Llegó hasta la casa de la familia rica, donde los mosaicos, con sus dibujos geométricos y de lacerías, atraparon su atención. Se sentó en un poyo de piedra que había en el atrio, frente al *impluvium*, y se agachó para tocar las teselas como si buscara un contacto, una huella de los antiguos moradores. La ciudad, envuelta en soledad, los objetos olvidados, las piedras inanimadas… Todo acentuaba el sentimiento de un respeto desmesurado por lo que había sido. Casi no se atrevía a respirar, como si el estar viva fuera un agravio para los muertos.

El lobo asomó y la miró con sus ojos ambarinos. Xana sonrió. El animal avanzó escudriñando los rincones y las uñas de sus patas resonaron sobre el mosaico. Ajeno a las divagaciones de Xana, siguió con una búsqueda que lo llevó a perderse en el interior de una de las estancias. Algo debió hallar, pues lo oyó gruñir y corretear por el exiguo espacio. Esperó a verlo salir con el trofeo colgando de la boca; sin embargo, no ocurrió así. La presa se le resistía y gruñía y jadeaba por el esfuerzo. Intrigada, se levantó a investigar lo que sucedía. El lobo había metido la cabeza por un oscuro agujero que se había abierto en el deteriorado suelo de la estancia. En cuanto la sintió, sacó el morro y la miró desolado.

—¡Vaya! Se os escapó por el *hipocaustum.* —Xana se rio, contenta de acordarse de un nombre tan difícil como era el del sistema de calefacción romana.

Se agachó y se asomó al negro agujero. El espacio alcanzaría, además de la habitación, alguna más, por lo que sería imposible dar con la presa. Al retirar la cabeza, entró un poco de luz solar que iluminó una oscura bolsa encerada y cerrada con un grueso cordón retorcido de lana. Echó mano y, al alzarla, comprobó que pesaba bastante. Tosió a causa del polvo que removió mientras el lobo se mantenía sereno y expectante. Le costó deshacer el nudo. Abrió la bolsa y el brillo del oro viejo y de las piedras preciosas la cegó por un momento. Fíbulas de oro con un granate o con esmeraldas, de las que

se usaban para sujetar las capas romanas, brazaletes, collares, ajorcas y aros para las orejas. En otro bolsillo, más pequeño y pesado, había monedas de oro. Xana las reconoció porque su padre guardaba varias como un tesoro: ases de la época romana, monedas muy valoradas en un tiempo en el que primaba el trueque a falta de sueldos bizantinos o dirhemes de plata califales.

Temerosa, volvió a guardarlo todo y ató el saco. No pudo evitar hacer trampa y, con la esperanza de que no lo encontrara el dueño, lo dejó en el mismo sitio, pero fuera de la vista, más escondido bajo el falso suelo.

—Tendréis que buscar el almuerzo en otra parte —se dirigió al lobo.

Como si la hubiera comprendido, se marchó sin volver la vista atrás. Xana recuperó el aliento y se sacudió la sorpresa. El arco y la aljaba quedaron olvidados sobre el poyo, en el atrio de la casa. La cabeza se llenó de las elucubraciones que, por el camino de regreso hacia el lugar donde había quedado con la ronda de Valerio, surgían desordenadamente: ¿Y si el dueño había fallecido? Porque la bolsa llevaba mucho tiempo allí. ¿Y si era el fruto de un robo o de la fortuna de la familia que habitaba la casa? ¿Qué sabía ella sobre las circunstancias en las que se abandonó la ciudad? Todo era… Un dolor agudo interrumpió las deducciones y la sumió en la oscuridad.

Y un dolor agudo, como si fuera continuación del anterior, le devolvió la luz del día. Se hallaba cruzada sobre una montura y con las manos amarradas a la espalda. La cabeza colgaba hacia abajo y sólo veía unas botas de piel en el estribo. Eran de factura cristiana, luego no había caído en manos de un fanático de Alá. Lo pensó mejor y sí, era factible si atendía a las palabras de Íñigo, que le recordaban que todo el equipo de un muerto pertenecía a los vivos. Se ahogaba y el sudor le resbalaba por la cara. Se revolvió.

—Quieta. En cuanto nos encontremos a salvo de vuestros amigos, mejoraré vuestras condiciones.

La voz de Munio le heló la sangre. Nada bueno podía venir de él, y menos cuando Abieno lo había desterrado de la familia. ¡Qué tonta había sido! La distracción le iba a costar muchos disgustos. Clunia la había absorbido por completo y había anulado sus facultades de supervivencia. Y, ahora, pagaba las consecuencias de esa negligencia. En Castilla, un pequeño despiste costaba la vida. Cada vez veía más rojo y el movimiento del caballo no ayudaba en absoluto. Sintió la ruda mano de Munio que la agarraba de la trenza y tiraba hacia arriba. Apretó los dientes para no soltar un grito de dolor; no le daría esa satisfacción. Si no la había amordazado era porque llevaban la suficiente ventaja para que no la oyeran. Ignoraba cuánto tiempo había permanecido inconsciente.

—Pasad una pierna al otro lado si queréis viajar más cómoda.

Obedeció. No le quedaba opción y era absurdo seguir sufriendo. Levantó la pierna por encima de la cabeza del caballo. Notó que el animal había llevado un buen trote por lo que dejaban traslucir el sudor y el cansancio. Llegaron a una quebrada y descendieron a ella. Munio descabalgó y la bajó de malas maneras, por lo que dio con los huesos en la tierra. No emitió un quejido, con los dientes apretados. De sobra conocía la poca paciencia de Munio y las palizas que había recibido más de un sirviente, fuera hombre o mujer, en el castillo por esa causa. Lo vio desenganchar el odre y beber, luego dio agua al caballo antes de colgarlo de nuevo en la silla. Aquella miserable acción le resecó más, si aquello fuera posible, la boca y la garganta a Xana. En el entretanto, discurrió un plan que facilitara a los hombres de Clunia localizarla. Aunque llevaba las manos amarradas a la espalda, logró alcanzar una de las muchas cintas con las que ajustaba las calzas y consiguió romperla.

En cuanto empezó a anochecer, Munio buscó refugio en un barranco. Dejó el caballo suelto, con las patas trabadas para que no fuera muy lejos, y se sentó junto a Xana, quien se frotaba las muñecas y las piernas entumecidas. Sin mediar palabra, Munio sacó cecina y cortó unas lonchas que acompañó con un poco de pan y se lo tendió a Xana.

—Disfrutadlo. Sólo comeréis por la noche.

Se concentraron en engullir y perder la mirada en la oscuridad que los rodeaba, pues no encendió un fuego. Terminaron y Munio recogió los restos. Le pasó el odre de agua y Xana bebió con la seguridad de que no volvería a beber en muchas horas.

—Y ahora, ¿me podéis aclarar por qué Abieno cambió de intención y siguió adelante con vuestros esponsales? Recuerdo que una de nuestras discusiones fue por esa razón: no dejaría que partierais sin pasar por el altar.

—No cambió de opinión; es más, su orden fue que regresara a Luna, pero no fue del agrado de doña Justa, quien me ató y me entregó a los soldados que vinieron a recogerme.

Munio rio con ganas.

—Eso le pasa por rechazar su sangre y emparejarse con la ajena. Se ha quedado con la víbora en la cama. Me intriga cómo enredasteis al castellano para que os rescatara.

—Yo no he enredado a nadie. Eso son argucias vuestras, que no reparáis en el honor ni le hacéis ascos al crimen.

—¿De qué habláis? ¿Qué sabéis? —La ansiedad en la voz de Munio delató su culpabilidad.

—Que asesinasteis a mi padre.

—A nuestro padre —matizó con ira—. Y no fui yo quien blandió el

cuchillo, sino vuestro querido Abieno, aunque con mi anuencia.

Xana distinguió su sonrisa por la blancura de la dentadura que dejó al aire.

—No es «mi querido Abieno». Sois tal para cual. También me he enterado de lo que tratasteis ocultarme: que nuestro padre dejó en manos del rey Ramiro mi casamiento.

—¿Os encomendó a Ramiro? ¿Cuándo? Eso no me lo ha contado el muy canalla. Pero… aquí hay algo que no entiendo. Si el viejo os confió al rey, ¿por qué el ambicioso de nuestro hermano no sacó provecho de ello?

—Fue en Simancas. Me lo contó don Íñigo Martínez, quien ofició de mediador entre padre y el rey.

—¡Claro! De ahí su intervención. Es el lebrel de Ramiro. Sigo sin comprender a Abieno.

—Me aseguró que el propio Ramiro envió una carta al castillo para informar al nuevo señor de Luna sobre mi condición de pupila real.

—No le llegó. Estoy seguro. Es una golosina muy dulce para un ambicioso como él. Que su hermana esté bajo la tutela del rey para que éste la case con alguien de su gusto es demasiado atractivo como para ignorarlo. No, aquí ha mediado la mano de la pérfida Justa. Me complace la idea de que Abieno se haya aliado con semejante intrigante. Acabará con un cuchillo en el pecho o envenenado por esa arpía en cuanto lo crea conveniente.

—Ahora que lo sabéis, ¿me dejaréis en libertad?

—¿Cómo es posible que conservéis ese halo de ingenuidad con todo lo que os sucede? Sois dura de mollera para aprender. El que seáis pupila del rey os ha duplicado el precio.

—¿El precio? ¿Vais a pedir un rescate por mí?

—El tacaño de Ramiro no pagaría lo que voy a obtener por vos. Pero no os acongojéis. Vuestra vida será idílica al lado de lo que habría sido junto a Tello. He oído que, en los serrallos, las mujeres llevan una vida acomodada y llena de lujos; incluso, si os portáis bien y complacéis al señor de Zaragoza, tendréis esclavos a vuestro servicio. Como veréis, me preocupo por vuestro bienestar.

12

Camino de Atienza, septiembre, año 944.

Íñigo se alejó de Clunia con el corazón pesado y la mente en el castillo que quedaba a su espalda. Galindo, Nuño y Yago respetaron su silencio durante un rato; luego, comenzaron a charlar entre ellos como si Íñigo no estuviera.

—Yago, ¿cómo es la mujer de vuestro sueño? —indagó Galindo.

—¡Puf! Con buenas carnes a las que agarrarse —contestó el muchacho, con gesto grosero.

—¡No, hombre! —rechazó Galindo—. La mujer con la que compartiríais la vida.

—Pues no sé, nunca me lo he planteado. ¿Se puede decidir algo así?

—Muy buena respuesta —alabó Nuño—. El amor llega cuando uno menos se lo espera.

—Yo no hablaba de amor, sino de con quién compartiríais la vida —replicó Galindo—. Mi ideal es una mujer fuerte de carácter, que no tema quedarse sola y al frente de la hacienda durante mis ausencias, hecha para parir, hacendosa, limpia, honesta.

—¡No pides nada! —exclamó Nuño, asustado.

—¿Habéis estado enamorados? Me gustan las mujeres, pero no tanto como para trastornarme por una —confesó Yago, que era el más joven.

—Me han gustado algunas más de la cuenta, pero tanto como para perder la razón, no —reconoció Nuño.

—Yo no lo tengo claro. ¿Cuáles son los síntomas? —inquirió Galindo.

—Veamos —reflexionó Nuño—: ¿estado ausente del enamorado que provoca despistes como dirigirse hacia el este en lugar del sureste?

—¡Hum! ¿Olvidarse de beber? —añadió Galindo.

—¿Equivocarse de caballo? —apuntó Nuño.

—¡Qué tonterías decís! ¿De qué estáis hablando? —se extrañó Yago.

—De qué, no; de quién, de mí —respondió Íñigo, con una amplia sonrisa—. Están hablando de mí. Haremos un alto al amparo de ese barranco. ¿Tanto se me nota? Intenté ser discreto.

—No dudo de sus virtudes, pero ¿no es demasiado llamativa para elegirla como esposa? —se sinceró Galindo.

—Lo es, indudablemente —reconoció Íñigo—, pero, como muy bien ha dicho el filósofo del grupo, el amor surge, no lo escoges. Desde la primera vez que la vi, quedé unido a ella por hilos invisibles. No me preguntéis cómo; ni yo mismo lo sé.

—Porque es una anjana —desveló Galindo—: un hada de los bosques, rubia y bella, que os deparará riquezas sin fin, según dicen.

—¡Vaya faena! Prefiero la mujer de Galindo, la discreta y fuerte, que afronta junto a uno lo que depare el destino —sentenció Yago.

—¡No seas animal! —reprochó Nuño—. El amor también tiene su estímulo.

—¡Oh, sí! Se le queda a uno cara de lelo cuando se encuentra con la amada, tartamudea como un asno, encuentra placer en hacer el suyo y se olvida de lo demás —enumeró Galindo, desmontando en cuanto quedaron al amparo de unos árboles.

—Me refocilo al saber que no eres ajeno a los dardos del amor. Describís muy bien la situación —atacó sin piedad Nuño, con el trazo de una sonrisa aviesa mientras descolgaba su odre de agua.

—Por la boca, muere el pez —sentenció Íñigo—. Ya decía yo que con Mencía medió algo más que una amistad.

—¡Bah! Ignorancia juvenil —quitó importancia Galindo—. Ahora soy un hombre y no me dejo envolver tan fácilmente.

—¡Huy! Aquello fue más importante de lo que parecía si no os permite seguir con vuestra vida adelante —señaló Nuño.

—¡Mirad quién fue a hablar! ¿Desde cuándo sois un experto en estas lides? —retrucó Galindo.

—El que más veces ha estado a punto de casarse ha sido Íñigo y, por tanto, el que puede opinar sobre esto —explicó Yago, sin caer en la cuenta del significado de sus palabras. El silencio se instaló entre los amigos, quienes intercambiaron elocuentes miradas.

—Habéis razón. —La afirmación de Íñigo rompió el hielo en un día tan caluroso—. Es difícil discernir cuándo se está enamorado. Así lo creí en la primera ocasión, que no en la segunda, que me lancé más por obligación que por devoción. Sin embargo, ahora ya no estoy seguro de nada. Así que, por tener mayor experiencia, no significa que sea el más indicado, ya que sigo con la misma ignorancia que el primer día.

Yago se rascó la barba, perplejo.

—Lo que yo decía: que muestre buenas carnes donde agarrar —aseveró y puso fin a la conversación.

Rompieron en risas y empujones antes de retomar el camino. Tras día y medio, llegaron a Osma. El castillo se asentaba sobre una loma que rodeaba el río Ucero, como una hoz, en su recorrido hacia el Duero, donde desembocaba. Los cuatro amigos sentían el río como el cordón umbilical que los unía a su tierra, ésa de la que faltaban hacía ya más de dos años. Ahora tan cerca y tan lejos. Íñigo puso voz a los corazones de todos:

—Cuanto antes realicemos la encomienda, antes regresaremos. Y os prometo que el descanso será largo.

El castillo de Osma se asentaba sobre un roquedo y el trazado se adaptaba a la irregular orografía. Al igual que el de Clunia, tenía una función militar, aunque se observaran algunas faldas junto al pozo o al lavadero. Pertenecían a las esposas hastiadas por la prolongada separación de los maridos, y los acompañaban en el riesgo. Osma era una plaza que había soportado los peores asedios de los musulmanes: uno, en el año 920, y otro, en el 933. Había resistido con la cabeza bien alta y había presenciado la humillación de sus enemigos ante las murallas. Fueron recibidos en la torre principal por el alcaide, y agasajados, como era costumbre con los viajeros y con aquellos que luchaban por la misma causa.

Al día siguiente, partieron siguiendo la corriente del Ucero hacia el sur, al encuentro de su unión con el Duero. Después, remontaron el río hacia el este para llegar a la fortaleza de Gormaz, que habían arrebatado a los musulmanes. Era el bastión cristiano más avanzado a causa de la curva que trazaba el río hacia el sur.

Ascendieron a la loma por un camino en zigzag y traspasaron los sólidos muros por una de las puertas. Las largas murallas, reforzadas por una sucesión de torres típicas de la arquitectura militar omeya, habían sido construidas sobre una ancha base de piedra de sillar, se afinaban con la altura y cambiaban a la mampostería y al ladrillo en la zona almenada. Desde lejos, imponía su alargada y característica silueta. Cobijaba una de las mayores guarniciones en esa parte de la frontera, y las cabañas de madera llenaban la meseta fortificada. Un gran arco de herradura con doble alfiz conducía a la parte de la alcazaba o zona militar.

Intercambiaron noticias e impresiones con el alcaide y, durante la velada, Íñigo cambió de parecer: en lugar de llegar hasta Medinaceli, la segunda plaza en la línea enemiga frente a la frontera cristiana, se dirigirían a Atienza, más cercana. Si había movimiento de tropas, sería conocido en todas las plazas. Antes de retirarse a descansar, subió al adarve en el momento del cambio de guardia: los guardias encargados de la vigilancia de día, cedían el sitio a los velas, la vigilancia nocturna. Se apartó y se asomó para asistir a la caída del sol.

Desde las almenas se contemplaba el Duero, ancho y majestuoso en su discurrir; dolorosa frontera entre los cristianos y la tierra de nadie; testigo de sangrientas batallas y esperanzas perdidas; corte líquido y sanguinolento a causa del reflejo rojizo de los postreros rayos solares que separaba dos credos irreconciliables.

La luna, impaciente como una mujer, dejaba notar su presencia, un desafío al astro de quien recibía la cálida caricia sobre la fría y pálida superficie. Íñigo añoraba la presencia de Jana, cuya imagen, con frecuencia, se le aparecía durante el día y aumentaba el placer voluptuoso al amparo de la noche. La verde mirada, bajo las largas y

plateadas pestañas, desenterraba en el corazón sentimientos olvidados; los labios sugerían una roja herida en medio de blanca piel y suspiraban por que los cubrieran de besos; el cabello, más rubio que el trigo, más largo que el brazo de un hombre, más sedoso que la propia seda, exigía el cuidado de unos dedos enamorados; el perfecto ovalo de su faz era digno de ser venerado; la frente, tras la que se escondían los secretos anhelos de la dama, ésos tan ambicionados por él en las últimas semanas, tan lisa y pura, incitaba a la ternura. Así era el rostro de su amada.

Con la aurora, abandonaron el último refugio cristiano. El tiempo había cambiado y volvía a ser caluroso, como en verano. Pasaron bajo el matacán con la indumentaria del mercader árabe para adentrarse en tierras hostiles. Se santiguaron y rogaron protección a Santiago y a Santa María. La balsa los cruzó el caudaloso Duero, pues tender un puente suponía un peligro, un camino abierto al enemigo.

La tierra de nadie, que mediaba entre Gormaz y Atienza, se hallaba surcada por numerosos arroyos que proporcionaban agua a las caballerías; sin embargo, era una imprudencia acercarse a ellos porque eran trampas letales para atrapar a los incautos. Ellos mismos habían actuado así para asesinar a los escuchas musulmanes que se acercaban a beber al amparo de la oscuridad. Eran hombres, como ellos, que vagaban en busca de noticias para avisar a sus fortalezas. La guerra era cruel, injusta e inmisericorde. Evitar las rutas transitadas los retrasaba, pero a los problemas de ser cristiano o musulmán se añadían los malhechores y renegados de ambos bandos, que vivían precariamente de lo que rapiñaban.

En las horas de mayor calor, buscaban el resguardo de los árboles en alguna loma desde la cual se controlaban los alrededores y dormían. Avanzaban lentamente por la noche, guiados por las estrellas y la luz de la luna creciente. Cruzaron un territorio horadado por las aguas de arroyada y llegaron al pie de un cerro, ya recorrido en otras ocasiones, desde el cual se contemplaba a placer el pequeño castillo de Atienza. En realidad, servía de atalaya a los guerreros de la plaza para vigilar los campos circundantes.

Con sus vestimentas de mercaderes y los turbantes enrollados en la cabeza, se aproximaron a la puerta de la fortaleza, aunque no llegaron a entrar. Montaron un tinglado, junto a otros comerciantes que ofrecían sus productos, y sacaron los collares y las ajorcas de azabache leonesas. En las plazas fronterizas no había un almotacén que controlara los pesos y las medidas de las mercancías. Un enviado del alcaide recaudaba un pequeño impuesto, que no era muy alto y que iba a parar a su bolsillo, ya que los mercaderes que se arriesgaban por aquellos parajes eran pocos y sólo el atractivo de obtener ganancia les decidía.

Íñigo explicó a los vecinos del puesto que las alhajas de azabache eran fruto del robo a cristianos y que las vendía a buen precio. Entablaron conversación con vendedores de especias, sedas y alfombras, y así se enteraron de que en Medinaceli había un mercado mucho más amplio a causa de las obras de fortificación que se estaban llevando a cabo durante el precario período de paz. Era usual que durase más el concierto de la tregua que la propia tranquilidad, ya que quedaba rota en cuanto surgía una oportunidad favorable para alguno de los bandos.

Para no llamar la atención, pasaron la noche al amparo de las murallas, y, a la mañana siguiente, partieron hacia Medinaceli, aunque, a mitad de camino, fuera de la vista del castillo, volvieron grupas un poco más al norte para evitar a los posibles mercaderes que hubieran seguido sus pasos por la vía que unía las plazas de Atienza, Medinaceli, Calatayud y Zaragoza.

En su regreso, las ropas moras no les libraban de los peligros, ni el hablar la algarabía propia de esas gentes. Así que escudriñaban la tierra que pisaban y oteaban el horizonte en busca de señales de vida humana para cuidarse las espaldas de los delincuentes y desertores.

A media tarde, los restos tibios de una pequeña fogata los alertaron de la presencia de otras personas. Quedaba la duda de si eran buenas o malas. Desmontaron, para ofrecer menor blanco a los dardos, y avanzaron con los caballos cogidos del ronzal y con la espada corta preparada para hacer frente a lo que surgiera. Íñigo se fijó en la amplia visión del camino que se contemplaba desde allí. Si eran malhechores, los habían detectado con la suficiente antelación. Un poco más allá, tropezó con un fino y fuerte cordel, cuyos extremos habían anudado a dos árboles para hacer tropezar a los caballos que pasaran y descabalgar a las víctimas, quienes, una vez en el suelo, quedarían indefensas ante la cobarde acometida de los asaltantes.

—¡Nos atacan! —gritó a la vez que soltaba la cabalgadura y se lanzaba contra los tupidos arbustos con la espada, dispuesto a segar, de un tajo, la vida de los enemigos sin darles cuartel.

Descubiertos, surgieron los desarrapados que, tras un pequeño intercambio de aceradas y metálicas impresiones, se dieron a la fuga en cuanto comprendieron que habían perdido el factor sorpresa y que no eran capaces de aguantar el ímpetu de los guerreros. Demasiado pusilánimes para lidiar de frente, se servían de tretas, y si fallaban, huían para salvar el pellejo.

—¡Yago! —exclamó Galindo.

—¡Mala suerte! Mientras me batía con uno, por la espalda me agredió otro infame.

Envainaron las espadas musulmanas, que se diferenciaban de las cristianas en el arriaz, el cual, en lugar de formar la cruz, se abrazaba

al doble filo; y en el trabajo de repujado que las adornaban.

La sangre resbalaba por uno de los brazos del muchacho. Nuño examinó la herida, y Galindo sacó uno de los emplastos que llevaban preparados para esas ocasiones, lo humedeció con un poco de agua y, tras rasgarle la manga de la túnica, se lo aplicó y lo vendó fuertemente con los restos de tela.

—Sentí cómo el cuchillo resbalaba sobre la cota de malla, que llevo debajo de la ropa, y me hería el brazo desnudo —explicó Yago, mientras observaba cómo procedía Galindo.

—Estáis pálido —constató Íñigo—. Continuaremos la marcha. Si os encontráis mal, avisad. Galindo, cabalgad detrás de él. Hay que salir de aquí lo antes posible, no se lo vayan a pensar dos veces si descubren que uno de nosotros está herido.

—Si recuperamos los caballos —recordó Nuño, inquieto.

Tan importantes como los alimentos eran las armas, las vestimentas o los caballos, sobre todo, si éstos eran corceles, por los que se pagaban el precio de trescientos sueldos en el mercado. La tierra de nadie era un páramo permanente, donde lo necesario para subsistir resultaba caro.

Afortunadamente, no habían ido muy lejos y pastaban plácidamente junto a un pequeño cauce. En la huida, los bellacos no se detuvieron para robar las monturas. Yago aguantó la cabalgada hasta el mediodía, cuando buscaron un lugar resguardado para dormir. Comieron, bebieron y se repartieron las guardias entre los tres, para dejar descansar a Yago y que recuperara fuerzas. Al atardecer, cuando el sol declinaba y refrescaba, retomaron el camino entre los intricados barrancos que excavaban las aguas. La marcha era más lenta, pero más segura.

Esa noche rebasaron el castillo de Atienza y torcieron hacia el norte con la intención de llegar al cauce del Caracena. Sin embargo, Yago sufrió la fiebre de la herida y perdieron un día entero a la espera de que remitiera. Por fortuna, no fue grave y volvieron al camino. Cuando divisaron el hilo reluciente de las aguas, flanqueado por los árboles que denunciaban su curso, lo siguieron en dirección norte a la vez que evitaban acercarse al valle.

El calor acumulado de los anteriores días originó una masa nubosa cada vez más baja y más negra. El día se tornó noche y estalló una violenta tormenta. Los relámpagos iluminaban con un chasquido los brumosos cielos y los truenos repercutían en la tierra. Se refugiaron bajo el saliente de una roca y sujetaron fuertemente las asustadas monturas. Cuando el cielo se enfurecía, lo mejor era no desafiarlo: los rayos podían ser letales y propagaban incendios. De todas formas, Yago los obligaba a avanzar más despacio de lo habitual por los continuos descansos.

Tras el oscuro día, llegó la noche sin luna, privada de su reinado por las envidiosas nubes. Con la tierra empapada, que exhalaba un perfume húmedo característico, por cama, y con el agua, que anegaba, escandalosa, las cárcavas resecas, por canción de cuna, durmieron el sueño de los justos, seguros de que ningún alma se atrevería a cruzar los páramos en semejantes condiciones.

Pero se equivocaron. Íñigo se despertó al oír un sordo gruñido junto a él. Con el pelo erizado y sin abrir los ojos, tanteó con la mano la espada. Cuando la tuvo bien aferrada, se atrevió a abrirlos, dispuesto a saltar sobre aquello que lo amenazaba. Frente a él lo observaban un par de ojos ambarinos: un lobo. Se maldijo por la estupidez de no dejar una guardia, pues habían quedado a merced de las fieras. Sin embargo, el lobo no se movió, ni siquiera lo amenazó, se limitaba a mirarlo con fijeza. Lentamente, destapó la espada del manto que la cubría y, a su vista, el lobo agachó la cabeza.

—¿No es el lobo de la dama del río Luna? —susurró Nuño a su lado.

—Me parecen todos iguales —reconoció Íñigo, molesto por la duda —. ¿Qué hacemos?

—Os mira a vos. Levantaos. Yo tengo la espada preparada. Si ataca, lo dejo seco.

Íñigo, no muy seguro, en medio de la oscuridad que los rodeaba, se puso de pie sin soltar la suya. El lobo se alejó, aunque no se marchó. Comenzó a ir y venir hasta una distancia prudencial y gruñía por lo bajo.

—¿No es el lobo… —comenzó la frase Galindo.

—¿Sabrías diferenciarlo? —acució Nuño.

—¡Claro! Tiene un mechón negro entre los ojos y le falta un trozo en la oreja derecha —aseguró Galindo.

—Éste tiene el mechón negro, no llegué a ver la oreja —confirmó Íñigo, que lo había visto de cerca cuando abrió los ojos.

—¿Nos ha seguido? —se extrañó Nuño.

—Los lobos son corredores infatigables. No encuentro nada raro en ello —constató Galindo—. Es él, mirad la oreja —señaló en uno de sus inquietos acercamientos.

—¿Qué hace aquí? —A Íñigo, ante la verificación de Galindo, comenzó a invadirle la inquietud.

—Nos habrá cogido querencia. Encontraría muy aburrido el castillo y ha preferido seguirnos en nuestra correría —aventuró Galindo, despreocupado.

—No —rechazó Íñigo—. La siguió desde los montes asturianos a León y aguardó durante meses a que abandonara la ciudad para seguirla de nuevo. Si está aquí, es porque ella anda cerca.

—Eso es imposible —negó Nuño—. ¿La creéis tan loca como para

seguirnos por tierras desconocidas? Por muy bien que aguante las marchas y dispare el arco, sabéis que no sobreviven la mitad de los delincuentes que vagan por estos parajes. Tarde o temprano, encuentran la muerte por hambre o por hierro.

—¿Por qué está tan inquieto? —apuntó Yago desde el suelo—. Va y viene como mi perro cuando quiere que lo siga en el juego.

—Recoged —apremió Íñigo, e hizo lo propio—. Pensaréis que estoy loco, pero lo seguiremos.

—Loco o enamorado viene a ser lo mismo —sentenció Nuño, meneando la cabeza, pero cumpliendo la orden.

En medio de la noche, cargaron los caballos, llenaron las vejigas de agua y ayudaron a Yago, quien ya se sentía mejor. Los emplastos ofrecían su beneficio y había salvado la fiebre. El lobo aguardaba paciente. Íñigo montó e hizo amago de marchar hacia el norte, pendiente de la reacción del lobo, quien enseguida lo sacó de su error al correr hacia noroeste. Se detuvo y se volvió para ver lo que decidían los hombres.

—Hacia el noroeste —ordenó Íñigo.

—El río Caracena. Una ruta muy transitada —observó Nuño.

Era un afluente del Duero que atravesaba la tierra de nadie, desde las plazas de San Esteban de Gormaz, Osma y de Gormaz hasta Atienza por la parte oeste, un poco más alejada, pero más fiable como camino que los vericuetos que tomaban ellos entre los barrancos.

El lobo se adaptó al lento paso de los caballos, cuya gobernabilidad se volvió difícil porque olían al carnívoro y avanzaban renuentes y asustadizos. Al menos, tras la tormenta, la luna asomó entre los oscuros celajes y les iluminó el camino. Arrebujados en las capas, calados hasta los huesos, el ejercicio los aliviaba de la incomodidad. No obstante, la cabeza de Íñigo no descansaba de trazar disparatados supuestos sobre la presencia de Jana en tierra de nadie, con el corazón cada vez más encogido ante las lúgubres presunciones a las que llegaba.

El lobo los guio, fiado en su orientación a través de un par de barrancos hasta que, nervioso, se plantó delante del caballo de Íñigo, quien iba a la cabeza. El animal resolló e Íñigo se mostró implacable con las riendas.

—Y ahora, ¿qué le pasa? —se quejó, molesto.

—No quiere que sigamos —dedujo Nuño.

—Los caballos. Con su inquietud nos delatan —coligió Galindo.

—Me quedo con ellos. Seguid a pie —aconsejó Yago, incapacitado para la lucha.

Sin perder un minuto más, desmontaron y desenvainaron las espadas. En el horizonte apuntaba la aurora y, en breve, la luna palidecería ante la presencia del día. Si había que sorprender a

alguien, era el momento oportuno. El lobo reinició la marcha seguido por los hombres, quienes avanzaban silenciosos y precavidos. Íñigo lo perdió de vista, pero siguió adelante.

13

A orillas del Caracena, septiembre, año 944.

En el segundo día de marcha llegaron al Duero. Cuando Xana se dio cuenta de que la intención de Munio era cruzarlo, se inquietó. ¿Qué se le había perdido a Munio en tierra de nadie? Sin embargo, parecía conocer bien la zona, porque enseguida halló el mejor sitio para vadearlo. Una isla en medio del curso lo dividía y facilitaba el paso. Si se internaban en tierra de moros, no la encontrarían nunca. Había tardado un mes en cruzar la tierra cristiana y, por lo que le había explicado Íñigo, la califal era mucho más extensa.

Munio la apeó de malos modos y enganchó las manos atadas a la silla del caballo, y, sin mediar palabra, se introdujo en la corriente, tirando de las riendas del animal. Perdió pie antes su hermano que el caballo, que siguió adelante. A Xana le costó mantenerse a flote porque dependía de la habilidad del bruto y estaba preocupada por quedar fuera del alcance de los cascos. Fueron escasos minutos, aunque le parecieron más largos de lo habitual. La corriente los derivó un poco. Notó cuando el caballo hizo pie de nuevo y tiró de ellos para salir a la orilla de la isla. Se detuvieron para que Munio afianzara la carga mojada, y Xana aprovechó para dejar otra tira. Por fortuna, el otro vado no era profundo y lo salvaron sin dificultad. Mientras recuperaban el resuello, Xana contempló con tristeza la orilla cristiana que habían abandonado. Era una sensación tonta, pues el peligro se hallaba en ambas riberas.

Reiniciaron la marcha, aunque esta vez anduvieron para dar lugar al animal a restablecerse del esfuerzo. El terreno era igual en ambas orillas del Duero: múltiples cárcavas surcaban las blandas arcillas rojizas y ofrecían refugio. Hasta donde alcanzaba la vista, se sucedían los áridos barrancos, y sinuosas hileras de arbustos y árboles señalaban los pequeños cauces que los excavaban. En uno de ellos, los aguardaban los hombres de Munio. Xana los reconoció del castillo de Luna, la hez de la región: Edelberto, Lotario, Ranulfo y Gatón. El más peligroso era Lotario, pues los otros, incapaces de idear nada por sí solos, eran meros comparsas de las retorcidas mentes de su hermano y de Lotario.

—¡Mirad a quién tenemos aquí! —exclamó Lotario, regodeándose con anticipación.

A Xana le repugnaba el individuo. Desde hacía tiempo sentía su mirada libidinosa, aunque no se había atrevido a insinuarse. Ahora se hallaba en un territorio donde las leyes de la civilización no existían, tan sólo primaba la del más fuerte. Y Lotario se hallaba en mejor posición que ella.

—Ha sido fácil. Ha caído como un gorrión —declaró ufano Munio

—. ¿Habéis descubierto dónde vive el castellano?

—En el castillo de Ucero —informó Ranulfo—. No tiene pérdida. El río que pasa por Osma es el Ucero y conduce directamente a la fortaleza del caballero Martínez. Pero no lo encontraréis allí. Se ha internado de nuevo en territorio enemigo. Adivina cuándo regresará.

Munio esbozó una sonrisa aviesa. Lo que parecía un inconveniente, bien podía trocarse en una ventaja. La venganza quedaba aplazada para otro momento, quizá más glorioso para Munio. ¿Y si se topaba con él cuando fuera oficial de los musulmanes y lo descubría como espía ante su nuevo señor? Le reportaría el favor y alguna prebenda.

En el entretanto, Lotario se había aproximado a Xana.

—La gélida princesa a nuestra disposición —susurró Lotario junto a su oído, a la vez que recorría con un dedo el blanco y enhiesto cuello.

Xana ladeó la cabeza, asqueada por el fétido aliento de una boca adornada de negros dientes. Lotario malinterpretó su gesto.

—Ahora, no tendréis más remedio que soportarme. —Le apretó la nalga con su manaza para recordarle que allí no era la niña del castillo.

Xana no desvió la mirada del frente y vació su mente para no darle satisfacción. Recibió un bofetón de Lotario que la desequilibró y la tiró al suelo. Aun así, no se quejó ni emitió sonido alguno.

—¡Eh! ¡Eh! —Munio detuvo la paliza de Lotario—. Es nuestra esperanza de mejorar la situación. Si la maltratamos, no valdrá nada. Cabalgad —ordenó—. Lleváis muchos días en el mismo sitio y pueden haberos detectado. Por nuestra salud, es mejor cambiar el campamento más al sur. Estamos demasiado cerca del Duero.

Los hombres se calmaron y, contentos con la actividad, se olvidaron de la mujer, quien dejó otra tira en el lugar. Recogieron las escasas pertenencias, rellenaron con agua del río los odres de piel y montaron. A Xana la llevó Munio parte a pie, amarrada al caballo, y parte montada con él. En uno de los descansos, Ranulfo le acercó el odre y Munio se lo retiró.

—Ella no bebe, tarugo —dijo de malos modos. Ante la mirada incomprensiva del hombre, aclaró—: Cansada y sedienta, no escapará; se encontrará demasiado débil para correr y para gritar.

Munio había pensado en todo, y a Xana se le retorcieron las tripas. A cada minuto que transcurría, disminuía la posibilidad de escapar. En un par de días, ya no sería ella misma. La sed ya le producía mareos, le agrietaba los labios, le robaba la voz y el cansancio le hurtaba la fuerza de los músculos y provocaba torpeza y frecuentes caídas que la herían.

Con la precisión de un alquimista, medía el agua y el tiempo que caminaba, de forma que caía exhausta por la noche, ajena al mundo

que la circundaba, ajena a la mirada sagaz y vigilante del lobo que no la abandonaba.

Tras dos días yendo hacia el sur, junto a la corriente del Caracena, que quedaba a la izquierda, llegaron a un desfiladero. Concentrada en su esfuerzo por mantenerse en pie, no se fijó en la inquietud que había invadido a los hombres. La dejaron junto con los caballos, bajo la vigilancia de Gatón, el más joven, y marcharon.

—Dadme agua, por amor de Dios —suplicó Xana, casi sin voz.

Gatón la miró indeciso y se apiadó de ella. Descolgó una vejiga y se la pasó. Con manos temblorosas bebió a tragos, poco a poco, para no vomitarlo. Retuvo uno de los tragos en la boca para dar tiempo a que se hidratara y, luego, lo tragó. Descubrió cómo el joven la miraba con lascivia. Decidió sacarle partido a esa pequeña ventaja y, despacio, comenzó a lavarse las heridas y a repasar los labios con la lengua, como si sufriera mucho.

—Os tiemblan las manos. Yo lo haré —se ofreció sin dudarlo.

Sacó un paño y lo mojó para repasarle los desnudos brazos y las heridas de las piernas por los agujeros que se había producido en los calzones, que amenazaban con caerse por la cortedad de la cinta que había ido partiendo. Para desgracia de Xana, el muchacho se mantuvo a una distancia prudencial y no le dio la espalda en ningún momento.

—¿Para qué me necesitáis? —indagó, una vez frustrada su intención.

—¿No os lo ha participado vuestro hermano? Queremos congraciarnos con el señor de Zaragoza y para ello os ofreceremos en prenda.

—¡Pobre Gatón! —se compadeció falsamente—. ¿Todavía confiáis en Munio? Él se congraciará con ese señor y él alcanzará distinciones. Vosotros seréis los sayones de siempre.

—No, no. Esta vez será diferente. Conocemos al señor de Zaragoza de la batalla de Simancas. Cayó prisionero y fuimos su escolta hasta León. Nos portamos bien con él y nos lo recompensará.

Xana recordó quién era el personaje del que hablaba. Tras la derrota de Simancas, se firmó una tregua y, a los dos años, fue liberado. A los seis meses, el señor de Zaragoza conquistó Tudela, y el rey Ramiro envió a su conde castellano, Fernán González, para ayudar a los navarros. Así se rompió la paz hacía dos veranos. Por sus acciones, no parecía un individuo muy de fiar.

Regresaron los hombres muy ufanos con un botín de frutas, quesos y aceitunas. Por la conversación y los desagradables chistes, Xana dedujo que habían asaltado un carro de abastecimiento de alguna de las fortalezas musulmanas.

—¡Dejad las bromas para otro momento y daos prisa! —acució Munio intranquilo.

—¿Prisa? No nos persigue nadie y tardarán en echarlos en falta —desafió Lotario a Munio.

—No seáis estúpido —recriminó Munio—. No eran comerciantes, sino soldados. Los buscarán. Debemos desviarnos hacia el este.

—No sin llenarnos antes la panza. Llevo alimentándome de carne y peces demasiado tiempo.

—Haced lo que queráis. Yo sigo adelante.

Munio tiró de la cuerda de Xana, quien se puso de pie inmediatamente para que la soga no le mordiera más la carne.

—Ella se queda. —La voz baja de Lotario sonó amenazadora—. Ya no hay señores ni vasallos. Esto es tierra libre.

—¡Silencio! —susurró imperativamente Edelberto.

—Es el ruido de armas —murmuró Ranulfo.

Olvidaron la discusión y se aprestaron a la defensa. Por la otra orilla, se acercaba una partida de hombres a pie. Vestían harapos y lucían barbas y greñas hirsutas. Los gestos no vaticinaban que vinieran en son de paz. El que iba delante era el explorador que rastreaba la pista.

—Renegados —dijo despectivo Lotario.

—Gatón y Ranulfo, situaos en aquel saliente y cosedlos a flechazos en cuanto los tengáis a tiro. Nosotros esperaremos aquí abajo a los que queden con vida.

Xana observó cómo tomaban posiciones para sorprenderlos. El explorador convenció a los hombres para que cruzasen el cauce del Caracena.

—¿Cómo nos han descubierto? —preguntó Lotario.

—No hay que ser muy inteligente si han encontrado los restos del carro y los muertos. Luego, han seguido el rastro. ¿Os convencéis de que no es bueno quedarse quieto? —reprochó Munio.

No habían llegado a la mitad del río cuando las flechas de Gatón y Ranulfo hicieron blanco en los cuerpos desprotegidos de dos renegados, que se los llevó la corriente. Los demás retrocedieron alertados. Durante un rato, se mantuvieron a cubierto deliberando. Munio se sentó, cansado de aguardar a que se decidieran.

—¡Por fin! Se retiran —anunció Edelberto.

—Aguardarán para sorprendernos durante el sueño —vaticinó Munio.

—¿Por qué siempre sois tan negativo? —increpó Lotario.

Munio miró con ojeriza a Lotario y guardó silencio.

Gatón y Ranulfo regresaron con noticias.

—Se han marchado hacia el oeste. Ni siquiera se han molestado en averiguar cuántos somos —anunció Gatón, con tono satisfecho.

—Deberíamos celebrarlo con la dama —apuntó Lotario, enviando una mirada lujuriosa a Xana—. Zaragoza queda muy lejos.

—No tanto —desmintió Munio—. Acabamos de iniciar el viaje y la dama es nuestra llave.

—¡Bah! Si la usamos un poco por detrás ni se dará cuenta el emir —propuso Lotario.

La miró con una mueca de deleite, anticipándose al placer que le produciría la violación de la carne tan blanca y perfecta. Se acercó a Xana, quien retomó la determinación de perder la mirada en el horizonte; sin embargo, Lotario no iba a permitir que lo ignorara. Sintió cómo la mano cruel palpaba en busca de la presa y le retorció uno de los pezones. Apretó los dientes para no exhalar una queja, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Será divertido someteros —murmuró con deleite.

Un escalofrío recorrió a Xana.

—No seas animal —dijo Munio, y lo apartó de un empujón—. Sabes muy bien cómo queda una mujer forzada por detrás, puede morir desangrada. La necesitamos si queremos medrar en Zaragoza. No pienso ejercer de mero soldado a las órdenes de esos cerdos. Aspiro al grado de oficial.

—Y nosotros, ¿qué? —planteó Gatón, quien recordó el aviso de Xana.

—Vosotros, lo mismo —mintió descaradamente Munio—. Es lo que acordamos: oficiales del ejército. Si he hablado en singular es porque he expuesto mi punto de vista frente a los deseos de Lotario.

—Lotario, comportaos —exigió Edelberto—. Todos tenemos interés en que esto salga bien.

Renuente, Lotario se retiró y Xana respiró, pero, tarde o temprano, Lotario volvería a reclamarla. Lo conocía lo suficiente como para ser consciente de que no abandonaría su sádico placer por una vaga promesa. Era lo suficientemente primitivo para vivir al día sin preocuparse por el futuro, al contrario que Munio.

—Se está formando una tormenta. Será mejor que nos quedemos aquí —propuso Ranulfo, quien, con una mano sobre los ojos, observaba la creciente oscuridad del cielo—. Conocemos lo suficiente el paraje como para defendernos de un asalto. Asignemos las guardias.

No había terminado de decirlo cuando sonó el ruido de una rama reseca al quebrarse. Las aves se habían callado. Munio y los compañeros se pusieron de pie al tiempo que desenvainaban. Los hombres vestidos de harapos atacaron cuando advirtieron que habían sido descubiertos. Cargaron con una ferocidad inusitada ante los ojos de Xana, que reptó con ayuda de los pies para alejarse del lugar lo más posible. A su espalda oía los gritos, las maldiciones y los jadeos por el esfuerzo en el manejo de las espadas, que requerían de la fuerza y de la destreza del hombre que la blandía. Eran espadas de doble filo, que se manejaban con las dos manos sobre el puño y con la fuerza de

una musculatura desarrollada en los largos y duros entrenamientos durante la adolescencia. Si la lucha se prolongaba, el ganador resultaba el contendiente más fuerte, aunque algunas veces, primaba la inteligencia. Munio parecía tallado en granito y arremetía sin vacilar contra el jefe de los atacantes, a quien hirió de muerte de un mandoble sobre el cuello. Brotó la sangre y se llevó la vida de su dueño en un chorro imparable. Xana apartó la vista y escuchó el golpe del cuerpo al desplomarse sin vida sobre la tierra.

Munio se volvió al más cercano, quien huyó al percibir que perdían terreno. Ranulfo abatió a su contrincante y el de Gatón escapó. Arrinconaron a tres hombres, que no fueron tan rápidos como sus compañeros.

—Entregad las armas —ordenó Munio— y os perdonaremos la vida.

Los hombres vacilaron antes de obedecer. Resignados, las tiraron delante de ellos.

—¿Quiénes sois? —indagó Munio.

—Cristianos, como vosotros —contestó uno.

—¿Alguno ha estado en Zaragoza?

—¿Zaragoza? —repitió otro—. ¿Para qué íbamos a ir tan lejos? Es un territorio que no conocemos.

Inesperadamente, Lotario saltó hacia delante con la espada en alto y la dejó caer, inclemente, sobre la cabeza de unos de los hombres y la partió en dos ante la expresión de estupor de los presentes. Un relámpago cruzó el cielo e iluminó la dantesca escena. Comenzó a reír como un demente y volvió a descargar un golpe sobre el siguiente, que se desplomó sin reaccionar. El tercero no aguardó su suerte y huyó con la permisividad de Munio y los demás, que asistieron a la macabra carnicería de su compañero meneando la cabeza con rechazo. La lluvia cayó torrencialmente en medio de relámpagos y truenos, como si la naturaleza mostrara su desaprobación ante un innecesario derramamiento de sangre.

—Quería información —reprendió Munio.

—No la tenían. Ya lo habéis oído. Sabéis que el olor de la sangre despierta mi lado salvaje, la sensación de la carne cuando la traspasas, las caras de incredulidad y horror de los muertos.

Volvió a reír exageradamente y Xana se estremeció. Ya no le cupo duda de su destino y tembló sin control. Ranulfo y Edelberto propusieron cambiar de sitio para pasar la noche, pues los carroñeros acudirían atraídos por la presencia de la muerte en cuanto cesara la tormenta. No mostraron en ningún momento horror o compasión, como si lo ocurrido fuera algo habitual. Imperturbables, recogieron y ascendieron a una loma que ofrecía una cumbre plana y protegida por arbustos, una magnífica atalaya para pernoctar. Nadie se cuidó de

abrigar a la cautiva, que los siguió empapada.

El silencio se instaló entre ellos, aunque cada uno cumplió su función como un soldado bien entrenado en cuanto cesó la lluvia. Gatón se ocupó de los caballos, Ranulfo limpió las armas y las dejó fuera de las vainas para que secasen. No hubo hoguera a pesar de que la tormenta había refrescado el ambiente. Xana intentó ignorar las miradas extraviadas y lascivas de Lotario y se acurrucó debajo de un arbusto que no dejaba de gotear, pero no le importó. Prefería la humedad a quedar más expuesta a la vista de Lotario, con las ropas mojadas y adheridas al cuerpo.

Desde el absurdo escondrijo, observó cómo se deleitaban con las cerezas, los higos y el melón que seccionaban en gajos. Trozos de queso intercambiaban de manos con sorbos de agua. Nadie le ofreció a ella, como si no existiera; sin embargo, su intuición le alertaba de que sucedía todo lo contrario, de que la atención se centraba en su encogido cuerpo debajo del arbusto.

Xana escuchó cómo se repartían las guardias y la insistencia que puso Munio en cubrir la última. La primera le tocó a Gatón y las dos siguientes a Ranulfo y a Lotario. Edelberto libró esa noche. Cada cual buscó un hueco para envolverse en la capa y dormir. Munio se acercó y le dio de beber y de comer algo de fruta, pero la dejó insatisfecha. Luego, le echó la capa por encima. No le dirigió la palabra ni la miró durante el proceso.

Aunque creyó que le sería imposible dormir con lo que había presenciado, cayó en brazos de Morfeo. Fue un sueño profundo, sin sueños, con la negrura y el olvido por compañeros, hasta que el ruido metálico de una espada al deslizarse la devolvió al mundo del que había huido.

El cielo clareaba por el horizonte y la tenue luz desveló los restos de los densos nubarrones. Munio y Lotario, vistiendo tan sólo las túnicas, se encontraban frente a frente con las espadas desenvainadas. Los demás se mantenían apartados y atentos a lo que sucedía mientras los lechos quedaban sin recoger para iniciar la marcha.

—Estoy cansado de vuestras tonterías. Obráis en provecho propio y no en el de los demás —acusó Munio.

—Igual que vos. Os conozco muy bien y no dudaréis en sacrificarnos si fuera menester —replicó Lotario—. Estoy harto de vuestra actitud de superioridad y de vuestras órdenes. Esos planes son fuegos fatuos. Zaragoza está muy lejos y no nos asiste ninguna razón para confiar en la palabra de un infiel.

—Nadie os obligó a seguirme —constató Munio—. Si queréis separaos, idos. Yo no lo impediré.

—Pero ella se queda —exigió con la voz ronca Lotario.

—Estáis loco —espetó con desprecio Munio—. Es mi seguro de

vida. ¿Cómo se os ha ocurrido que os la vaya a dejar?

Xana comprendió que la disputa había vuelto a reiniciarse y que Lotario no renunciaría tan fácilmente a perderla. Consciente de la locura que imperaba en las acciones de Lotario y cómo disfrutaba con la violencia y el dolor ajenos, le atenazó la angustia.

—Sea, pues —sentenció Lotario—. Tendréis que defenderla con la vida.

No terminó de decirlo cuando arremetió contra Munio, quien, apercibido, paró el ataque. Lotario manejaba la espada con la fuerza y la rapidez que ofrece el deseo desesperado, y Munio se defendía con la destreza del oficio. Conocía los puntos débiles de Lotario, igual que su contrincante no ignoraba los suyos, por lo que la táctica consistía en variar la forma de lucha. La diferencia entre ambos era el premio: Munio luchaba por su futuro y Lotario por satisfacer sus pasiones más bajas; ambos, centrados en la persona de Xana.

Ranulfo, Edelberto y Gatón se mantuvieron serios y sin intención de mediar ni de participar. Aquello era un duelo de dos y así lo respetaron. El descontento de Lotario no era algo nuevo.

Xana siguió la lucha con un nudo en el estómago, consciente de que su vida dependía del desenlace. Lotario detuvo los mandobles y se apartó para reponer fuerzas. Munio no se lo permitió y se abalanzó con furia, pensando que era su ocasión una vez que el contrario se había agotado por el esfuerzo. Xana sorprendió una sonrisa aviesa en Lotario, quien se volvió y paró el ataque, infligiendo una herida en el costado desprotegido de Munio. La sangre tiñó rápidamente la túnica, pero su hermano no se detuvo y devolvió el tajo, con la mala suerte de que Lotario fue más hábil y lo esquivó. Ahora, el tiempo corría en contra de Munio, pues perdería fuerza con cada minuto que pasara. Lotario, conocedor de la desventaja, se demoraba en los ataques, y Munio ahorraba fuerzas, manteniéndose firme y no corriendo a la desesperada detrás de Lotario. Munio se quedó en el centro, aguardando a que la impaciencia de Lotario le hiciera ganar la partida. Fue Ranulfo quien inclinó la balanza.

—Hay que ser cobarde para esperar a que se desangre, sin ofrecerle la posibilidad de defenderse —acusó a Lotario.

Con un gesto pérfido, Lotario reinició los ataques, y Munio los paró con la misma destreza, incluso llegó a arañarle en un brazo a Lotario, aunque no con la misma gravedad con la que lo había herido a él. Lotario, en el retroceso, se trastabilló con el trastabilló con el terreno y Munio no desaprovechó la ocasión. Se tiró con tal ímpetu que se desequilibró al no encontrar cuerpo y atravesar tan solo la suelta túnica del contrincante, que quedó hecha un jirón. Ese error le costó la vida, pues quedó a merced de la espada de Lotario, que le cercenó la cabeza. Ésta rodó hasta los pies de Xana, quien la contempló

horrorizada: la mirada sin vida, vidriosa, los labios entreabiertos, sin tiempo para exhalar el último suspiro, y la piel exangüe. Se apartó asustada y levantó la vista para encontrarse con la loca mirada del asesino, que sonreía ante su reacción.

—Y ahora que ya no está vuestro hermano, ¿quién cuidará de la paloma?

—¿Qué habéis hecho, Lotario? —cuestionó Ranulfo—. No era necesario matarlo.

—Lo que había que hacer con el mandamás de Munio. Ya estaba harto de sus órdenes y de su futuro. ¡Alegraos! Somos libres de la tiranía de los señores —exclamó Lotario, como si fuera un clérigo visionario que recorría los caminos con la palabra de Dios en la boca y los castigos del infierno en la mano.

—¡Estáis loco! —declaró despectivo Gatón.

—Sois libres de iros o de quedaros. Así tocaremos a más los que nos quedemos —declaró Lotario.

—¿De qué habláis? —indagó Edelberto, interesado.

—De la mujer, ¿o no la veis? —señaló Lotario a Xana—. De piel blanca, suave, de cabello sedoso —susurró con voz ronca—. ¿No os apetece tocarla? ¿Sentir el placer de poseerla?

Xana escuchaba, impotente y asustada, a Lotario. Miró a los otros hombres en busca de aliados y sólo halló expresiones de lujuria. Poco a poco, las palabras de Lotario calaban en las embotadas mentes y despertaban las pasiones más bajas. Deseó desmayarse antes que soportar la violencia de aquellos hombres sobre su cuerpo, pero éste se limitó a temblar como una hoja sacudida por el viento.

—Como yo quité de en medio el impedimento, seré el primero en degustar el premio —dijo Lotario, adelantándose.

—¡De eso, nada! —exclamó Edelberto—. Nos dejaréis un despojo sin vida. Ya os conozco.

—¡A suertes! —propuso Ranulfo, excitado ante la imagen que se había formado.

—¡Soy yo quien tiene preferencia! —gritó Lotario—. Vosotros no hacíais más que obedecer a Munio. Sin mí, estaríais todavía babeando por esa mujer.

Como un poseso, se tiró encima de Xana, quien no pudo evitar un grito de horror cuando le rasgó la túnica y dejó al aire las sonrosadas aureolas que coronaban los blancos pechos. Sin embargo, el cuerpo del agresor fue retirado violentamente por Ranulfo y Edelberto, quienes le disputaban el honor de ser los primeros. Desesperada, Xana trataba de cubrirse, cuando recibió un manotazo de Edelberto, que le volvió la cara y casi la deja sin sentido. Semejaban faunos pervertidos y alborotados ante la visión de lo codiciado.

—Déjalos al aire para que los veamos —rio con lujuria.

—¡Es mía! —reclamó Lotario, con un cuchillo en la mano.

Edelberto se volvió en busca de un arma y tomó la cercana espada de Munio.

—Ven a por ella —retó a Lotario.

A partir de ahí, Xana, al límite de sus fuerzas, no fue muy consciente de lo que sucedió. De los matorrales, surgieron musulmanes a los que reconoció por los albornoces y los turbantes que envolvían las cabezas. Gritaban con las espadas en alto y trabaron combate con los hombres de Munio. Eran demonios desatados que, sin piedad, salpicaron de sangre la tierra. Un tirón de cabello la sacó del entumecimiento en el que había caído y sintió un filo cortante sobre la garganta. Deseó que la muerte fuera clemente con ella y no le permitiera sufrir.

—Si no deponéis las armas, la mato. —Xana escuchó la desesperada voz de Lotario al lado.

Se produjo un silencio. Xana se atrevió a abrir los ojos por un segundo y se encontró con la mirada marrón tan querida por ella. La ignoraba, furibunda, bajo las vestimentas musulmanas. Algo golpeó a su agresor, quien soltó el filo tras emitir un alarido junto al oído, que la ensordeció. Sintió cómo su cuerpo caía a tierra sin poder hacer nada para protegerse del golpe. Luego, nada.

La llamaba. Oía su voz grave y apremiante, pero ella se negaba a regresar, ante el temor de ser engañada por el deseo y encontrarse con la desagradable realidad. Sus amados bosques, ¿dónde quedaban? La naturaleza era más amable y más hermosa que los hombres con la guerra y la crueldad a las espaldas. La voz insistía angustiada, mientras ella se perdía en el recuerdo de las estaciones, en el cambio que experimentaban los árboles, en la recogida de las flores con las que fabricaba los perfumes y jabones. Un dolor… agudo e intenso… la obligó a regresar al mundo. Apretó los ojos, en un último intento de preservar la imagen de sus bosques, del río Luna.

—Volved conmigo —rogó la voz grave y amada—. Yo os protegeré —prometió.

Xana abrió los ojos y se enfrentó a la mirada marrón que la contemplaba anegada en lágrimas. ¿Desde cuándo lloraba un caballero? El dolor regresó y gimió. Notó que habían cubierto su desnudez con una capa y que sus manos estaban libres.

—Tened cuidado —exigió el caballero sin severidad.

—Ha sido superficial. Es más el resquemor de la piel —contestó Galindo.

—Aquí cerca ha habido otra carnicería. —Xana oyó la voz de Nuño.

—¿De dónde ha salido tanta comida? —se preguntaba Yago en voz alta.

Xana presintió la importancia de la procedencia de los alimentos, porque a Munio le había preocupado.

—Abaste….de…. —intentó decir.

—¿Cómo? ¿Qué? —apremió el caballero, arrimando el oído a su boca—. ¡Traed agua!

Xana bebió con dificultad. Se encontraba mareada y muy cansada a causa de la tensión que había soportado y de la restricción de agua y alimento.

—Robaron el abastecimiento de alguna fortaleza —susurró.

—¡Vive Dios! —exclamó Galindo, que era quien curaba las heridas de Xana—. ¡Vayámonos antes de que sea tarde! Aparecerá la guarnición entera.

—¡Demasiado tarde! —gritó asustado Yago—. Ya vienen.

Xana hizo un esfuerzo y consiguió incorporarse. Íñigo la detuvo.

—Os esconderemos —decidió Íñigo, con un gesto de preocupación.

—No. Lucharé a vuestro a lado y moriré si me ha llegado la hora —declaró con determinación.

Ignoraba de dónde le llegaban las fuerzas necesarias, cuando la habían abandonado instantes antes. Seguramente, provenían de la mirada marrón angustiada, del dulce tacto del caballero, de la afligida voz. Se puso de pie con ayuda de Galindo y bajo la supervisión de Íñigo, quien la escrutaba escéptico, pero resignado.

—Dadme un arco y decidme dónde me sitúo.

Xana reconoció la admiración y el respeto de los castellanos. Nadie se opuso y todos colaboraron en preparar la imposible defensa de la pequeña meseta sobre la loma. Íñigo esbozó la estrategia como si se hallasen en una atalaya, sólo que los muros de piedra se habían trocado en endebles arbustos. Sin desmayar el ánimo de los hombres, señalaron un lugar a la mujer desde el que dominaba la ladera. En el lado contrario se situó Yago con otro arco. Se pusieron las lorigas encima de las túnicas moras y aferraron escudos y espadas con la determinación de un guerrero. Xana volvió a beber y se recompuso el atuendo para que no fuera un impedimento.

—Cuando se os terminen las flechas —dijo Íñigo, acariciando el rostro hinchado de Xana y los labios agrietados—, usad el cuchillo contra vos misma.

Xana se quedó prendada de la triste mirada del caballero. ¡Qué breve el encuentro! ¡Qué efímera la vida! No habían tenido tiempo de amarse, pero no le importó porque se hallaba allí, a su lado, aunque no comprendiera cómo había ocurrido el milagro. Con un beso en la boca, el primero que recibía, se despidió de ella; con un suspiro, lo dejó alejarse para morir con honor. Xana, con los labios apretados, conservando el calor del beso y la congoja aferrada en la garganta, se juró que no sería menos.

14

A orillas del Caracena, septiembre, año 944.

A Íñigo le hervía la sangre. Cuando descubrió la situación en la que se hallaba Jana se le nubló el entendimiento, y ahora iban a perder la vida por su insensatez y sus prisas por salvarla. Había descuidado las normas más elementales para conservar la vida. No había tiempo para hablar y para que Jana le explicara cómo se encontraba en ese paraje, aunque la presencia del cuerpo sin vida de Munio ya decía mucho.

El día había amanecido despejado tras la tormenta. Galindo, Nuño y él harían frente a aquellos que sobrepasaran la línea de disparo de los arqueros, aunque no aguantarían mucho, pues los doblaban en número. Miró a sus compañeros y amigos, quienes se hallaban concentrados en sus propios pensamientos y oraciones y en observar las evoluciones del enemigo. Ni un mal gesto ni un reproche habían salido de sus bocas.

Los cuervos y los buitres los sobrevolaban en círculos, atraídos por la muerte ya presente en el cerro y por la que estaba por llegar. Los soldados musulmanes intuían algo inusual y se disponían a investigarlo, todavía ajenos a su presencia, por lo que la sorpresa sería un breve factor a su favor. Habían dejado los caballos y se reunían para realizar el ascenso. Tras una pequeña discusión, por fin, se decidieron a subir. A media ladera, el increíble pulso de Jana, ya que de su lado partió la flecha, hizo blanco en la cara del adalid moro. El desconcierto duró poco entre las líneas enemigas. Los soldados retiraron el cuerpo de su jefe y permanecieron agachados en sus puestos. La respuesta no se hizo esperar, pero las flechas, lanzadas hacia arriba, llegaban sin fuerza. Se animaron los unos a los otros para continuar cuesta arriba, al cobijo de los arbustos. Jana, acostumbrada a la caza que se escabullía entre los matorrales, alcanzó a otro.

—¡Vaya mujer! —exclamó Galindo, satisfecho—. No desperdicia una flecha.

—Venderemos cara la vida —se sonrió Nuño—. No se lo vamos a dejar fácil.

Sin embargo, el adalid no había muerto y dirigía la operación desde el suelo. Todos a una se lanzaron cuesta arriba en medio de un griterío con el que se daban ánimo para entrar en el jardín de las huríes, ése que les había prometido Mahoma. Las flechas de Yago y de Jana derribaron a dos más, pero la horda, imposible de contener, llegó a la planicie, donde los aguardaban Íñigo, Galindo y Nuño, quienes se arrojaron al combate sin traicionarlos el valor. Íñigo soportó el primer mandoble con el escudo, el que lucía un lobo en el centro, y arremetió con la espada por debajo de la defensa del contrario, con la mala suerte que resbaló sobre la loriga mora, pero fue suficiente para

desestabilizar al contrario, que perdió pie a causa del ímpetu y le proporcionó a Íñigo los segundos necesarios para repetir el golpe, fatal en esa ocasión, ya que entró por la axila del enemigo. Tan concentrados estaban con sus respectivos contrincantes que no se percataron de la llegada de refuerzos, y eso salvó la vida de Íñigo, quien se hallaba ocupado en recuperar la espada del cuerpo enemigo mientras lo atacaban por la espalda.

Se volvió a tiempo de presenciar cómo el atacante sucumbía al fiero tajo de espada que le asestó Valerio desde la montura. Los cristianos de Clunia, montados en sus corceles, los rebasaron y se lanzaron cuesta abajo en persecución de los musulmanes, que corrían desbandados en busca de refugio.

—¡Alabado sea el Creador! —invocó Nuño, aliviado—. Ignoro de dónde salen, pero bienvenidos sean. —Los recibió con una sonrisa que le llenaba la cara.

—¡De buena nos hemos librado! —suspiró Galindo—. ¡Qué cerca hemos estado de reunirnos con el Hacedor!

Íñigo corrió a donde se escondía Jana. La encontró de rodillas. Apoyada en el arco, observaba la intervención de Valerio.

—Dejadlo, arquera. Ya nada podéis hacer desde esta distancia —ordenó, orgulloso.

Se le encogía el corazón cada vez que la veía en ese estado: las ropas hechas jirones, la cara magullada, los labios agrietados, el pelo enredado, la piel llena de cortes y una calza suelta; pero no diría una palabra sobre su estado para no avergonzarla. Al menos, la capa escondía la piel expuesta. La ayudó a levantarse y regresaron al centro de la planicie. Los hombres de Valerio batían la base de la loma para asegurarse de la huida de los musulmanes.

Mientras tanto, Nuño reunía las monturas de los muertos, y Yago las cargaba con los alimentos robados a la guarnición de la fortaleza mora. Jana contempló el escenario de la pesadilla que había vivido e intentó hacer memoria sobre lo sucedido. Evitó fijarse en el cuerpo sin cabeza de Munio y se acercó al de Lotario: el cuello y parte de la cara se hallaban salvajemente desgarradas, no cortadas por el filo de un arma. Era un amasijo sanguinolento irreconocible.

—Obra de vuestro lobo —contestó Íñigo a la pregunta no formulada—. Él nos condujo aquí.

—¿El lobo? ¿Me siguió? ¿Cómo os encontró?

El asombro de Jana era sincero. Íñigo ladeó la cabeza para observarla con detenimiento, tan pálida, tan frágil, tan valiente…, tan extraña.

—Ese animal os sigue desde Luna, ¿por qué os sorprende ahora su forma de actuar? No estábamos lejos. Regresábamos a casa. Imagino que nos olería. Me dio un buen susto —informó escuetamente.

Valerio regresó con los hombres y se situó en el centro de la planicie.

—Debemos movernos rápidamente —ordenó, todavía sofocado por la persecución y con la espada en la mano, enrojecida de sangre agarena—. Darán la voz de alarma y nos perseguirán.

No había tiempo para explicaciones, ya vendrían después. Nuño sostenía las riendas a la espera de que los jinetes se hicieran cargo de las monturas. Íñigo dedujo, por el estado de Jana, que no aguantaría mucho sobre la grupa de un caballo y decidió compartirlo con ella.

—Lo cansaremos antes de tiempo —negó la mujer.

—Llevaremos el vuestro amarrado a la zaga y cambiaremos de montura a menudo. ¡Vamos! —acució, con la mano extendida para ayudarla.

Por primera vez, olía a sudor, a cuero y a caballo, en lugar de los aromas florales que fabricaba. Seguramente, él olería igual, aunque mezclado con el dulzor de la sangre.

Partieron con Valerio al frente, que marcaba la senda a seguir de regreso al Duero. El sol brillaba en lo alto y los hombres comenzaron a sudar bajo la pesada loriga, aunque la preocupación por abandonar la tierra de nadie cuanto antes les obligó a olvidar el calor. A pesar de que ahora componían una pequeña tropa de quince personas, permanecían con los sentidos alerta.

—¿Me explicaréis cómo habéis llegado aquí? —exigió Íñigo en un tono que no admitía divagaciones.

—Me distraje en Clunia Sulpicia y Munio me secuestró.

—¿Estabais sola? ¿Sin escolta?

—No hacía falta. Era un sitio seguro. Valerio hacia la ronda y regresaba por mí.

—¡Ah! Valerio. De ahí su oportuna presencia. Se sentía responsable y ha arriesgado la vida de sus hombres para seguir las huellas de una inconsciente mujer que se aventura sola por unas ruinas.

—¡Oh! No lo había considerado desde ese punto de vista. Si les sucede algo, lo lamentaré toda la vida.

—No era mi intención acongojaros, pero las imprudencias se pagan muy caras por estas tierras. —Íñigo se ablandó al advertir su aflicción. La estrechó para demostrarle que no le guardaba rencor y ella gimió —. ¿Qué os han hecho esos bárbaros? ¿Llegamos a tiempo? —Íñigo no respiraba mientras aguardaba la respuesta de la dama con el corazón en un puño.

—Muy a tiempo. Munio quería ofrecerme al señor de Zaragoza y Lotario me deseaba para él, por esa razón lo asesinaron. Eran hombres de Luna, seguidores de las barbaridades que perpetraba mi hermano. Ignoraba que existieran seres sin alma y comparto la sangre con dos de ellos.

—No os angustiéis, mi señora. No sería la primera vez que una mujer no guarda la ausencia de su marido. ¿Quién dice que lleváis la misma sangre? Estoy de acuerdo con vos en que no lo parece. Quien conoció al viejo señor de Luna os hablará bien de él y de sus prendas y honor como caballero. Vos las compartís con creces, de vuestra madre no puedo decir, puesto que no la conocí, pero estoy seguro, por el amor que la profesó vuestro padre, que era merecedora de él.

—¿Os habló de mi madre?

—No mucho. Me confesó que fue la única mujer a quien amó y que sois su viva imagen.

—Me habéis hecho sentir mejor.

—Para serviros nací —susurró Íñigo con voz grave.

No era una mera frase de cortesía y ambos así lo entendieron. Íñigo puso el corazón y Jana lo acogió en el suyo. Íñigo sintió la felicidad aletear a su alrededor cuando la doncella del río Luna se relajó y se recostó contra su pecho. Él la guardaría tras el susto. Por un instante, llegó a creer que realmente había caído una maldición sobre él y que perdía de nuevo a la mujer que deseaba desposar.

Al haber aumentado en número, se movieron con menos precaución. Ya no había temor a que los asaltaran bandas de huidos de ambas justicias a orillas del Duero. El peligro había tomado la forma de una hueste mora de la fortificación que había sido afectada por el robo de los hombres de Munio. Se movieron sin prisa pero sin descanso, únicamente se detuvieron lo estricto para beber. Momento en el que Íñigo y Jana aprovechaban para cambiar de montura.

Se les echó la noche encima antes de alcanzar el Duero. Valerio asentó el campamento al resguardo de unos árboles, a unos metros de distancia del Caracena, y organizó las guardias. Situó un par de vigías en lo alto de los árboles, desde los cuales divisaban a distancia cualquier movimiento o fogata que se encendiera en la oscuridad. Ellos se abstuvieron de encender un fuego y repartieron las vituallas robadas, de las que dieron cuenta con satisfacción.

Íñigo y sus hombres escogieron su árbol, extendieron las capas y dejaron las armas a mano. Bromeaban como si no hubieran estado a un paso de la muerte. Era la consigna para sobrevivir: olvidar lo que había sucedido o lo que podría haber sido. Del pasado al presente mediaba una distancia mayor que para cualquier otro mortal.

—¿Queréis lavaros las heridas? —ofreció Íñigo a Jana—. Os acompaño al río.

Sabía que ella no lo iba a pedir. Consciente de que podía costar vidas cualquier deseo, se mantenía reservada, pero Íñigo no olvidaba su gusto por el agua. La ayudó a levantarse, cogió su propia bolsa de aseo y se la ofreció a la dama, quien se lo agradeció con una callada sonrisa. La dejó marchar delante, y él, antes de seguirla con la espada

al cinto, hizo una seña a Galindo para que les guardara la espalda.

Buscaron un remanso, aunque el río no era profundo tras el estío. La pequeña poza, de aguas de plata a la luz de la luna llena, cubría hasta la cintura, lo suficiente para remojarse. Jana sacó el jabón, que le había regalado en Lerma, y un peine de la bolsa. Íñigo hizo el amago de retirarse para respetar su intimidad, pero ella lo retuvo de un brazo.

—No me dejéis sola.

—No iré lejos.

—Lo estaréis, aunque sea a un par de pasos de distancia.

Íñigo contuvo el aliento y se perdió en la verde mirada suplicante.

—Si me quedo tan cerca de vos…

—Me hicisteis una promesa —recordó Jana—. En esta aventura, he tomado consciencia de los cambios bruscos que rigen la vida y de lo poco que podemos elegir. Yo puedo escoger ahora y os escojo a vos.

—No sois libre —objetó tímidamente Íñigo.

—¿No era un castellano de noble corazón lo que deseaba mi padre? No quebranto su voluntad, que coincide con mi deseo. ¿Y con el vuestro?

El libre ofrecimiento de ella y la pasión de Íñigo vencieron la renuencia. A fin de cuentas, él cumplía sobradamente los requisitos del señor de Luna. Y las proféticas palabras del conde llenaron su mente: *Sois un hombre de recursos y mente abierta. Haced todo lo que consideréis oportuno para mantener a salvo a la muchacha y no olvidéis el deseo del padre*. Fernán González siempre fue un intrigante y, ahora, un casamentero.

Se desprendió del cinturón, del que pendía la espada, mientras Jana se quitaba el calzón y el despojo en el que se había convertido la túnica. Con tan solo la camisa se introdujo en las argentas y frías aguas y lanzó un suspiro de placer al no sentir el dolor. Íñigo se apresuró a desvestirse para seguirla, a pesar de la baja temperatura. No olvidó dejar un lienzo extendido junto a una roca. Primero se complacieron en la unión con la gélida y entumecedora agua, mantenían la distancia sin dejar de observarse a través de la noche iluminada. Jana le ofreció el jabón e Íñigo lo tomó junto con la blanca mano que lo ofrecía. La áspera y morena mano retiró la camisa que se adhería a su dueña y protegía sus secretos. Quedó flotando como blanco testimonio de la desnudez que dejaba su ausencia. Pasó la pastilla despacio y con suavidad por el brazo extendido, se aproximó al hombro y descendió por la espalda. Se movió despacio alrededor de ella para no romper el hechizo, la enjabonó evitando las partes dolientes, aunque Jana ya no las sentía. Le cedió la sensual pastilla y la dama repitió el juego sobre el cuerpo del caballero hasta que no resistieron más y se entregaron a los besos: al principio, tímidos,

sedosos, exploradores. Íñigo aspiró la fragancia del cedro en el enhiesto cuello, lo saboreó en las rosadas aureolas, lo acarició en la larga melena. Con cuidado de no herir el magullado cuerpo, la alzó y ella se abrazó al varonil torso con las largas y torneadas piernas. Íñigo se dirigió con la preciosa carga hacia el borde del agua y la depositó sobre el lienzo. Ahora el aire se le antojaba cálido con respecto al agua.

La contempló, una vez más, a la luz de la luna, que bañaba con su magia aquello que iluminaba: luz extraña e íntima, que envolvía los objetos con un incierto halo de irrealidad. Eso era el pálido cuerpo que se le ofrecía sin reparo, un misterio que iba a desentrañar. Los largos cabellos albinos completaron la seducción. Sin prisa, recorrió la piel lunar, despertó placer allí por donde pasaban la boca o las manos. La carne adquirió vida, palpitó de deseo y exigió lo que le había sido negado. Las manos de Jana recorrieron el cuerpo cincelado por la guerra, piel imperfecta con numerosas cicatrices. Fue pródiga en besos y lenta en caricias, despertando el placer del caballero. Sobre el sedoso vello del pecho titilaban las gotas de agua que reflejaban la pálida luna. Íñigo exhaló un suspiro lleno de voluptuosidad, de entrega, cuando sintió la blanca y suave mano que rompía el lunar fulgor a su paso y sembraba el calor del deseo.

Cuerpos palpitantes y desnudos, ofrecidos al nocturno río que los envolvía y que, cómplice, escondía la pasión desatada. Besos salpicados, abrazos húmedos, pechos fríos de agua y erguidos de amor. Los amantes, olvidados de la oscura corriente que los contemplaba celosa, sólo sentían el fuego del corazón.

Jana se abrió como una flor para él, trémula de expectación; él se abrazó a ella y llenó el vacío del níveo vientre que lo aguardaba virgen. Jana gemía su nombre con cada embestida, él jadeaba palabras de amor, unidos en la ventura gozosa que libera la pasión, que colma los anhelos tanto tiempo reprimidos, entregando y recibiendo el néctar sagrado de la vida, con la luna por testigo y el río como lecho. Se separaron agotados, con la mirada sonriente y lánguida, conscientes del cambio que experimentaban sus vidas. Ya no serían los mismos, porque una parte de cada uno se había integrado en el otro con la aquiescencia de la naturaleza.

No muy lejos de allí, aulló el lobo, enamorado de la luna que llenaba el firmamento, ahíta de la luz que recibía del oculto sol y que, generosa, la devolvía con creces a la tierra.

Íñigo se vistió despacio, contemplando, sin recato ni pudor, cómo Jana se desenredaba el cabello, perlado de gotas luminiscentes que salpicaban el aire y rociaban la hierba que la rodeaba. La espigada silueta de la dama desafiaba a la noche, que había palidecido ante la plenitud de la luna, henchida de tanto amor. Se acercó con un

albornoz moro y la envolvió en él, al tiempo que la estrechaba contra el pecho.

—Regresamos a Clunia para recoger vuestras cosas y a Sinda. Es mi deseo desposaros cuanto antes, si vos me aceptáis. Ignoro si el rey estará de acuerdo, pero cuento con el beneplácito de mi señor y, para mí, es suficiente.

—¿Acaso dudáis de mis sentimientos? Yo también deseo los esponsales. Ya no sé vivir sin vos.

—¿Queréis terminar ya, por piedad? Estoy que me caigo de sueño.

La voz ronca de Galindo los devolvió a la realidad. Entre risas, como chiquillos sorprendidos en una falta, recogieron y marcharon detrás del gruñón, que abría paso a grandes zancadas y murmuraba diatribas contra los amantes.

Llegaron en silencio al árbol que habían escogido. Nuño y Yago roncaban a pierna suelta. Galindo se retiró a su sitio, entre los dos dormilones, sin cuidarse de nada más. Íñigo descubrió que no habían permanecido inactivos: un poco más apartado, había sido improvisado un lecho de hojarasca sobre el que habían extendido una manta y un par de capas; a los pies, había fruta, queso y aceitunas provenientes del robo. Comieron con fruición y se tendieron juntos, abrazados, como dos cuerpos tallados para que encajasen perfectamente. Hundió el rostro en el pálido cabello y el olor del jabón de resina de cedro invadió su imaginación y complació a sus sentidos. Pronto, el calor de ambos se mezcló y respiraron acompasadamente, como uno solo, olvidados del destino, sumergidos en el presente, abrigados con sueños de amor hecho realidad.

Íñigo se despertó antes que Jana y no se movió, rememorando la intimidad compartida, contemplando el rostro dormido, todavía de color indefinido entre violáceo y amarillo, pero con la dulce tranquilidad de quien se sabe amado. Sintió movimiento en el centro de los acampados y resolvió levantarse para cruzar unas palabras con el valiente Valerio. La arropó y se alejó en silencio.

—Ha quedado algo de queso —ofreció Valerio de pie, vigilando a los hombres que se desperezaban y se alejaban para aliviarse.

—¿Habéis salido detrás de ella sin vituallas? —Se extrañó y admiró a la vez Íñigo.

—Sí, ya sé que ha sido una imprudencia. Consideré que el tiempo era primordial. No nos llevaban mucha ventaja a juzgar por las huellas. Ayer divisamos el fuego, después de la tormenta.

—¿Cómo supisteis lo que había sucedido?

—Le enseñé la casa de un romano rico. Me hizo gracia la atracción que ejercían sobre ella las piedras milenarias, así que, cuando no la hallé en el lugar en el que quedamos, subí a buscarla. Encontré el arco y la aljaba. Llamé, aunque algo me decía que era en vano. Bajé y

exploramos hasta que encontramos huellas de un caballo que soportaba más peso del adecuado. Envié un hombre a avisar a Eutimio y seguimos en su persecución. Un caballo con doble carga no podía ser más rápido que los nuestros. El problema fue el Duero. ¿Por dónde habían cruzado? Para entonces, ya teníamos claro que era un solo hombre. Rastreamos los vados conocidos hasta que una cinta de sus calzas nos lo indicó. Curiosa mujer: no perdió el valor. Si dudábamos en alguna ocasión, una cinta nos mostraba el camino. Eso me animó a aventurarme por estos parajes dejados de la mano de Dios. Eso —recalcó, y lo miró fijamente antes de seguir— y el deseo de que rompáis la maldición que os persigue.

Íñigo sonrió abiertamente a su pesar. La sinceridad de Valerio lo había desarmado.

—¿Tanto se nota? Que mis hombres lo sepan no me sorprende, me conocen bien, pero vos sois muy joven y no hemos coincidido tanto.

—Cierto. Es ella quien no oculta sus sentimientos. Y muy ciego o estúpido seríais si no correspondierais a una mujer como ella. Es imposible no caer bajo el influjo de una voz cantarina, de unos ojos del color de los ríos, de la amabilidad de trato. Pero ¿qué voy a contaros en lo que no hayáis reparado? Os doy la enhorabuena.

—Quiero desposarla.

—Os merecéis la felicidad, pero antes debemos llegar. ¿Y cuál es vuestra historia?

—Regresábamos de Atienza cuando nos sorprendió la tormenta cerca del lugar donde nos encontrasteis.

Íñigo no dijo más, como si eso fuera suficiente; sin embargo, Valerio no debía de pensar lo mismo, pues aguardaba pacientemente.

—No voy a añadir nada más —aclaró, molesto—. No os lo creeríais.

—Probad. Cosas más raras he visto. ¿Tiene algo que ver con un lobo?

Las cejas de Íñigo se alzaron a la vez que volvía la mirada hacia el joven que sonría maliciosamente.

—Soy explorador. Controlo lo que sucede alrededor de Clunia. Eutimio confía en mí. Ese lobo apareció con vosotros y se fue con ella. Las huellas no engañan y también estaban en Clunia Sulpicia. ¿De verdad pensasteis que la dejé sola entre las ruinas? La vi con el lobo. Por cierto, uno de los muertos presentaba evidentes desgarros propios de una bestia y no de un acero.

—Os he infravalorado. ¿Qué puedo decir en mi descargo? Es una historia increíble. Ese lobo la sigue desde el río Luna, allá, por los montes de Asturias. El animal es libre: no ha crecido alimentado por su mano ni se acerca cuando está con gente. Sin embargo, cazan juntos y se respetan su parte de la caza. ¿No es de locos?

—No es la primera vez que oigo hablar sobre la amistad de un hombre con un lobo —comentó Valerio, pensativo—, pero nunca lo escuché de una mujer, lo cual no quiere decir nada.

—Galindo reconoció al lobo y nos condujo hasta ella. Habían asesinado a su hermano.

—El decapitado —aseveró Valerio, interesado.

—Sí. Y quien la raptó para ofrecérsela al emir de Zaragoza a cambio de un puesto en la guardia. Se disputaban a la mujer. Llegamos a tiempo por milagro divino.

—Me alegro. Es una mujer especial. Habría sido muy triste que sufriera algún daño.

—Os habéis fijado en ella —constató Íñigo, celoso.

—Reconoceréis que es imposible no hacerlo, no pasa desapercibida. Pero estoy casado. Aun así, no podéis impedir que la mayor parte de los hombres que nos acompañan sueñen con sus mieles.

—No, no puedo. Tenéis razón —suspiró Íñigo, resignado.

En media hora, habían recogido y abandonaban el amparo del bosquecillo. Antes de media mañana, vadearon el Duero con ayuda de una soga de cáñamo, más al oeste de San Esteban, y siguieron hacia el norte sin detenerse en ninguna de las fortalezas del camino. El alcaide de Clunia, seguramente, treparía por los muros del castillo de impaciencia ante la larga ausencia de la hueste de Valerio.

Otra noche los sorprendió en el camino, a escasas horas de Clunia. Encendieron un fuego, ya que se encontraban en territorio conocido y amigo. Comieron los escasos conejos y liebres que se cruzaron con ellos, con la esperanza de resarcirse en el castillo en cuanto llegaran. Íñigo se acostó junto a Jana, pero no compartieron lecho por decoro, y conscientes de que, aunque fueran discretos, decenas de ojos los contemplaban y murmuraban. Valerio era un hombre de mente despierta y ecuánime en sus ponderaciones, pero no todos los hombres poseían esas virtudes, e Íñigo no lo ignoraba.

De buena mañana, se encontraron con la ronda que sustituía a Valerio. Habían divisado el fuego y se aproximaron a realizar las averiguaciones pertinentes, pues una de sus funciones consistía en controlar el paso de las gentes por el lugar. Fueron recibidos por el desesperado alcaide, quien respiró cuando fue informado del rescate y del buen término de la aventura, y se alegró de los deseos del caballero del río Lobos de contraer matrimonio. Recordó la maldición que pesaba sobre el caballero y que, cada día que pasaba, era un desafío a que se repitiera la historia que, curiosamente, había estado a punto de suceder a causa del rapto de la doncella.

Por otra parte, Jana, una vez tranquilizada Sinda, intentaba convencer a Íñigo para que la acompañara a Clunia Sulpicia una vez

más.

—El lobo estará bien —trató de serenarla.

—No es el lobo. Debo recoger algo que quedó allí.

—El hombre que Valerio envió a dar aviso de vuestro secuestro trajo las armas.

—Sí, pero falta otra cosa de vital importancia —insistió Jana, nerviosa—. Un saco.

—¡Ah! El saco con vuestros perfumes y ungüentos.

—Sí —asintió Jana, con una sonrisa radiante.

Y entonces lo supo: Jana acababa de mentir por primera vez en su vida. Parecía una niña y no una mujer hecha y derecha. Íñigo sonrió ante la idea y también le picó la curiosidad sobre aquello que era tan importante como para que una persona arriesgara una mentira cuando la doblez no formaba parte de su naturaleza.

—Está bien. Iremos. Dentro de media hora en el patio.

15

Del castillo de Clunia al castillo de Ucero, septiembre, año 944.

Xana flotaba en una nube de felicidad. Con la misma fuerza con la que había vivido mimetizada con sus bosques, se había entregado al caballero castellano. La vida corría fuerte y desbocada por sus venas, con una intensidad que le producía vértigo, con un nuevo significado y un valor diferente. Había descubierto la fragilidad y la dureza de la misma, había aprendido a disfrutar el momento, había experimentado el antes y el después: el tiempo, palabra clave que había cobrado especial relevancia para su alma enamorada.

Por eso mismo, recordó el hallazgo en la ciudad romana. Lo que había desechado, ahora, cobraba importancia. Lo que no deseaba para ella lo quería para los suyos, de ahí el imperativo de recuperarlo. ¡Cuánta verdad había en la idea de Íñigo! Los muertos no necesitaban los bienes materiales y terrenales que, por el contrario, significaban la vida para los vivos. Sería su dote el día de los esponsales.

Con la ropa de viaje de Sinda, aunque le quedaba pequeña, bajó al patio, donde aguardaba Íñigo, fiel a su palabra, con sus amigos y los caballos. Entre el calzado y los calzones enseñaba un trozo de pierna, las mangas le llegaban casi al codo y la túnica sólo le cubría el trasero, pero no parecieron notarlo. Al verlos preparados, Xana recordó la importancia de los caprichos, aunque no se trataba de eso en esta ocasión. Era algo crucial para formar una familia.

—Regresaremos pronto —prometió. Nadie le hizo un reproche.

Con la tormenta de hacía dos días había reverdecido el campo. Salieron hacia la meseta que albergaba la ciudad romana, con teatro y termas incluidos que marcaban la importancia del asentamiento. Xana casi podía sentir el pulso de la ciudad en sus mejores tiempos mientras recorría la vía principal hacia el *foro*. Las *tabernae* con los productos que vendían expuestos y los gritos de oferta, los saludos entre los vecinos que vivían en paz y con un futuro asegurado.

—Fue una ciudad apasionada —comentó a Íñigo, que la seguía por los ruinosos vericuetos, mientras que los demás se quedaron a la puerta con las monturas.

—Si vos lo decís, os creeré —contestó Íñigo.

—Pensáis que he perdido el juicio —acusó Xana—, y en cierto modo así ha sido: por un valiente y apuesto guerrero que quiere desposarme, a pesar de mi aspecto y de mi edad.

—Me huelgo de ser el confidente de tan terrible secreto. Me siento en deuda, yo también os confiaré que he perdido toda prudencia por una extraña mujer, que me cautiva y rejuvenece y que no me ha rechazado, a pesar de la maldición que me sigue.

—¡Chist!¡Callad! —fingió alarma—. No convoquéis al mal. Los

buenos pensamientos atraen la buena suerte.

—¡Hum! Si pienso con amor, ¿atraeré al amor? —planteó Íñigo, divertido.

Xana clavó la verde mirada en los ojos marrones, se aproximó despacio, deleitándose con el instante, hasta que los labios se unieron. El caballero se mantuvo pasivo y ella los repasó con la punta de la lengua, los mordisqueó y besó. Se abrieron para ella y entraron en un juego delicioso. En medio de la ciudad muerta, invocaban la pasión de la vida. Cuando sintió que los fuertes brazos del guerrero la estrechaban, Xana recuperó los sentidos y, consciente de que los aguardaban, se retiró.

—Pues, sí. Me habéis convencido. Pensaré más frecuentemente en el amor —prometió Íñigo.

Xana entró en la mansión de los suelos bonitos y, sin esperar al castellano, se introdujo en el aposento donde se escondía el tesoro. Íñigo se quedó en el vano y observó cómo se inclinaba en el agujero del suelo y alzaba un saco oscuro y polvoriento.

—¿De qué se trata? Evidentemente, no son vuestros perfumes.

—No seáis curioso. Es un secreto que no os voy a desvelar por el momento. ¿Os lo creísteis?

—Mentís muy mal.

Xana sonrió con el saco en la mano e inició la retirada.

—Prometí que regresaríamos pronto.

—Estamos cansados y deseosos de llegar a casa —justificó Íñigo.

Xana ignoró la muda interrogación entre los amigos y el encogimiento de hombros de Íñigo por toda explicación. Ella dictaba las normas y ellos seguían el juego. Regresaron al castillo y, como era tarde para partir hacia Ucero, pasaron el resto del día haraganeando y presenciando los preparativos para el invierno.

Poco antes del amanecer, un revuelo en el castillo espabiló a Xana.

—Sinda, ¿no oís? ¿Qué sucede?

—Voy a informarme, mi señora.

Mientras Sinda bajaba los escalones de madera, Xana, con un mal presentimiento en el corazón, se vistió las cortas ropas de caza que llevó a la ciudad romana. Según descendía, tropezó con Sinda que subía angustiada.

—Ha llegado un joven con una terrible nueva: están atacando el castillo de Ucero. Los hombres se aprestan para enviar ayuda. Es una locura y no he conseguido enterarme de más.

—Voy a ver si tengo más suerte —decidió Xana.

Era el castillo de la familia de Íñigo, sus seres queridos corrían peligro y seguro que él encabezaría la hueste. En el salón principal, un muchacho apuraba un cuenco de leche con tropiezos de pan duro. Se lo veía agotado. Era el heraldo.

—¿Sois el chico de Ucero?

El muchacho se quedó pasmado, observándola sin ningún recato. Xana había olvidado el efecto que causaba su apariencia y trató de ganar tiempo.

—No soy un fantasma. ¿Qué ha sucedido allí? —insistió.

—No lo sé —dijo recuperando el habla—. Unos cristianos reclaman a una mujer que no conocemos. Amenazan con destruir todo si no la entregamos. Gracias a Dios se encuentra aquí el tío Íñigo.

—¿El tío Íñigo? —repitió Xana, incrédula.

—Sí, señora. Mi madre es su hermana.

En ese momento entraron en el salón Íñigo y Eutimio.

—¡Jana! Ha sucedido algo muy grave que me obliga a dejaros aquí. Volveré por vos.

—Mi señor, también vos mentís muy mal. Abieno amenaza a vuestra familia por mi causa. Está claro que mi familia es un lastre demasiado amargo que no me dejará en paz. Debo acudir inmediatamente, antes de que suceda algo irreparable.

—Os quedaréis aquí —ordenó en un tono que no admitía réplica.

—O me lleváis con vos o me escaparé —retó Xana—. No podréis detenerme, no cuando soy la responsable de la situación. Llevadme —cambió el tono de reto por el de súplica—, igual mi presencia logra paliar el problema.

Xana intuyó la duda en el caballero y supo que había ganado; sin embargo, aguardó el permiso.

—Está bien. Espero no equivocarme. Apresuraos.

Xana corrió por la bolsa de aseo y el saco del tesoro. Abieno era avaricioso y, a lo mejor, conseguía comprar su libertad. Se encontró con Sinda, quien la aguardaba con el equipaje hecho.

—Esta vez no me dejaréis atrás —aseguró la muchacha valientemente—. Lo pasé muy mal cuando os secuestraron. Prefiero mantenerme a vuestra vera por si soy útil.

—Vamos. Espero que los castellanos no se opongan.

En el patio de armas era tal el barullo que nadie se percató de la presencia de Sinda o pensaron que ayudaba a su señora. Ató las bolsas a la montura y revisó la aljaba, que se colgó atravesada sobre el cuerpo. Subió al caballo y divisó al muchacho, que la contemplaba asombrado, sobre una descansada montura. Sinda se había puesto el albornoz que había llevado Xana y se echó la capucha para que nadie se fijara en ella. La voz de Íñigo tronó por encima de los relinchos y las voces de los hombres, y comenzaron a salir por la puerta hacia la llanura, rumbo al este, por donde se alzaba el sol en esos instantes, camino del castillo de Ucero.

El redoblar de las pezuñas sobre la tierra resonó en la planicie. Marchaban al galope con el fresco del amanecer; más adelante,

cuando el calor apretase, tendrían que ralentizar el paso. Xana divisó el casco de Íñigo, quien abría la marcha junto con su sobrino. Lo seguían Valerio y Galindo, junto con otros hombres que desconocía. Sinda, a su lado, no emitía una queja y mantenía el paso; detrás descubrió a los que faltaban: Nuño y Yago, que las escoltaban.

Siguieron el río Espeja y, luego, uno de sus afluentes hasta la orilla del río Pilde, donde se detuvieron para dar tregua a los caballos. Xana no perdió de vista a Íñigo mientras éste se movía entre los hombres. Exceptuando a Nuño y Yago, nadie se acercó a ellas.

—¿Qué ocurre? —indagó Xana.

—Son dos días a caballo y quiere hacerlo en día y medio. Será una jornada larga —contestó Nuño.

Parte de la tarde avanzaron a pie para que descansaran los animales, y cuando refrescó con la caída de la tarde, montaron y galoparon hasta la corriente del Perales. Ya de noche, apuraron hasta el arroyo Cejos.

—¡Uf! Ya le entró en la mollera que hay que descansar, si no, mañana no podremos aguantar la espada —se quejó Nuño desmontando.

Xana y Sinda guardaron silencio, aunque sus movimientos delataban el cansancio. En la otra punta del improvisado campamento, Íñigo no dejaba de dar órdenes y de organizar guardias. Xana y Sinda comieron queso, uvas y embutido de carne de cerdo que llevaban Nuño y Yago.

—Deberíais haber avisado de que llevábamos una invitada —reprochó Nuño amablemente.

—Si lo hubiera hecho, no estaría aquí —replicó Xana sin resquemor.

—También es cierto —reconoció el hombre—, porque no debería estar aquí. Esto es una acción de guerra y no acostumbramos a llevar a las mujeres a la lucha.

—Mi presencia es para evitar el enfrentamiento —aclaró Xana.

—Analizad la situación: ¿tan importante sois para vuestro hermano? Fijaos que está quebrantando todas las leyes y asedia una fortificación cristiana. Mucho tiene que haber en juego para semejante acción.

—Ya lo he pensado y no encuentro la respuesta, pero, si Abieno se ha molestado tanto, es que la hay, tenedlo por seguro —se empecinó Xana.

El tardío campamento se calmó pronto; había que aprovechar las pocas horas que quedaban para dormir. Xana, como los demás, se envolvió en la capa y apoyó la cabeza en el brazo. Cuando empezaba a quedarse adormilada, la llegada de Íñigo la espabiló. Escuchó el ruido metálico de la loriga y el casco cuando cayeron, abandonados, sobre la

hierba; luego, lo sintió echarse a su espalda y, sin cruzar una palabra, se abrazó a ella. Xana oyó un profundo y relajado suspiro que le encrespó el vello y se estremeció de placer.

—Si no dormís, yo tampoco podré hacerlo —gruñó el hombre de los ojos marrones.

¿Cómo iba a dormir cuando cada poro de su piel aguardaba expectante una caricia? La mano del brazo que la cruzaba cobró vida y tanteó hasta dar con uno de los pechos, que comenzó a acariciar suavemente para deslizarse por el vientre. Con la respiración agitada y una sonrisa en la boca, notó cómo le regalaba besos que semejaban suspiros por el cuello.

—Dormid, mi amor, os compensaré cuando estemos solos. —La voz grave de Íñigo la sumió en voluptuosos sueños a la luz de la luna, en el remanso de un río en el que perdió la virginidad.

Se despertó sola, con el ruido del trajín de las armas y de los caballos, a los que ensillaban para la nueva y decisiva jornada. Esa mañana cruzaron la corriente del Rejas y, al sureste de las Tres Charcas, enfilaron un pequeño paso hacia el Ucero. El cielo se hallaba cubierto de nubes que no auguraban nada bueno, aunque el aire se mantenía templado. Avanzaban despacio, aguardando las noticias de los exploradores que había enviado por delante. Los hombres llevaban las lorigas y los cascos de cervellera con los protectores para la nariz. Las armas preparadas para disponer de ellas en cuanto fuera menester. En silencio, concentrados en la tarea que se avecinaba, cabalgaban atentos a cualquier signo de peligro.

Los exploradores regresaron y se detuvieron. Desde la retaguardia, lo más que alcanzaba a ver era la ancha espalda de Íñigo, que mantenía el nervio de su corcel con brazo de hierro. El castellano escuchó lo que le contaron y cambió impresiones con Galindo. Reiniciaron la marcha; sin embargo, Galindo se echó hacia un lado con el muchacho y aguardaron a que todos desfilaran por delante hasta que llegaron a su altura. El muchacho se situó junto a las mujeres y Galindo se quedó detrás con sus compañeros. Xana quiso saber de qué hablaban, pero el chico lo impidió con la conversación.

—Así que sois la nueva mujer de mi tío. —La abordó con total desparpajo.

—Lo decís de una forma que no suena muy bien —sonrió Xana—. Quien no lo conozca interpretará que cambia de mujer con la misma facilidad que de opinión.

—No cambia, se mueren.

El chico acaparó por completo la atención de Xana, quien entrecerró los ojos y escrutó el rostro adolescente en busca de algún rastro de inquina por su parte.

—¿Por qué os mostráis tan rudo conmigo? No me conocéis.

—Para que dejéis de interesaros por la charla que tiene lugar detrás —confesó el chico, con una sonrisa maliciosa.

Xana rio con ganas ante la desfachatez del adolescente.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Diego, soy el mayor de los nietos y, mientras el tío Íñigo no tenga hijos, el heredero del castillo.

—¡Ah! De ahí viene vuestro resquemor.

—¿Resquemor? Desde que os he visto me vence la intriga: ¿cómo serán los primos que engendrarán un lobo y una anjana?

—¿Un lobo? —repitió Xana con inquietud.

—Mi tío. Nuestro emblema es un lobo, por el río; y vos sois una anjana.

—¿Os gustan las historias? Sois lo suficientemente mayor para comprender la diferencia entre la realidad y la fantasía.

—¿No os lo han dicho? Soy el contador oficial de historias del cañón del río Lobos y del Ucero.

—Me ha hablado muy poco de vuestra familia —reconoció Xana.

—Mi madre es la mayor, se llama Aldonza y manda más que el alcaide de Ucero, mi abuelo Martín, según las palabras de mi padre, el caballero Ansuro. Tengo cuatro hermanos: Pero, Fortún, Elvira y Leonor. La segunda es mi tía Paterna, la que se encarga de la granja, casada con García, un labriego. Han tenido mala suerte y sólo viven dos hijos: Sol y Álvaro. Todos los queremos mucho. Y, finalmente, el pequeño y vagabundo de la familia, al que ya conocéis. Levantaréis una gran expectación en el castillo porque están muy preocupados por él. Desean que siente la cabeza y que deje de jugarse la vida por tierras de infieles, pero ninguna mujer lo quiere. Sin embargo, vos sois una anjana y podéis romper hechizos.

—Me llamo Xana por una mente tan calenturienta como la vuestra: mi padre. Pero lamento defraudaros, no rompo nada porque soy un hada de mentira.

—Pues seguid mintiendo —exigió muy serio el muchacho—, no podéis dejarme mal ante mi audiencia. Ya corren por mi mente mil historias sobre vos. ¿De dónde venís?

—De un lugar muy lejano, de otro castillo a orillas del río Luna.

—¿En serio? —exclamó el chico, con los ojos desorbitados—. Demasiada casualidad. ¡Oh! Ya imagino cómo titularé mi historia: *La doncella del río Luna y el caballero del río Lobos.*

Xana sonrió ampliamente a la vez que meneaba la cabeza ante la desbordante pasión de Diego, el juglar, como lo apodó desde ese momento.

No obstante, Diego había cumplido su misión y la dama no se enteró de la trama que se estaba entretejiendo a su alrededor. Ni loco iba a permitir el tío Íñigo que la anjana, que le había robado el

corazón, quedara al alcance de unos hombres que exigían la devolución de la mujer con las armas en la mano. Y ahora que la había visto, tampoco lo consentiría él. Lo tenían por muy joven, a sus catorce años, pero ya superaba con la espada al abuelo Martín en el patio del castillo.

Entre suaves y rocosas lomas, llegaron al valle del Ucero. Ya se oía el movimiento de tropa y les alcanzaba el olor a quemado. Con el corazón en un puño, se asomaron al paisaje calcinado del valle, en el que todavía se oía el crepitar de alguna brasa que no había concluido su trabajo. Xana no vislumbraba el castillo, que se escondía en una revuelta del camino. La columna se detuvo e Íñigo volvió la cabeza hacia donde se encontraba ella. Xana lo ignoraba, pero era una despedida.

Nuño se adelantó, se inclinó sobre el caballo y le arrebató las riendas de las manos. Xana, prendida de la mirada de Íñigo, no reaccionó hasta que Íñigo instigó a su montura y todos lo siguieron. Retenida, se quedó con Sinda, Diego, Nuño y Yago, ya que Galindo marchó con los demás.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no vamos con ellos? —preguntó, preocupada a la vez que intentaba recuperar el control del caballo.

—Nosotros tenemos otra misión —contestó Nuño—. El chico nos introducirá en el castillo.

—¿Entrar en el castillo? Pero si Abieno está fuera —explicó lo que ya sabían—. ¿Para qué necesito entrar en el castillo?

Al mismo tiempo que formulaba la pregunta, se le abrió la mente.

—¡Yo no quiero estar a salvo en el castillo mientras otros luchan por mí!

—Vuestros deseos, en esta ocasión, no serán cumplidos —respondió Diego.

—O venís por voluntad u os amarro —amenazó Nuño—. Cuento con el permiso de vuestro señor para introduciros en el castillo de la forma que sea. Vos elegís.

—Todavía no es mi señor —declaró Xana, altiva.

—Sí a nuestros ojos, puesto que habéis compartido lecho. El sacerdote es un trámite que se soluciona cuando se encuentra uno o cuando se dispone de tiempo, como en vuestro caso.

—Es imposible mantener un secreto —se quejó Xana, derrotada.

—Sobre todo uno tan importante —matizó Nuño, con una pícara sonrisa—. Sed consecuente con vuestras acciones, podríais llevar en vuestro seno al futuro heredero de Ucero.

—Lo soy, y mi deseo es evitar un derramamiento inútil de sangre.

—Eso queda fuera de vuestro alcance. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Las huestes asaltantes fijarán los ojos en la tropa de Íñigo y descuidarán otras zonas. Apresurémonos.

—Así que ése es el plan. Servir de distracción, mientras yo me pongo a salvo.

—Parte de él —matizó Diego, quien no dio lugar a réplica al azuzar la montura.

Xana se vio obligada a seguirlo porque Nuño no le devolvió las riendas. Antes de llegar a la zona quemada, dejaron los caballos atados y cargaron con las armas y las bolsas.

—Hay que seguir a pie y de prisa. Pueden vernos desde arriba —indicó Diego.

Siguieron el río hasta la confluencia con el Chico, que llegaba encajonado por altos riscos y lamía la ladera por la que habían de subir. Divisaron las tropas de asedio que se asentaban al otro lado del cortado, por donde se ubicaba el acceso al castillo.

—¿Pretendéis que trepemos por la pared rocosa? —Xana se inquietó por Sinda.

—No será necesario —rechazó Diego, que abría la marcha. Nuño vigilaba la retirada de la dama—. Hay un pasadizo que nos conducirá al interior.

Rodearon un peñón calcáreo que el río abrazaba en una curva muy cerrada y el castillo apareció en lo alto. A Xana se le aceleró el corazón al recordar que era el hogar de su caballero. El muchacho comenzó a trepar por la ladera con ligereza y desapareció detrás de unos arbustos. Xana dudó un momento. Si entraba, no la dejarían salir y no podría terminar con el altercado. Los campos quemados ya hablaban del mal que Abieno había infligido a esas gentes por su causa. Sin embargo, un suave empujón de Nuño le recordó la situación en la que se hallaba, así que se introdujo en el angosto pasadizo que ascendía de forma pronunciada.

Diego acababa de encender una tea con la que los guiaría. Había sido construido con la eficacia romana, con lajas de sillarejo y calicanto. El ancho era constante, de algo más de un metro, pero la altura oscilaba entre los dos metros, que permitía a Xana caminar con comodidad, y el metro y medio, que la obligaba a agacharse. A los pocos minutos, el olor de la tierra, los tropezones a causa de la penumbra y el aire viciado le hicieron sudar. Eran cuatro adultos y un muchacho que jadeaban con el ejercicio y consumían el escaso aire que corría.

Nuño maldijo por lo bajo tras un gemido de dolor.

—¿Ni una antorcha de más? ¿Tan rácano es vuestro abuelo?

Cuanto más atrás, mayor era la penumbra; así que Xana continuó escuchando los juramentos de Nuño, demasiado corpulento para un lugar tan estrecho. Lo seguían Sinda y Yago, quien cerraba la comitiva.

Tras unos minutos, que se alargaron lo indecible al encontrarse en

malas condiciones, llegaron el ansiado aire y una tenue luz natural que anunciaban el final de sus tribulaciones. Diego asomó y Xana oyó el griterío de unos niños que se abrazaron a él. Salió ella y los niños enmudecieron, observándola con los ojos como platos. Nuño apareció entre jadeos y se quedó a mitad de una nueva maldición cuando se percató de que había público.

—¡Loado sea el Señor! ¡Diego ha regresado sano y salvo!

La exclamación de una mujer de pelo entrecano, recogido bajo una crespina, y con un delantal a la cintura, que protegía un fino vestido de lana, concentró las miradas de los hombres de los adarves en el patio. La mujer se precipitó sobre el chico al que abrazó, sin dejar de contemplar a los acompañantes de Diego, que se sacudían el polvo del túnel y no dejaban de parpadear para acostumbrar los ojos a la radiante luz del día.

—¡Madre! No me avergoncéis que ya tengo edad para luchar —protestó Diego.

Un hombre, con un abundante cabello blanco y surcado por múltiples arrugas, bajó de la muralla, vestido con la loriga y la espada colgada del cinto. A pesar de la edad, caminaba erguido y con el paso ágil. Según se aproximaba, Xana apreció el parecido con su hijo Íñigo: el rostro de frente ancha, pómulos altos y afilada barbilla, oculta por una barba recortada y tan blanca como el pelo. Los ojos marrones mostraban la misma pasión e intensidad que los del hijo.

—Vos sois la desconocida dama, cuya entrega nos exige el loco de ahí fuera. ¿Me podéis explicar qué sucede? —rugió con voz colérica, dirigiéndose a Nuño, a quien parecía conocer de sobra.

Nuño carraspeó cohibido, antes de responder.

—Os presento a Jana Flaínez, del castillo de Luna, en tierras de León, y futura esposa de vuestro hijo —aclaró de corrido.

El viejo Martín entrecerró los ojos y observó a la alta, blanca y rubia mujer que se erguía delante con evidente curiosidad. A él se sumaron, la madre de Diego y algunas personas más que se aproximaron para enterarse de lo que ocurría. Xana soportó el escrutinio sin decir palabra, sintiéndose culpable de la situación en que había colocado a la familia de Íñigo.

16

Asedio al castillo de Ucero, septiembre, año 944.

La mujer más joven y menuda del grupo rompió el silencio que se había instalado entre los habitantes del castillo.

—Disculpad los rudos modales de mi padre. Hoy no es un día muy alegre para él, como podéis comprobar —justificó la que debía de ser Paterna, a juicio de Xana.

—¡Ja! —protestó irónico el señor de Ucero—. ¡Que me quemen la cosecha los infieles lo puedo comprender! Pero ¿que sean cristianos…? ¡Y por una mujer!

—Acompañadme a asearos —ofreció Paterna sin escuchar a su padre, y la condujo a la torre principal.

Xana se fijó en la robusta fábrica de la torre con las esquinas de sillería y una hilera de ménsulas que soportaban el almenado, ocupado en esos momentos por algunos arqueros que permanecían atentos a las evoluciones del enemigo más allá de los muros.

Xana, cohibida por el recibimiento de su futuro suegro, la siguió, aunque llegó a escuchar parte del interrogatorio a Nuño.

—¿Por qué se ha visto obligado mi hijo a dar su palabra a una mujer problemática? —espetó el viejo.

—No está obligado —rechazó enérgicamente Nuño—, está enamorado. Y os recomiendo que contengáis vuestra lengua, mi señor, porque es una gran mujer.

Xana agradeció la calurosa defensa de Nuño, aunque la respuesta del señor le hizo fruncir el entrecejo.

—Compruebo que ha sorbido el seso de todo el grupo.

Entró en la torre, seguida de Sinda, y ya no oyó más.

—No tengáis en cuenta las palabras de mi padre. Presenciar cómo ardían las cosechas y los campos de alrededor lo ha soliviantado. Eso y la prisión de Fernán González. Últimamente, soportamos sus diatribas políticas.

—Comprendo lo que supone para vosotros semejante ataque por parte de mi familia…

—¿Vuestra familia? Me pareció entender que sois doncella.

Paterna dio aviso a una mujer para que les procurase una palangana y paños limpios y que los llevase a la cámara del joven señor, en el primer piso.

—Os instalaréis en la planta de Íñigo, por el momento. La última la conserva mi padre.

—Soy doncella. Todavía no he contraído matrimonio —confirmó Xana.

—Como decís que sois familia del energúmeno de ahí fuera.

—Así es. Abieno es mi hermano mayor y actual señor de Luna —

aclaró Xana.

—¡Hum! Aquí hay algún malentendido —declaró Paterna, contemplándola dubitativamente—. El señor de ahí fuera ha proclamado que es el hijo del actual conde de Castilla, de ahí que mi padre eche fuego como si fuera un dragón.

—¡Ah! No es Abieno.

Xana se desinfló y sintió cómo se le quitaba un peso de encima. Que fuera el necio de Tello Ansúrez no mejoraba las cosas, pero no era familia y la liberó de parte de la culpa.

—¿Eso mejora la situación? Exige vuestra entrega y grita que lo hace en nombre del conde de Castilla, su padre, es decir, que nos declara rebeldes a nuestro señor y nos amenaza con privarnos de nuestros bienes alodiales, como ha hecho Ramiro con Fernán González —explicó Paterna, consternada por la delicada posición en la que se encontraban.

—Lo lamento, pero no está en su mano el poder sobre mí, sino en la del propio rey Ramiro, quien ha delegado en Fernán González y éste a su vez en vuestro hermano. Creo que Tello ha sobrepasado sus atribuciones y que pagará cara su osadía. Él cree que lucha contra Íñigo, pero en realidad está contraviniendo una disposición del propio rey. Lo que digo está escrito. Vuestro hermano deshará el malentendido.

Xana terminó de asearse y dejó paso a Sinda para que hiciera lo mismo. Cuando se volvió, se encontró con Aldonza, quien se había reunido con ellas.

—¿Decís que estamos padeciendo un malentendido? —exclamó horrorizada la mayor—. Tiene que saberlo nuestro padre. ¡Ay, Señor, Señor!

Bajaron para reunirse con los hombres en el patio de armas. Se encontraron con el señor del castillo más enfadado, si cabía, después de haber sido informado por Nuño y Yago de las circunstancias que rodeaban al asunto.

—¡Malditos Ansúrez! Roban tierras a los castellanos, deponen a nuestro conde y codician a nuestras mujeres. ¿Hasta cuándo vamos a soportar esta tiranía? Se va a ir con las manos vacías ese Tello Ansúrez. Vamos a ver qué está pasando allí.

Martín Muñoz se abrió paso hasta el pie de la muralla y ascendió con agilidad las escaleras que conducían al adarve interior. Los hombres, con los arcos en la mano, le hicieron un hueco para que observara la llanura.

Xana se volvió a Paterna en muda súplica. Ésta comprendió el deseo de la mujer y la guio hacia un lado de la muralla por el que se asomaban los niños y las mujeres mientras no se llevara a cabo el asalto. Desde allí, contempló la hueste de Tello, asentada delante de la

muralla, en la explanada lateral, ya que frente a la puerta de acceso se elevaba una loma que los impedía mantenerse a cubierto. Sobre ésta, había diseminado a los arqueros para que, parapetados en la altura, impidieran el libre movimiento por las explanadas del castillo con sus flechas.

Se fijó en el sistema de rampas y en un foso interior que habían ingeniado entre la primera muralla defensiva, confeccionada con troncos, y la muralla más alta e importante del recinto fortificado, con base de piedra y troncos en la parte superior. El puente levadizo salvaba el foso que separaba la muralla exterior de la interior y mantenía el núcleo aislado. Había oído hablar a su padre sobre la dificultad de asaltar un castillo, porque se requerían complicados aparatos y no siempre estaba asegurado el triunfo. El asedio, aunque era largo y costoso, resultaba menos incierto, pues lo rendían por hambre. El caso de Ucero, a causa del pasadizo que desconocían los enemigos, tampoco sería ése, por lo que se alegró al comprobar que las gentes se hallaban bien guardadas y así se lo manifestó a Paterna, quien acogió orgullosa sus palabras.

Más allá de la tropa enemiga, se vislumbraban las fuerzas de Clunia, que cortaban la retirada a los atacantes. Lo inquietante de la situación era la falta de información sobre lo que sucedía entre las dos huestes.

Íñigo procuró que las huestes enemigas se enterasen de la llegada de refuerzos. Confiaba en solucionar el malentendido sin llegar a las armas, aunque le dolía contemplar los campos arrasados e imaginar las penurias que pasarían ese invierno sus seres queridos. No quería pensar en su padre y en la impotente desesperación con la que habría afrontado la quema desde las empalizadas. Mientras los ojos de los leoneses se mantuvieran fijos en las evoluciones de los de Clunia, Nuño y Diego tendrían ocasión de acceder al cobijo de los muros por el pasadizo sobre el río Chico.

El competente Valerio dispuso la tropa al pie de la ligera elevación que conducía a la fortaleza para controlar la retaguardia del leonés. Sin embargo, algo no casaba con la idea que tenía.

—¡No son pendones leoneses, sino castellanos! —exclamó Galindo, extrañado.

—Puede tratarse de alguna argucia para conseguir que les franquearan la entrada a la fortaleza —aventuró Valerio, tan sorprendido como los demás.

—Pronto saldremos de dudas —determinó Íñigo, serio—. Enviaremos un mensajero para que concierte una entrevista.

—Cualquier cosa con tal de ganar tiempo para dar lugar a que lleguen los refuerzos de Osma, aunque igual el Señor nos asiste y se

desata la tormenta que se está fraguando —aprobó Valerio observando el cielo, antes despejado y cada vez más cubierto—. La vista de una fuerza superior suele ser suficiente para que desistan de su empeño y se plieguen a aceptar una salida razonable.

—¿Razonable? ¿Después de este descalabro? —se quejó Galindo—. ¿A quién se le ocurre dejar sin alimento a una población? Habrá que pedir cuentas al rey sobre las tropelías de sus caballeros.

—Vayamos por partes —templó el ambiente Íñigo, quien tampoco se hallaba muy tranquilo—. Lo primero: el mensajero.

—Iré yo —se ofreció Galindo—. Así comprobaré si son leoneses o castellanos.

—Lo segundo: el mensaje —continuó Íñigo—. El encuentro tendrá lugar en la explanada que queda al oeste de la fortaleza; solos o acompañados por dos caballeros de confianza.

—Perfecto —asintió Valerio—. Hay buena visibilidad desde cualquiera de los dos bandos, incluso desde el castillo, y el cortado vertical hacia el río asegura privacidad.

Galindo se adelantó en solitario hasta la mitad del campo, que coincidía con la entrada del castillo, y aguardó a que los rivales enviaran a su mensajero. El cielo había ganado en nubes bajas y plomizas que oscurecían el día y presagiaban la fuerte tormenta pronosticada por Valerio. El aire, estático, cálido y agobiante, no ayudaba a los hombres vestidos con los gambesones y las lorigas, bajo las que sudaban copiosamente. El verano se despedía con sequía y altas temperaturas. Galindo se pasaba la mano por la frente para aliviarla del calor que concentraban el almófar y el casco, cuando distinguió al enviado del campo contrario, que se aproximaba a buen paso. Cuál no fue su sorpresa cuando reconoció al hombre, un castellano junto al que había luchado en alguna ocasión.

—¿Desde cuándo lucháis al lado de los leoneses? —inquirió Galindo, tras los saludos de cortesía.

—¿Leoneses? ¿Qué leoneses? —se extrañó el caballero.

—Pues, ¿quién es vuestro señor? —indagó Galindo, desorientado.

—Tello Ansúrez.

A Galindo se le hizo la luz. Era el prometido burlado de la doncella, al que se la habían arrebatado delante de sus narices.

—Mi señor, Íñigo Martínez, quiere mantener una conversación con el vuestro, en la explanada al oeste del castillo: a la vista de todos. Solos o acompañados por dos caballeros de su confianza.

—Entre nosotros, prefiero transmitirle a mi señor que sea acompañado de dos caballeros. Hay desacuerdo en el campo de Ansúrez. La quema de cultivos es inaceptable entre cristianos que luchamos codo con codo contra el infiel que nos acosa.

—Difícil situación la de obedecer a un señor que no mide las

consecuencias de sus actos —convino Galindo, adoptando una actitud comprensiva.

Se retiraron ambos para dejar el campo libre a los señores. Galindo regresó con las nuevas y se reunió con Íñigo y Valerio.

—¿Tello Ansúrez? —se extrañó Íñigo.

—Es el prometido burlado —recordó Galindo.

—Lo sé perfectamente. Por su posición debería haber acudido al conde y no quemar parte del territorio que le corresponde a su padre como señor de Castilla. ¿Es así como piensan someter la lealtad de los castellanos? ¿Matándonos de hambre?

Íñigo estaba fuera de sí. Nada había sucedido como había planeado Fernán González. En lugar de ir contra Abieno, contra la casa de Luna, la había emprendido contra los captores. ¿Cómo se había enterado? No era tan difícil. Recordó que habían cruzado Castilla y, tanto la mujer, por llamativa, como él mismo, por conocido, habían despertado la expectación por donde habían pasado.

Suspiró, cerró los ojos y buscó atemperar la impotencia y la rabia que le habían producido los hechos. No se podía desandar lo andado, así que sólo cabía seguir adelante.

—Hay movimiento entre las líneas contrarias —anunció Galindo—. Parece que se preparan para la cita. Yo os acompaño.

—Vamos allá —dijo Íñigo.

—Yo seré el segundo acompañante —se apuntó Valerio.

—¿Y si hay traición? —planteó Íñigo.

—Han divisado a la hueste de Osma. Enseguida llegarán. El número bastará para que se lo piensen antes de seguir adelante —respondió Valerio.

—Eso espero —confió Íñigo.

Salieron los tres andando hacia el punto de reunión al mismo tiempo en que iniciaron la marcha desde la otra parte. A causa de las largas ausencias, Íñigo carecía de información acerca de la clase de hombre que era Tello Ansúrez.

—¿Conocéis al hijo del conde? ¿Qué me podéis decir de él?

—Tampoco lo conozco personalmente, pero no lo acompaña buena fama —contestó Valerio—. Resulta significativo que nunca esté al lado del padre, aunque desconozco la causa.

Llegaron a la explanada al mismo tiempo, bajo un cielo tan oscuro que parecía de noche. Se miraron con desconfianza los dos contendientes. Íñigo aguardó, ya que era el ofendido, las explicaciones del ofensor.

—¿Os avenís a razones? —inquirió Tello, impaciente.

—¿A qué razones? Acabo de llegar y encuentro mis tierras asoladas.

—Es el castigo por robar lo que no os pertenece. Entregadme a la

mujer.

—¿Desde cuándo os asiste el poder de premiar o castigar? Esto es una acción arbitraria contra otro señor y exigiré una satisfacción ante el rey. No os quepa duda.

—Mi padre es quien dirime las disputas en Castilla. Además, vuestro Fernán González está acabado.

—Dudo que a vuestro padre le haga gracia que hayáis desatendido los deseos del rey.

—¿De qué habláis?

—La doncella del río Luna está bajo la tutela del rey Ramiro por disposición de su padre. Ramiro delegó la tutela en Fernán González, así que si alguien se encuentra en una posición difícil sois vos.

—Eso es mentira. Su familia me la entregó de buena ley —alegó, violento, el de Monzón.

—No de tan buena ley cuando no respetaron la tutela de la doncella.

—Se os ha visto con ella en Lerma y no parecíais inmune a sus encantos. Os habéis encaprichado de ella, pero no os pertenece. ¿Me la entregaréis?

—Imposible. La he desposado como se dijo, ya que depositaron su vida en mis manos —mintió, impasible, Íñigo.

—¡Miserable! —exclamó Tello, rojo de ira—. Se va a quedar viuda en unos minutos.

Unió las palabras a la acción y desenvainó la espada con una rapidez prodigiosa. Íñigo retrocedió para ganar tiempo y sacar la suya. Los caballeros que flanqueaban a Tello mantuvieron a raya a Valerio y a Galindo, a quienes no les dio tiempo de defenderse y se vieron arrinconados hacia el lado del tajo vertical sobre el río Ucero.

Una vez con la espada en la mano, Íñigo aseguró los pies sobre el suelo y aguardó el golpe de Tello, quien arremetió con la fuerza de las dos manos. Desvió el primer golpe y recuperó la defensa. Si el contrario mantenía el odio, sería fácil derrotarlo, porque se agotaría antes. Así que lo avivó, en lugar de atemperarlo.

—Lamento deciros que ya no seréis el primero en acariciar la blanca y sedosa piel.

—¡No me importa! —gritó Tello, con la espada dispuesta para el ataque—. Lo que quiero es someterla a mi placer, humillarla hasta que llore y pida piedad.

El plan de Íñigo se volvió contra él al escuchar los violentos deseos del supuesto prometido burlado. Lanzó un ataque por lo bajo que casi le costó un disgusto, pues la espada de Tello le pasó a un dedo del cuello. Los contendientes recuperaron el equilibrio y se miraron con un odio feroz.

—Así que sois sensible a las caricias de la pálida zorra. Desde hace

años deseo tenerla bajo mi poder. La ataré a un lecho y la poseeré de todas las formas posibles. —Sonrió forzadamente, con la satisfacción de quien no ignora el daño que hace.

Íñigo intentó que esas imágenes no se le formaran en la mente. Eran palabras de un demente, de un hombre que disfrutaba con el dolor. No era la primera vez que lo veía. Un ataque sobre una aldea despertaba los bajos instintos de los hombres, que hacían realidad las mayores salvajadas sin importar sexo o edad.

Volvieron a cruzar el hierro ante la expectación de los dos bandos, que se aproximaron hasta donde pudieron para presenciar la liza entre los adalides. En ese momento, un relámpago los deslumbró y el cielo tronó de tal forma que el suelo tembló. Una ráfaga de aire los azotó y trajo la lluvia copiosa, pero no fue suficiente para que los dos contendientes depusieran las espadas; por el contrario, redoblaron los esfuerzos. El ruido metálico se perdió en medio de los truenos, como si el mismo cielo maldijera la lucha fratricida entre hombres de un mismo credo.

Ya no abrieron la boca, ahorraron fuerzas para dar la estocada final. Atacaron y defendieron en dos ocasiones más, hasta que Íñigo resbaló sobre la hierba húmeda y la tierra encharcada. Desde la media altura, detuvo la espada de Tello, que le llegaba desde arriba. De un salto se puso en pie y atacó sin darle tiempo a componer la defensa, por lo que trastabilló el de Monzón. Las tropas no se retiraron, emplearon los escudos para refugiarse del cielo y se mantenían a una distancia prudencial. Incluso los caballeros que acompañaban a los contendientes se alejaron para evitar que alguno apoyara a su señor. Un amplio círculo les permitía moverse libremente, sobre el que los relámpagos creaban falsos claroscuros y la lluvia impedía la clara visión, ya que anegaba los ojos.

Tello era avezado en la espada y se lo estaba poniendo difícil. Íñigo soportó otros dos envites y, al tercero, volvió a resbalar a causa del declive por el que bajaba el agua de lluvia, mezclada con la tierra. Sobre el barro, giró para evitar el mortal tajo, que cayó sobre la blanda tierra. En lugar de incorporarse, rodó con la intención de alejarse lo suficiente para tener ocasión de ponerse en pie, pero no calculó bien y se escurrió hacia el precipicio. Logró aferrarse a unas matas para evitar la mortal caída, pero quedó desarmado. Tello, con la espada por encima de la cabeza para asestar el golpe fatal, inició el avance hacia Íñigo. En ese instante, un rayo bajó desde el enfurecido cielo y descargó su incandescente furia sobre la punta metálica alzada.

Las huestes congregadas fueron testigos de cómo el rayo alcanzó a Tello Ansúrez. El chasquido y la potente luz los obligó a cerrar los ojos por unos segundos; aun así, llegaron a observar al hombre paralizado en medio del campo, con la mirada perdida al frente, hasta que el

cuerpo sin vida se desplomó sobre la tierra encharcada sin soltar la espada, fundida a las manos y retorcida de forma extraña. No emitió ni un grito; el rayo fulminó al hombre y a su ira. A Íñigo, que era el más cercano, lo salvó de quedarse ciego o de recibir quemaduras la complicada situación en la que se hallaba, colgado por debajo del suelo. Los caballeros de Monzón, impelidos por la onda expansiva, se hallaban tirados en el campo y, aturdidos, comprobaban los daños recibidos: uno movía la mandíbula con la esperanza de recuperar un oído, y el otro había quedado cegado. Galindo y Valerio se encontraban de rodillas y con la vista pendiente en la probable caída de Íñigo por el precipicio, por lo que sólo acusaron un deslumbramiento eventual. Se santiguaron al reconocerse incólumes y se apresuraron a ayudar a Íñigo, que asomaba la cabeza a ras de suelo. Tiraron de él y, a duras penas, los tres se pusieron de pie.

El temeroso silencio entre las tropas que aguardaban, sobrecogidas y amedrentadas ante el insólito desenlace, obligó a los tres amigos a volverse hacia el cuerpo inmóvil del contrincante, y, al notar que un oficial de Monzón se aproximaba a examinar lo sucedido, se acercaron a contemplar la obra del rayo: las zonas descubiertas dejaban ver un extraño e inquietante tatuaje en la piel, semejante al de las raíces de un árbol; y fuera de las manos que sujetaban la espada, no presentaba otras quemaduras a simple vista, aunque un horrible olor a piel quemada inundaba el lugar, a pesar de la cortina de agua que caía.

—Juicio de Dios —alegó Valerio ante la fatalidad.

—El signo del Diablo —dijo Galindo, señalando la turbadora ramificación en la piel. Y los presentes, incluido el oficial de Monzón, estremecidos, se santiguaron.

—Señor, permitid que nos retiremos en paz. Llevaremos el cuerpo de Tello Ansúrez ante el conde de Monzón —pidió el oficial.

—Id con Dios, pero en la tierra no quedará esto así —amenazó Íñigo—. No obstante, os aconsejo que no toquéis el cuerpo con las manos desnudas hasta que la lóriga se haya enfriado. He sido testigo de algo parecido y el hierro se funde como si hubiera vuelto a la fragua. Tendréis que amortajarlo con ella puesta.

Los gritos de auxilio de los dos hombres que acompañaban a Tello captaron la atención del oficial, quien, sin reparo, dejó el cuerpo de su señor tirado bajo la lluvia y se dirigió a ayudar a los compañeros.

En ese instante, cayó granizo y pedriza, a juzgar por el tamaño de las bolas. Corrieron los caballeros para guarecerse, en tanto que las líneas contendientes salían de su estupor y el horror que las atenazaba, y deshacían la formación en busca de refugio.

La furia del cielo castigó la tierra sin piedad. Las escasas encinas que se habían salvado fueron insuficientes para resguardarlos. Costaba mantener a las monturas sometidas ante el dolor que causaba la

pedriza y los escudos resultaban insuficientes para resguardarse.

—Los de Osma han llegado —gritó Valerio para hacerse oír entre los truenos y el ruido del granizo.

Tan presta y virulenta como comenzó la granizada, terminó con el regreso a una lluvia fina y copiosa. El retumbar de los truenos se fue distanciando, aunque los relámpagos se negaban a dejar de iluminar el cielo.

Calados, como si se hubieran caído a un río, se miraron Valerio, Galindo e Íñigo, una vez recuperados los corceles y tranquilizados con mano firme.

—Lo peor ha pasado —manifestó de forma ambigua Valerio, pues no supieron si hacía referencia a la tormenta o a la disputa con Tello —. Ucero no está en condiciones de alimentarnos a todos. Emprendemos el regreso.

—De alguna manera, os compensaremos —respondió Íñigo, consciente de la amabilidad de Valerio—. Yo me encargo de hablar con los de Osma.

Íñigo buscó a Severo, el jefe de la hueste de Osma, quien le salió al paso. Con una palmada en el hombro se saludaron como viejos conocidos que eran.

—Lamento el estado en el que han quedado los cultivos.

—Son pérdidas materiales, no humanas, excepto la vida de quién causó el desastre.

Severo asintió con la cabeza.

—Justicia divina. Pocas veces se manifiesta, pero hoy hemos sido testigos de ello —aprobó, conmovido, Severo.

—Si emprendéis camino, llegaréis a tiempo. Lamento no cobijaros como es menester, pero ya veis las circunstancias. Ucero no está en condiciones de ejercer la hospitalidad.

—No os preocupéis. En un par de horas estaremos en casa. ¿Se marchan los de Monzón?

—Y los de Clunia —confirmó Íñigo—. Pero me encargaré, personalmente, de exigir reparación al propio rey Ramiro. Espero que esto sirva, al menos, para que nos devuelva a nuestro conde.

—Sólo vos estáis en posición de conseguirlo.

—Necesito a uno de vuestros hombres para lograrlo: Ruy de Cangas.

—Es vuestro. Se lo diré. Suerte.

Íñigo y Galindo aguardaron bajo el aguacero a que el campo quedara libre de hombres. Las huestes emprendieron la retirada bajo la inclemente lluvia, aunque la tormenta sonaba cada vez más lejana. La hierba había quedado sepultada bajo el blanco manto de granizo. El aire había refrescado y el cielo recuperaba la luz grisácea, tras la negrura que lo había cubierto.

Emprendieron a pie el camino hacia el castillo, tirando de las respectivas riendas de los corceles. Los pies se hundían en el cenagal formado por la ceniza, la tierra y el agua. La puerta del primer recinto se abrió ante ellos y oyeron el ruido de las cadenas que sostenían el puente levadizo en el interior.

Saludaron a la guardia de la puerta, recorrieron el terraplén y salvaron el foso cruzando el puente. Íñigo reconoció la alta y espigada figura de Jana, tan empapada como él, que lo aguardaba al otro lado. Sintió cómo Galindo le arrebataba las riendas para desembarazarlo y permitir que se reuniera con ella. Se abrazó, como un náufrago, a su amada.

—Temí por vos —lloró Jana aferrada a él, pese a encontrarse embarrado.

—Ya pasó, mi amor.

—Entrad y aseaos —rugió la voz de Martín a su espalda.

Íñigo sacó la cabeza del cabello de Jana y se encontró con su familia, que los observaba muy atenta. Pacientemente, aguardaban su turno para recibir al hijo, al tío o al hermano, al que no veían desde hacía dos años.

—¡Mi reino por una tina de agua! —exclamó, contento de hallarse con los suyos.

—¿Más agua? —se quejó Fortún, su sobrino de diez años.

—¡Venga! ¡Venga! Todos adentro —azuzó más que invitó Aldonza.

En el mismo patio, Íñigo se quitó la loriga y la ropa con ayuda de sus cuñados, Ansuro y García, quienes le arrojaron por encima cubos de agua procedente del aljibe. Las mujeres se perdieron en la cocina para disponer la comida que se serviría en el salón principal, donde se hablaría sobre lo ocurrido y se tomarían importantes decisiones que les cambiarían la vida ese invierno. Conscientes de la trascendencia de esa reunión, todos se afanaban en los quehaceres para cumplirlos cuanto antes.

Los chicos almohazaron los corceles en los establos, los soldados lidiaron con las armas para dejarlas limpias y secas, a buen resguardo del óxido en la armería, se designaron las guardias y, mientras tanto, Ruy de Cangas fue recibido por Martín.

Íñigo, limpio del barro, se envolvió desnudo en una manta y entró descalzo en la torre señorial. Sorteó el trajín del salón y ascendió las escaleras hasta su cámara. La puerta estaba entreabierta y Jana lo aguardaba vestida con un brial seco y el cabello del color de la luna, que le llegaba hasta más abajo de la espalda, todavía húmedo y suelto. Casi no la reconoció sin el traje de caza. El brial se adaptaba y realzaba sus atributos de mujer.

—Es el vestido que me compró Abieno para la boda con Tello —explicó ante el interrogativo escrutinio.

—Entonces, no sé qué hacéis con él puesto, ya que os será imposible desposaros con un muerto.

Jana, con un sólo movimiento de la mano, dejó caer la prenda, que resbaló sobre el cuerpo. Quedó la camisa, liviano obstáculo para alcanzar su deseo, a juicio de Íñigo, quien se recreó en las formas de la mujer. Abrió la manta con la que se cubría y mostró el cuerpo de un guerrero, con los músculos desarrollados y múltiples cicatrices que hablaban de mil combates y de sangre derramada. A Íñigo se le incendió la piel ante el repaso al que lo sometió Jana sin ningún pudor. Impaciente, se aproximó a ella, quien se entregó al abrazo en el que encajó, como si hubieran sido moldeada para ese fin.

—Creí que os perdía —confesó, y dejó paso al llanto contenido.

—¡Shhh! El cielo nos ampara, mi señora, y así lo ha manifestado.

Buscó sus labios con el gusto salado de las lágrimas, besó la suavidad de los párpados y recorrió la esbelta nariz. Las delicadas manos de su amor cobraron vida bajo la manta y recorrieron la espalda. La izó y se echaron sobre la estrecha cama de soltero, renuentes a separar los cuerpos ni un segundo. Con la urgencia de la necesidad se unieron, con la prisa de la vida se complacieron, antes de que alguien les arrebatara el cuerpo amado, antes de que las circunstancias los separasen de nuevo, antes de que la muerte llamara a su puerta. Ella se arqueó de placer y él se estremeció de gozo.

Ruy de Cangas esperaba abajo, recordó Íñigo mientras acariciaba el largo cabello de Jana. Después de lo sucedido, debía conseguir el beneplácito del rey para desposarla. No volvería a poner en peligro a la familia.

17

Castillo de Ucero, septiembre, año 944.

Como dos jovenzuelos se miraban, se ruborizaban y se sonreían sentados a la mesa. Xana sentía la mirada inquisitiva de Martín, que la escrutaba sin ningún reparo. Reconocía que no había llegado en el mejor de los momentos, que era la responsable de que hubieran incendiado los cultivos, y eso empañaba la dicha.

—¿Qué pensamiento ha velado la sonrisa en vuestros ojos? —preguntó, afectuoso, Íñigo.

—Soy quien ha traído la calamidad a vuestras tierras —recordó Xana.

—En cuanto a eso, no os preocupéis. Nadie os culpa y me ocuparé de resolver la situación.

—Vuestro padre, más objetivo, difiere de vuestro punto de vista.

—¡Hum! Lleva demasiados años, a causa de mi ausencia, con el peso de la familia sobre los hombros —reflexionó Íñigo, quien volvió la mirada hacia Martín, que presidía la mesa, erguido y lleno de arrugas bajo el leonado pelo blanco y la tupida barba nívea.

Se puso de pie y su voz grave se impuso en la sala, las conversaciones callaron y los rostros familiares se volvieron hacia el que había estado ausente dos años.

—Con vuestro permiso, padre, comunicaré mis intenciones a la familia. —Martín asintió con la curiosidad reflejada en el rostro—. Es hora de que afrontemos los hechos, organicemos el invierno y decidamos las prioridades. Partiré hacia León para exigir una compensación por el atropello que hemos sufrido a manos del hijo del actual conde de Castilla y de Monzón.

—¡Qué estupidez, hijo! Ramiro no os dará nada —intervino Martín—. ¿Habéis perdido el juicio?

—En absoluto, padre. Exigiré la liberación de nuestro conde y la deposición del advenedizo. Ramiro no puede exponerse a una guerra civil en Castilla.

—¡Ah! Hablamos de política, no de reparar el desaguisado de nuestras tierras —respondió, defraudado, Martín.

—Confío en que saldremos adelante, como siempre hemos hecho. Intentaré obtener algún beneficio. Pero lo primero es restablecer nuestra situación ante el rey y también el de la mujer a la que deseo desposar. Por esta razón, debo ausentarme de nuevo. Lamento no cumplir mi promesa a los hombres que me acompañáis.

—Nunca las tomamos en cuenta. Son muchas las promesas rotas. Nos basta con la intención y el fervor que ponéis en ellas —quitó importancia Galindo.

—Un señor que no cumple su palabra es un mal señor —sentenció

Martín.

—Prefiero un señor inconstante que a uno con malas pulgas —defendió Nuño a su amigo.

—¡Ah! Os ha sobornado el muy bellaco. ¿Qué os ha prometido? Algo que no cumplirá, evidentemente —rebatió, con sarcasmo, el castellano.

—Por más que intentéis desacreditar a vuestro hijo, no lo conseguiréis —se sonrió Galindo—. Es un tan buen señor como vos. Ha aprendido del mejor.

Martín bajó la cabeza, halagado.

—Mi padre se ha quedado sin palabras. ¿Quién lo diría? —constató divertido Íñigo.

—Tenéis razones para sentiros orgulloso con tales amigos, de lo que me huelgo. Hablemos de vuestro viaje y de la partida. —Martín retomó la conversación.

—Me acompañará el caballero Ruy de Cangas, para defender la causa del antiguo señor de Luna y como testigo de su asesinato, y los caballeros aquí presentes.

—¿Y yo? —preguntó Xana.

—Aguardaréis…

—Yo iré a defender mi derecho —interrumpió—. Vais a tratar asuntos que me incumben directamente y no me quedaré al margen. No podéis impedírmelo.

Íñigo contempló pensativo el rostro de Xana y la determinación que reflejaba su mirada y accedió.

En el trayecto a León, Xana sufrió una decepción: su amigo el lobo no la siguió en esta ocasión. En un principio, le preocupó la salud de animal, pero sus compañeros desecharon la idea. Simplemente, la naturaleza retomaba su pulso y el lobo cerraba su ciclo de vida. Fue duro, pero se resignó a la evidencia.

Accedieron a la plaza por la Puerta del Obispo, después de dos semanas de viaje. Atravesaron la ciudad por las intrincadas callejuelas para salir por la del Postigo, junto a la cual se hallaba la posada del asturiano Favila, quien los recibió con la afabilidad de siempre. A causa de la cercanía del invierno, la posada disponía de habitaciones libres y, en una de ellas, acomodaron a Xana y a Sinda, quien no quiso abandonar a su señora.

Xana se encontraba en el mismo punto de partida. En primavera llegó a León para contraer esponsales y, de nuevo, se hallaba allí por la misma razón. Su vida había trazado un círculo que se cerraba en una ciudad por la que comenzaba sentir un rechazo visceral. El ruido y el olor que emanaban sus calles era el mismo. La ventaja, en esta ocasión, era la posada del asturiano, limpia y apartada del bullicio y de los malos efluvios.

Íñigo, ajeno a los sentimientos que despertaba la urbe en Jana, no perdió el tiempo y, en cuanto se bañó y se puso una camisa y una túnica limpias, se encaminó a palacio a solicitar una audiencia con el rey.

Ahora, ante la inevitable resolución de la situación de Jana, ya no se mostraba tan seguro de si había sido buena idea dejar que lo acompañara. No, en justicia, no podía negarle el derecho a exigir la intervención del rey para que castigara a su hermano por un crimen. Pero también correría el peligro de que Ramiro dispusiera sobre la persona de Jana de otra forma muy diferente al interés de Íñigo sobre la muchacha. ¿Sería consciente la leonesa del riesgo al que se enfrentaba?

Como era costumbre, lo pasaron inmediatamente, ya que a los ojos de los sirvientes palatinos seguía siendo el escucha en tierras califales.

—¡Qué nuevas nos traéis! —rugió Ramiro, tras el saludo protocolario.

Íñigo encontró más arrugas en el rostro del soberano, quien debía de andar en la cuarentena de edad, y las canas destacaban entre el cabello grisáceo. Aun así, desprendía vitalidad en sus gestos y belicosidad en las decisiones.

—El castillo de Ucero ha sufrido un ataque —anunció Íñigo sin rodeos.

—¿Vuestra familia está bien? —se interesó el rey.

—Perfectamente, mi señor.

—¿De dónde provenía el ataque? ¿De Zaragoza? ¿De Atienza? ¿De Medinaceli?

—Esas plazas están ocupadas en la fortificación, aprovechando el periodo de paz. De Castilla, mi señor.

Íñigo fue consciente de la sorpresa del rey, aunque enseguida lo disimuló.

—Si habéis contravenido a vuestro señor, yo no tengo nada que objetar. Sois muy reacios a acatar mis decisiones —replicó con acritud.

—Nadie ha desobedecido, señor. La razón ha sido una mujer que se hallaba bajo vuestra tutela.

Íñigo notó que había recuperado el interés de Ramiro.

—Explicaos. ¿De qué mujer me habláis?

—De Jana Flaínez, hija del señor de Luna, quien os confió su tutela en el campo de Simancas.

—¡Ah! Sí, lo recuerdo; y también que deseaba desposarla con un castellano, por eso delegué en Fernán González. ¿Cuál es la disputa?

—La familia desatendió la carta que enviasteis y concertaron las nupcias con Tello Ansúrez, sin permiso de quien ejercía la tutela.

—Estando encarcelado Fernán González, deberían haber recurrido

a mí —reflexionó Ramiro—. Era un buen hombre y un diestro guerrero —recordó, a modo de epitafio.

—Me concedisteis una entrevista con Fernán González este verano y me escogió para llevar a cabo el deseo del señor de Luna.

—¿Vos? —se admiró Ramiro, quien no reprimió una sonrisa—. ¿Habéis roto la maldición?

—Todavía no la he desposado. Espero que se aclare la situación —contestó, molesto por la dichosa historia sobre su condición de soltero.

—¿Y por qué ha surgido la querella?

—Tello Ansúrez se presentó ante el castillo de Ucero con una hueste de castellanos y, previamente, quemó los cultivos para forzar la entrega de la mujer.

—¡¿Cómo?! —tronó Ramiro, consciente de la magnitud del agravio y del problema que traía aparejado el que una zona fronteriza, sensible demográficamente, fuera degradada de esa manera, ya que la dejaba inservible para soportar el empuje moro—. ¿Por una mujer? ¿Por qué no se busca otra? Reuniré a las partes.

—Tello Ansúrez no acudirá. Un rayo lo traspasó en plena tormenta frente al castillo, mientras manteníamos un duelo mortal.

—Os volveré a convocar. Mientras tanto, suspended vuestras intenciones con la joven hasta que se resuelva la querella.

Ésa era una orden. Debía quedarse en León hasta que Ramiro reuniera la información y tomase una decisión. La noticia cayó como un jarro de agua fría en la posada, pues ansiaban regresar al cañón del río Lobos. Jana no aceptó de buen grado el distanciamiento de Íñigo, impuesto por el rey.

—Algo así intuía que iba a suceder —explicó Íñigo—. Sois la razón de la disputa. Confío en que, muerto Tello, me permitan desposaros.

—¿Por qué iba a prohibirlo? —se revolvió, nerviosa, Jana.

—Porque es el rey y, a lo mejor, según lo que alegue la parte contraría, el rey dispone un enlace para vos con otro caballero.

La alarma que reflejó el rostro de la doncella fue un bálsamo para Íñigo, aunque la posibilidad que había planteado era muy real.

Xana, inquieta, recorrió las calles de León en compañía de Sinda. Desde que Íñigo planteó la posibilidad de que la entregaran a otro hombre, una garra le atenazó el corazón. Para ella era algo impensable y, por tanto, inaceptable. Sin embargo, había sido testigo de las funestas consecuencias que derivaban de una desobediencia. ¿Cómo conseguiría liberarse de una decisión contraria a sus deseos sin caer en la rebeldía? Ramiro no descollaba por la paciencia, sino por todo lo contrario, y su ira era proverbial.

A pesar de sus tribulaciones, no olvidaba la situación en la que se encontraban los moradores del castillo de Ucero, así que se internó en

la judería de León en busca del comprador de alhajas que le había recomendado Favila.

Llamaron a la puerta del prestamista Leví y un joven les permitió el acceso. En el bajo de la casa se hallaba el escritorio del hebreo.

—¿A quién debo el honor?

—Me envía Favila, el asturiano. —Xana evitó dar su nombre.

—Sentaos, mi noble señora, ya que venís tan bien avalada. ¿Se trata de un préstamo?

—No. Deseo vender unas joyas y que me cambiéis unas monedas de oro en sueldos, más prácticos para el mercado cristiano.

Xana acompañó las palabras con la acción y dejó sobre la amplia mesa los objetos. Tan sólo era una parte del botín encontrado en Clunia, pues no sabía cómo transcurriría la transacción. El muchacho permanecía de pie junto a la puerta, dispuesto a salir corriendo en caso de que su amo necesitara ayuda ante la posibilidad de un robo. Una pequeña ventana, protegida con gruesos barrotes de hierro, les proporcionaba luz y, en la pared contraria, unos estantes soportaban el peso de finas vitelas, en las que se apuntaban las transacciones. A Xana le olía a polvo y a tinta fresca, mezcladas con el aroma del lacre y de la cera de los cirios apagados.

Durante unos minutos, el hebreo examinó las joyas, las sobó con unos dedos largos y entintados, conocedores de la calidad del oro y de las piedras preciosas. Para Xana era de edad indefinida, de nariz prominente, piel transparente por lo fina y pálida, y ojos agudos y astutos. De los finos labios salió una cifra. Xana, aleccionada por Favila, se inclinó hacia delante y comenzó a recoger las joyas.

—Deteneos, mi señora. Si tanto os desagrada mi oferta, hacedme una contraoferta.

Xana lo miró a los ojos y aguantó el escrutinio del judío durante unos segundos.

—¿Cuánto tiempo me va a llevar que me ofrezcáis el valor real? —lo enfrentó Xana, molesta.

—Os conozco. Vuestro físico os delata. Así como vuestros hermanos no son bienvenidos en la judería, los viajeros hacen boca de vuestras bondades. Desde la muerte del viejo señor, corren malos tiempos para el castillo de Luna. Desconocéis el contacto con el mundo tanto como compiláis sabiduría sobre los misterios de los bosques. Seré justo con vos y os ahorraré el regateo que os resulta tan tedioso como incomprensible.

El hebreo abandonó la silla y la estancia. Xana y Sinda se miraron en silencio y encogieron los hombros. A los pocos minutos, el hombre regresó con dos pesados sacos llenos de sueldos.

—Aquí tenéis lo suficiente para comprar una buena casa en León y amueblarla a vuestro gusto.

—¿Tanto como para comprar semillas y animales para todo un invierno? He de alimentar a un castillo.

El hebreo sonrió ante la inocencia de la mujer.

—Si es sólo para un castillo, hay para dos inviernos —afirmó, divertido. No se le ocultaba lo que sucedía en la corte de Ramiro y que Íñigo Martínez se había presentado reclamando justicia por el ataque a las posesiones familiares.

Xana le regaló la más hermosa de las sonrisas, complacida con la gestión.

—Es frecuente encontrar monedas y alguna joya cerca de ruinas romanas o de asentamientos godos —explicó el hebreo mientras las mujeres se levantaban—, ya que era práctica habitual enterrar los objetos de valor en épocas inestables. Si esto sucediera, espero que recordéis la atención que he desplegado con vos.

—Ignoro qué será de mí, así que no puedo prometer nada.

—Mi familia es extensa. Ismael os facilitará los nombres y las direcciones en algunas plazas castellanas. Os las llevará a la posada.

—¿Cómo sabéis…?

—Igual que vos os familiarizáis con los bosques, la ciudad no guarda secretos para mí.

Abandonaron la judería satisfechas con la transacción y con el trato del hebreo. Escondieron las nuevas bolsas en la chimenea de la habitación junto al resto, y se unieron a la comida del día. Al final de ésta, se sentaron frente a la chimenea principal de la posada, donde los dos enamorados cruzaron miradas y deseos insatisfechos. Con el paso de los días, se tornaron en suspiros y tristezas, que amenazaban con una profunda melancolía si no se aclaraba pronto el futuro. Quienes los rodeaban asistían, impotentes, a la desdicha de los amantes.

Con el invierno arañando el calendario, Íñigo, Xana y Ruy de Cangas fueron requeridos en el palacio. Dejaron la posada en compañía de sus amigos, quienes los acompañaron hasta el palacio de Ramiro. El día se anunciaba desapacible y frío, con el viento que llegaba del Bierzo, fuerte y húmedo, soplando entre las calles. Los introdujeron en un amplio salón con las paredes cubiertas de tapices, en los que las escenas de caza eran el tema principal, y con una enorme chimenea encendida. Ramiro ocupaba el sitial sobre el estrado, revestido de su autoridad real, y hablaba con los escribanos que lo rodeaban.

—En breves instantes se van a tomar decisiones que afectarán a nuestras vidas —susurró Íñigo a sus acompañantes.

Aguardaron de pie, junto a un tapiz que colgaba frente a dos ventanas. Se abrieron las puertas y accedieron el conde de Monzón y de Castilla en funciones y, detrás, el exconde de Castilla, depuesto y

encarcelado, Fernán González. Íñigo se apresuró a recibir a su señor y se quedaron aparte, hablando rápido y en voz baja. Luego, se acercaron e Íñigo los presentó como Ruy de Cangas y Xana Flaínez.

A Xana le sorprendió la escasa estatura del feroz guerrero y amado conde de los castellanos. Era corpulento, de pelo muy negro y barba cerrada. Los ojos transmitían calor o frío, según quién recibiera su mirada, aguda y especulativa. Sobre ella, se revelaron sorprendidos y amables; sobre Suero, inquisitivos y evaluadores; y sobre Abieno, actual señor de Luna, que entraba en ese momento, fríos como el hielo de las cumbres.

Tras la entrada de éste último, los pajes cerraron las puertas y quedaron custodiadas por dos hombres de la guardia personal del rey. Xana notó el instante en que Abieno reparó en su presencia e inició la intención de acercarse. Íñigo se interpuso en el camino y lo disuadió con una mirada. El rey reclamó la atención de los presentes y Abieno se contuvo.

—Habéis sido convocados para informaros de una serie de decisiones que he tomado a la vista de los desagradables sucesos que han tenido lugar por no obedecer mi voluntad ni la de los muertos. —Se detuvo y recorrió los semblantes de los presentes con una dura mirada—. Empecemos por la voluntad de los muertos. Abieno Flaínez, el anterior señor de Luna, en plenas facultades y con el derecho que le asistía, dejó en mis manos la tutela de doña Xana Flaínez. Sin embargo, habéis desatendido el mensaje que envié al castillo de Luna, por el que os comunicaba la trasferencia de la tutela de dicha doncella a Fernán González, más adecuado para elegir el caballero castellano que debía desposarla, según deseo del finado.

—¿Puedo hablar en mi descargo? —se adelantó Abieno.

—Hacedlo.

—No recibí el mensaje, que fue retenido por la viuda del señor de Luna. Retiré el permiso para que se llevara a cabo el enlace con el caballero Tello Ansúrez, pues no se presentó en León, y ordené que ambas mujeres regresaran a Luna. La viuda de mi padre desoyó mi orden mientras me encontraba en el frente de Salamanca.

—Se trata de un asunto doméstico y entre mujeres, circunstancia que no es relevante para el gobierno del reino —analizó fríamente Ramiro—. Sin embargo, por su razón, se ha causado un perjuicio muy importante para la seguridad de las fronteras del reino que no puedo dejar sin castigo. ¡Lo que me sorprende es cómo un problema doméstico llega a afectar asuntos que son vitales para la supervivencia! —tronó Ramiro, con la mirada fiera—. Señor de Luna, sois culpable por no mantener a las mujeres dentro de la obediencia. ¿Habéis tomado alguna medida?

—He expulsado del castillo a la viuda, mi señor, y mi hermana

conocerá la soledad del convento.

Xana abrió la boca para protestar, pero Íñigo le apretó la mano para que guardara silencio.

—Vuestra hermana es ahora mi pupila. Habéis perdido toda influencia sobre ella —sentenció Ramiro.

Xana respiró con alivio.

—Y vos, conde de Monzón, ¿cómo justificáis la acción de vuestro hijo? ¿Tan mal provista de mujeres está Castilla que codiciáis la ajena?

—Mi hijo actuó por su cuenta. Nunca me he sentido unido a él y a las locuras que perpetraba.

—¿Lo llamáis locuras? Por lo que he sabido, merece más el calificativo de vicios poco honorables en un caballero de su alcurnia. Sois culpable de no haberlo controlado. Sois el conde de Castilla, el responsable de mantener las fronteras y las buenas relaciones entre los señores y habéis permitido que una parte quede indefensa ante el acoso musulmán. Quedáis relevado de vuestras funciones como conde de Burgos y de Castilla, funciones que devuelvo a Fernán González. Aprovecho para anunciar los próximos esponsales entre la hija de Fernán González, doña Urraca, y mi primogénito y heredero, Ordoño.

Los presentes se removieron: unos, satisfechos; otros, decepcionados por la dureza del rey y, en general, sorprendidos por el refuerzo familiar que implicaba el enlace para el rey y para Fernán González.

—¿Se os ocurre algún tipo de satisfacción para la familia Martínez? —inquirió Ramiro al conde de Monzón.

—Me complacería restablecer la paz con una alianza matrimonial, siguiendo vuestro ejemplo, si el caballero Martínez se aviene a aceptar a mi hija —ofreció el conde Monzón.

Xana sintió que el corazón se detenía y faltaba el aire. Comprendió que Íñigo no podía rechazar el ofrecimiento sin ofender al conde de Monzón. En el salón se escuchó un gemido, emitido de forma inconsciente por ella. En ese preciso momento, una violenta ráfaga de viento entró por las ventanas y ondeó uno de los tapices que, a su vez, empujó un grueso candelabro de hierro y cayó con gran estrépito al suelo, sobresaltando a los presentes. La misma corriente gélida alborotó el fuego de la chimenea, y un tronco saltó impelido contra el salvafuegos de hierro y lo derribó. Fuera, el tiempo empeoraba.

Se armó un revuelo cuando los hombres se apresuraron a devolver el tronco al fuego para impedir un incendio, y los escribanos se aprestaron a levantar el pasado candelabro y restablecer el orden.

Xana recorrió, impresionada, la estancia con la mirada y la detuvo sobre Ramiro, quien la observaba con los ojos entrecerrados. Sintió un escalofrío bajo el escrutinio del viejo rey.

Cuando se recuperó la armonía y cada uno regresó a su sitio, Ramiro pareció tomar conciencia de la realidad.

—Generoso ofrecimiento por vuestra parte —ponderó Ramiro—, pero el caballero Martínez no es libre para aceptarla, ya que ha comprometido su palabra con mi pupila, Xana Flaínez. Pensad en una compensación en cereal, ya que vuestro hijo ha arrasado sus campos. Arregladlo a conveniencia entre ambas partes y con cuidado de no dejar desprovisto Monzón, tan necesario como Ucero para mantener la frontera.

—Así se hará —aceptó el de Monzón, humillado por la pérdida de la confianza del rey.

—Ha terminado la audiencia —declaró uno de los escribientes.

—Todavía no —intervino Fernán González, con voz grave y fuerte —. A causa de mi encarcelamiento, no he podido presentarme ante vos para denunciar un asesinato y exigir justicia en nombre de Jana Flaínez, de quien me confiasteis su tutela.

—¿Un asesinato? —se extrañó Ramiro.

—Sí, mi señor. El viejo señor de Luna fue asesinado con arma blanca por la espalda durante la batalla de Simancas.

Xana observó cómo Abieno se había quedado demudado y con la boca entreabierta del asombro. Enseguida se repuso y frunció el ceño.

—Imagino que presentaréis pruebas y señalaréis al homicida —exigió Ramiro, interesado en el giro que había tomado inesperadamente la audiencia.

—El parricida es Abieno Flaínez, actual señor de Luna y primogénito de la víctima. Presento dos testigos: el caballero Ruy de Cangas y el caballero Íñigo Martínez.

—Esto es inaudito, mi señor, —protestó Abieno, rojo de ira—. Después de tanto tiempo, ¿cómo es que se presentan ahora? No conozco a ese caballero de Cangas.

Ruy de Cangas se adelantó y se presentó:

—Antes me llamaba Suero y era el escudero del señor de Luna, a quien acompañé en la campaña de Simancas. Al darme cuenta del execrable crimen y de que mi vida pendía de un hilo, desaparecí y me cambié de nombre. Desde entonces, lucho en las plazas castellanas y, protegiendo la frontera, me he ganado el respeto y la consideración de los castellanos. Por aquellos días, era la palabra de un vasallo contra la de su señor.

—Y sigue siéndolo —gruñó Abieno, con los ojos llenos de odio.

—Ya no —corrigió Íñigo—. Soy testigo del resultado. Me encontraba en el lugar de la retaguardia donde perdió la vida y, cuando retiraban el cuerpo, observé la herida de arma blanca en la espalda, que no de un dardo en el pecho. Así se lo di a conocer a mi señor, el conde Fernán González.

—¿Podéis defenderos de esta acusación? —preguntó Ramiro al de Luna.

—Niego los hechos. Está claro que mi hermana, aquí presente, ha entretejido una trama para resarcirse del supuesto agravio de un enlace indeseado con Ansúrez, del cual, como ya he expuesto, no soy responsable.

Xana fue a replicar, pero Íñigo volvió a retenerla con firmeza. A Ramiro no se le escapó el gesto y miró hacia la ventana. Al comprobar que el viento ululaba en el exterior y que nada sucedía, respiró tranquilo.

—Vuestra defensa es débil. Además, las declaraciones que acabo de escuchar, confirman las palabras de la viuda del viejo señor de Luna. Como esta dama era parte del problema doméstico que había desatado el asalto de Ucero, mandé por ella. Ante la imposibilidad de que se acercara a León, le tomaron declaración, pero encontré en sus palabras odio y no les concedí crédito. Sin embargo, ahora se han revelado como ciertas al coincidir con las declaraciones expuestas por estos caballeros.

—Otra rencorosa. Como no soporta su enfermedad, arrastra a otros. Ha quedado constancia de su mal hacer —intentó, desesperado, el de Luna.

—Pues resulta una coincidencia muy extraña que las declaraciones de unos testigos, llegados del extremo oriental de Castilla, confirmen el relato de una mujer que habita en la zona occidental de León —resumió Ramiro, con hielo en la mirada.

Abieno guardó silencio ante lo inevitable.

—¡Soldados! Apresad al señor de Luna. Quedáis pendiente de mi decisión y sin posibilidad de comunicaros con nadie. ¡Lleváoslo!

Xana presenció cómo se retiraba Abieno por su propio pie, con los puños apretados. Lívido, volvió la mirada cargada de odio hacia Xana.

—Debí atender el consejo de Munio y haberme desecho de vos. Os infravaloré. Ése ha sido mi error.

—Munio también recibió su castigo —informó Xana, altiva—: está muerto. Mi padre descansa en paz.

Escoltado por los dos soldados, el señor de Luna abandonó la estancia real.

—¿Puedo dar por finalizada la audiencia?

Asintieron los presentes. El conde de Monzón abandonó el salón sin mirar a nadie. Íñigo arrastraba a Xana cuando la voz del rey lo detuvo:

—Íñigo Martínez, acercaos al estrado.

Fernán González salió, seguido de Jana y de Ruy de Cangas, y lo aguardaron en la sala exterior. Íñigo se aproximó al rey, quien había

alejado a los escribanos.

—Os felicito. La joven Flaínez os ha escogido.

—No le quedó más remedio. Deseaba escapar del matrimonio con Ansúrez.

—Me vais a tomar por loco, pero no lo entiendo así. He oído muchas cosas acerca de esa mujer.

—Su apariencia inspira a las mentes imaginativas y ella sufre las consecuencias, pero es una mujer noble y bondadosa.

—En cuanto a sus virtudes, no estoy en posición de juzgar; sin embargo, sé de buena ley que maldijo a su madrastra. La razón por la que no ha podido presentarse es porque padece la lepra y vive aislada en el bosque.

—Una coincidencia —restó importancia Íñigo, molesto porque intuía por dónde discurría el pensamiento del rey.

—Seguramente, como la coincidencia que he presenciado cuando creyó que os perdía en brazos de la hija del conde de Monzón.

—Eso fue un golpe de viento —rechazó Íñigo, inquieto.

—Os doy mi bendición, ya que la defendéis con tanta vehemencia; no obstante, —el rey se inclinó y añadió en voz baja—: no la contrariéis si queréis conservar la cabeza.

Ramiro no lo dejó replicar y, con un gesto de la mano, lo despidió. Íñigo se reunió con su señor, el conde de Castilla, y con Jana, que lo aguardaban en la antesala.

—Lamento haberos puesto en semejante tesitura —se disculpó Fernán González—. No sospeché cómo se torcerían los planes.

—Al menos, ha servido para que os devolviera el condado. Se ha puesto muy nervioso ante la posibilidad de una contienda entre los señores —alegó Íñigo.

—¿Alguna baja humana? —se preocupó el conde por los suyos.

—Sólo la de Tello Ansúrez.

—Ése era un animal —replicó Fernán, como si no entrara en el cómputo.

—Entonces, ninguna —concluyó Íñigo—. Así que seréis el suegro del próximo rey.

—Eso parece. Confía en doblegarme con estas nupcias, pero no me devuelve mis bienes y deja a Sancho en Burgos. Ramiro envejece, no ha calculado cómo puedo influir en un joven inexperto. —Íñigo sonrió y dejó al aire los colmillos de un lobo que se relame ante una presa—. Regresaréis a Castilla. Me alegro de haber sido la causa de que vuestro padre os vea felizmente desposado, me debe una. Imagino que habrá algún nieto en edad de ser mi escudero.

—Así se lo haré saber.

Fernán González se despidió allí mismo, pues estaba preparando los esponsales de su hija. Aguardaron a Ruy de Cangas, quien

cambiaba impresiones con un caballero que acompañaba al señor de Luna y que había presenciado perplejo cómo se llevaban preso al leonés.

—¿Por qué no me habéis dejado hablar? Sé defender mi causa —inquirió Jana a su lado.

—Las mujeres sólo hablan en público si no tienen un hombre que lo haga por ellas. No es vuestro caso, por esa razón presentó la acusación el conde, como vuestro tutor.

—¿Qué os ha dicho el rey? —curioseó Jana, resignada.

—Sois su pupila y me ha dado su bendición —mintió, incómodo ante el recuerdo de lo que había sugerido el rey.

18

Castillo de Ucero, noviembre, año 944.

El regreso a Castilla estuvo envuelto en la dicha. Por un lado, los enamorados se sentían libres para amarse; por otro, regresaban a invernar definitivamente. En Clunia, Galindo, Yago y Nuño secuestraron al sacerdote de la guarnición, el padre Bermudo, decididos a santificar la unión de la pareja.

Cuando llegaron a Ucero, encontraron el castillo sumido en una actividad desacostumbrada para la época del año. Los hombres desbrozaban los campos quemados, las mujeres preparaban las carnes en salazón y las compotas de frutas que habían rescatado del desastre. El herrero había suplido las piezas de madera de los ejes de las ruedas de las carretas por los de hierro que había adquirido Íñigo, así aguantarían el peso y los caminos todo el viaje, sin romperse tan fácilmente. Martín mostraba sus canas desde el adarve mientras dirigía las tareas bajo el frío aire de la sierra de la Demanda.

Fueron recibidos con los brazos abiertos, y Martín, con ademanes bruscos, los mandó asearse para la comida del atardecer, donde les informarían de las decisiones del rey.

Xana fue apartada de Íñigo, quien se encogió de hombros y dejó a sus hermanas que dispusieran de ellos a su gusto. A él lo enviaron a la cocina y a Xana la condujeron a la estancia de Íñigo en la torre principal, donde la dejaron en manos de la atención de Sinda. Una hora más tarde, bajó al salón común de la torre.

Xana buscó a Íñigo y se situó a su lado. A la voz del patriarca, todos se aprestaron a sentarse y las criadas sirvieron las legumbres con la verdura y trozos de carne. Dejaron en el centro una olla de barro y una fuente con chorizos y carnes. Comían en silencio y observaban tímidamente a los recién llegados. Esperaban con contenido anhelo el relato del viaje.

—Ignoro si os habéis fijado —empezó Martín, rompiendo la tensa tranquilidad—, pero cada vez tengo más canas y menos vida, así que, si no os apresuráis, falleceré ante vuestros ojos sin enterarme del resultado de vuestras diligencias.

Rieron el humor del patriarca e Íñigo se entregó a disipar la curiosidad.

—El rey me recibió en el instante en que lo solicité.

—Ése es el caballero del río Lobos, mi hijo, tan importante que el rey no duda en recibirlo —tronó la voz del supuesto moribundo, orgulloso de la estirpe que había originado.

—Y tuvimos que esperar casi dos meses a que reuniera la información, convocara a las partes involucradas y resolviera la cuestión de la forma más favorable para él.

—Si no se llevara algún beneficio, no sería Ramiro —sentenció Martín.

—Aprovechamos esos días para pasear…

—¡Oh! Tened un poco de compasión con este pobre viejo. Id al grano —acució, impaciente, su padre.

—Fuimos convocados el señor de Luna, el conde de Monzón y de Castilla, Fernán González, Jana Flaínez, Ruy de Cangas y yo.

—¡Fernán González! ¿Está libre?

—¡Padre! ¿Dejaréis de interrumpir? —riñó Íñigo, fingiendo enfado—. El rey mostró su disgusto porque una razón doméstica hubiera causado perjuicio en la frontera, así que retiró el favor al conde de Monzón y ha restablecido a Fernán González como conde de Castilla.

—¡Bravo! ¡Nuestro conde regresa! —exclamó, alborozado, Martín.

Íñigo sonrió, meneó la cabeza, y dejó a su padre por imposible. Alargó la mano por encima de la mesa y atrapó la de Xana, quien lo miró arrebolada.

—Ramiro fue informado del asesinato cometido por el hermano de Jana y lo ha encarcelado. Ignoramos la suerte que habrá corrido porque salimos sin dilación de León.

La áspera mano del guerrero acarició la suya y la apretó con cariño. Xana no se cansaba de observarlo, de recorrer el rostro amado una y otra vez, para descubrir una arruga nueva, una marca en la piel, una peca. Íñigo le susurró una palabra de amor.

—¡Habla alto, que estoy sordo! —exigió Martín, indiscreto.

—Decía que, a cambio de restituirle el título de conde, ha tenido que plegarse a los deseos de Ramiro, quien ha exigido la mano de doña Urraca Fernández para desposarla con su primogénito Ordoño.

—¡Oh! ¡Vaya afrenta! Es un pajarraco ese leonés.

—Padre, haced el favor de tranquilizaos —reprendió Aldonza—. Os va a dar un mal.

—Me encuentro en plena forma —replicó Martín de buen humor.

—No. Estáis hecho un viejo. Lo acabáis de decir —corrigió Leonor, de cinco años.

—¡No me descubras, pequeñaja, ése es un secreto entre nosotros! —susurró divertido Martín—. ¿Alguna otra noticia?

—Fernán González reclama la presencia de Diego para completar la instrucción como caballero. Acudirá esta primavera a Burgos.

—¡Oh! ¡Cuánto honor! Padre, deberá acudir bien equipado —se emocionó Aldonza.

—Sin duda. Es un caballero del río Lobos y dejará bien alto el nombre de la familia, junto al guerrero más temido por los infieles.

—Falta algo en ese relato, mi señor —se atrevió a intervenir Ruy—. Lo que le ha sucedido a la viuda del viejo señor de Luna, razón por la que no se personó ante el rey.

—No es necesario tanto detalle —intentó evitar Íñigo.

—Pero a mí me interesa, esa mujer ha sido mi enemiga. ¿Qué ha pasado? —alentó Xana a Ruy.

—¿Recordáis la maldición que le lanzasteis a doña Justa cuando os entregó a los hombres de Tello Ansúrez? —preguntó Íñigo.

—Por supuesto —admitió Xana—. Fue una chiquillada. Estaba furiosa porque deseaba infligirme el mayor daño posible con ese enlace. Recordé que doña Justa es muy sugestionable a los cuentos e historias y la maldije, con el teatro propio de un juglar. Era lo único que me quedaba en mi débil defensa.

—Pues no fue tan débil —contradijo Yago serio—. Yo estaba allí y me entró un escalofrío.

—¿Por qué tiene ahora importancia esa tontería? —indagó Xana.

—Doña Justa ha contraído la lepra y vive en una choza en medio del bosque, vestida con un hábito y acompañada por un báculo con una campanilla que avisa de su cercanía. Me enteré por uno de los hombres que acompañaban a Abieno —explicó Ruy.

La expresión de estupor entre los comensales asustó a Xana.

—Una extraña coincidencia —intervino Íñigo en su apoyo—. Justicia divina lo llaman los monjes, entendidos en los designios del Cielo.

—Sí, una sucesión de coincidencias muy curiosas —convino Diego, quien tomaba nota para la historia que estaba rimando para contar al amor de la lumbre en las frías noches invernales—. Pero me huelgo de que estéis con nosotros y no en el campo contrario.

—Supersticiosos —declaró Martín—. Una mujer hermosa siempre despierta envidias y chismes mal intencionados.

—Ramiro ha atendido nuestras quejas —continuó Íñigo cuando se calmaron. Xana sintió alivio al desviarse la atención de su persona—. El condado de Monzón nos proporcionará una parte de su cereal —el rey no desea que ninguna plaza pase más penurias de las necesarias— para que podamos hacer frente a los musulmanes.

—Me parece justo —convino Martín—. Es más de lo que yo esperaba.

—No esperabais nada, padre —matizó Aldonza.

—Pues eso es más, ¿no? —replicó Martín, con una sonrisa taimada.

—Necesitamos semillas para volver a sembrar, forraje, sal, lino, harina… —enumeró Aldonza, más práctica—. Lo conseguiremos a cambio de caballos, ovejas y cerdos, animales nos sobran. Este invierno va a ser muy frío sin pan, cebada y centeno suficientes.

—Yo he sido la causa y yo puedo paliar un poco el desastre —intervino Xana, quien se puso colorada cuando los rostros se volvieron hacia ella.

—No sois culpable de nada. —Íñigo intentó retenerla cuando ella

se levantó.

—Dejadme, he de ir a buscar algo que os será de ayuda.

—Nos será de ayuda —corrigió Íñigo—. Sois parte de mí y, por tanto, de esta familia —asentó Íñigo en voz alta—. Iba a anunciarlo más adelante, pero creo que es el momento propicio. Mañana por la mañana, el padre Bermudo, aquí presente, nos unirá en santo matrimonio.

Las manos golpearon las mesas como bienvenida y los parabienes a los contrayentes volaron por encima de las bandejas. Íñigo acogió las palabras de la familia con satisfacción y orgullo, y Xana esbozó una tímida sonrisa ante los abrazos de las mujeres.

En cuanto pudo desembarazarse de ellas, subió las escaleras con agilidad. Detrás, dejó el silencio de la expectación. Cogió las dos bolsas con sueldos y una tercera con lo que quedaba del tesoro y regresó. Se detuvo ante Martín, pero, antes de abrirla, la mano del viejo la detuvo.

—Ignoro lo que contiene, pero lo vuestro pertenece a vuestro esposo. Es a él a quien se lo debéis lo que quiera que sea que contengan esos sacos.

—No es mostrar, es ofrecéroslo para hacer un buen uso —puntualizó Xana y cambió de interlocutor—. En una ocasión me dijisteis que los bienes materiales no sirven a los muertos, por lo que pertenecen a los vivos.

Abrió una de las bolsas y la vació sobre la mesa.

Exclamaciones de asombro salieron de todas las bocas. Xana dejó el otro saco de monedas sobre la mesa y le tendió a Íñigo el de las alhajas, quien lo tomó a pesar de la sorpresa, lo abrió y desparramó su contenido: zarcillos, pulseras, fíbulas…

—¡La anjana os premia con sus riquezas! —exclamó Diego, dirigiéndose a su tío.

Xana se volvió con una ceja levantada por el enfado.

—¡Diego! ¡Contened vuestra imaginación! —lo reprendió en un tono que no admitía réplica—. No soy ningún hada del bosque. Esto lo encontré…

—En Clunia Sulpicia —concluyó Íñigo con una sonrisa—. Y yo la acompañé a recuperarlo. Así que éste era el secreto. ¿Cómo lo encontrasteis?

—No fui yo, sino mi amigo… —titubeó, e Íñigo comprendió el dilema.

—¡Ah, sí! —acudió en su auxilio—. Lo importante es que con esto podemos organizar una expedición a Burgos y a La Bureba en busca de lo necesario para sembrar de nuevo los campos. Señores —llamó la atención de sus amigos—, nos pondremos en marcha otra vez.

Íñigo procedió a guardar el tesoro en la bolsa, en tanto los

comensales charlaban más animados sobre las tareas y sobre la expedición a La Bureba. Martín se acercó con discreción a ellos.

—Mañana os cederé la habitación principal. Seréis un hombre casado con obligaciones y necesidades. Ya era hora de que os decidierais a sentar la cabeza y a ocupar vuestro puesto. Y vos no tengáis miedo a reconocer lo que sois —le dijo a Xana, con un brillo especial en la mirada.

No le dio tiempo a indagar a qué se refería porque se alejó para hablar con Aldonza y el marido sobre la lista de necesidades.

—¿Qué ha querido decir? Nunca he negado mi linaje —preguntó, en su lugar, al hijo.

—¡Hum! —Íñigo ladeó la cabeza—. Mi padre es, en muchas ocasiones, muy misterioso. No os rompáis la cabeza. ¿Me acompañáis?

—De eso nada —interrumpió Paterna—. La novia duerme sola. Mañana la veréis delante del sacerdote. ¿No pretenderéis gozar de la noche de bodas antes de la boda?

—No me obliguéis a contestar semejante necedad —murmuró Íñigo, fingiendo enfado.

—Pues no sé cómo vamos a resolver este dilema. —Paterna se enfrentó a su hermano pequeño.

Xana iba a intervenir para que los hermanos no discutieran cuando la querella terminó de la forma más inesperada.

—¿Zarcillos o pulsera? —ofreció Íñigo.

—Zarcillos.

Íñigo rebuscó un par de aros de oro que había visto y se los entregó a Paterna ante la incrédula mirada de Xana.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Oh! Un intercambio de favores entre hermanos —restó importancia Íñigo, quien había trocado el enfado por una expresión divertida—. Queda por saber qué es lo que desea Aldonza.

Como si hubiera oído su nombre, Aldonza no se hizo esperar y les interceptó el paso camino de la escalera.

—No tan deprisa. ¿Qué vestido lucirá mañana la novia?

—No es asunto mío. Háblalo con la novia. —Íñigo desvió el ataque de su hermana mayor.

—En este caso, es el hombre quien debe procurar el vestido adecuado, ya que Jana carece de familia —insistió Aldonza.

—A juzgar por vuestro interés, ya habéis pensado en el vestido más adecuado —aventuró Íñigo.

—Pues sí. Tengo uno de seda verde a juego con sus ojos y que se puede arreglar el largo —describió Aldonza con una sonrisa pícara.

—¡Hum! ¿Verde como sus ojos? —repitió Íñigo, contemplando a Xana—. Sois una buena vendedora. ¿Qué me costará?

—Un brazalete de oro que he visto.

Íñigo rebuscó de nuevo en la bolsa y sacó varios. Aldonza escogió el suyo sin ocultar una sonrisa de satisfacción.

Íñigo tiró de Xana escaleras arriba.

—Daos prisa antes de que alguien más quiera hacerme un favor.

—¿A eso llamáis favores? —rio Xana—. Han sido asaltos.

—Ya te acostumbrarás. Es un juego que llevo con ellas cuando regreso de cada viaje. De las tierras califales traigo sedas y cordobanes de regalo, aunque nunca lo reconozco e intrigan para obtenerlos. Es divertido.

—No sé quién es más niño.

—Me alegro de que me contempléis desde la perspectiva de niño, pero espero que en la cama me consideréis un hombre.

Íñigo dejó las bolsas sobre la mesa de la estancia y se volvió hacia Xana. Deshizo el lazo que sujetaba el brial para descubrir el hermoso cuerpo que ocultaba. La atrajo hacia sí, ladeó la cabeza y besó el cuello con devoción, despacio, recorriéndolo con la lengua, degustando la piel con aroma a espliego.

—Llevadme con vos —suplicó con un gemido de placer.

—Serán diez días como mucho. El invierno es demasiado crudo para que nos arriesguemos a que nos sorprenda.

—Entonces —empujó a Íñigo, alejándolo—, no hay favor.

Xana lo miró con la picardía del reto que acababa de lanzarle. Íñigo sonrió.

—Muy pronto habéis aprendido. Pero, en esto, no hay opción ni juego.

—¿Estáis seguro? Porque no os lo voy a poner fácil.

Íñigo la miró con la chispa del hombre que se divierte ante una presa. Xana, con la agilidad de un gamo, lo esquivó y saltó por encima del lecho. Íñigo le cerró el paso y la acorraló en una esquina de la torre. En lugar de aproximarse a ella, se mantuvo a cierta distancia y comenzó a desnudarse sin dejarle otra alternativa que la de observarlo.

—Es una pena que me rechacéis —dijo cuando terminó.

—Podemos llegar a un acuerdo —propuso Xana, al borde de la carcajada.

—¿Y cuáles serían los términos?

Xana se desnudó completamente y mantuvo la cabeza bien altiva.

—En igualdad de condiciones, ¿Quién aguantará más? Quien se rinda, pierde. En vuestro caso, yo os acompañaré; y en mi caso, me quedo.

—Olvidáis que soy el señor de Ucero y no acepto los términos de ese acuerdo. Si rendís la plaza, os prometo una noche de gozo sin fin; en caso contrario, vais a pasar mucho frío sin ropa. —Dio un paso al frente y la recorrió con la mirada cargada de deseo.

—No lo creo, si seguís avivando el calor de mi cuerpo.

—Los incendios son peligrosos —constató Íñigo, y dio otro paso adelante—, y, como señor del lugar, debo apagarlo antes de que cause algún perjuicio.

—Creo que me falta estrategia para este juego —se rindió Xana.

—Afortunadamente.

Se entregaron el uno al otro con la pasión del primer día, con el juego que habían descubierto, con el deseo y la risa en las manos, en los besos, en la piel. Susurraron palabras de amor, cruzaron confidencias y secretos, hicieron promesas a la vida, con los corazones abiertos. La noche resultó demasiado corta, y el día, celoso, rompió el encanto de la oscuridad y desveló a los amantes abrazados sobre el lecho revuelto.

Unos golpes imperiosos en la puerta los despertó de las mieles degustadas con anticipación. Íñigo dejó la estancia a las mujeres y bajó a la cocina, donde lo aguardaban los hombres. Las criadas habían engalanado el salón principal con flores silvestres y ramas de pino y acebo frescas, y, en la mesa, habían dispuesto el desayuno con el que se regalarían los habitantes del castillo antes de iniciar las tareas diarias.

Aldonza y Paterna ayudaron con el brial de seda verde ribeteado en oro, trenzaron el pelo con numerosas florecillas y Xana se colgó la esmeralda de su madre, que parecía que brillaba con luz propia. Ruy, como único representante de Luna y conocedor del deseo paterno, la condujo a la presencia del sacerdote. Xana, en una nube de irrealidad, no atendió a la ceremonia, se limitó a seguir el ritual en estado ausente, hasta que se enfrentó a la realidad: Dios los unía y la vida, una vez más, los separaba y jugaba con ellos a su antojo.

Durante el desayuno, se enteró de que Ruy los abandonaba y retornaba a Osma junto con el padre Bermudo, quien realizaba su ronda por las plazas. Las mujeres andaban revolucionadas con las listas de lo necesario para pasar el invierno sin estrecheces hasta que obtuvieran una nueva cosecha.

Así que, a los dos días, desde lo alto de las almenas, vio partir hacia el norte al pequeño grupo de Íñigo: Galindo, Nuño, Yago y Ansuro, el marido de Aldonza.

Xana estaba familiarizada con la vida en un castillo y se adaptó al ritmo. En cuanto se restableció la paz, los días se deslizaron con la lentitud propia del que espera. En compañía de Diego, recorrió los cañones por los que fluían los ríos Chico y Lobos. Este último le impresionó por los altos roquedos llenos de amplias oquedades, algunas tan profundas como grutas, en las que anidaban buitres, águilas, halcones, cernícalos y garzas. El río regaba con generosidad los chopos, sauces, enebros y encinas que crecían a su vera. Era un

cañón verde, que se internaba en la Sierra de la Demanda, repleta de jabalíes, corzos y liebres, según decía Diego, una mente repleta de imaginación que contribuía a distraerla. Martín le enseñó la verdadera riqueza de la familia: la cría caballar, que pastaba libremente por los recovecos del largo cañón.

—Libres son más fecundos que estabulados —explicó contemplándolos—. Todas las primaveras contamos muchos potrillos. Perdemos algunos a manos de los predadores, por eso, en esa época, pasamos mucho tiempo vigilando para mantenerlos alejados. Otra ventaja es que, si se aventura una aceifa por estos cañones, tienen que dar con ellos y cazarlos, por lo que siempre quedan suficientes para volver a empezar. Últimamente, va muy bien el negocio, porque no han llegado hasta aquí desde hace diez años. En dos ocasiones nos rozaron, pero no se atrevieron a penetrar hasta Ucero. Osma y Clunia son los que soportaron la peor parte.

—Así que es una zona relativamente tranquila —resumió Xana.

—En efecto. Además de la cría, escogemos los más adecuados para convertirlos en briosos corceles. ¿Sabéis qué pagan por un corcel? —No aguardó la respuesta—. Hasta trescientos sueldos, mientras que por uno de tiro consigues treinta, como mucho.

—Así que no hay muchos hombres que puedan adquirir uno —reflexionó Xana—. ¿Cómo habrá adquirido Ruy el suyo?

—Como todos: en el campo de batalla —aseveró Martín ante la ingenuidad de la dama—. Así me hice yo caballero cuando no era más que un mocoso sin fortuna.

Xana memorizó los accidentes del terreno, cazó liebres, contempló ardillas y tejones, pero echó de menos a su compañero. ¿Habría muerto? ¿Dónde se encontraba el lobo? Si no fuera por la ausencia de sus dos seres más queridos, la felicidad habría sido completa.

19

Cañón del río Lobos, diciembre, año 944.

La hierba, fría y blanquecina por la escarcha, crujía bajo el peso de su cuerpo. Cada paso era un aviso para las posibles víctimas. El aliento se convertía en vapor según era expelido por la boca. Las huellas inequívocas de un corzo la precedían. Avanzaba con la determinación del cazador, insensible al frío y segura del triunfo. Lo descubrió camuflado entre el espesor de una retama, vestida de invierno. Tensó el arco y aguardó para asegurarse de que el animal recibía la muerte instantánea. No le agradaba el sufrimiento innecesario. El corzo se movió y la flecha entró en una de las patas delanteras. Torció el gesto ante el fracaso de esa mañana. Tendría que perseguir al animal herido para darle muerte. Para su sorpresa, de un matojo lateral, se abalanzó el lobo tras el corzo, al que dio alcance porque cojeaba, y lo asfixió con las fauces clavadas en el cuello.

El corazón de Xana se expandió para dar cabida a la alegría de verlo de nuevo, cuando ya había perdido la esperanza. Como antaño, la aguardaba para que se llevara su parte. Xana, con la confianza de un compañero recuperado, se aproximó con el cuchillo en la mano. Recuperó la flecha, que devolvió a la aljaba, y comenzó a cortar los cuartos traseros ante la paciente y ambarina mirada del lobo. Xana le dedicó una sonrisa.

—¿Dónde habéis estado, viejo amigo? —Le habló mientras diseccionaba con la precisión de un matarife—. Os he echado de menos. Entre la borra invernal, que habéis recuperado, y el brillo del pelo, no parece que hayáis estado enfermo o herido. —Lo observaba en busca de la razón de su ausencia sin dejar de sajar la carne—. ¿Os gusta el valle? Es diferente a los bosques de Luna, pero no está mal: agua y caza en abundancia. Y hay muchas cuevas para pasar el invierno. Cuando regrese Íñigo, le pediré que nos lleve de caza mayor por la Sierra de la Demanda. Me han hablado maravillas. Estaremos bien aquí, es un buen lugar para vivir después de lo que he visto.

Se irguió, con las dos patas traseras del corzo en las manos, y las metió en el zurrón. Se disponía a alejarse cuando descubrió que no estaban solos: otro lobo los observaba con los caninos descubiertos. Xana se quedó quieta. El lobo gruñó a su lado y el intruso cubrió los colmillos y bajó la cola. Xana decidió separarse de la pieza sanguinolenta, que manchaba la inmaculada escarcha, y comprobó que, aunque la seguía con la mirada, no hizo intención de atacarla, así que avanzó. A una distancia prudencial, se volvió para presenciar la lucha fratricida entre los dos lobos por la carne, pero no fue así. Su lobo compartía la pitanza con el otro, ¿o era otra? Achicó los ojos para agudizar la vista y descubrió que era una loba y que se encontraba

como ella: preñada.

—¡Vaya, vaya! Viejo tunante. Así que habéis decidido formar familia e instalaros en el cañón. Y yo preocupada por vuestra suerte.

Meneó la cabeza con una sonrisa. Si él era feliz, ella también lo sería. Regresó al castillo andando, ya que Martín le había prohibido montar. No entendía cómo el viejo castellano había descubierto su secreto, pues sólo había tenido dos faltas y no se notaba. En ausencia de Íñigo, se comportaba con un celo desmesurado y desaprobaba esas extrañas salidas y la afición a vagar por los bosques: la caza era una actividad masculina. Silbó cuando llegó a la confluencia del río Lobos con el Ucero y aguardó. Al cabo de un rato, aparecieron Diego y Pero con una liebre y una perdiz.

—¿Ha habido suerte? —indagó Pero, para que le enseñara el zurrón.

—Sí, un corzo. —Mostró los cuartos traseros.

—¿Y el resto? —se extrañó Diego.

—No quise disputárselo a una pareja de lobos.

—¡Malditos carroñeros! —se quejó Pero.

—No son carroñeros y no los maldigáis. Luchan por su vida, como nosotros. Además, es el emblema de la casa. Deberíais mostraros más orgullosos de sus virtudes, ya que son las que rigen vuestra conducta: fuerza, valor y lealtad.

—Siempre los defendéis, pero matan el ganado.

—Y vos matáis liebres.

—No es lo mismo, son para… —El pequeño Pero se contuvo cuando se dio cuenta de que iba a decir una tontería indefendible.

Traspasaron la puerta de la primera muralla, donde le habían cedido una cabaña para fabricar sus jabones y sus perfumes. Ante la mirada de la guardia, ascendieron por la rampa hasta el puente levadizo. Entraron en el patio de armas, en el que reinaba la actividad habitual en la herrería, en la armería y en los establos. Anochecía pronto por lo que, durante las escasas horas de luz, aprovechaban para el trabajo duro. A la luz de las velas, las mujeres realizaban la labor de hilado y tejido de telas de lana para el invierno, y de lino, para el verano, mientras que los hombres fabricaban puntas de lanza y de flecha o tallaban piezas de madera para múltiples usos.

Dejaron su aportación de carne en la cocina y se separaron. Xana subió a lo alto de la torre, ya que Martín les había cedido la cámara principal, como había prometido. Se lavó en el palanganero, se cepilló la larga melena y la trenzó. Se vistió un grueso brial de lana de color verde oliva, obtenido de la clorofila de las plantas, y subió a su terraza privada, el lugar más alto de la plaza fuerte, desde cuyas almenas escudriñaba el horizonte en el atardecer, con la esperanza de descubrir la comitiva de Íñigo.

Se retrasaba. Se acarició el liso vientre, ansiosa por desvelar el estado de gestación a Íñigo. Cerraba los ojos y llamaba a su caballero, concentrada en el deseo más íntimo, como si pudiera oírla allá, dondequiera que se encontrara. Luego, los abría para enfrentarse a la realidad que la rodeaba: caudalosos ríos encajonados en cañones, cimas rocosas y verdes laderas: un paisaje agreste y montuno que la encandilaba. Esa noche, la luna llena colgaba del firmamento.

La pequeña Elvira, de siete años, asomó la cabeza por la escalera de acceso a la terraza. El viento helado revolvió la fina cabellera y la llamó.

—Voy. ¿Qué sucede? —preguntó Xana a la hermana de Diego mientras cerraba la trampilla y bajaba a la cámara, donde alguna de las criadas había encendido la chimenea.

—¿No habéis oído el revuelo? ¿No lo sabéis? —se asombró la chiquilla—. Pues tendréis que bajar y enteraros —retó, y echó a correr escaleras abajo para que no la pillara.

—Daré con vos y os someteré a un castigo muy duro: cosquillas durante un buen rato —amenazó, bajando detrás de ella.

Entró en el salón y la encontró en brazos de un hombre que aguardaba su llegada con expectación: de facciones varoniles, delgado por las largas jornadas en el camino, con el pelo húmedo peinado hacia atrás. Entre la barba se abría paso una amplia sonrisa y los ojos marrones buscaban unos verdes para perderse en ellos. Se quedó sin aire por la sorpresa.

—Creo que ahora mismo sois una damita muy envidiada —le dijo a la niña—. La tía Jana desea ocupar vuestro lugar. —Y la dejó en el suelo.

—¿Cuándo habéis llegado? —tartamudeó Xana—. He estado en la terraza y no os he visto.

—¿Me esperabais? ¿Habéis subido cada día? Me halagáis, aunque echo de menos un abrazo o un beso de bienvenida.

Xana se aproximó y se entregó entre lágrimas de felicidad. Había regresado sano y salvo.

—Yo tengo hambre —interrumpió Martín a los esposos— y sed de noticias, y las quiero antes de que os perdáis durante días en la torre.

El castillo se hallaba de celebración. Gracias al abastecimiento que trajeron de Burgos, superarían el invierno sin pasar necesidad. El mayor tesoro fue la sal de La Bureba, con la que pagarían a los castillos de Clunia y de Osma el auxilio prestado. Como dijo Martín, había que quedar bien con los vecinos, por si fueran necesarios en otra ocasión. La sal constituía el bien más preciado y más caro con el que se conseguía, mezclado con la comida del ganado, mejorar la calidad de la lana en las ovejas, aumentar la producción de la leche en las cabras y en las vacas, y el brillo de las crines de los caballos. Y para

los hombres, suponía el mejor conservante de carnes y pescados. Así que se consideraban ricos por el cargamento de sal que habían conseguido con las monedas de Jana, además de harina de trigo, legumbres, cebada para elaborar la cerveza, manzanas para la sidra y otras frutas en conserva. Los campos, limpios, oreados y rastrillados, recibirían las nuevas simientes que germinarían en primavera. Recuperar los frutales llevaría más tiempo, pero los ánimos de los moradores de Ucero habían superado la tristeza y se mostraban valerosos para arrostrar la fría estación.

En un momento dado, el indiscreto Martín no soportó guardar el secreto por más tiempo.

—Jana es una más de esta familia y lleva en su vientre un Martínez. ¿Habéis pensado cómo será? Yo digo que moreno, como Íñigo.

A Íñigo se le aguaron los ojos y apretó la mano de su mujer en un mudo reconocimiento de orgullo y alegría.

—Deseaba daros la nueva —susurró Xana.

—En privado me la repetiréis. Soy un poco sordo —desagravió Íñigo, con una sensual propuesta implícita que complació a Xana.

—¿Vamos a apostar? —se animó García, el marido de Paterna.

—¡Pues claro! —asintió Martín.

—Rubio, como Jana —se decantó Diego.

—Tomo nota —contribuyó Íñigo.

—¿Qué es esto? —se interesó Xana.

—Una tradición, para que el niño llegue a buen término. Hay que desearlo y una apuesta sobre cómo será es como estar seguros de que nacerá.

—¡Ah! Comprendo. Será moreno —dijo Xana, perdiéndose en la mirada de Íñigo.

—Los padres no entran en el juego —rechazó Íñigo.

—Yo digo que la mitad será moreno y la mitad rubio —declaró Leonor.

Callaron, a la vez que se volvían todos hacia la pequeña, antes de prorrumpir en carcajadas.

Con la noche cerrada, los dos cónyuges se escabulleron escaleras arriba, ansiosos de intimidad, de amarse, de recuperar el tiempo perdido y ganar el porvenir, de disfrutar de su dicha. Entraron en la estancia que les había sido asignada como nuevos castellanos y les recibió el calor de la chimenea encendida, que invitaba a yacer a sus pies. Xana desprendió la fíbula que sujetaba la capa del hombre e Íñigo desató el cinturón que aprisionaba el brial de la mujer. Él se quitó la túnica y ella dejó caer el vestido. Ambos se deshicieron de los borceguíes que calzaban, sin dejar de mirarse, de observarse como si fueran cazador y presa. Sólo las camisolas ejercían de barrera entre

sus deseos. Íñigo se aproximó y liberó el sedoso cabello albo, que cayó cual cascada, libre y tumultuoso. Un beso fue el culpable de la chispa y los labios la extendieron incendiando la piel que recorrían y, al mismo tiempo, las fuertes y ásperas manos abrían la camisola femenina para hacerse con el botín de los pechos. El gemido de la blanca garganta prendió en la ansiedad masculina que la tendió en el suelo frente al fuego. Xana percibió el baile lujurioso de las llamas en las pupilas del hombre, quien, incansable, exploraba la nívea piel. Alzó las manos de la presa por encima de la cabeza y las empleó de apoyo para penetrarla. Xana lo abrazó con las largas piernas. Cuando el cazador bajó la guardia, la presa, con un movimiento rápido y atrevido, se liberó y lo tumbó de espaldas. Con el cuerpo reflejando el arrebol del fuego en el que ardía de pasión, tomó la iniciativa y, con movimientos sensuales, buscó el placer bajo la lánguida mirada del cazador rendido.

Colmado el deseo, Xana se inclinó sobre los labios huérfanos de besos de Íñigo y los regaló con las postreras ascuas en las que habían ardido. Íñigo la rodeó con los brazos y la acomodó a su costado, reverente y mudo, incapaz de romper la mágica penumbra en la que se habían sumido.

El fuego había reducido el tronco y se retiraba ahíto para dejar paso a la luz de la luna, que resbalaba voluptuosa por los escalones de piedra e inundaba la oscuridad que envolvía a los amantes. Sigilosa, los reclamaba. Consumida la pasión, quedaba el amor, un sentimiento más profundo y no perecedero.

Xana se levantó y se cubrió con una capa de piel de ardilla, a la vez que buscaba las botas de cordobán, más fuertes que los delicados borceguíes.

—¿Adónde vais? —se extrañó Íñigo.

—A ver la luna —contestó sencillamente Xana.

Íñigo se levantó para acompañarla. Se echó encima un largo manto de lana y, con el oscuro cabello tan revuelto como el lecho que dejaban, la siguió arriba.

La luna llena iluminaba los cañones que el castillo de Ucero velaba, con luz blanca y fría como el aire de la noche. Íñigo se aproximó a su espalda y la encerró entre los brazos.

—Éste es un buen sitio para vivir, para echar raíces —confesó Xana, conmovida por la emoción del reencuentro soñado—. El lobo también se fue, como vos, y temí por su vida, pero hoy lo he visto. Había descubierto por su cuenta que es un buen lugar para formar una familia. De ahí su ausencia. Ha regresado con una compañera y está preñada.

—Más coincidencias. Habré de dar la razón a Yago. Los lobos tardan unos dos meses en cortejar a su loba, son unas esquivas y se

hacen valer, así se aseguran la fidelidad del lobo. Serán pareja hasta que la muerte los separe.

—Yo no me hice valer. ¿Me seréis fiel?

—Hasta que la muerte nos separe.

Un aullido prolongado y quejumbroso rebotó como un eco, prolongado por los cañones, seguido de otro más agudo. Ya no era un lobo solitario y se rendía a la fuerza de la luna.

Epílogo

Burgo de Osma, noviembre de 1880.

Cerré el manuscrito y suspiré largamente. Como quien regresa de un lejano lugar, tomé consciencia de la realidad. Caía la tarde y las tripas se revelaban por falta de alimento. Me había olvidado de comer y nadie me había requerido. Me levanté y desentumecí las extremidades, anquilosadas de tanto tiempo inactivas.

Antes de abandonar la habitación, encendí un quinqué, para no entrar a oscuras cuando me retirase a dormir. Bajé la escalera y no me extrañó encontrar a mi padre aguardándome.

—¿Terminaste?

—Sí —respondí escuetamente. Todavía no me había formado una opinión completa, aunque algunas cosas sí las tenía claras—. Usted comentó que el texto había sido reescrito, copiado —maticé, inseguro —; sin embargo, a mí me parece que ha sido muy manipulado, y no sólo en el lenguaje. Es una novela, con diálogos incluidos, no un manuscrito que relata hechos.

—Cierto —admitió mi padre—. Mi abuelo, tu bisabuelo —especificó—, se las daba de novelista. Él fue el artífice de tamaño desmán. Imagino que pensó que el original se conservaría, como así habrá sido, aunque no lo encuentro.

—¿Y el abuelo no le contó nada?

—Mi padre se quedó solo y se volcó en mantener viva su familia en Haro hasta que Napoleón fue derrotado, y, luego, en evitar los bandos políticos: liberales, absolutistas y, después, los carlistas.

—Y lo consiguió. No nos hemos extinguido —admití, orgulloso de la parte que me correspondía—. Sigo sin comprender que no se halle el original, y sí la copia novelada.

—Por una casualidad —explicó mi padre—, por una finta del destino. El manuscrito novelado se encontraba en la biblioteca de la Universidad de Santa Catalina, aquí, en Burgo de Osma. Estaba pendiente de que lo leyera un erudito, cuando nos invadieron los franceses. ¿No fue una suerte que no se quemara? Aunque sospecho que la primera parte es un calco del original.

—¿Se refiere a la del romance? Es un resumen del contenido, también muy literario —critiqué.

—Recuerda al joven Diego y su inclinación juglaresca. Cualquier escrito está manipulado por la viva imaginación, por la necesidad de relatarlo con adornos para hacerlo más ameno al lector. Es evidente que había una vena poética bastante activa en la familia.

—Aun así, no me creo ni la mitad de lo que cuenta —rechacé,

incapaz de digerir la noche tan extraña que viví la Noche de Difuntos —. Bajo ese viso de leyenda, se intenta dar una explicación natural a acontecimientos extraños y perturbadores. Es lo que esconden las leyendas y los cuentos populares en los que se mezcla la ficción con la realidad.

—No importa lo que creas. —Mi padre negó con la cabeza con paciencia—: lo que importa es lo que has vivido. Eso no lo podrás negar nunca.

Cierto. La experiencia me inquietaba. Pero no me había rendido todavía y, cuando iniciara mi regreso a Haro, estaba dispuesto a buscar la dichosa casa. Me resistía a admitir las palabras de mi padre. Eran personas tangibles, no de otro mundo. Pero no me enzarcé en una estéril discusión que no me llevaría a ninguna parte, y con la que sólo conseguiría disgustar a mi padre.

Pasé una semana con él y hablamos, pese a mi renuencia, de la novela y de los hechos que relataba. Mi padre había indagado por la biblioteca y había reunido una serie de efemérides, provenientes de algún manual de historia en la que se relataba las hazañas del excelente conde y de Ramiro II. Llegué a la conclusión de que su obsesión lo entretenía, por lo que me alegré. A cierta edad, había que mantener alguna distracción que lo anclara a la vida, a levantarse cada día con un objetivo. Y así hallé a mi padre: zascandil, alegre, ocupado en la genealogía que alternaba con el dominó y las charlas con los amigos. Y así lo dejé, en cuanto el tiempo mejoró e invitó a emprender el viaje de regreso.

Fiel a mi determinación, me entretuve en Ucero buscando la casa. Pregunté a los aldeanos y me indicaron la dirección de un anciano que recordaba a la gente que ya no vivía en el lugar. No hicieron falta muchas indicaciones. Para mi alivio, el anciano en seguida identificó la finca y la familia.

—Me lo contó mi padre —me dijo, sentado en el poyo, a la entrada de la casa—. Era un chiquillo cuando nos invadieron los franceses. Unos malnacidos que se dedicaban a asolar los campos, violar a las mujeres y matar a los hombres. Malos tiempos, muy malos. Yo no los viví, pero mi padre, sí. Nunca los olvidó ni a la familia que ardió. Pertenecían al lugar desde tiempos inmemoriales, muy reconocida en el valle y en los alrededores, gente de calidad. La casa era de buena factura, a pesar de los años transcurridos, y eran muy hospitalarios con los viajeros. Sin embargo, se negaron a dar cobijo a un destacamento de gabachos que exigió asilo. No eran buenos invitados, no respetaban nada, por lo que nadie los quería cerca. En venganza, prendieron la casa y no dejaron salir a sus habitantes. Ardió todo.

—¿Dónde se situaba la casa? —indagué, estremecido por la crueldad.

—En la confluencia del río Lobos y el río Ucero, que nace un poco más allá. Pero no encontrará nada. Los hombres se llevaron las piedras para uso propio, y la naturaleza hizo su trabajo y cubrió la ignominia.

—¿A quién pertenece la finca ahora? —Me había sorprendido que estuviera en estado de abandono.

—A los herederos, imagino. Que yo sepa, nadie se ha interesado por ella —contestó el viejo.

Me despedí, en parte decepcionado, porque no había rastro de la casa; y en parte, contento, porque se cumplía el deseo de mi padre: empezaba a creer en el más allá, en la pervivencia de nuestros seres queridos. Desde pequeños se nos prevenía sobre las revelaciones fantásticas, pero llega un momento en la vida que, o cedes y te muestras permeable, o renuncias a parte del misterio de la vida. ¿Acaso el alma no es tan intangible como un fantasma? ¿Quién nos asegura que no pervive tras la descomposición de nuestro cuerpo? ¿Acaso no es ésa la idea cristiana? La ciencia lo niega, que no la religión.

Espoleé la montura, y ésta inició la subida al castillo, que se erguía, vigilante, sobre el cortado. Desmonté, até el caballo y me paseé entre las ruinas. Imaginé a Jana y a Íñigo entre las piedras y, como ella había hecho en Clunia, deslicé la mano sobre las piedras, pero las encontré frías, sin la vida de los que las habitaron. Igual no eran las mismas. Recordé que el manuscrito mencionaba unas empalizadas de troncos. En el siglo x era muy pronto para que se construyeran esos muros de piedra o para que la torre luciera las ventanas geminadas que observaba. En la explanada, en la que tuvo lugar la lucha a muerte entre Iñigo y el Ansúrez, habían levantado una iglesia, que también mostraba las cicatrices del tiempo inclemente.

Me volví hacia el cañón para disfrutar de las vistas que habían contemplado mis ancestros y descubrí la magia del lugar: me enamoré del cañón del río Lobos, de los cortados de roca caliza que lo protegían, del río encajonado, de las aves que lo sobrevolaban. Ahora comprendía la necesidad del abuelo y la obsesión de mi padre por conservar las raíces y la casa de Osma. Y a partir de ese día también se convertiría en la mía, pues había tomado una determinación: desbrozaría el solar familiar y levantaría una casa similar a la que recordaba. ¿No me dijeron que recibían a los viajeros? Pues sería una posada.

Una vez que la idea había tomado forma en mi mente, sentí que me relajaba, que me inundaba una paz propia de quien toma el camino adecuado. A lo lejos, aunque era de día y no había luna, escuché el inconfundible aullido de un lobo. No tuve miedo; por el contrario, me pareció una llamada de bienvenida, algo cálido y cercano en medio del frío invernal. Si había algo de verdad en el

relato, si había sido real la experiencia de la Noche de Difuntos, mis ancestros vagaban por ese cañón que ya sentía como mío.

Regresé al lugar en el que dejé el caballo y proseguí viaje. Me prometí volver con la familia en verano para explorarlo y trazar los planes. Invitaría a mi padre. Les contaría la historia de Xana Flaínez, la doncella del río Luna, y de Íñigo Martínez, el caballero del río Lobos. ¿Qué importaba si era verdad o mentira? ¿Qué importaba si la mujer era producto de la literatura? La única verdad que me acompañaría en mi vida era la imagen de la extraña cazadora, la que veló por mí en una noche de tormenta, mi doncella del río Luna, mi Jana, guardiana del cañón. Me estremecí al comprender la huella que había dejado su visión en mi ánimo y la esperanza que me perseguiría de volver a encontrarme con ella, tan dentro había penetrado en mi corazón.

Nota de la autora

Esta novela se ha forjado en varios viajes y en diferentes años. Ha sido una historia cocinada a fuego lento. Un otoño recorrí junto con mi marido en un *roadster* el norte de León por carreteras secundarias, y pasamos un par de noches en el precioso hotel real Días de Luna, en Sena de Luna. Fue imposible no fijarse en el triste destino del castillo que vigilaba los pasos por los puertos de Ventana, La Cubilla y Pajares, actualmente convertido en un roquedo sin forma junto a la presa del embalse de Luna.

En otra ocasión, en una visita a la colegiata de Covarrubias, dos personajes muy distintos que se hallaban allí enterrados captaron mi atención. Por un lado, Fernán González, a la izquierda del altar, en un pequeño y sencillo sepulcro tallado en piedra; por otro, en el claustro, el largo sepulcro de Cristina de Noruega, casada con el infante Felipe, hermano del rey Alfonso X el Sabio, una mujer que medía 1,70 m y de cabellera rubia. Aunque habían vivido en diferentes siglos, ambos coincidían no sólo en el lugar de reposo, sino también en que arrastraban sendas leyendas románticas.

A la meseta de la Colonia Clunia Sulpicia llegamos en moto, visita que recomiendo a los apasionados de los vestigios romanos. Una ciudad que fue protagonista en las guerras sertorianas y que pervivió hasta la época visigoda como capital de convento jurídico. Al pie de la meseta se halla el castillo de Coruña del Conde, nombrado en la novela como castillo de Clunia, otro paraje que me vino muy bien para la historia y que está muy cerca del cañón del río Lobos.

La Sierra de La Demanda, en Soria, es una zona muy motera, y la carretera que va de San Leonardo de Yagüe a El Burgo de Osma la hemos recorrido de paso muchas veces. Me hizo gracia que hubiera un río Luna en León y un río Lobos en Soria, y numerosas leyendas y romances en cada esquina de cada vestigio monumental del pasado castellano. Un buen día, todas esas andanzas encajaron como un puzle en mi mente, y la imaginación no me dio tregua. Cuando, acompañada por mi marido y mi hija mayor, nos quedamos unos días en la posada real Los Templarios, en Ucero, ya había tomado cuerpo la historia de Xana Flaínez y de Íñigo Martínez. Exploramos el cañón para aprenderme la orografía, subimos al castillo para empaparme con sus vistas, para tocar las piedras entre las que había nacido mi personaje: el caballero del río Lobos, la mano derecha del conde Fernán González. Fue algo parecido a lo que experimentó Xana en Clunia, una forma de resucitar el pasado o de activar la imaginación. ¿Acaso las musas no forman también parte de la leyenda?

La Autora

ELENA BARGUES CAPA es licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Cantabria. Lectora voraz, de entre sus preferencias literarias destacan sobre el resto la novela histórica y la novela romántica. De la fusión de estos dos géneros nace el personal estilo de sus novelas: una trama sentimental sobre un trasfondo histórico que la autora recrea con detallismo y rigurosidad, una fórmula que ha cautivado a miles de lectores.

Su trabajo ha sido reconocido en el año 2015, quedando finalista en el VI Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con la novela *El valor de una condesa;* y en el año 2021, en el que fue la ganadora del X Certamen Internacional de Novela Histórica «Ciudad de Úbeda» con *El encargo del maestro Goya.*

Su vida literaria está recogida en su web: www.elenabargues.com.

Otras novelas de esta biblioteca

HILVANES Y CONTRABANDO

Santander 1876.

Mariela Escalante, una joven y enigmática belleza nacida en Cuba, llega a Santander junto a su hermano Ernesto, reputado tahúr. En la necesidad de independizarse económicamente, Mariela abre un distinguido *atelier* de alta costura.

Pablo Torres, heredero de una naviera, se siente responsable de la presión que soportan los capitanes de barco por parte de los contrabandistas y trabaja para el Gobierno como agente infiltrado para investigar la venta de armas, empleadas en las guerras carlistas, a los insurgentes de Cuba.

El taller de alta costura se convertirá en el centro de las sospechas del agente, y Mariela se enfrentará a la posibilidad de que sus esperanzas naufraguen en medio del escándalo. Pablo Torres, a pesar de sus reticencias, se verá arrastrado por la arrolladora y fascinante personalidad de la mujer, quien defenderá el buen nombre del taller y su trabajo tanto de las sospechas del agente del Gobierno como de los manejos de los contrabandistas.

En una ciudad esplendorosa y cosmopolita, que se prepara para recibir durante el verano a la Corte, se suceden los asesinatos y los robos para desesperación de las autoridades.

Una trepidante aventura que combina sabiamente el género negro y el romántico, y que tiene por escenario las calles y muelles de Santander que se perdieron en el trágico incendio de 1941.

TÚ, COMO EL VIENTO SUR

Valvanuz reúne el valor para divorciarse tras soportar años de maltrato. Deja en Madrid a sus tres hijas para instalarse en la vieja casa de sus padres en Santander, donde consigue trabajo de camarera en un reputado restaurante en el Sardinero.

Teófilo Van der Voost pertenece a una conocida familia de raigambre en el sector hotelero. Aunque es un enamorado de su profesión, la neurocirugía, comparte la dirección del negocio familiar con sus hermanos, hasta que una fuerte discusión entre ellos lo conduce a replantearse su estilo de vida.

Un día de viento sur, Teófilo coincide con Valvanuz, que ha regresado cargada de problemas: un ex marido rencoroso y una serie de sucesos inexplicables que, con la fuerza del vendaval, arrastrarán la tranquilidad y la rutina diaria de Teo.

Tú, como el viento sur es un himno a la esperanza, al afán de superación y a la búsqueda del amor para sanar profundas heridas.